JOHN D. MacDONALD

PIEL CANELA



Cuando Meyer, el amigo de Travis McGee le prestó el yate a su sobrina Norma, no sospechaba que estaba firmando una sentencia de muerte. Poco tiempo después, mientras la joven y su marido navegaban por las aguas de Florida, una terrible explosión destruyó la embarcación y mató a sus ocupantes. Pero no todo iba a terminar allí. Muy pronto Travis McGee comenzó a sospechar que la explosión no había sido accidental. ¿Quiénes eran los responsables de aquellas muertes? ¿Un grupo de exiliados chilenos? ¿La mafia de las drogas? ¿Un amante despechado? Travis encontró las respuestas a estas preguntas y a otras más… y tuvo que enfrentarse con un asesino muy escurridizo, y muy despiadado.



John D. MacDonald

Piel canela

Travis McGee - 20

ePub r1.0
Titivillus 29.01.2017

Título original: *Cinnamon Skin*
John D. MacDonald, 1982
Traducción: Martha Aboaf
Ilustraciones: Neslé Soulé
Retoque de portada Piolín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Dedicado a nuestra pandilla de Kiwis, con amor.

“La vida de un hombre tiene el color de su imaginación”.

MARCO
AURELIO



Travis McGee 20

UNO

No existen héroes a prueba de todo.

Todo hombre puede perder la entereza cuando las cosas suceden de determinada manera, con una trascendencia y una intensidad que despierta miedos en las profundidades de su mente. Aunque sepa lo que debe hacer, de pronto el cuerpo no obedece a la mente. El pánico se vuelve un sonido agudo, insoportable.

Estaba tratando de explicarle esto a Annie Renzetti, la hermosa, pulcra y adorable persona que desde hacía varios meses era parte esencial de mi vida. Estábamos a fines de junio, la temporada alta en el lugar de veraneo que dirige, el Eden Beach, cerca de Naples, Florida. Estábamos echados en unas enormes toallas en el lado más tranquilo de la playa, más allá de su cabaña. Me era bastante difícil sostener una conversación compleja mientras la miraba, ya que tenía puesto ese pequeñísimo bikini blanco que hacía resaltar su perfecto bronceado. Era la primera vez que me enredaba en serio con una mujer menuda de pelo oscuro. Por lo general me inclinaba por las rubias de piernas largas y anchos hombros. Tal vez en mi ignorancia pensaba que las menudas eran demasiado frágiles. Pero con Annie había descubierto que no era así.

—¿Te ha ocurrido alguna vez? —preguntó.

—En realidad no, pero estuve tan cerca que sé que podría sucederme. En nuestra sociedad tenemos muchos mitos, Annie.

—Por favor, recuerda que eres la única persona en el mundo que tiene permiso para llamarme Annie.

—Nunca lo olvidaré. Creo que el mito que aplastó a Meyer es uno de los peores: el mito del héroe a prueba de todo. —Le conté varias historias, con la intención de que alguna surtiera el efecto adecuado. Por ejemplo ésta:

«Hace mucho tiempo, en una de las guerras que no ganamos, tenía un comandante que era de lo mejor que había conocido. Tranquilo y eficaz, humanitario y al mismo tiempo duro. Cuando llegaban órdenes ridículas, encontraba la manera de no cumplirlas sin meterse ni metemos en líos. Se arriesgaba lo mismo que nosotros y trataba de mantener bajo el índice de mortandad. Nos cuidaba muy bien y, cuando perdíamos a uno de los nuestros, lo sentía de veras.

Un día tuvimos que atravesar una zona de la selva asiática donde había una sanguijuela en la punta de cada hoja, balanceándose, esperando que pasara por debajo cualquier bicho de sangre caliente. El capitán nunca había estado en un territorio de sanguijuelas, la compañía sí. Hay dos formas de sacárselas de encima: tocarlas con el extremo encendido de un cigarrillo o deslizar bajo su cabeza una aguja de bambú, dar un tironcito y desprenderla. Después de haberse sacado de encima unas diez, uno empieza a aprender. Lo que más odiábamos era la manera que tenían de deslizarse dentro de las botas y prenderse a la piel a través del calcetín e hincharse hasta quedar aplastadas por la presión de la bota al caminar».

—¡Ajjj! —Annie me mostró la piel de gallina en su antebrazo.

—¿Dónde estaba?

—No pienso decírtelo.

—Está bien. De todas maneras había muchas y nos caían encima más rápido de lo que tardábamos en sacarlas. Si uno trataba de arrancarlas, quedaban hincadas las mandíbulas y se hacía una úlcera. Así que nos dispersamos y corrimos hacia un claro, donde podríamos despegamos las que ya teníamos clavadas. Pero el capitán no conocía el procedimiento. Se quedó allí parado, arrancándoselas cada vez con más violencia, retorciéndose, y al final empezó a gritar y correr. Era un hombre valiente, pero ese bichito llegó en mal momento y lugar; tal vez le recordara algo de

su infancia. Hizo que se derrumbara. Y también echó por tierra su autoridad en el batallón. Empezó a cometer errores, y a causa de uno de ellos murió tres semanas después.

—¡Qué horrible!

—Un par de días después del asunto de las sanguijuelas, uno de los payasos del batallón hizo una imitación del capitán cuando se quitaba las sanguijuelas. Le tumbé sin sentido de un puñetazo.

—Me alegro.

—Es extraño. Aquel payaso murió en la misma escaramuza ridícula en la que se mató el capitán. Este leyó mal el mapa y fuimos por el camino equivocado.

—Pero no lograste que Meyer entendiera lo que le estabas diciendo.

—Ya te dije cómo fue. Sabíamos que Grizzel era un psicópata peligroso que no tenía nada que perder y era probable que decidiera hacernos una visita. Meyer nunca me había visto pedir ayuda. Cuando Grizzel apareció por su espalda y, haciéndole girar, le metió esa Derringer en las tripas, anunciándole que irían al *Busted Flush* a visitarme y que aquélla sería la última visita que nos harían, Meyer le miró a los ojos de loco y vio que allí en el fondo acechaba algo despojado de todo sentimiento. Afirma haber visto allí su propia muerte. Entonces se convirtió en un autómata cumpliendo al pie de la letra las órdenes de Grizzel. Era un hombre acabado y lo sabía.

—¡Pero vio morir a Grizzel, Travis! ¿Acaso eso no…?

—Tal vez fuera un atenuante, pero no sirvió de mucho. Ya ha pasado un año. Todos extrañamos al Meyer de antes. Por eso organizamos esa conferencia en Toronto. Teníamos que tener cuidado. Si hubiese sospechado algo se habría negado a dar la charla. Su vieja amiga Aggie Sloane nos ayudó a tramarlo todo después de encontrarle tan consumido, tan retraído. Aggie es muy decidida. Habló con un amigo de Meyer, un tal Pricewater que debía dar una charla en Canadá, para que se excusara de ir y le pidiera a Meyer como un favor especial que le reemplazara. Alegó que estaba enfermo.

—Entonces no entiendo lo de la sobrina.

—Ese fue otro complot para sacar a Meyer de su caparazón. La llamé y le conté lo sucedido. Estaba ofendida porque con motivo de su boda en abril, Meyer no había hecho más que mandar sus

excusas, un cheque y los habituales deseos de felicidad. Aceptó ir a verle junto con su flamante marido en cuanto tuvieran tiempo. Resultado: Evan y Norma Lawrence llegaron el día anterior a la partida de Meyer a Toronto para dar sus conferencias. Insistió en que vivieran a bordo de su crucero mientras él estaba en Canadá. Ahora uno de los capitanes de la compañía Charterboat Row les lleva a hacer excursiones de un día en el *Keynes*. Teníamos dos planes fantásticos que finalmente se superpusieron. De todas maneras, Meyer vuelve el seis de julio y ellos no se van hasta el diez. Después, Aggie piensa mandarlo fuera para que haga algo para sus diarios. Me dijo que cualquier depresión puede curarse con una buena dosis de trabajo.

—Veamos, yo te hago ir y venir de Lauderdale a Naples. ¿Te sientes deprimido?

—Vayamos a tu casa y miremos si hay algo en mi interior que necesita arreglo.

—¡Ah, eso sí que no! Soy una mujer de carrera, y ahí está mi carrera, muriendo por falta de atención.

—Annie, hemos estado horas tomando el sol, y de todas maneras vamos a tener que ducharnos. Florida tiene problemas de escasez de agua. ¿Por qué desperdiciar una buena ducha?

—He aprendido a decirte que no.

—¿Por qué?

Se apoyó en los codos y me miró fijamente. Frunció los labios y levantó sus espesas cejas oscuras.

—Es una buena pregunta. Una *muy* buena pregunta. ¿Por qué tengo que hacerlo?

Recogimos nuestras cosas y subimos los escalones que conducían al sombreado porche de la cabaña de Annie. Teníamos media botella de vino tinto que había sobrado la noche anterior, y lo mezclé con soda y limón y mucho hielo para hacer un trago largo. Annie corrió las cortinas y nos sentamos en la cama con nuestras bebidas, sonriéndonos. Finalmente las dejamos a un lado, y le quité el pequeño bikini, admiré cada centímetro de su cuerpo, y a su debido tiempo, la hice gemir y rugir y después suspirar larga y profundamente.

No sabía que nuestra relación tuviera alguna dificultad hasta después de ducharnos, vestimos y estar listos para salir, yo hacia

Lauderdale y ella a su trabajo. Esa noche había un banquete de alguna fraternidad y Annie quería controlarlo todo muy de cerca, porque era la primera vez que alquilaban el Eden Beach.

—¿Cuándo puedo volver? ¿O cuándo puedes ir al barco? Me parece que ya te lo he preguntado antes.

—Una situación muy cómoda para ti, Travis.

—No estoy muy seguro de lo que quieres decir con eso.

—Yo tampoco. Lo único que me parece es que eres una especie de machista con suerte.

—¡Espera un poco! Creo que es muy cómodo para los dos, si quieres decirlo así. No se puede decir exactamente que seas una insatisfecha, señora.

—¿Alardeando de tu trabajo?

—¡Por Dios, Annie!

—Lo siento. Creo que estoy tratando de herirte, aunque no sé por qué.

—Creía que nos llevábamos bastante bien.

—Sí, sí. Por supuesto que sí. Tal vez sea una especie de remordimiento crónico. Sentía remordimientos cuando trabajaba para Ellis y vivía con él. En estos tiempos se supone que todo el mundo tiene derecho a vivir como le da la gana. Demonios, sé lo que es, pero odio tener que explicártelo.

—Hazlo, por favor.

—Hemos hablado mucho, Travis. Ha sido algo importante para los dos, las largas conversaciones. Me has contado los amores que tuviste y cómo los perdiste. Pero… noto en ti una cierta reserva. Eres abierto conmigo, pero una parte de ti se contiene, como si se resistiera a creer que no vas a perderme a mí también. Reduces la pérdida no comprometiéndote tan profundamente… como podríamos hacerlo. ¿Me entiendes?

—Lo estoy intentando. Te aseguro que no me contengo. Te digo que te amo. ¿Tendría que hacerlo más a menudo?

—No se trata de actos ni de palabras, querido. Nunca logramos ser parte del otro. Siempre quedamos fuera por alguna razón.

—Supongo que no es momento de hacer un comentario obsceno.

—¡No, no lo es!

—¿No estarás hablando de matrimonio?

—¡No, maldita sea! Pero me gustaría que viviéramos juntos o

nos viésemos con más frecuencia.

—¡Diablos! Pues me gustaría que cogieras tus ahorros, la indemnización y todo eso, y te mudaras a bordo del *Flush*.

—Sabes muy bien que *amo* mi trabajo. Lo estoy haciendo bien. Eso se ve en las cifras que manejo y en lo que me aprecian. Soy el mejor gerente de la cadena. Me gusta trabajar con la gente, encontrar la mejor manera de hacer que cada uno rinda más, me gusta motivarlos. Este hotel es limpio, divertido y rentable gracias a mí.

—Ya es suficiente. ¿Por qué no puedes conformarte con lo que tenemos? Es más de lo que tiene la mayoría.

Annie suspiró, se apoyó en mi hombro y me besó en la barbilla.

—Está bien, McGee. Lo intentaré, pero hay algo entre nosotros que todavía no se ha solucionado. Tal vez nunca ocurra. ¿Quién puede decirlo? Ahora vete. Conduce con cuidado. Y llámame con frecuencia.



DOS

El 5 de julio comenzó con una fuerte lluvia, debido a una depresión tropical al este de Miami, acompañada de violentas ráfagas de viento.

Hacia las diez de la mañana la lluvia se había convertido en una llovizna neblinosa y el pequeño crucero de Meyer, el *John Maynard Keynes*, había dejado atrás el muelle de carga de combustible de Fort Lauderdale y seguido su camino bajo el puente, pasando junto a los cruceros amarrados en Port Everglades. Después de cruzar el canal principal y pasar la boya, había puesto rumbo este-sudeste, bamboleándose con cada ola.

Un hombre de edad estaba mirando por la ventana en el sexto piso de un edificio de su apartamento frente al mar en el momento de la explosión, y pudo precisar la hora: las diez y cuarenta y uno exactamente.

En ese momento, un crucero procedente de Nassau se dirigía al canal, balanceándose un poco debido a la marea. Era el *Brandy-Gal* de Venice, Florida, propiedad del matrimonio Simmons Davis. La señora Davis estaba en una de las sillas de pescar, la del lado de estribor, y su marido estaba al timón, en el puente. Los dos atestiguaron que, cuando ambas embarcaciones se cruzaron, una esbelta mujer de pelo oscuro con un bikini naranja les había saludado, y la señora Davis había contestado al saludo. Los dos

habían visto a un hombre robusto al timón y un hombre rubio en la cabina, enrollando un cabo.

La señora Davis dijo que recordaba haber pensado que el nombre del crucero era divertido: *John Maynard Keynes*; sabía que cualquier mención de la teoría económica keynesiana hacía enojar a su marido. Recordaba igualmente que había pensado que el pequeño crucero no capeaba demasiado bien las olas y que, de haber estado ella al timón, habría vuelto al canal. También pensó que parecía navegar demasiado hundido en el agua.

La señora Davis estimaba que el *Keynes* estaba a unos mil metros del *Brandy-Gal* cuando estalló. Al instante siguiente de la explosión, lo único visible era un resplandor blanco, más grande que el crucero, y una infinidad de objetos pequeños que salían despedidos de él. Hubo un ruido que ella describió como agudo y fuerte al mismo tiempo, una especie de crujido que le hizo vibrar los oídos y sintió calor en la cara. Simmons Davis giró el *Brandy-Gal* y volvió atrás en una inútil búsqueda de sobrevivientes. Sabía que allí había unos treinta metros de profundidad. Aseguró una pequeña ancla de repuesto a un flotador naranja con una larga cuerda trenzada de nylon, y la arrojó por la borda. Luego, ayudado por su mujer, con redes barrederas recogió los pocos restos que flotaban. Medio salvavidas quemado. Una gorra blanca manchada, todavía humeante. La tapa de una nevera portátil.

Llamó por radio a los guardacostas para informar del accidente, y después continuó su camino, mientras su mujer, Brandy, vomitaba por la borda.

Pocos minutos después de la explosión la policía de Fort Lauderdale recibió una llamada anónima, que fue grabada. Era una voz masculina, profunda, con un acento que podía ser español o portugués.

«El Ejército de Liberación del Pueblo Chileno ha ejecutado al cerdo doctor Meyer. Muerte a todos los que ayuden a la dictadura militar fascista».

Yo no supe nada del asunto hasta que regresé a Bahía Mar el lunes, poco después de las seis de la tarde. Salía del apartamento y me dirigía al embarcadero F-18, donde está amarrado el barco en que vivo, el *Busted Flush*, cuando

me crucé con el capitán Johnny Row y me dijo:

—Eh, han atrapado a Meyer.

Me detuve y le miré.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Diablos, que le han volado.

—¿En Toronto?

—¿Qué es eso de Toronto? En ese pequeño crucero suyo. Ha sido esta mañana, después de pasar la boya. Lo han hecho saltar por los aires y ya han reivindicado el atentado.

—¿Quiénes?

—Uno de esos grupos de terroristas. Ya sabes, el Ejército Rojo de Liberación, Verdad y Justicia, o qué sé yo, uno de ésos.

De pronto me sentí vacío y mareado.

—Johnny, ¿no sabes quién iba a bordo del *Keynes*?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Acabo de llegar de Key West.

Se lo expliqué con paciencia:

—Meyer está dando una serie de conferencias en un seminario internacional de banqueros en el Queen College de Toronto. Su sobrina y el marido de ésta estaban de vacaciones. Tenían que vivir en el barco durante las dos semanas que iba a durar el viaje de Meyer. Este lo había arreglado todo para que Hack Jenkins les llevara a pescar o navegar si querían, porque ninguno de los dos sabía gobernar un barco.

Hack estaba libre porque le está cambiando el motor a su barco.

Johnny Dow se quedó helado.

—Sabía lo del cambio de motor del *HooBoy*. ¡Jesús! Según dicen, ha sido un estallido infernal. Todos los que estaban a bordo han volado por los aires hechos pedazos. ¡Jesús! Será mejor que vaya a ver a la mujer de Hack. Esto es terrible, Trav.

Johnny desapareció bajo la llovizna. Abrí la puerta del *Flush*, desconecté el sistema de alarma y oí que sonaba el teléfono.

—¿Ha vuelto Meyer antes de lo esperado? —preguntó Annie—. Por favor, dime que no lo hizo.

—No, querida. Mañana tiene que dar la última conferencia y tiene pasaje en un vuelo que llega a Miami mañana a las ocho de la noche.

—En las noticias han dicho que una mujer de otro barco ha visto a tres personas a bordo del crucero de Meyer, antes de que

estallara. Y creía…

—No, la tercera persona era el capitán que habían contratado. Un amigo mío y de Meyer. Creo que le conociste una vez: Hacksaw Jenkins. Hack.

—¡Ah, sí! Ese tipo grandote que parecía un luchador japonés, que tenía una mujer chiquita y simpática. ¡Qué horror! ¿No lo has oído por la radio cuando volvías?

—Siempre que puedo evito las noticias. He puesto cassettes durante todo el camino.

—¿Tienes algún teléfono donde llamar a Meyer?

—Sé en qué hotel está. Podría llamarle, pero no sabría qué decirle. Es muy triste y muy irónico, Annie. Después de todo lo que hemos hecho para sacar a Meyer de su depresión…

—Oye, hazme saber cómo va todo, cómo reacciona. Quiero mucho a ese viejo oso.

—Me mantendré en contacto.

No tuve necesidad de llamar a Meyer. Mientras desempaquetaba mis cosas, él me llamó a mí.

—¿Travis? Un reportero del *Miami Herald* me lo ha dicho. ¿Es verdad? ¿Están todos muertos?

—No he sabido nada hasta hace quince minutos. Johnny Dow me lo ha dicho. Él creía que estabas a bordo.

—Ojalá hubiera estado allí. —No era pose. Lo decía de corazón.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunté.

—No sé. Ni siquiera puedo pensar. De todas maneras, ¿qué podríamos hacer? ¿Adónde han llevado los cuerpos?

—Meyer, según me han dicho ha sido una gran explosión. Muy violenta. Después de pasar la boya, en pleno océano. ¿Quién te lleva el seguro?

—No puedo recordar su nombre. Tú le conoces. Un tipo alto.

—Sí. Walter. Probablemente ya lo sabe.

—Antes de telefonearte, he consultado con la oficina de viajes del hotel, y no puedo irme antes del vuelo que tengo reservado para mañana.

—Iré a buscarte al aeropuerto a las ocho y diez. ¿Quieres que avise a alguien?

—Hay una libreta de direcciones en el… ¡Dios mío, eso tampoco existe ya! Thatcher, Hatcher, Fletcher…, uno de esos nombres.

Travis, lo que no entiendo es todo este grotesco asunto de Chile. Hace tres años estuve una semana en Santiago. Fue una pequeña reunión. Nos invitaron para asesorar al gobierno militar sobre el control de la inflación. Nos hicieron caso y tienen la inflación controlada, no como en Brasil, Argentina y Perú. Era una pequeña conferencia internacional: Inglaterra, Francia, Canadá, Estados Unidos… Una docena de expertos. Pero yo no escribí el informe final, ni siquiera una parte de él.

—Escucha, Meyer. El mundo está loco. Tú estabas allí. Y alguien te puso en la lista negra.

—Y por eso han muerto Norma, Evan y Hack. ¿Puedes encontrar a quien lo ha hecho?

—Habrá un montón de gente competente tratando de encontrar al que lo ha hecho.

—Nunca encuentran a los terroristas. —Su voz era apagada y dolorida.

A las diez de la mañana siguiente, me comuniqué con una animosa persona en la centralita de la Amdex, en Houston.

—Con ustedes trabajaba una geóloga, Norma Lawrence.

—Lo siento, aquí no hay nadie con ese nombre, señor.

—Mire, sé que trabajaba en Amdex. Estaba de vacaciones.

—¡Ah, se refiere a Norma Greene! La señorita Greene.

—Está bien. Es ésa. Quiero hablar con su jefe.

—Es el señor Batcher. Lo siento, pero está fuera del país, señor. Si quiere dejar algún mensaje, le esperamos el viernes.

Suspiré con moderada exasperación.

—¿Hay alguien de su equipo, aparte del señor Batcher, que pueda estar interesado en saber que Norma Lawrence o la señorita Greene, está muerta?

—¡Oh, Dios mío! ¡No! ¿Quién habla?

—Me llamo McGee. Travis McGee. Soy un amigo. Su tío me pidió que informara a su jefe. Y eso es lo que estoy haciendo.

—El señor Dexter querrá conocer los detalles. Debe de estar a punto de llegar. ¿Dónde le podemos encontrar, señor McGee?

Le di el código de la zona y el número. Dijo que lo sentía mucho y le contesté que yo también.

—¿Un accidente de automóvil? —preguntó.

—Una explosión en un barco.

Oí que titubeaba.

—¿Sabe que esta mañana lo he oído por la radio? Pero no lo he relacionado con ella. No he prestado atención a los nombres. ¿Ella, su marido y un guía de pesca? La radio ha dicho que tal vez había sido algún grupo terrorista cubano. ¿Por qué…? Oh, el señor Dexter acaba de entrar. ¿Le pongo con él?

—Se lo ruego.

Pocos minutos después oí su voz.

—¿Señor McGee? ¿En qué puedo servirle?

—El tío de la señora Lawrence me ha pedido que llamara a su jefe para comunicarle que ella murió ayer en la explosión de un barco, cerca de Fort Lauderdale, junto con su marido y un capitán local.

—¿Lawrence? ¿Norma Greene Lawrence?

—Así es. —Hubo un silencio tan largo que pregunté—: ¿Está usted ahí? ¿Oiga?

—Perdóneme. Ha sido un golpe terrible.

—Sólo quería avisar al señor Batcher. No creí que usted la conociera.

—Señor McGee, ésta es una compañía pequeña. Poco más de doscientas personas. Lo mejor que hemos hecho hasta ahora ha sido contratar a Norma Lawrence un año después de salir del Tecnológico. Se la quitamos a Conoco. Era…, iba a ser una de las mejores geólogas.

Dijo algo más, pero un repentino ruido apagó su voz.

—No le he oído. Disculpe.

—Estaba diciendo que es una gran pérdida. ¿Cómo fue?

—Parece que alguien colocó una bomba en el barco en donde viajaba; algún loco que trataba de matar a su tío. Pero él estaba en Toronto. Esta mañana pensaban bucear en el lugar del suceso, pero el tiempo era muy malo; hay olas de tres metros y mucha espuma. Había una boya de señalización que había dejado allí un crucero, pero anoche se la llevó el mar.

—No sé qué decir. Tal vez su tío sepa cuál era su situación económica personal. Por supuesto que nosotros tenemos un programa de seguros. Y debe de haber otros fondos que pagarle a

ella o a sus herederos.

—Haré que él se ponga en contacto con ustedes. ¿Cuál es su nombre completo?

—D. Amsbary Dexter.

Supuse que de ahí venía el Amdex, su compañía. Anoté su dirección y teléfono y él me agradeció que le hubiera llamado. Dijo que era algo terrible, y yo coincidí con él. Tenía una de esas finas y rápidas voces tejanas. No la voz de un tipo campechano, sino la de una persona enérgica, afanándose en venderte.

A las nueve de la noche del martes, cuando se extinguía la última luz del día, salí del aeropuerto y me dirigí a Lauderdale en la camioneta Mercedes que le había pedido prestada a la amiguita de Alabama Tiger, la que se encarga de su tugurio flotante cada vez que él va a Guadalajara a que le arreglen su vieja cara. Ráfagas de viento lanzaban la lluvia contra las ventanillas del lado derecho del coche. Meyer estaba sentado a mi lado, mojado y enfurruñado, irradiando melancolía y hablando sólo cuando yo le decía algo.

—¿Les molestó que no dieras la última conferencia?

—Estaba allí. Había aceptado su billete de ida y vuelta, habitación de hotel y comida. Di mi conferencia. Pero sólo porque era más fácil que no darla.

—El tiempo ha sido horrible.

—Uhm.

—La tormenta tropical está más cerca, pero no creen que llegue a convertirse en huracán.

—Uhm.

La conversación no marchaba, así que me quedé en silencio. Al cabo de quince minutos dijo:

—En estos últimos meses he cogido la costumbre de ver televisión.

—¡Meyer!

—Ya sé, ya sé. Es un laxante para la mente. Pensar es doloroso. Los malos recuerdos no cicatrizan. La televisión los barre. A las cinco de la tarde, solo en mi barco, puedo ver una reposición de MASH en un canal, y luego, cambio y me encuentro con otra reposición. Viejas películas. Sabes, la introducción se ha mantenido

casi igual. Los helicópteros llegan por el costado de la montaña. Después viene una toma desde arriba del complejo hospitalario. Luego una ambulancia, una toma más de cerca de los helicópteros, y luego la gente corriendo por la colina hacia la cámara. En el centro de la pantalla, una mujer joven corre hacia ti, un poco más adelante que los otros. Se la ve durante unos segundos. Pelo oscuro. Su rostro muestra el esfuerzo de correr y su preocupación por los heridos. Una mujer bonita, casi hermosa, con el cuerpo fuerte y esbelto. Viste uniforme. Se ve el brillo de la placa de identificación en la solapa de su blusa. Muchas veces he pensado en ella, Travis. Esa toma fue hecha hace años. Ahora ella debe de tener treinta años. A lo mejor, cuarenta. Pienso mucho en ella. Cuando filmaron esa introducción, ella no podía saber que quedaría allí, congelada en el tiempo, ansiosa y corriendo. ¿Alguna vez pensará en lo extraño que es eso? Multiplica los episodios originales y las innumerables reposiciones de cientos de canales, y comprobarás que la han contemplado billones de veces. ¿Cuánto se le paga a una persona para que la vean billones de veces? ¿Cuántos miles de kilómetros ha corrido? Tal vez nunca piensa en eso. O sólo bosteza cuando se ve. La otra noche volví a verla, muy tarde, en una habitación del hotel de Toronto. Y se convirtió en Norma: pelo oscuro y vitalidad. Ahora sólo es una imagen de una cinta. La muerte es una reposición sinfín que no cesa hasta que muere la última persona que es capaz de recordarte.

No le había oído hablar tanto desde aquel maldito día de junio en el que Desmin Grizzel le había aterrorizado tanto que, en su temor, había violado su propia imagen de sí mismo. No le contesté nada porque quería que siguiera hablando. Tenía miedo de que pudiera decir algo que le hiciera cerrarse de nuevo, como una almeja en peligro.

—He repasado la larga lista de lo que debería haber hecho y no hice —continuó—. Ir a la boda. O por lo menos elegir un regalo y mandárselo en lugar de un cheque. Era mi último pariente carnal. Es como un temor supersticioso, no tener a nadie en el mundo directamente relacionado contigo. Como si hubieras empezado a desaparecer. Norma no era guapa, pero estar enamorada la embellecía. Lo noté. Y últimamente no he notado demasiadas cosas, ¿verdad?

—No. No demasiadas.

—Hasta ese punto, en ese sentido, me venció Desmin Grizzel. Toda mi vida, hasta este último año, siempre lo había notado todo. Notado, analizado y archivado. Observaba a la gente, la entendía, y me gustaba casi todo el mundo. Si extinguió eso en mí, entonces me mató, porque mató esa parte de mi persona que era la que me hacía sentir más vivo. Y yo permití que eso ocurriera.

—Meyer, no había manera de…

—¡Silencio! —dijo con sorprendente vehemencia—. He estado pensando mucho en aquella escena lamentable, cómo me senté en el suelo hecho un flan, haciéndome pis en los pantalones, mientras contemplaba a ese maníaco disparar contra el mejor amigo que tenía. De alguna manera, creo que me enamoré de esa imagen de mí mismo. ¡Pobrecito! ¡Oh, qué pena!

—Pero…

—Hoy, en el avión, he analizado mi situación largamente, con más tranquilidad. He visto mi rostro reflejado en la ventanilla. Uno puede cansarse hasta de la vergüenza, del asco de sí mismo, de saber lo mezquino que es uno mismo. Maldita sea, soy un académico. No tenía porqué convertirme en una especie de superhéroe, en un paladín de la justicia. No se pretendía que no tuviera miedo a la muerte repentina. Es curioso, pero no tengo miedo a la perspectiva de mi propia desaparición. Voy a morir, como lo harás tú y todos los que conocemos, y no creo que ese hecho merezca mi resentimiento. Por supuesto que la vida es injusta. Lo único que se puede esperar es que el momento final no nos ocasione demasiado dolor. Fueron sus ojos terribles y esos cuatro cañones de su extraño revólver. Algo en mi interior se derrumbó, haciéndome llorar, mear y quedarme quieto. ¡Pero eso no significa que…!

—He tratado de decirte…

—No te he prestado atención en estos últimos meses. Estaba demasiado encantado con mi humillación, con el modo en que se habían derrumbado mis sueños adolescentes de héroe. Al otro lado del pasillo del avión había una chiquilla. El asiento a mi lado estaba vacío. Le he sonreído y he hecho juegos con los dedos; ella se ha reído y ha tratado de esconder la cabeza bajo el brazo de su madre, avergonzada. Al final se ha acercado y se ha sentado a mi lado, y yo

le he contado una historia de un duende cobarde que se negaba a salir en Halloween para asustar a la gente, porque era demasiado gordo y vergonzoso. En mitad de la historia he comprendido que estaba contándole el cuento de Meyer el economista. El final se me ha hecho fácil. Hubo una reunión en el Consejo de Duendes y llamaron a Meyer para decirle que no se preocupara. En cada grupo de duendes tenía que haber uno cobarde que se quedara metido en su cueva. Si no, ¿quién recibiría a los otros duendes cuando volvieran a casa después de sus aventuras? Así que he encontrado un lugar para mí: recibir a los duendes, incluidos los míos.

—Siempre ha habido…

—No, Travis. No para el Meyer del año pasado. No había cabida para él. Pero para este Meyer, ¿por qué no? No soy el mismo de antes del incidente, soy menos… ingenuo. ¿Sirve esa palabra?

—Creo que sí.

—Tú siempre has sido menos ingenuo que los demás, Travis. En muchos sentidos eres un ser diferente. Pero eres mi amigo, y no quiero perderte. Quiero que me ayudes. Alguien hizo estallar mi barco y con él todo mi pasado, incluyendo a mi única sobrina. Quiero encontrar a esa persona. Y matarla. ¿Acaso es una meta indigna?

—Es comprensible.

—Estás eludiendo la pregunta.

—Si quieres un juicio moral, ve a ver a un sacerdote. Te ayudaré a hacer lo que quieras. Y es *muy* agradable tenerte de nuevo aquí, aunque sea en condiciones un tanto alteradas. ¿De acuerdo?

Contemplé su rostro en la penumbra del coche y vi que estaba sonriendo. Era agradable verle sonreír. Completamente imprevisto. Creía que esto sería su fin. Pero le había sacado de su estado… no del todo, pero lo suficiente para tener esperanzas.

—No hago más que pensar en aquella tarde de domingo a bordo del *Flush* —musitó—. Estaban muy enamorados, ¿no te parece?



Tres

Debo reconocer que no fue una tarde aburrida, porque Evan Lawrence no era la clase de tipo que permitiría que pasara algo semejante. Le calculé unos cuarenta años, diez o doce más que su mujer. Tenía la cara ancha y chata, el pelo castaño desteñido por el sol, la nariz aplastada y una sonrisa pícara; el aspecto de una persona que vive al aire libre, con grandes arrugas debajo de los ojos. Debía medir un metro setenta, apenas unos centímetros más que su mujer, y era ancho de hombros. Norma, su mujer, tenía la frente estrecha, nariz larga, dientes brillantes, una barbilla redondeada y el cuello largo. Pero sus ojos eran preciosos, su larga cabellera tenía un brillante tono negro azulado, y sus movimientos eran elegantes. Cuando sonreía y miraba a Evan, era francamente hermosa.

Evan le hizo a Meyer una docena de preguntas sobre cómo había preparado la salsa de carne. A mí me hizo cincuenta preguntas sobre el *Flush*. Tomamos varias botellas de chianti mientras comíamos el seviche que yo había preparado, y luego comimos los *spaghetti al dente* con la salsa de carne que había traído Meyer.

Después de la cena, Evan nos contó cómo había conocido a Norma.

—Fue en Cancún. Había ido a visitar Yucatán con mi amigo Willy, y estaba ayudándole a vender uno de esos apartamentos por

temporadas. Se había atascado con algunos porque tenía que sacar cien de los grandes, así que había decidido dividirlos en semanas a razón de seis mil cada una y la gente compraba esas mismas semanas durante toda la vida. Willy les explicaba que se habían metido en la gran computadora de las vacaciones, de modo que los posibles compradores podían hacer cambios con otros papanatas que hubieran comprado la misma semana en las costas de España o en Florida. Como yo no tenía permiso de trabajo, cuando vendía algo, Willy tenía que darme el dinero en metálico y no anotarlo en los libros. Siempre he sido hábil para vender. Soy un luchador, y siempre hay cosas para vender y gente que las compra, de modo que me encuentro cómodo en todos lados. Es una gran cosa, porque Norma debe viajar por todos los puntos de la Tierra.

»Un día me dirigía con la furgoneta hacia Mérida, para recoger unas cosas que Willy había encargado, y me topé con un viejo Dodge parado en el arcén. Una linda chica trataba de abrir el capot. Me detuve, retrocedí y le dije con mi mejor acento mejicano, ya que su pelo era tan negro: "¿Tiene algún problema, señorita?". Ella se dio la vuelta, me miró y contestó: "¿Problemas? ¿Yo? ¡Oh, no!, me encanta estar aquí parada bajo el sol, rompiéndome las uñas con esta llave de mierda". Fue un amor a primera vista, por mi parte, no por la suya.

Le abrí el capot, miré el motor y descubrí allí dentro una enorme rata, la cosa más grande que he visto jamás, del tamaño de una comadreja adulta. Los dos pegamos un salto y el bicho se escondió en alguna parte del motor. Lo revisé todo con mucho cuidado y vi que la rata había roído el aislamiento de los cables del motor de arranque. Le pedí a Norma que entrara en el coche y lo pusiera en marcha mientras yo hacía un puente con un destornillador. Cuando hizo contacto y empezó a rugir, la vieja rata se escabulló hacia los matorrales. Lo que ocurrió fue que Norma se había detenido en la carretera para ver una formación de rocas que parecía interesante, y al volver al coche no pudo hacerlo arrancar. Sólo hacía un «clic» cuando giraba la llave. La llevé a un taller mecánico de la ciudad y nos sentamos en una terraza a beber ron durante la media hora que tardaron en cambiar los cables que había roído la rata. Me costó mucho tiempo saber lo importante que era Norma allí; sus servicios habían sido solicitados por el mismísimo Gobierno mejicano.

—¡Epa, no era tan importante! —interrumpió Norma—. Tenía un amigo en el Tecnológico, el ingeniero Manny Mateo, que comenzó a trabajar para Pemex, la compañía petrolera del Gobierno. Descubrieron un nuevo campo al oeste de Maxcanú, al norte de la Bahía de Campeche, y tras la primera exploración geofísica supusieron que se trataba de un tipo especial de formación en el que me he especializado. Así que Pemex se puso de acuerdo con Am Dexter para que trabajara para ellos, y allí me fui, a hacer pruebas con mi computadora. Al final elegí un lugar para el pozo de prueba, crucé los dedos y volví a Houston. Me llevó unas nueve semanas.

—¿Hicieron el pozo definitivo? —preguntó Meyer.

Norma se encogió de hombros.

—A duras penas. Está muy lejos de sus campos grandes y de las refinerías. Es un pozo de prospección y un nuevo campo, pero la porosidad es mala. La MER es muy baja cuando se está tan lejos de…, perdonen, MER es el ritmo de Máxima Eficacia de Recuperación, y calculan que pueden obtener setenta barriles por día, que en Louisiana significaría la delicia de dos-mil-dólares-por-día, pero allí abajo no es gran cosa. Volverán a probar mil metros más hacia el norte, donde según las muestras deberían encontrar una formación más elevada.

—¡Siempre habla así! —exclamó Evan con orgullo—. ¿No es algo maravilloso?

Norma se ruborizó.

—Todos los geólogos hablan así.

—Fui tras ella. Cuando terminó y volvió a casa, yo también regresé. Cada vez que miraba a su alrededor, allí estaba yo. Hacia marzo se dio por vencida y aceptó que nos casáramos en abril. Meyer, me hubiera gustado que viniera a la boda. El cheque que nos mandó fue fantástico, pero el mejor regalo habría sido su presencia.

—De veras —comentó Norma Lawrence—. No sé por qué la gente de nuestra familia siempre se pierde las ceremonias. —Estaba pensativa, con los ojos llenos de lágrimas.

Meyer le tocó el brazo y habló, dirigiéndose a mí.

—¿Recuerdas cuando estábamos en las islas hace tres años, y al volver encontré un telegrama de hacía tres semanas que me anunciaba la muerte de mi hermana?

—Yo estaba con un equipo en el Canadá, y no me enteré hasta una semana después —dijo Norma—. Sus vecinos de Santa Bárbara me dijeron que la iglesia estaba casi llena. Recibió mucho amor de un montón de gente. Ella había dado mucho amor. Y estaba tan orgullosa de mí…

Se levantó de golpe y fue hasta la ventana para mirar el atardecer del segundo día más largo del año. Evan se acercó a ella y rodeó la esbelta cintura de Norma con su robusto brazo, hablándole en voz baja. Ella apoyó la cabeza en su hombro y casi en seguida los dos volvieron a la mesa.

Evan le sirvió vino y brindó con ella.

—Para que nunca vuelva a tener un día triste, señorita Norma.

Todos brindamos por ello. Evan Lawrence empezó a contar historias de todo lo que había hecho. Todas eran desastres, divertidas y bien contadas. Como aquella vez en que había tratado de entrar en el equipo de fútbol americano de la Universidad de Texas.

—… como un atacante pequeñito de setenta kilos, al lado de aquellos semiprofesionales que tenían allí. El grandote que estaba enfrente de mí parecía pesar cuarenta kilos más que yo, y me dio un golpe en el casco, me levanté y pensé: «Bueno, no ha estado mal». De pronto oí voces que me gritaban, volví en mí y estaba en la ducha con todo el equipo puesto, zapatos y todo. Todo el mundo estaba furioso conmigo.

Y después estaba aquella otra ocasión en que:

—Conseguí un trabajo con un viejo ranchero loco, al norte de Harlingen. El viejo señor Guffey había tratado de comprar un farol japonés de piedra para el jardín de su mujer y le pedían cien dólares. Se encolerizó tanto que consiguió un permiso de importación e importó treinta toneladas de faroles. Yo dormía en un cobertizo en la propiedad, y me despertaban antes del amanecer para desayunar una docena de huevos, cargar los faroles en la camioneta e ir a recorrer aquellos caminitos del demonio vendiendo faroles de piedra. Casa y comida más diez dólares de comisión a pagar cuando se vendiera el último farol. En ese rincón de Texas *nunca* van a necesitar un solo farol de piedra para sus jardines. Desarrollé mis músculos metiendo y sacando de la camioneta esas cosas estúpidas. Cuando me pagaron, fui a Brownsville a tomar mi

primera cerveza en tres meses. Desperté unas horas después detrás del bar, con la cabeza apoyada en una caja de cartón, sin dinero, sin botas y sin reloj. Me quedé allí pensando en lo extraño que era que un tipo como yo, con un diploma en administración de empresas, un título de *marketing* y otro de acompañante de señoras pasara así una noche lluviosa.

Al cabo de un rato contó:

—Un buen amigo mío dijo que se ganaba mucho viajando con el rodeo. Se conocían lugares nuevos, chicas guapas y la gente te aplaudía y todo esto. Dijo que yo debería montar el toro, porque no tenía habilidad con el lazo ni nada de eso. La primera vez duré más de tres segundos y gané algo de dinero del premio, pero el toro me golpeó la pierna con tan mala fortuna que tuve que andar un mes con muletas; pero me dejaron vender entradas. La chica más linda que vi por allí parecía John Chancellor disfrazado. Un día me pidió prestado el coche, lo deshizo y ella no se hizo ni un rasguño.

—¿Nunca has tenido un *buen* trabajo? —preguntó Norma.

—¿Te refieres a ganar mucho dinero? Oh, sí, demonios, tesoro. Trabajé más de un año en Dallas, vendiendo terrenos para la inmobiliaria Eagle. Ahorré ciento cuarenta mil, después de pagar los impuestos y gastos, y ese tipo me dijo que, ya que ganaba tanto, debía tener un apoyo. Y él mismo me ayudó. Me vendió ciento veinticinco mil biblias a un dólar cada una. La idea era guardarlas en un depósito durante un año, y luego dar veinticinco mil a las organizaciones religiosas y de caridad. En el interior de las biblias estaba escrito, claro como el agua: precio de venta: siete cincuenta. Lo que significaba que cada año yo estaría regalando ciento ochenta y siete mil dólares en biblias. Pero la mitad de eso sería deducido de mis impuestos como caridad. Dijo que era todo legal y que haría una buena obra. Después que se hubo ido, salió un artículo en el diario. El tipo era uno de esos vendedores de biblias de cincuenta centavos de dólar cada una. Fui a buscarle, pero en la dirección que me había dado sólo encontré un campo. Querida, he hecho dinero varias veces. Lo que necesitaba era una mujer inteligente que me ayudara a conservarlo el tiempo suficiente para gastarlo con cordura.

La tormenta se calmó cuando llegamos a Bahía Mar. Aparqué y cerré la camioneta, llevé a Meyer a mi casa y fui a devolver las llaves a Wendy.

—Quédate con Meyer —me dijo—. Quédate cerca de él. No le dejes solo mucho tiempo.

Cuando volví al *Flush*, encontré a Meyer preparándose una copa bastante fuerte de ginebra Boodles con hielo.

—Para el insomnio —me dijo.

Me preparé uno más flojo y subimos a los controles de cubierta, bajo el saliente que allí había. Hizo girar la butaca de estribor y contempló en la noche el lugar en donde había estado amarrado durante años el *John Maynard Keynes*. Levantó el vaso en un simbólico saludo.

—Maldito barco. Líneas feas. Destartalado. Sin suficiente cubierta.

Brindamos por el maldito barco.

Al rato, Meyer dijo con voz grave.

—Me siento vacío. Todo lo mío estaba a bordo del barco. Todos mis archivos y datos. Las copias de todo lo que había publicado. Todos los discursos, excepto los que me llevé a Toronto. Carta de gente muerta hace años. De mi padre. De viejos amigos. Fotografías. Mi biblioteca profesional. Cartas sin contestar. Mi libreta de direcciones. Me siento como, si de algún modo extraño, hubiera dejado de existir. He perdido casi todas las pruebas de mi existencia…

—¿Una caja fuerte?

—Sí. Con algunas cosas dentro. Pasaporte, partida de nacimiento, bonos al portador —giró la silla de manera que la luz del muelle le daba en el lado derecho de la cara—. ¡Todo es tan ridículo! No tuve nada que ver con el derrocamiento de Allende. ¿Cuál es la palabra que usan? Desestabilización. Cuando estuve en Santiago, los militares estaban ocupados en devolver a manos privadas los cientos de compañías nacionalizadas por Allende y mal dirigidas por su gente. ¿Quién se perjudica más con una hiperinflación? Los viejos, los pobres. Les ayudé tanto como pude. Programamos y recomendamos los controles suficientes para poner coto a la inflación sin ahogar la iniciativa. Nadie en Toronto había oído hablar de ese grupo. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Ejército de Liberación del Pueblo Chileno. Mañana vendrán dos hombres a hablar contigo. Han estado aquí esta tarde. No les he podido ayudar mucho.

—¿Quién tiene jurisdicción?

—Es difícil decirlo. El estado de Florida. Los guardacostas. Las agencias federales. La gente del fiscal está investigando, pero no se puede decir que muestre mucho entusiasmo.

—¿Y nosotros dos podríamos descubrir algo?

Traté de no parecer reacio al contestar.

—Te prometí que lo intentaríamos.

Cuando me fui a acostar todavía estaba allí. Se había preparado otra copa. Sabía cómo encerrarse. Después de apagar la luz, seguí pensando en él. El destino estaba tratando de aplastarle.

Llovía otra vez. Muy pronto oí el golpeteo del agua y vi luz por debajo de la puerta. Supuse que Meyer se iba a dormir.

Reconstruí de memoria la sentina del *John Maynard Keynes*, los dos motores, los tanques de gasolina (gasolina, no diésel). Busqué mentalmente el sitio en que yo hubiera puesto la carga explosiva, justo donde los dos tanques de gasolina pudiera ser utilizados como fuerza explosiva adicional, estallando al mismo tiempo que la carga y convirtiendo el barco en astillas. Tal vez lo habían detonado con un mecanismo de reloj. ¿Pero cómo podía saber el que lo puso que el barco estaría en aguas relativamente profundas en el momento de la explosión?

Si hubiera estallado en el muelle con esa fuerza, habría alcanzado a los barcos vecinos, matando a más de tres personas. La gente que coloca bombas en los aviones, por lo general usa relojes o detonadores que funcionan aun con baja presión atmosférica. No sería muy razonable que se colocara una bomba a bordo de un crucero de placer en el medidor de profundidad.

Era un problema interesante. ¿Qué hace un barco en aguas profundas que no pueda hacer en el muelle? Se balancea. Muy bien, señor McGee. Entonces lo mejor es usar una batería y un pedazo de alambre o de resorte muy duro y soldarle un peso en el extremo. De ese modo no se torcerá ni tocará el contacto, cerrando el circuito y disparando el detonador que activa la carga, hasta que el barco no empiece a oscilar en aguas agitadas. Ese mecanismo sería muy eficaz, porque tendría un tamaño reducido y no llevaría más que un

minuto instalarlo bajo la cubierta. Incluso podría haber sido colocado mientras llenaban los depósitos de gasolina en el muelle 66.

¿Y si venía alguien por el canal en dirección opuesta agitando el agua?

Está bien, tal vez fuera un poco más complicado. Debía de tener un dispositivo contador, una especie de rueda dentada. En la vigésima subida y bajada, *¡bumm!*

Y puede que estuviera a bordo semanas antes de la llegada de Norma y Evan. Quizá un falso representante de la fábrica fue a inspeccionar el nuevo extractor que había instalado Meyer y lo llevó a bordo en enero, dejándolo detrás de un hueco en uno de los depósitos.

Cuando la mente comienza con esa clase de razonamientos, es imposible dormir. Así que aparté mis pensamientos de los explosivos y pensé en Annie Renzetti, en toda su dulzura e inesperada fuerza. La fui dibujando lentamente, parte por parte, y dormí corriendo detrás de ella.



CUATRO

A la mañana siguiente, el cielo estaba oscuro y bajo como para poder tocarlo. Meyer estaba bajo la ducha cuando llegaron los dos hombres de Washington. El grandote y elegante, de pelo blanco y mejillas coloradas, era Warner Housell y pertenecía al comité antiterrorista del senador Derregrands, y el tipo estilo terrier, con peluquín y aparato para la sordera, era Rowland Service, un especialista del Departamento del Tesoro.

Los dos llevaban portafolios de cuero marrón con adornos de bronce. Les dije que Meyer estaría listo en unos minutos y les ofrecí café; aceptaron, pero sin crema ni azúcar. Parecían menos amistosos que la tarde anterior.

Meyer apareció envuelto en un albornoz alegando dolor de cabeza, y después de ser presentado se sirvió un poco de café añadiéndole un cubito de hielo para poder tomarlo más pronto.

Warner Housell hizo las preguntas. Después de su visita del día anterior, se había informado sobre la carrera de Meyer y se comportaba en forma respetuosa. Hizo unas rápidas referencias a los antecedentes de Meyer y luego preguntó:

—¿Cómo llegó a participar en la conferencia de Santiago?

—Me invitó el presidente de la London School of Economics, el doctor Isling Supongo que hubo algún tipo de proceso de selección, pero no se cómo lo hicieron. Era un grupo interesante.

—¿Había estado ligado a alguno de sus miembros?

—Muy indirectamente. Son buena gente. Académicos con gran sentido de lo práctico o de lo posible.

—¿Ha expresado alguna opinión, en sus discursos o sus escritos, sobre la manera en que el régimen militar trata a los disidentes?

—No he expresado ninguna opinión salvo con mis amigos como Travis McGee, aquí presente. Pero conozco los informes de violaciones de los derechos humanos.

Housell se volvió hacia mí.

—¿Recuerda alguna opinión emitida por el doctor Meyer?

—No podría citar sus palabras exactas. Hemos charlado sobre lo que él llama la paradoja del Sha de Irán. Cuando uno sofoca una rebelión matando a gente que intenta derrocar el gobierno para instalar el suyo, ¿hasta qué punto uno está violando sus derechos humanos y hasta qué punto ellos están violando los de uno? El Sha dejó que Khomeini escapara a París. Y Batista dejó que Castro abandonara Cuba. ¿En qué punto de la escala un disidente se convierte en un peligroso rebelde?

Meyer me miró con aprobación. Warner Housell tomaba notas.

—Veamos. ¿Conoce alguna amenaza a su vida como resultado de la conferencia de Santiago? Cualquier amenaza, por más indirecta que le parezca…

—No esperaba ninguna, así que en realidad no he estado muy atento. No ha habido cartas extrañas, ni llamadas telefónicas, ni encuentros violentos. Nada.

—El señor Service, por razones personales, considera que éste es un interrogatorio inútil. Su turno, señor Service.

Rowland Service sacó un pequeño bloc de notas y, en silencio, pasó las hojas una por una con la frente fruncida. Aquello era muy fatigoso.

—¿Cuál es su fuente de ingresos, doctor Meyer?

—Por favor, no me gusta el término doctor, guárdelo para los cirujanos y afines. Estoy acostumbrado a que me llamen Meyer. Vivo de mis conferencias, de trabajos de consulta y de los dividendos y ganancias de mis inversiones.

Service giró su cabeza de hurón para mirarme con sus ojos claros y juntos.

—¿Y usted, señor?

—¿Yo qué?
—¿De qué vive?
—Saco un poco de aquí y otro poco de allá.
—La impertinencia me molesta, McGee.
—A mí también, Service.
Housell intervino.
—Por favor, déjeme explicarle lo que está tratando de decir el señor Service…
—¡Maldita sea, haré mis propias preguntas!
—*Después* de que yo explique los antecedentes. —La voz de Housell sonó helada—. Dos organizaciones de Washington tienen contactos en los grupos clandestinos de Chile, a través de nuestra embajada. El régimen también tiene una red de información. El señor Service pasó casi todo el día y la noche de ayer investigando, pero no pudo averiguar nada, no sólo del llamado Ejército de Liberación del Pueblo Chileno, sino de cualquier antipatía hacia alguno de los economistas que asistieron a la conferencia de Santiago hace tres años. Las cosas se han calmado mucho allí. Ha habido suficiente progreso económico para que la gente mire con más simpatía a los generales. Dentro del contexto de acción de esos grupos, el ataque al doctor Meyer parece incomprensible. Por eso el…
—Continuaré yo —dijo Service—. Según nuestra opinión, esa llamada en la que se adjudicaron la responsabilidad fue para encubrir algo, para despistar. Es más probable que la explosión estuviera relacionada con el tráfico de drogas, el cual ha proliferado a lo largo de la costa de Florida.
Meyer hizo a un lado su café y miró fijamente al hombre.
—¡Tráfico de drogas! —su tono era incrédulo—. ¡Tráfico de *drogas*! Mi sobrina era una geóloga respetable que trabajaba para…
—No se agite. Hemos comprobado que era inocente como un recién nacido. Es de su marido del que dudamos —pasó una página de su bloc de notas y leyó los nombres—: Evan Lawrence y el capitán del barco, Dennis Hackney Jenkins, también conocido como Hacksaw Jenkins.
—No me parece posible en ninguno de los dos casos —interrumpí—. Evan Lawrence vino con su mujer desde Houston sólo porque ella quería que conociera a su tío, su único pariente vivo.

Hacksaw era un eficiente capitán y guía de pesca. Hay una larga lista de gente que no quería pescar más que con él. Poseía un talento especial para encontrar la pesca. Mantenía siempre en perfecto estado esa máquina suya. Le contrataban todas las temporadas y a precios muy altos. En otros tiempos había sido luchador profesional. También había pasado un año en la prisión del condado. Se crió en los Cayos. Allí hay docenas y docenas de Jenkins, todos parientes suyos. Sentó la cabeza cuando conoció a Gloria. Hace un par de meses cumplió los cincuenta. Fui a su fiesta de cumpleaños. Tienen tres hijos. El menor tiene quince años. Ni Hack ni sus hijos se meterían con drogas bajo ningún concepto.

El hurón me miró con aire tétrico.

—Comprobaremos todo eso, desde luego.

El otro agente se excusó.

—Por favor, disculpen a mi compañero temporal. Tiene modales muy rudos.

—Estoy aquí para hacer mi trabajo —dijo Service—. No para conseguir votos.

—Hágalo en otro lado —contestó Meyer.

Los dos le miraron.

—¿Qué significa eso? —preguntó Service.

—Aquí termina mi cooperación. Basta de preguntas y de respuestas. Fin de la entrevista. Váyanse.

—Lo sé todo de ustedes, los expertos de alto nivel —masculló Service—. La próxima vez que vaya por el gobierno para conseguir un contrato como consultor, tal vez se encuentre con…

Housell se puso de pie bruscamente.

—Vamos, Rowland, por Dios, está actuando como un idiota.

—¡Usted no sabe nada de interrogatorios! —gritó Service con disgusto.

Housell se lo llevó de allí a pesar de las protestas. Se volvió para sonreímos con aire de disculpa y la puerta se cerró tras ellos. Meyer fue a la cocina y se sirvió más café. Vi que la taza temblaba un poco cuando la levantó para beber un sorbo.

Se sentó y frunció el ceño mirando la taza.

—Quería que se fueran para poder pensar. Me distraían.

—Una distracción molesta, ¿eh?

—Exacto —bebió otro sorbo y dejó la taza a un lado—. Por

supuesto que el asunto puede haber tenido algo que ver con drogas. Alguien engañó a alguien o les entregó, y contrataron a un terrorista quien colocó la bomba en el barco que no era. Pero la llamada anónima elimina ese equívoco. El que llamó sabía mi nombre. Estoy pensando en voz alta, Travis. Disculpa.

—Continúa.

—La llamada se hizo unos ocho minutos después de la explosión. El que llamaba sabía que se produciría o estaba en un sitio desde donde podía comprobar la explosión y luego hacer su llamada. Por lo tanto, el explosivo tuvo que ser colocado justo antes de que Hack sacara el barco.

—Estoy de acuerdo.

—Si el que llamó sabía tanto de lo que sucedía, ¿cómo no estaba enterado de que yo no iba a bordo?

—Una suposición razonable.

—Por lo tanto, la llamada se hizo para desviar la atención del verdadero motivo y la verdadera víctima. Alguien quería matar a Hack, a Evan Lawrence o a Norma. Hubo una víctima y dos inocentes, no tres.

—¿Hack Jenkins?

—Es posible. Me pregunto por qué sacó el *Keynes* con el mar tan revuelto.

—Hack les llevó a pescar, mientras estabas en Toronto. A tu sobrina le gustó. Ella y Evan eran buenos marineros. Una vez salieron con tiempo bastante malo; supongo que Hack comprobó lo que aguantaba el *Keynes* y confiaba en el barco. Si hubiera hablado de que había algún peligro en aguas profundas, supongo que Evan y Norma, especialmente Norma, le habrían convencido para regresar si las cosas se ponían demasiado difíciles.

—¿De veras le gustaba pescar a Norma? —preguntó, alzando las cejas.

—Hack localizó algunos tarpones pequeños un par de días después de tu partida. Norma pescó uno de veinte kilos que saltó a cubierta, aplastó una caja de aparejos y volvió a saltar al agua, pero ella consiguió mantenerlo en el sedal y ponerlo en el garfio. Me lo contó cuando regresó, con grandes gestos y mucha energía. Por eso puedo comprender que sobrepasaran la boya.

—¿A Evan también le gustaba?

—Cualquier cosa que agradara a Norma estaba bien para él.

—Hacían una buena pareja —comentó Meyer—. No supieron qué les hizo volar. Buena frase, ¿no?

Pero no hay nada que pueda suceder tan rápido como para que no haya un brevísimo instante de conciencia. Cada célula nerviosa del cerebro puede establecer contacto con trescientas mil células más, usando cientos de ramificaciones nerviosas de ellas. Diez trillones de células, Travis, intercambiando información codificada constantemente. El cerebro tiene tiempo de pasar la noticia de su propia disolución, tiempo de confeccionar algunas preguntas sobre por qué, qué, quién…, ¿y qué me ocurre? Tal vez un mes de una enfermedad mortal se condensa en una milésima de segundo, en lo que se refiere a darse cuenta de uno mismo. Cada uno de nosotros es un experto en su propia muerte.

Sabía que esa extraña afirmación final era cierta. Somos expertos. Lo logramos al primer intento. Y pasamos demasiado tiempo pensando en ella antes de hacerlo.

—Los dos hijos mayores de Hack han regresado a la ciudad —le informé—. Están esperando a que el mar se calme para salir una noche, hacia las siete y media, junto con los demás barcos de alquiler, a arrojar una corona en el agua. El reverendo Sam John Hallenbee, de la Primera Iglesia Bautista Marina, oficiará un servicio encomendando a Hanck a las profundidades y todo lo demás.

—Me gustaría hacer eso para Norma y Evan. Pero todos sus amigos están en Houston. Tendré que ir allá para ver cómo están sus asuntos. Supongo que soy el único heredero, pero no estoy seguro…

—¿Quieres desayunar?

—Gracias, pero me carece que no podría aguantar nada dentro.

—¿Por qué no te viste y vamos a hablar con los chicos de Jenkins?

—Y con Gloria. Tengo que afrontarlo. Ella se sentirá molesta conmigo. Le pedí a Hack, como favor personal que llevara algunas veces a Norma y Evan en el *Keynes*. Me dijo que le encantaría hacerlo. Como estaba arreglando su barco y no podía salir al agua de vez en cuando, se sentía inquieto.

Meyer fue a vestirse, caminando con dificultad. No tenía mucha

ropa para elegir. Sus adoradas camisas viejas y pantalones habían volado junto con el barco.



CINCO

Dave Jenkins tenía veintidós años. Era guía en los Cayos y experto en la pesca del tarpón con mosca, actividad que exige estar mucho al acecho y ser más listo que los peces. Había oído decir que se estaba ganando una buena reputación tras sobrevivir a los intentos de los guías locales para echarle. Allí juegan fuerte. Había venido en cuanto se enteró de la noticia. Y Bud Jenkins, de veinte años, había llegado de la Universidad de Duke, en donde estudiaba gracias a una beca.

Hack y Gloria vivían en un *bungalow* de madera de dos dormitorios, en un lugar bastante alejado al este de la ciudad. Tenían media hectárea de llanura, dos higueras cerca de la casa, una laguna con gansos blancos y una cerca electrificada en tomo de la laguna para mantener alejados a los enemigos de los gansos. Había casi una docena de vehículos estacionados en el sendero y en el patio; muchos de ellos eran las brillantes camionetas que prefieren los capitanes de barcos de alquiler, con extravagantes accesorios. Un grupo alborotador de chiquillos corría por el barro. Mi vieja camioneta Rolls azul tenía un aspecto extraño aparcada allí, entre esas máquinas modernas, como una vieja dama de fin de siglo en un concierto de *rock*.

La pequeña casa estaba llena de gente. Pude verla a través de la ventana, moviéndose de un lado a otro. La intensa competencia

entre los guías de pesca desaparecía cuando se producía una tragedia.

Había un pequeño porche delantero, con un cejado inclinado, algo que sin duda se les había ocurrido más tarde. Dos escalones llevaban al porche. Mientras nos acercábamos a ellos se abrió de golpe la puerta mosquitera y apareció Rowland Service, el agente secreto, nuestro reciente visitante, con Dave Jenkins tan pegado a su espalda que tardé medio segundo en comprender la situación. Mientras me hacía a un lado, vi que Dave le estaba haciendo salir empujándole con una mano en la parte trasera de los pantalones y la otra en la nuca. Los ojos y la boca de Service estaban desmesuradamente abiertos. Dave le dio un empujón final y se detuvo al borde de los escalones. Service aterrizó de pie, demasiado inclinado para mantener el equilibrio. Hizo un gran esfuerzo, pero fue tropezando unos diez metros antes de caer de cabeza en la hierba mojada.

En seguida apareció Warner Housell, llevando los dos portafolios y tratando de no llamar la atención. Una sonrisa conciliadora aparecía y desaparecía en su cara una y otra vez, muy velozmente. Dave simuló darle un golpe y dio una patada en el suelo. Housell emitió un gemido, cruzó el porche y salió corriendo hacia donde Service estaba poniéndose en pie y tratando de limpiarse las manchas de barro de las rodillas.

—Hola, Trav —dijo Dave Jenkins—. Meyer.

Housell y Service se metieron en su coche alquilado. Service hablaba con enfado y Housell decía que no con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Han venido hace unos minutos. El grandote trataba de hacer callar al pequeñito, pero éste le ha preguntado a mamá si papá pudo haber volado por los aires por haber estado mezclado en algún asunto de drogas. Lo ha preguntado con malicia y en voz demasiado alta, pero yo le he puesto las manos encima antes de que alguno de los otros hombres tratara de matarle. Ha destrozado a mamá. Miserable enano. ¡Drogas! Papá tardó siete meses en reunir el dinero necesario para hacer arreglar el motor del *HooBoy*, para no tener que pedir un préstamo. ¿Drogas? Papá estaba en contra de

ellas. ¿Te acuerdas, Trav? Hace un año se encontró aquellos tres sacos de marihuana flotando cerca de Cayo Sherman; los cogió, los trajo y se los entregó a los tipos de narcóticos. De haber querido conservarlos, ¿quién lo hubiera sabido? Mamá ha dicho que ni siquiera probaba el alcohol desde hacía veinte años.

—¿Podría hablar con Gloria? —preguntó Meyer.

—Este momento no es el más apropiado. Está en el dormitorio con un par de amigas, rezando, llorando y abrazándose.

—¿Me echa la culpa? —preguntó Meyer.

Bud salió de la casa justo a tiempo para oír la pregunta.

—No creo que haya pensado en ello. Supongo que con el tiempo podrá superarlo.

Era el menos corpulento de los hijos, el que se parecía más a su madre; tenía las facciones delicadas y llevaba gafas con montura de acero.

—Cuando tengas oportunidad, dile que alguien trató de hacerlo parecer un acto terrorista —dijo Meyer—. No hay ninguna razón para que anduvieran detrás de mí. Y nadie ha oído hablar nunca de la organización que se atribuyó el hecho. Fue una tapadera. Creemos que si estaban tan enterados como para telefonear tan pronto del atentado también tenían que haber sabido que yo no estaba a bordo. Iban tras alguien. Los Lawrence o Hack.

Los muchachos negaron con la cabeza y Dave dio su opinión.

—Nadie hubiera querido matar a papá. Tal vez por accidente en una pelea, o algo así. A veces se metía en líos. Pero no de forma premeditada. No de esa manera. Mamá dice que a papá le gustaba esa pareja, que le encantaba mostrarles los lugares que hay a lo largo de Waterway, llevarlos a pescar. Pero no hacía más que quejarse de su barco, Meyer, decía que necesitaba una gran cantidad de reparaciones.

—Si lo descubren —acotó Bud—, verán que alguien vino de Texas siguiendo a esa pareja y les mató, sin importarle quién más moría junto con ellos. Tal vez fuera alguien a quien no le gustaba que su sobrina se hubiera casado con ese hombre. O a lo mejor tenía algo que ver con el petróleo, algo que ella sabía y que alguien quería ocultar para siempre. Si obtienen algún dato, tanto a mí como a Dave y a Andy nos gustaría saber quién lo hizo. No nos haría mucha gracia que se convirtiera en uno de esos casos que

tarda tres años en ir a juicio, y, que terminan clasificándolos como de segundo grado y después de un montón de apelaciones, el tipo sale al cabo de un par de años después. Nos gustaría mucho ahorrarle el jaleo de tener que esperar todo ese tiempo para el juicio.

Les miró a los ojos. Fue como si viera los ojos de Jack. El mismo color ámbar con reflejos dorados, un par tras unas gafas, y el otro semioculto entre las arrugas producidas por las horas pasadas buscando peces en las profundidades. Una orgullosa independencia.

—Les comunicaré cualquier cosa que descubramos —les dije.

Un aire de resignación diluyó la tensión del momento.

—Le diremos a mamá que no fue un atentado contra usted, Meyer —musitó Bud.

En el camino de vuelta a Bahía Mar, Meyer comenzó a hablar:

—En realidad jamás conocí bien a Norma. Un verano, fui a Santa Bárbara a visitar a mi hermana Glenna. Estuvimos un par de semanas recordando cosas del pasado, buenas y malas. Norma tendría unos catorce años. Estaba en una escuela para niños superdotados, y ese verano realizaba una especie de trabajos de campo con un grupo de chicos. Dormían en sacos. Recuerdo que tenía un martillo para rocas y un armario lleno de muestras clasificadas. Los ojos le bailaban y brillaban de puro entusiasmo por aprender. Su mundo tenía cuatro mil quinientos millones de años, y su vocabulario estaba compuesto por palabras como fallas niveladas, cactolitos, andesita y monzonitos. Hacía figuras con las manos para mostramos cómo habían aparecido las montañas. Es curiosa la manera en que un cerebro joven y brillante, expuesto a un cierto tipo de conocimientos en el momento adecuado, se inclina hacia esos conocimientos, los absorbe y disfruta con ellos. Glenna ocultaba su desilusión al ver a su única hija dedicada a una vida que la llevaría de roca en roca con un martillo en la mano, una bolsa de muestras y un equipo de química. Creí que después de Toronto podría conocerla mejor. ¿Estuviste mucho con ellos?

—Nos visitaron en el *Flush* un par de veces. Norma estaba adquiriendo un hermoso bronceado. Él tenía tendencia a quemarse. Pero se notaba que estaban enamorados. Entre ellos había algo…

No encuentro la palabra adecuada para describirlo…

—¿Una tensión erótica?

—Correcto. Tangible. Casi visible incluso.

—Nunca creí que llegaría a ser apetecible. A decir verdad, Norma era una chica bastante común, toda rodillas, codos y dientes. Glenna pensó que le sería útil tener una profesión y me dijo que estaba segura de que Norma terminaría sumergiéndose en el mundo académico, llevando estudiantes a realizar trabajos de campo. Estoy dando vueltas a lo que quiero decir.

—Tómate el tiempo que necesites.

Nos habíamos detenido delante de un farol. Le miré. Meyer tenía el ceño fruncido.

—Travis, supón que un conductor borracho Hubiera atravesado la línea central matándoles mientras yo estaba en Toronto. Sería el mismo grado de pérdida. Mi obligación sería la misma. Ir a Houston y… poner las cosas en orden. Quiero llevar a cabo esa tarea personalmente, y puedo o no encontrarme con algo que esté relacionado con lo ocurrido. De ser así, no estoy seguro de que dé los pasos adecuados. ¿Me entiendes?

—Por supuesto.

—Si eso sucede, ¿vendrás a ayudarme?

—No lo sé. Tengo pendientes esos partidos de tenis con la hija del embajador, y había pensado hacerme arreglar los dientes. Ya sabes.

—Te pagaré los gastos.

—¡Por Dios, Meyer!

—Lo lamento. Es que no me siento muy a gusto en el mundo; no como antes. Supongo que es lo mismo que le ocurriría a una persona que hubiera estado en coma durante un año.

—Sólo tienes que gritar, e iré corriendo.

Al cabo de un par de días, las olas se calmaron y se pudo anclar una barcaza de trabajo más allá de la boya, para que los buceadores bajaran a rastrear lo que quedaba del *John Maynard Keynes*.

No era mucho. Las pesadas partes del viejo crucero estaban desparramadas en el fondo de arena, barro y algas. Todo el material liviano había desaparecido (madera, papel, plástico), arrastrado por

la marea y las corrientes a lo largo de la costa. Tras evaluar el daño producido en los restos metálicos (motores, anclas, y cadenas, frigorífico, cocina, timón y dirección, marcos de escotillas y barandas), el experto contratado consideró que se había utilizado una cantidad de explosivo muy superior a la necesaria para matar a las tres personas que iban a bordo y hundir el barco. Las palabras fueron: «una interesante sobredosis». Las pruebas para determinar el tipo de explosivo no fueron concluyentes, debido a la inmersión en agua salada. No se hallaron restos de un detonador.

Todos los barcos de Bahía Mar que pudieron hacerlo, y quisieron hacerlo, salieron en procesión al atardecer. Meyer y yo arrojamos nuestra corona para Norma y Evan a la marea. El ministro habló sobre el destino y el consuelo por el megáfono. Inclinamos las cabezas para rezar la plegaria final y regresamos, en comitiva, con las luces de navegación reluciendo en la creciente oscuridad. En un momento dado tuvimos que hacernos a un lado para dejar paso al *Royal Viking Sea*, un enorme hotel flotante con doradas luces, lleno de turistas que se dirigían a las islas a gozar de sus vacaciones.

Una vez en el muelle
F-18,
con el teléfono y el sistema eléctrico conectados, fuimos a comer algo. Volvimos a la cubierta superior del *Flush* a disfrutar de la cálida y luminosa noche; y nos recostamos en las tumbonas para mirar las estrellas que eran demasiado brillantes para ser oscurecidas por el resplandor de la ciudad y su niebla. Pero podíamos percibir, bajo el aroma del mar una acidez triste, mezcla de vino agriado y ratas putrefactas.

—Sigo pensando que encontraré algo y no seré capaz de hacer nada —dijo Meyer—. Ni siquiera tengo una foto de ella. Tenía una foto de la boda, una copia Polaroid.

—Creo que es posible hacer una copia de una copia. Perdona mi estupidez. Eso es lo que tendrías que hacer. Alguien debe de tener otra copia y tú puedes hacerte otra.

—Alguien de Houston —me aclaró—. Es posible.

Sabes, todas las fotografías que tema estaban en el *Keynes*.

—Mirare en el cajón donde guardo las fotos. Es probable que allí haya alguna, si la quieres.

—No puedo acostumbrarme a ser un invitado. Quiero tener un

barco y vivir en él como he hecho todos estos años.

—Si quieres podemos comenzar a ver barcos en venta.

—Todavía no. Es decir, si no te molesto.

—Hasta ahora no eres más que una molestia muy leve.

—*Alguien* de por aquí debe de haber sacado fotos de Norma y Evan.

—Seguro. ¿Pero quién? Serían instantáneas, la mayoría por accidente. Ahora recuerdo que había una foto muy borrosa que tomó la mujer de Venice; aquella que salió en los diarios dos días después del… del accidente.

—Tal vez sería más exacto que lo llamáramos asesinato.

Bajé a buscar el periódico atrasado, pero ya lo había tirado.

El sábado por la mañana llamé a un amigo que trabaja en la redacción del diario, Abe Palinka, y le pregunté por la fotografía. Abe hizo sus averiguaciones y me llamó.

—Era un negativo pequeño de una de esas Kodak que llevan cartucho. Tal vez sepas que de esa película se obtiene una reproducción muy poco clara en blanco y negro, y queda peor todavía al ser reproducida en el diario, pero Clancy pensó que servía porque era «dramática», como dijo; la escena anterior a la explosión. Lo que hicimos fue un trabajo urgente de revelado, hicimos una serie de copias, elegimos la mejor, la pasamos a blanco y negro y enviamos el resto del carrete a la señora…, ¿tienes un lápiz? Simmons Davis, 848 Sunrise Road, Venice, 33595. Hace mucho tiempo que no me das una noticia exclusiva, McGee.

—No ha sucedido nada.

—Seguro; si quieres que me crea eso…

—Gracias, Abe.

Llamé a la operadora y conseguí el número de Davis. Después de sonar varias veces me contestó una voz cálida, ronca y un poco sofocada.

—¿Diga?

—¿Señora Davis?

—Sí, habla Brandy Davis.

—Llamo desde Fort Lauderdale. Me llamo McGee. Travis McGee.

—Señor McGee, cada vez que oigo el nombre de su ciudad se me revuelve el estómago. Ya han pasado cinco días, pero todo está tan vivido en mi mente como si hubiera pasado hace cinco minutos.

Perdóneme, estoy un poco sofocada. Cuando ha sonado el teléfono estaba cerrando la puerta y he vuelto a entrar corriendo.

—No quiero entretenerla.

—Iba a la farmacia, eso es todo.

—La llamo porque un amigo mío era el propietario del crucero.

—Oí decir que no estaba en la ciudad cuando sucedió.

—Así es. Y todas las fotos que él tenía de su barco y de su sobrina volaron junto con lo demás. Vimos la que usted tomó y que apareció en el periódico…

—¡Qué mal trabajo hicieron! Por Dios. Me pagaron veinticinco dólares por el derecho de usarla. Ojalá no hubieran dicho quién la había sacado. ¡Hago fotos mucho mejores que aquélla!

—Estoy seguro.

—En realidad, tomé dos. Era un pequeño crucero muy feo, y no hubiera tomado ninguna de no ser porque Sim y yo coleccionamos nombres raros de barcos, y siempre tomamos una foto para demostrar que existe. Creo que el nombre más peculiar que hallamos en este viaje es el de un crucero a motor de Miami que vimos en Nassau; se llamaba *Estoy Perdido*. Bueno, tomé dos fotos porque mientras enfocaba, me pareció que una ola había tapado parte del nombre en la popa. Pero resultó que las dos salieron bien; las elegantes letras doradas se leen claramente. ¿Lo que quiere decirme es que ese pobre hombre quiere una foto de su barco y su sobrina?

—Así es.

—Las recibí por correo anteayer y las llevé en seguida a la casa de fotografías para que me hicieran una copia de veinte por dieciséis de la mejor, la que tomé más de cerca. En general eso tarda siglos, pero tengo las que hizo, o mandó hacer, el diario. Tal vez considere que es un poco morboso por mi parte hacer una ampliación, pero nunca me ha pasado una cosa así, nunca en mi vida. No necesito esas dos copias, así que se las enviaré por correo cuando vaya a la farmacia, ¿de acuerdo?

—Es usted muy amable —dije. Esperé a que encontrara un lápiz y le di la dirección.

—¿Su barco se llama *Busted: Flush*? ¡Debería ir a tomarle una foto! ¿Qué es?

—Una especie de casa flotante tipo barcaza, de quince metros y

dos diésel. Seis nudos sin viento en contra.

—Suena divertido. El nombre es raro. ¿No significa acaso…, algo así como «retrete»?

—No. Es una expresión de póquer. Es cuando…

—Sé jugar al póquer; conozco el *flush* y cómo arruinar una partida…

—Aquella vez tenía una carta negra tapada y cuatro corazones a la vista.

—¿Quiere decir que ganó el barco con…?

—No. Gané una buena cantidad con ese farol y por accidente dejé que se viera la carta tapada después de recoger la apuesta. A partir de la mano siguiente desconfiaron de mi suerte. Pero tuve muchas manos buenas.

Su voz bajó media octava.

—Da la impresión de que es un verdadero aventurero, señor Travis McGee. ¿No le gustaría darse una vuelta por aquí y recoger las fotos? Comienzo a sentirme sola. Sim está de viaje, dando una de esas estúpidas conferencias sobre el establecimiento de monopolios en Liechtenstein.

—Es una idea bastante atractiva, señora Davis, y la aceptaría con placer, pero el lunes tienen que colocarme una nueva prótesis.

—Bueno, tal vez la próxima vez… —dijo en seguida.

—Jamás hay que rendirse —agregué.

—Es cierto. Echaré esas fotos al correo en seguida. Ha sido muy agradable hablar con usted. Adiós, señor McGee.

Meyer voló a Houston el domingo y me telefoneó a las cuatro de la tarde. Parecía cansado.

—Un informe de mis progresos. O de mis no progresos. El tráfico en esta ciudad es monstruoso. Son todos maníacos. Me fui del hotel. Estoy en el apartamento de Norma. ¿Quieres tomar nota? —Me dio la dirección y el número de teléfono—. Es bastante bonito. De alquiler, lo que llaman un complejo ajardinado, sólo dos pisos, edificados en ángulo de forma muy inteligente para dar la sensación de intimidad. Todas sus cosas están aquí, y he pensado que sería más práctico que su abogado lo arreglara todo para trasladarme aquí. Dejó un testamento en el que me lo deja todo. Está fechado

después de la muerte de Glenna. Posiblemente pensaba cambiarlo en favor de Evan. Se casaron el diecisiete de abril. Es posible que él viviera aquí con ella desde antes. Casi seguro. He comenzado a revisar sus papeles. El abogado es bastante simpático. Pertenece a un estudio pequeño. Le llevaba los asuntos de los impuestos y al parecer le aconsejaba sobre inversiones.

Se llama Windham. Roger Windham. ¿Te he dicho que es simpático? Me estoy repitiendo mucho, ¿verdad? Encuentro que me canso con mucha facilidad. Hay mucho que hacer. Windham cree que Norma tenía algunas cosas en un almacén de depósito, en alguna parte. Y una caja de seguridad en su Banco. El abogado tendrá que arreglarlo para que se pueda abrir la caja en presencia de la gente del Banco.

—¿Quieres que vaya?

—Todavía no. Haré todo lo que tengo que hacer, y si sale algo a la luz, algo que sirva como pista sobre si alguien quería matarles, entonces, si no te es mucha molestia…

—¡No sigas! Esa señora Davis va a mandarme por correo una copia de cada una de las dos fotos que tomó. Las sacó por el nombre. Coleccionan nombres de barcos.

—Todo esto me parece una pesadilla. Aquí encontré una foto de sus padres y yo, de pie delante de unos árboles. Está en un marco de plata, sobre su tocador. No recuerdo cuándo la tomaron. En general recuerdo esa clase de cosas.

—Meyer, trata de dormir esta noche.

—¿Te hablé de mi correo?

—Falsifiqué tu firma para dar el cambio de domicilio. Ahora llega aquí. Hoy te ha llegado una publicación gorda de la Federación de Economistas, una factura del American Express, un catálogo del Vermont County Store y un resumen del Banco. Ah, he hablado con Irv. Hay un Rawson de diez metros, construido en Panamá City, Florida, anclado en el B-ochenta. Tiene forma de tarta de manzana. Los fabricantes se arruinaron porque los hacían demasiado bien. Dieseis GE, aire, sonda. Una pareja de edad vivía allí… él ingresó en el hospital en mareo, después fue a una residencia geriátrica y murió la semana pasada. La viuda quiere venderlo particularmente antes de ponerlo en manos de un intermediario. Sólo pide treinta días para mudarse a South Dakota.

Quiere cincuenta y ocho quinientos. Walter dice que puedes sacar treinta y nueve o cuarenta del seguro.

—Todavía no quiero pensar en eso.

—Es un buen precio, y el barco es bonito.

—Cuando compre otro barco tendré que pensar en un nombre. No podría ponerle el mismo.

—Bueno… sigue en contacto.

Así que me dirigí al

B-80

y me presenté a la señora de South Dakota. Me mostró el barco. Estaba orgullosa de su marido. Dijo que sabía que, tarde o temprano, uno de los dos tendría que morir, y que cada uno deseaba que fuera él mismo y no el otro.

—Parece que George ganó. Dígale a su amigo que es un bonito barco y que está bien conservado.



SEIS

Cuando recibí el correo el miércoles, me encontré con un grueso sobre con el nombre de Brandy Davis y su dirección grabados en la solapa. Era un sobre grueso, de papel amarillo brillante y dentro encontré las dos fotos, sin una nota o comentario.

Contemplé las dos fotos. En la popa del barco se leía el nombre, y se veía que el pequeño crucero se balanceaba bajo un cielo plomizo, rodeado de las crestas blancas de las olas en un mar que parecía un lavaplatos.

Una vez dentro del *Flush* las estudié con más cuidado. La primera mostraba el *Keynes* a una distancia de diez o veinte metros, alejándose, y la segunda a unos treinta metros. Suponiendo que la media de los dos barcos fuera de seis nudos, se estaba alejando a unas quince millas por hora, o sea, a un poco más de seis metros por segundo, las tres personas volaron en pedazos: la mujer alta y esbelta del flamante bronceado y bikini naranja fuerte, de pie a estribor, cerca de la baranda, saludando sonriente, su pelo negro al viento; la figura robusta de Hack Jenkins al timón, delineándose sobre el mar detrás del parabrisas, con su gorra de capitán griego calada hasta la nuca; y Evan Lawrence, inclinado sobre la borda, trabajando con un sedal, de tal manera que en la primera foto no se le veía más que su espalda y el trasero, y en la segunda comenzaba a enderezarse y a mirar a la cámara.

Tenía que ser Evan Lawrence, el hombre con quien había compartido mi pan, bebido mi vino y contado historias. Y de pronto no fue Evan Lawrence. En la segunda foto parecía una persona diferente, más joven, no tan robusta, cuya piel parecía tolerar más el sol, con el cabello más largo y blanqueado por la sal y los rayos solares. Después de ver la segunda instantánea, me fue imposible, mediante ningún ejercicio de la imaginación o de la voluntad, convertirlo de nuevo en Evan Lawrence. Pero parecía alguien a quien yo conocía de alguna parte. Repasé la línea de las cejas y la inclinación de la mandíbula, que se veía desde atrás, por el lado izquierdo. La imagen era clara. En la muñeca izquierda brillaba algo, un reloj o un brazalete. En el cajón encontré la lupa, pero ni con ella pude distinguir qué era. Miré la mano y descubrí algo muy sugestivo. El dedo meñique y el anular de la mano izquierda eran demasiado pequeños, apenas alcanzaba la mitad de su tamaño ordinario.

Y entonces supe quién era. En todo Charterboat Row se le conocía como Pogo, sólo Dios sabe por qué. Tal vez porque era tan alegre como esa comadreja inmortal. Meyer le había citado una vez como ejemplo de persona feliz. Adoraba el mar. Se excitaba terriblemente cuando atrapaban un pez. Su cuerpo parecía subsistir a base de bebidas gaseosas y desperdicios. Podía coser redes, manipular un sedal, pescar pececitos pequeños con la red, arponear peces grandes, limpiar un barco, ordenar, servir bebidas y subir a la torre atunera en busca de señales de peces en el mar. Era alegre, rápido de movimientos y amable con todo el mundo. Su cara sonriente tenía un aspecto fofo que no concordaba con su cuerpo fuerte. Tenía una vocecita aguda. Cada vez que un capitán necesitaba un marinero por unos días, allí estaba él. Siempre le pagaban en efectivo. Nunca pudo aprender a leer ni a escribir.

Me dirigí a Charterboat Row y encontré al *Key Kitty* con las escotillas abiertas. El capitán Ned Rhine miraba con aire compungido a un electricista que estaba trabajando allí abajo.

Ned me dio una cerveza y nos sentamos al lado del muelle. Hablamos del servicio religioso con las coronas, y de la dignidad con que lo estaba llevando Gloria. La mujer de Ned apostaba a que Gloria se volvería a casar. Nadie podía creer que fuera madre de aquellos tres robustos hijos.

—¿Has visto a Pogo por aquí? —pregunté con aire distraído.

—Ahora que lo pienso, no. Quizá hace más de una semana. ¿Tienes algún trabajo para él?

—Ajá. Si está disponible. ¿Dónde vive?

—Aquí y allá. Creo que últimamente dormía en el *Honeydew*, y trabajaba allí mientras Stub se ocupaba de los contratos de Roy. Pero a veces pasaba la noche en el cuarto de provisiones de Castel Marine. Pogo es un buen tipo. Trabaja mejor que muchos que se creen más inteligentes y a quienes prefiero no nombrar. Y nunca está de mal humor.

Cambié de tema y, después de un rato, me subí a mi bicicleta y fui hasta el muelle 66, al lugar donde ponen el combustible. Nunca compro allí, así que no conozco a los encargados. Había dos en la oficina, un hombre pelirrojo de cara larga y un joven cubano con la cabeza afeitada, que estaba llenando el depósito de un barco de Georgia. El pelirrojo había estado de servicio en la mañana del día cinco.

Recordaban haberle puesto gasolina al *John Maynard Keynes* sólo porque la policía les había interrogado cuando alguien les dijo que habían visto el *Keynes* en el muelle de combustible a las diez de la mañana.

Habían observado a la mujer del bikini, pero nada más. Creían que había tres personas en el barco. O tal vez cuatro. Era una mañana de mucho trabajo. La mujer había pagado en efectivo. Había ido abajo a buscar su bolso. Trescientos cincuenta litros de común. Ciento veintinueve dólares con veinte centavos. Había pedido un recibo.

—Sí, vi a Hack Jenkins por aquí —dijo el pelirrojo—. Recuerdo que me pregunté por qué iría en ese barco en lugar de en el suyo.

Ninguno de ellos conocía a un tal Pogo que trabajaba en los muelles de Bahía Mar. Eso no era extraño, ya que casi todos los capitanes de barcos de alquiler compraban su combustible en Bahía Mar. Todo fondeadero posee su propio grupo de clientes.

Mientras pedaleaba de vuelta a Bahía Mar, seguí cuestionando hasta las más mínimas probabilidades, esperando descubrir algo. Norma Lawrence no me había parecido la clase de mujer decidida que salta del barco para pagar las cuentas. Era más probable que cogiera el dinero de su bolso y se lo diera a Evan. ¿Y por qué Evan

había permanecido abajo cuando pasaron la boya y entraron en alta mar? Esos son los momentos en que los turistas están *siempre* en cubierta, despeinándose al viento como perros asomados a las ventanillas de los coches.

Subí la bicicleta a bordo, la aseguré a la anilla que había colocado en la pared de la popa, y entré en la sala, donde el aire acondicionado me heló el sudor provocado por el pedaleo.

¿Y si Evan Lawrence no estaba a bordo en el momento de la explosión?

Era una idea que me resistía a aceptar. Evan era un tipo muy agradable con una sonrisa franca, que contaba historias graciosas, un recién casado enamorado de su mujer. Pero si no había muerto en la explosión y no había comunicado que estaba vivo, entonces era posible que hubiera tramado él el atentado y hecho la llamada anónima para evitar cualquier posible sospecha.

Si era esa clase de hombre, tenía que haber dejado algún rastro de su vileza. No sabía mucho de él y Meyer tampoco. Una comida a bordo no es excusa para un interrogatorio. Me había parecido un tipo abierto, pero no podía recordar que hubiera hecho ninguna alusión a su familia. Sólo había contado historias graciosas de cosas que le habían sucedido aquí y allá, a lo largo de su vida. Cómo había conocido a Norma. Los extraños trabajos que había tenido. Nada más. Estaban enamorados. Y esa atracción física tan intensa que era tangible, como almizcle en el aire.

Esa tarde me di otra vuelta por Charterboat Row, después de que los clientes se hubieran fotografiado con su pesca, a esa hora en que se lavan los barcos, se ordenan los aparejos y se enjuagan los cascos con una manguera. Tenía que hacer un trabajo pesado y buscaba a Pogo.

Dan List, el capitán del *Nancy Mae III*, me sugirió que probara en la cabaña de una construcción, cuyo cartel decía: «Torres Shoriew, 200 elegantes apartamentos en condominio. $ 165.000 - $ 325.000. Visite apartamento de muestra. Listos para ocupar. Llame al número tal para concertar una cita». Pero la construcción se había interrumpido en el cuarto piso, y permanecía silenciosa recortada sobre el cielo, como una enorme cucaracha muerta. Alguien se

había quedado sin dinero, sin tiempo o sin vida.

En la cabaña encontré a un viejo, vestido de uniforme, que vivía allí. A la luz del atardecer pude ver que el interior estaba bien arreglado. El viejo tenía una gran barriga, y llevaba una insignia y un revólver en una funda negra.

—Si ve a ese tonto de Pogo, amigo, dígale que para lo único que tiene que volver aquí es para llevarse sus cosas. Están en una maleta y en una caja de cartón. La ropa que tenía y esos libros de fotografías pornográficas. Yo trabajo aquí, pero sólo hasta que los dueños encuentren a alguien que les cueste más barato, como Pogo. Yo soy un guardia de seguridad con licencia y mi mujer se pone nerviosa cuando tiene que quedarse sola en el apartamento mientras yo cuido de que los vagabundos haitianos y toda esa porquería no se metan en el edificio y hagan desastres. Dígale que si no viene pronto le voy a poner sus cosas en la calle. No hay ningún acuerdo que nos obligue a guardarle nada. Dígale eso.

—¿Hay algo de valor?

—Hay una caja de seguridad de metal gris. Está cerrada y no he podido encontrar ninguna llave. Y el televisor, que utilizo para no volverme loco, la imagen empieza a saltar y no se la puede parar. Tienes que esperar a que se pare sola. Parece como si los ojos se fueran convirtiendo en palitos.

Lo dijo dando palmaditas a la funda negra del revólver. El cuero estaba brillante, seguramente de recibir miles de palmadas. Era una costumbre que podía causarle la muerte. Le dije que si veía a Pogo se lo diría.

Cuando se informa de la desaparición de una persona, no sucede gran cosa. La policía local tiene prioridades. Nadie iba a informar sobre Pogo y no vi la razón para hacerlo yo. Habría un montón de entrevistas, de formularios que llenar. La gente va de un lado a otro del país, sin detenerse ni despedirse. No tiene mucha importancia para nadie. Las chicas tontas, melancólicas, que se escapan de sus casas son arrastradas a los bosques oscuros, y las fotos de su dentadura van a parar a los archivos. A medida que los años van haciendo su trabajo, las tumbas poco profundas se convierten en tumbas hondas, y muy pocos de los miles de cadáveres de vagabundos son descubiertos alguna vez. Entierros sin caja, sin cruces, tierra arrojada con premura sobre una horrible mueca final.

El viejo guardia de seguridad terminaría por abrir la caja, sacando lo que hubiera de valor y destruyendo el resto. El camión de basura se llevaría la maleta y la caja de cartón de Pogo empapadas por la lluvia. Y años después, alguien diría: «Eh, ¿recuerdas a Pogo, el que solía trabajar por aquí? Era un poco tonto, pero un buen trabajador».

Y algún otro contestaría: «Debió de ser antes que yo me estableciera aquí».

Nadie recuerda por mucho tiempo. Como el dueño del *Nancy Mae III,* que gobierna Dan List. Hace tres temporadas tuvo una racha extraordinaria jugando con los Dolphins, antes de deshacerse la rodilla en un partido. Y ahora ni siquiera puedo recordar su nombre. Era rápido como una ardilla y hábil como un artista. Pero no sería capaz de recordar su nombre ni aunque me colgaran.

Pensar en la mortalidad suele hacerme sentir solo. Volví al *Flush*, me recosté y llamé a Annie Renzetti por la nueva línea privada de su cabaña en la playa, allá en Naples. Sonó cuatro veces y colgué. Si estaba sola, podía contestar antes de la cuarta llamada. Si no estaba sola, podría llamarme después. Si no estaba allí, ninguna otra persona contestaría el teléfono.

Volví a probar a las nueve y cuarto, y esta vez me respondió ella desde la cabaña.

—¿Cómo estás, Annie? —le pregunté.

—He tenido un día agotador, cariño. Empiezan a llegar mañana antes del almuerzo.

—¿Quiénes?

—Mi convención, tonto. ¿Te habías olvidado? Cincuenta y tres especialistas y sus mujeres o maridos o amantes más íntimos. Proctólogos.

—Había olvidado que era esta semana.

—El lunes por la tarde, cuando se vayan, dejaré de tener esta sonrisa falsa en mi cara. Mañana temprano vendrá un mequetrefe computerizado de la oficina central para controlar mis preparativos. Este grupo no quiere saldos. Lo quiere todo a lo grande, y lo tendrán. La gerencia quiere que vuelvan todos los años. No podrías creer lo que he pagado de carne únicamente. Langostas y almejas enviadas por avión. Orquídeas para las damas. Un buen trío de *jazz* en el salón. Cuando lleguen, yo personalmente habré inspeccionado

cada *suite*, cada cama, cada toalla, cada bombilla. Lo que me molesta, Trav, es que manden a un mequetrefe para comprobarlo. Ya les he demostrado qué soy una buena gerente. Todos los meses recibo la publicación de la cadena. Siempre estoy entre los mejores diez en cuanto a ganancias y ventas, en porcentaje de ocupación del hotel y organización del personal. Me contrataron para dirigirlo, así que deberían dejarme que lo hiciera, ¿no te parece?

—¡Estoy de acuerdo! Claro que sí.

—Dios, Dios, cómo me dejo llevar. ¿Por qué tengo que tomarla contigo?

—Soy tu amigo, ¿recuerdas?

—Pues si estabas pensando en venir ahora…

—¿Es mejor que lo olvide?

—Sí. Espera hasta después de la convención. Luché para que no se hiciera. No creo que debamos tener convenciones aquí, ni siquiera en temporada baja y a precios máximos. He tenido que decirles a buenos clientes que no podía hacerles reservas, para acomodar a estos… estos…

—Cuidado.

—¿Estás bien, amor? Pareces deprimido.

—Más bien me siento solo. Meyer me ha llamado desde Houston. Obtuvo permiso para quedarse en el apartamento mientras se ocupa de los detalles. Parecía deprimido, pero me parece que está saliendo del paso. Sé algo que él no sabe, y no sé si decírselo. Voy a ir pronto a verle. Tal vez mañana.

—¿Qué es lo que tienes que decirle?

—No voy a contarte cómo lo he descubierto, pero si sólo volaron tres personas junto con el barco de Meyer, una era su sobrina, otra Hacksaw Jenkins y la tercera… un retrasado mental de por aquí, un trabajador errante al que todo el mundo llamaba Pogo, y cuyo verdadero nombre ignoro.

—¿Qué quieres decir con eso de si sólo tres?

—Las fotos no mostraban más que a tres. Tal vez Evan Lawrence estuviera abajo. Pero tengo la desagradable impresión de que se hallaba a salvo, en tierra. Sospecho que estaba en un sitio desde donde podía ver el *Keynes* y apretar el botón que accionó el explosivo. Tengo esa sensación aunque crea que no era el tipo de persona que haría eso. Me gustaba. Tenía una cara agradable,

arrugas simpáticas y una risa contagiosa. ¿Entiendes?

—Sé lo que quieres decir. ¿Cómo se las arreglaría para quedarse en tierra?

—No lo sé. Puede que se echara atrás en el último minuto, pretextando un dolor de estómago, por ejemplo. Hack habría llamado a Pogo entonces para que le ayudara con la pesca, porque él estaría ocupado en el timón con el mar tan picado. Hacía casi dos semanas que los Lawrence vivían a bordo. Tiempo más que suficiente para que Evan pudiera revisar los archivos de Meyer y enterarse de lo necesario para hacer una llamada convincente sobre la cuestión chilena.

—¿Y qué piensas hacer?

—Annie, puedo comenzar a revolver su pasado y descubrir si era lo que yo pensaba. En ese caso, él también murió. Si su rastro demuestra que no fue así, entonces tenemos entre manos un juego distinto.

—En cualquiera de los dos casos tendrás que llamar a Houston y decirle a Meyer todo lo que sabes. No te preocupes. Cuéntaselo todo.

—Y a ha sufrido tanto…

—Confía en que será capaz de aceptar esa máxima que dice que la vida es injusta. Y a veces muy desagradable.

—Sería mucho más fácil si tuviera tu cabeza sobre mi hombro, y te abrazara con mi brazo izquierdo…

—Oh, por favor, no sigas, McGee. No te serviría de nada.

—Déjame decidirlo a mí, al menos.

—De ninguna manera.

—¿De modo que seguiré estando separado de mi único y verdadero amor por cincuenta y tres proctólogos?

—Es una manera de verlo. Saluda a Meyer de mi parte. Dale mi amor, mi afecto y mi simpatía y todo lo demás. Y llámame desde Houston o desde donde estés…, pero no antes del próximo lunes por la noche, es decir, el… diecinueve. Y si las cosas se ponen feas, no hagas tonterías, ¿de acuerdo?

—No haré tonterías.

—Tengo una idea. Hay un sitio en la costa donde hay unos embarcaderos que los van a vender en condominio; en otras palabras, venden el embarcadero con el muelle, los pilones de

amarre y un techo, por unos cuarenta o cincuenta mil, de tamaño suficiente para el *Flush*. Todavía no he hecho cuentas, pero sospecho que podría convencer a la dirección para que me dejara invertir allí como un servicio adicional del Eden Beach. Luego podríamos hacer un contrato de alquiler contigo, algo para organizar fiestas permanentes en el barco, y que los clientes del hotel pudiera apuntarse y hacer cruceros para ver el paisaje, o cruceros con cóctel, o incluso con cena, si pudiéramos arreglar lo del servicio. Lo que quiero decir es que podría ser un buen medio de supervivencia para ti, querido. No sería espectacular, pero sí estable, y serías independiente. Además, nos veríamos… más a menudo.

—Y yo no andaría por ahí haciendo tonterías…

—Algo así.

—Y en esos cruceros con cena incluida, ¿podría llevar uno de esos enormes gorros altos y blancos de los chefs?

—No seas bobo, McGee.

—Mira en el fondo de tu corazón y dime si me ves haciendo eso.

—Humm…, maldita sea, no.

—De todas maneras, gracias por tu interés.

—De nada. Buenas noches, McGee. Te amo.



Travis McGee 20

SIETE

El jueves por la mañana, después del desayuno, pasó Dave Jenkins a verme. Parecía tener más de veintidós años. Estaba muy tostado por el sol del verano en los Cayos, y los músculos le resaltaban bajo el vello de sus robustos brazos. Tenía los hombros anchos, como los de Hack.

Hay que tener paciencia con la gente del lugar. Para ellos, todo debe tener un motivo y tarde o temprano se deciden a actuar, o cambian de idea y desaparecen. La manera más rápida de hacerles cambiar de idea es presionarles para saber qué quieren.

Dave miró a su alrededor.

—Lo has modernizado.

—Hace mucho que no subes a bordo.

—Creo que la última vez fue cuando tenía catorce años. Tú y papá echasteis un pulso que terminó en empate y duró unos cuarenta y cinco minutos. Recuerdo que estabais bañados en sudor, y que de vez en cuando gruñíais, con las caras como remolachas. Él era un poquito más fuerte, pero tú tenías mejor apoyo, porque tienes el brazo más largo.

—Lo recuerdo.

—Luego entró Meyer y dijo que era un empate, y los dos caísteis de la silla y os quedasteis tirados en el suelo, jadeando como perros en verano.

—Lo recuerdo muy bien. ¿Quieres una cerveza?

—Nunca lo olvidaré, nunca. Jamás había visto a nadie capaz de empatar con mi padre, en un pulso o en cualquier otra cosa. Me parece que es un poco temprano para tomarme una cerveza.

—¿Carta Blanca?

—Bueno, no es tan temprano para eso.

Me siguió a la cocina y saqué dos botellas frías. Volvimos a la sala y él se dejó caer en un sillón, bebió unos tragos y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Muy buenas. Gracias. Tú y mi padre erais amigos.

—Bastante buenos amigos.

—Me he enterado de algo, pero no sé qué hacer ni a quién pedir consejo. No quiero meter a Bud en esto. Ha vuelto a Duke para hacer ese programa de verano. Andy es demasiado joven. Y no puedo preguntárselo a mamá.

—¿De qué se trata?

Hubo una larga vacilación final, y luego se encogió de hombros y suspiró.

—Es esto. Me he montado un buen negocio en Marathon, pero no puede compararse con lo que papá tenía aquí. He repasado su lista para la próxima temporada y lo tiene todo contratado. Tú sabes cómo pescaba. Yo puedo hacerlo, pero no tan bien. Él olía los peces. El *HooBoy* será mío; podré conservarlo o venderlo, lo que quiera. He estado por ahí, hablando con los tipos de los barcos de alquiler para ver si podía conseguir algún trato para el barco y las reservas de alquiler. Todos han actuado de manera rara. ¿Sabes? Como si pasara algo que yo no pudiese comprender.

»Así que fui al astillero Dalton y Forbes, donde están arreglando el motor. Ellos también se comportaron de manera rara. Estará listo dentro de una semana. Sin que nadie me viera revisé las hojas de trabajo. El trabajo ya está pagado. Treinta y ocho mil dólares, y los pagó en efectivo.

—¿Por reconstruir un par de dieseis?

—¿Reconstruir? ¡Un cuerno! Le han instalado un nuevo par de motores de alta velocidad, con toda la potencia que te puedas imaginar. Han reforzado toda la parte delantera del casco. Hélices para alta velocidad. Controles nuevos. Por fuera está igual. Siempre le faltó un poquito de fuerza. Ahora, cuando alguien apriete esos

aceleradores, saldrá despedido como un cohete.

—¿Te refieres a un casco de desplazamiento?

—No. Es otro tipo de modificación; le han puesto en el casco una cosa que lo mantendrá en posición de planeo. Recuerdo que cuando era nuevo, si estábamos con viento a favor y le dábamos toda la potencia a los dos motores, volaba. Pero se necesitaba demasiada gasolina para lograr eso. Jerry Forbes me dijo que, cuando todo estuviera ajustado, podría dar algo más de cuarenta nudos. No quiero ni pensarlo. Papá le dijo a mamá que tenía que reunir cinco mil para arreglar los motores. He revisado sus papeles y allí no hay nada que indique de dónde salieron esos treinta y ocho mil o adonde fueran a parar. Trav, ¿en qué te parece que andaba metido?

—¿Han ampliado los depósitos de combustible?

—Han puesto depósitos más grandes, colocados de tal manera que el centro de equilibrio esté más adelante que antes. Cuando compró ese barco, yo tenía seis años, Bud cuatro y Andy ni siquiera había nacido. Estábamos tan orgullosos del *HooBoy*. ¡Era tan bonito!

—Tu padre era un buen hombre, Dave. Tenía muchos amigos. Trabajaba duro. Podrías confiar en él.

—¿Y de dónde saca un hombre como él treinta y ocho mil en efectivo?

—¿Has observado en estos últimos tiempos a la gente de los barcos de alquiler de la costa y de los Cayos? Hay una enorme cantidad de camionetas nuevas. Televisores nuevos con pantallas muy grandes. Flamantes lavadoras. Y viajecitos a Freeport para hacer compras, apostar y tal vez hacer una visita a la sucursal del Banco de Nueva Escocia.

—Por supuesto que me he fijado. Y eso me ha hecho pensar mucho. Conocí a un tipo de Marathon que tenía una pequeña lancha rápida. El casco era ligero como un cigarrillo y tenía potencia para llegar a ochenta y cinco nudos, según decía. Se ganaba diez mil a la semana transportando cocaína desde el barco madre. Una vez le esperaron y trataron de acorralarle. Eran tres lanchas, pero no tan rápidas como la suya. Lo malo es que trató de escapar dando la vuelta a un arrecife, calculó mal y estrelló su preciosa lancha, convirtiéndose en una bola de fuego que se extendió a lo largo de cincuenta metros en el agua. Pero no estamos

hablando de traficantes de cocaína sino de mi padre: Dennis Hackey Jenkins. Hack. Estamos hablando de mentiras y dinero en efectivo y del motivo por el que estaba convirtiendo el *HooBoy* en un torpedo.

—Mira, no quiero que pienses que le estoy excusando. Pero acababa de cumplir cincuenta. Los hombres hacen cosas raras cuando llegan a cierta edad. Se preguntan si su vida tiene sentido. Si podían haber vivido de otro modo. No le juzgues. Todo hombre puede caer en la tentación. Muy pocos son atrapados, la mayoría sale bajo fianza y algunos casos tardan años en ir a juicio. La oficina del fiscal en Miami lleva un retraso de nueve años en casos de narcóticos.

Se levantó de golpe.

—Gracias por el trago. Pero mi padre no era así. Tú lo sabes y yo lo sé. Y voy a averiguar qué estaba pasando.

Teñía una lealtad ciega. Me hizo desear que mi vida hubiese sido diferente, tener algún hijo. Seguro, McGee. Lo que tú quieres es la descendencia crecida, altos y robustos muchachos, sinceros y leales. Pero nunca quisiste saber nada de lo que había en medio: pañales, vacunas, Asociación de Padres y escuelas, programas de jubilación, listas de Navidad, intereses de la hipoteca, pagos del coche y facturas del dentista. Hiciste tu elección, muchacho, y vives de acuerdo con ella. Si no hay nadie a quien le importe un cuerno que te mueras, eso también forma parte del tipo de vida que elegiste. Tal vez eso era lo que trataba de decirte Annie hace un par de semanas.

Si Dave Jenkins era tan listo como yo creía, recogería el *HooBoy*, lo pondría de nuevo en el muelle y comenzaría a cumplir con los contratos de Hack. Hack no estaba trabajando con fantasmas. Tarde o temprano se sabría algo. Aparecería alguien. Los barcos de pesca de alquiler se estaban muriendo. El dinero escaseaba cada vez más. Muchos de ellos andaban detrás de los «cuadrados», como llamaban a los fardos de marihuana. Hack, o quienquiera que gobernara el *HooBoy* reformado, podría ganar diez mil dólares por cada viaje al barco madre, algún carguero oxidado resoplando a cien kilómetros de la costa.

Decidí volver a ver al muchacho cuando regresara de Houston,

para saber si había pasado algo. Pero no le iría a buscar para echarle un pulso. Parecía tan fuerte como su padre, y tenía los brazos más largos. Después de competir con él, tendría que lavarme los dientes con la mano izquierda durante una semana.

El viernes 16, un vuelo de Eastern Airlines me llevó de Miami a Houston, vía Atlanta. Viajé en primera clase, me dije a mí mismo, por el espacio para las piernas. Mi metro noventa de estatura no da la medida de clase turista. Aunque probablemente fuera en primera porque me gusta el lujo. Si viajara en avión muy a menudo, seguramente encontraría el modo de doblar las rodillas en los asientos de turista. Pero como viajo poco, me gusta tener lo mejor. Le había avisado a Meyer de mi llegada y me esperaba en el aeropuerto. A la salida me llevó hasta donde estaba aparcado su Datsun de alquiler, que parecía todavía más pequeño que la clase turista.

Me dijo que era mejor que no habláramos mientras estuviésemos metidos en el tráfico. Pronto me di cuenta de lo que había querido decir. Entramos en el Eastex Parkway a cien, porque ésa era la velocidad media de la densa estampida en la que estábamos metidos. En las autopistas, cada carril establece su propia cadencia. La gran masa de coloridas camionetas, furgones, camiones de reparto, taxis y demás miscelánea sobre ruedas avanzaba en formación, a pocos centímetros de distancia, en aquel bochornoso y ensordecedor mediodía de julio, con un sol dorado que se volvía cobrizo por la contaminación. Lo que los expertos en autopistas se niegan a entender es que el tráfico denso crea sus propias reglas, porque nadie puede cambiarse de carril sin provocar una onda expansiva que haría chirriar ruedas y aplastar parachoques en casi dos kilómetros. California lo descubrió primero. Probablemente un descubrimiento más importante que las bañeras de madera de secoya.

En una autopista, hay dos clases de maníacos. El primero es que el que avanza a la velocidad legal de ochenta kilómetros por hora, y se convierte en una roca en medio de una corriente rápida. El río tiene que dividirse y pasar por los lados buscando sitio en los carriles laterales, impacientándose cuando no lo encuentra y

cruzándose finalmente por delante de alguien, creando una tensión que unos cuantos kilómetros más adelante se libera golpeando a otro automóvil. Ahí comienza la guerra de coches. A veces siento simpatía por ese tipo de Dallas que fue embestido por una camioneta en la autopista, y saltó del coche, cogió por las solapas al que había chocado con su vehículo y lo arrojó al tráfico. Asesinato por impulso. Furia incontrolable.

El segundo maníaco es el que trata de avanzar a veinte kilómetros más que los otros en lugar de a veinte kilómetros menos. Este suele estar trastornado por la bebida, la marihuana, o los problemas matrimoniales.

Una vez que uno acepta el concepto de que la masa dicta su propia ley, es sencillo conducir por las carreteras interurbanas. Mantienes la distancia justa entre coche y coche para tener la posibilidad de frenar, pero sin que permita que el coche vecino se meta en medio. Tienes que elegir el carril central, porque algunos de los imbéciles que salen de la carretera hacia la derecha empiezan a frenar demasiado pronto. Evitas el carril izquierdo porque cuando hay problemas en el otro lado de la carretera, el imbécil que viene pisando la raya casi siempre aplasta a quien va por la izquierda. Cuando estás a punto de acceder a la autopista, tienes que asegurarte de haber alcanzado la velocidad media de todo el tráfico, antes de sumergirte en ella. Miras bien hacia adelante, para ver si hay problemas, y si los hay, enciendes en seguida las luces de emergencia para que el idiota que va detrás se dé cuenta de que tendrá que reducir la velocidad.

Meyer lo hizo bien, iba inclinado hacia adelante, cogiendo el volante con fuerza, con las manos en las diez y en las dos. Entramos en la autopista por el rizo de la estatal 610, hacia el oeste. La velocidad media subió a un poco más de cien. Nos desviamos en la primera salida después del cruce con la estatal 10, volvimos a dirigirnos hacia el oeste, doblamos hacia el sur en un semáforo, y después de un par de kilómetros giramos por la entrada principal de Piney Village, un conglomerado de casas de madera con fachada de piedra, edificadas en ángulos extraños, para dar sensación de intimidad. Unos terraplenes de césped daban un toque de variedad a la planicie del terreno y los árboles nuevos luchaban por sobrevivir. A los arquitectos les habían gustado los tejados en

declive, una verdadera locura en un clima como el de Houston. Meyer dobló a la izquierda, a la derecha y luego a la izquierda otra vez, y se metió en un sendero apenas más grande que el Datsun naranja. Detuvo el coche con el parachoques delantero a escasos centímetros de la puerta del garaje, paró el motor y suspiró audiblemente.

—Un tráfico muy nervioso —comenté—. Has conducido bien.

—Gracias. En estos últimos tiempos parece que hago mejor las cosas si me concentro en una sola a la vez, dejando de lado todo lo demás. Conducir, afeitarme, cocinar un huevo. El otro día, estaba haciendo cuentas con una calculadora de bolsillo, y de pronto perdí la noción de lo que estaba sumando. —Frunció el ceño—. Me sentí a la deriva; tuve que resituarme, descubrir quién era, dónde estaba y qué estaba haciendo. Como si despertara de un profundo sueño. Muy extraño.

Se bajó. Le seguí hasta la puerta
D-3
y esperé a que la abriera. En el vestíbulo de entrada apretó una serie de números en un pequeño panel, y por la rejilla salió una voz:

—Identifíquese, por favor.

—Meyer. Dos ocho dos siete cinco.

—Adelante —dijo la voz después de una pausa.

—Razones de seguridad —me explicó Meyer—. Todos estos apartamentos están conectados a un control central. Cuando nos vayamos, activarán un micrófono oculto para oír cualquier ruido de asalto, fuego, o lo que sea.

Era un dúplex, con dos dormitorios y un baño que daban a un balcón. Cocina, otro baño y un estudio o cuarto de trabajo bajo la zona del dormitorio. El salón, de dos pisos, tenía una pared de vidrio en un extremo, con puertas correderas que se abrían a un pequeño jardín rodeado, en sus tres lados, por una pared de cemento de dos metros. Los muebles eran modernos y parecían cómodos sin ser voluminosos. Los colores eran en su mayoría neutros, pero en las paredes había reproducciones brillantes y en la biblioteca libros con tapas de vivos colores. Tenía el aspecto de estar bien construido, de ser sólido y muy impersonal.

—Norma vivía sola aquí antes de casarse. Luego, Evan se vino a vivir con ella. Fue la primera ocupante después de construido este

conjunto. Lo alquiló mediante un complicado sistema de alquiler con derecho a compra, y pagaba seiscientos veinticinco al mes, de los que doscientos iban a una cuenta especial para comprar por sesenta y cinco mil cuando terminara su contrato de dos años. Ahora, estos apartamentos valen noventa o cien mil, así que creo que tomó una buena decisión. El contrato terminará en octubre. A un kilómetro y medio hay un gran centro comercial, y está cerca de una carretera que va directa al centro de la ciudad.

Meyer decidió que sería más sencillo que me quedara allí, y me asignó el dormitorio de la izquierda. Deshice el equipaje en unos setenta y cinco segundos, y bajé. Meyer dijo que podíamos ir a comer al centro comercial. Avisó al intercomunicador de seguridad y cerró.

Fuimos en coche hasta el aparcamiento del centro comercial. Meyer dijo que hacia media tarde la temperatura llegaría otra vez a cuarenta grados. Era el cuarto día que sufrían esa ola de calor. Me contó que muchos viejos estaban muriendo. No se atrevían a dejar las ventanas abiertas por miedo de que los gamberros entraran, les aterrorizaran y se llevaran lo que pudieran. Tenían las ventanas inutilizadas.

Se quedaban allí, sentados, a una temperatura de cuarenta grados, con los pies descalzos metidos en palanganas de agua, abanicándose, desmayándose, muriéndose. No podían afrontar el costo de un aparato de aire acondicionado, y en algunos casos ni siquiera el de un ventilador. Desde donde morían, en cualquier parte de la ciudad, eran invisibles las torres gigantes de las oficinas de las siete hermanas de la industria petrolera.

Caminamos por los frescos corredores del centro comercial, repletos de vidrieras iluminadas. Las simpáticas sendas para peatones llevaban a Sears, a
K-Mart,
a J. C. Peney. Había fuentes, bancos y planos que indicaban: «Está usted aquí». Miles de personas recorrían los pasillos, y los niños correteaban de un lado al otro, rezumando helado. Era como un carnaval; la gente se entretenía mirando zapaterías, liquidaciones de verano, aturdida por la música estruendosa de Radio Shack, tratando de recordar cuánto podía gastar todavía con su tarjeta de crédito. Había una exposición de equipos de seguridad, con oficiales

de uniforme que contestaban a las preguntas. Guardias uniformados protegían las joyerías con aire aburrido. Jóvenes madres de expresión cansada arrastraban a sus hijos, provocando chillidos que partían el corazón.

Meyer me llevó a un estrecho restaurante de nombre alemán, y nos sentamos en una mesa para dos en el fondo. Me recomendó las salchichas, el chucrut y la cerveza negra, y lo acepté.

Entonces me dio la impresión de que se le habían acabado las fuerzas. Había planeado recogerme en el aeropuerto, instalarme, llevarme al centro comercial. Pero allí terminaba su iniciativa.

—¿Cómo va todo? —le pregunté.

—¿Va?

—Las cosas de Norma.

—Bueno, hay un testamento. Me lo dejó todo. No tuvo tiempo de cambiarlo. Ya lo había cambiado una vez cuando murió mi hermana.

—¿Hay mucho?

—Parece complicado.

—Está bien. No quieres hablar de eso. Está bien.

—No, Travis, no se trata de eso. No quiero influir en lo que puedas pensar diciéndote lo que pienso antes…

—¿Antes de qué?

—Pedí una cita con Roger Windham.

—¿El abogado?

—A las tres, en su oficina.

—Primero veamos un par de cosas. Mira bien esto. —Le pasé la foto.

La miró y levantó los ojos, intrigado.

—¿Y?

—Mira de nuevo la mano del hombre.

Enarcó las cejas con expresión sorprendida.

—¡Dios mío! Recuerdo que Pogo me contó cómo había perdido esos dedos. Estaba subiendo un tiburón a bordo y el sedal metálico se le enredó en los dedos mientras el pez sacudía la cabeza por última vez. Se los arrancó por la mitad. ¡Claro que es Pogo! En la foto del diario creí…

—Yo también. Después me pregunté si Evan Lawrence estaría abajo cuando esa mujer tomó la foto. Traté de averiguarlo. Fui al

muelle de combustible. Recorrí todos los barcos de alquiler. Y esto es lo que pienso: Evan Lawrence era hábil. Aprendió rápido. No necesitaba gastar contratando a un ayudante cuando Hack llevaba a Norma y Evan. Con el mar picado después de la boya, Hack querría quedarse al timón. Así que cuando Evan no pudo ir, contrató a Pogo. Norma se había convertido en una gran aficionada a la pesca. No creo que se quedara en el cuarto del motel cogiéndole la mano, si Evan no se sentía bien, aunque estuvieran de luna de miel atrasada. Así que, aunque no tengo ninguna prueba, creo que Evan no voló en pedazos. Parecía un hombre tan estupendo que es difícil dar el siguiente paso lógico.

—Él hizo volar mi barco.

—Exacto. Le bastó vivir a bordo un par de semanas para tener oportunidad de revisar tus papeles y utilizar lo de la conexión chilena como pantalla. ¿Por qué llegaste a esa conclusión tan rápido y con tanta facilidad, Meyer?

—Lo sabrás después de oír a Windham.

Esperé hasta que se hizo evidente que no pensaba decir nada más. Y entonces le conté el segundo capítulo: que Hack había pagado al astillero Dalton y Forbes treinta y ocho mil por adelantado, para convertir el *HooBoy* en un torpedo de cincuenta millas por hora, que estaría listo al cabo de una semana.

—Dave vino a decírmelo —dije—. Estaba muy inquieto. No podía imaginarse a su padre mezclado en un asunto de drogas.

—¿Y tú?

—No sé. No sé qué presión pudieron haber ejercido sobre él. A lo mejor estaba cansado de ver cómo sus amigos se hacían ricos. Lo que me molesta del asunto es que sus amigos se las arreglan muy bien usando las mismas viejas máquinas de pescar, sólo conociendo bien la zona.

—Me extraña de Hack. Era uno de los mejores tipos de todo el lugar. —Se encogió de hombros—. Por otra parte, en esta época la gente se está volviendo rara. Hace cosas que nunca pensó hacer.

La comida fue mejor de lo que había esperado. Cuando abandonábamos el centro por la salida más cercana a donde habíamos dejado el coche aparcado, pasamos por una tienda que vendía computadoras, calculadoras y juegos. Estaba llena de adolescentes, de los que llevan gafas con montura metálica y saben

de qué va el nuevo mundo. Los vendedores se mostraban indulgentes y les permitían programar las computadoras. Doscientos metros más allá, cerca de los seis cines, otra clase de adolescentes se apiñaba entre los juegos de guerras del espacio, tensos sobre los paneles de mando, y confundiendo los sonidos del combate extraterrestre. Cualquier chico de la tienda de las computadoras hubiera podido decir a los combatientes que, debido a que no hay atmósfera en el espacio, no hay absolutamente ningún sonido. Una distribución perfecta: por un lado los futuros gobernantes, y por otro los futuros gobernados. Veinte en las computadoras y doscientos en los juegos.



OCHO

Como era viernes por la tarde, el centro de Houston parecía abandonado. Enormes rascacielos con fachadas de granito y mármol se elevaban en un silencio melancólico en la dorada niebla de la ciudad. Había poco tráfico, pocos peatones, pocas tiendas y un amplio parque desierto. Meyer sumergió el coche en una rampa que llevaba a un garaje subterráneo.

Cuando salimos del garaje comprendí por qué había tan poca gente en la calle. Los túneles subterráneos eran más frescos y estaban más concurridos. Tuvimos que girar en un cruce antes de encontrar el ascensor del Houston Trust Building.

Las oficinas del estudio Sessions, Harkavy y Windham estaban en el piso veintisiete. Esperamos diez minutos en una sala con muebles de plástico, hojeando revistas, antes de que la secretaria de Roger Windham, una acicalada pelirroja con canas, nos hiciera pasar a una salita de reuniones.

Roger Windham nos estaba esperando. Era alto, tenía poco más de treinta años, rizos y bigote rojizos, y unos ojos azul pálido levemente irritados. Iba en mangas de camisa, con una corbata conservadora cuyo nudo era perfecto. Me pregunté cuánta gente con corbata se podría encontrar en el centro de Houston con esa temperatura.

Noté que Windham trataba de clasificarme mientras nos

presentaban y nos sentábamos en tres sillas en un extremo de la mesa de reuniones. Tengo la particularidad de parecer siempre fuera de lugar en una oficina. Será por el bronceado marino, la estatura o las borrosas cicatrices de antiguos errores tácticos y equivocaciones estratégicas. Creo que si hubiera ido a reparar la instalación eléctrica le habría provocado menos curiosidad.

Windham abrió la carpeta que tenía delante, la volvió a cerrar y suspiró. Se rascó su pecosa muñeca. Tenía las mangas subidas hasta la mitad de los antebrazos, en donde se destacaban unos tendones de tenista…

—Si entiendo bien la situación, señor McGee, usted está aquí como amigo del tío de la difunta.

—Y tengo —agregué— una enorme curiosidad por saber cómo llegó a ocurrir.

—No es el único —dijo con aire cansado—. Hacía unos cuatro años que llevaba los asuntos legales de Norma y la aconsejaba en materia financiera. Cuanto más la conocía, más me gustaba. Debo confesar un cierto interés personal en este asunto. No me di cuenta de lo estúpido de mi comportamiento hasta que de pronto descubrí que estaba enamorada de Evan Lawrence, que él se había mudado a casa de ella y que se iban a casar. Era una mujer extraordinaria. No me di cuenta de lo enamorado que estaba de ella hasta que… fue demasiado tarde. No pensaba decírselo, doctor Meyer…

—Por favor, llámeme Meyer a secas. McGee es Travis. Usted es Roger. Estamos hablando de cosas personales, así que será más fácil si dejamos a un lado las formalidades.

—Está bien. Déjeme hacerle una descripción financiera de Norma antes de que se fuera a México. Ella era brillante. Supongo que usted lo sabía, Meyer.

Obtuvo su diploma muy joven. Am Dexter, que es muy astuto para elegir a sus geólogos, la contrató hace seis años. Se la quitó a Conoco y la convenció de que aceptara un contrato a largo plazo, con un pequeño porcentaje que tal vez en ese momento fuera lo que correspondía, pero que, sin duda, era muy pequeño cuando…, cuando ella murió.

Le resultaba difícil decirlo. Le temblaba la voz. Era algo que no podía terminar de aceptar.

—De todas maneras, aun cuando le pagaban menos que su valor

en el mercado, pudo ahorrar una buena cantidad después de pagar sus gastos y los impuestos. Yo me ocupaba de eso. Traté de que invirtiera en algunos programas de perforación privados con gente de la industria, gente a la que ella conocía y respetaba. Le dije que sería una buena idea para una mujer soltera con su sueldo. Pero a ella no le interesaba invertir el dinero para hacerlo crecer. Quería guardarlo en un Banco y olvidarse de él. Así que, hace tres años, le hice abrir una cuenta fiduciaria en el Houston Bank and Trust y meter allí sus ahorros. El agente fiduciario, Phillis DeMak, me consultó que deberíamos recomendarle a Norma. Invertimos en valores libres de impuestos; para ella era lo ideal.

—Algo muy sensato —opinó Meyer.

Windham pasó las hojas de la carpeta hasta que encontró una columna de números, dio la vuelta a la mesa y se situó entre nosotros para señalamos los puntos interesantes.

—Esto es un resumen sumario hecho por el Departamento Fiduciario. La primera columna muestra los ingresos, la segunda las salidas, y al final está el total basado en el valor en el mercado de valores a finales de cada mes desde que se abrió la cuenta.

»Como podrán ver, el valor total de la cuenta ascendía a trescientos veintiocho dólares con cuarenta centavos, en el último día de febrero de este año. Después de esa fecha no se hicieron más ingresos. En el período que va del uno de marzo al quince de junio, tres meses y medio, la cantidad se redujo a la cifra que ven aquí, que es más o menos lo que hay hoy en la cuenta, nueve mil trescientos y algo.

»Aunque para ella era un cifra importante, no es más que una pizca de dinero que pasa por los Bancos de esta ciudad. En cada uno de los casos, ella autorizó la venta de los valores, firmó la autorización y depositó luego los cheques en su cuenta de First National. Después, durante ese período de tiempo, retiró una gran cantidad de dinero. Como nos había nombrado al Banco de Houston y a mí coejecutores, pude tener acceso a los resúmenes de la cuenta corriente. Está en la siguiente página. Esta columna refleja la actividad normal de la cuenta: pagos de facturas y demás. Y ésta es la cantidad de cheques que cobró. Ciento cincuenta y dos. Todos los cheques oscilaban entre los quince mil y los veinticinco mil dólares. Fueron unos diez por semana. Dos por cada día hábil. Pero como de

vez en cuanto salía en viajes de trabajo, el promedio por día hábil tenía que ser más elevado que cuando estaba en la ciudad. Iba siempre a distintas sucursales. Es evidente que quería acumular efectivo sin llamar demasiado la atención. Y le funcionó.

—¿Qué cree que estaba pasando? —preguntó Meyer—. Supongo que tendrá una vaga idea, al menos.

Windham volvió a su sillón y se sentó apoyando la barbilla en sus largos dedos.

—Mis sentimientos personales condicionan mi respuesta. ¿De dónde procedía este Evan Lawrence? Tal vez Norma se casó con una especie de estafador, o con alguna cabeza hueca de ideas estrafalarias que pretendía hacer una fortuna. Aunque a Norma no le interesaba mucho el dinero, era una mujer inteligente. Tenía una mente despierta. ¿Pudieron haberla engañado?

—Es probable —contestó Meyer—. Estaba muy enamorada. En esos casos la confianza se convierte en algo muy importante. Uno reprime las dudas por miedo a ofender a la persona a la que ama. Había dos cosas importantes en su vida: su marido y su trabajo. Si él le pidió un préstamo con alguna excusa, es muy probable que ella se lo diera.

—¿Pero por qué con tanta cautela? —preguntó Windham—. Si tenía alguna duda, sabía que podía venir a consultarme.

—Cuéntale, Travis.

No tenía ganas de hacerlo, porque sabía que aquello no le haría ningún bien a Windham.

—Fue una explosión muy violenta —musité.

—Leí la noticia. Ya lo sé. Hoy en día las bombas están de moda. ¿Cuántos niños se pueden matar colocando una en un autobús escolar?

—No quedaron restos identificabas. En realidad, no quedó nada.

—Leí algo de eso, y me costó creerlo. O entenderlo.

—Nadie a bordo supo lo que le había pasado. Sus vidas cesaron de pronto —agregué.

—Los amigos de Norma han decidido celebrar un servicio en su memoria dentro de una semana o algo así. Para un funeral se necesita algo para enterrar.

—Se celebró una pequeña ceremonia en el Atlántico, cerca de Lauderdale —intervino Meyer—. Los otros barcos estaban allí por el

capitán Jenkins. Nosotros llevamos nuestra corona y la arrojamos a la corriente, junto con las otras. Era para Hack Jenkins y Norma y Evan Lawrence.

—Me alegra saberlo —susurró Windham.

—Pero ahora —dije tal vez un poco demasiado alto—. Meyer y yo estamos casi convencidos de que solamente tres personas murieron en el barco… Norma, Hack y un muchachito inofensivo que trabajaba a veces de ayudante.

Windham sacudió la cabeza y se pasó los nudillos por los enrojecidos ojos cansados.

—¿Qué quieren decir?

—Evan Lawrence tuvo tiempo de prepararlo todo. La feliz pareja vivía a bordo del barco de Meyer. En la zona de Miami uno puede comprar lo que le plazca. Cualquier cosa. Un *bazooca* y una caja de granadas antitanque. Explosivos rusos. Prostitutas persas. Venenos chinos. Lo único que se necesita es suficiente dinero. Al estar a bordo del *Keynes* tenía acceso al archivo profesional de Meyer. Allí pudo haber encontrado material suficiente sobre Chile para luego hacer aquella falsa llamada terrorista. Hemos *identificado* a la tercera persona que iba en el barco: el ayudante contratado. Evan era bastante hábil. Jenkins nunca habría empleado a alguien si Evan hubiese estado allí para ayudar a Norma con los cabos y los aparejos. Cuando pusieron combustible, Norma pagó, con billetes que sacó de *su* monedero, al hombre del surtidor. Si Evan hubiera estado allí, Norma le habría dado el dinero para que él se lo entregara al empleado. Si Evan hubiera estado a bordo, habría estado en cubierta cuando pasaron la boya y entraron en alta mar. Lo que es más concluyente, Roger, es el modo en que encaja lo del dinero en este rompecabezas.

Windham no pronunció palabra, sólo hizo algo extraño y conmovedor. Se inclinó hacia adelante hasta que su frente se apoyó en la reluciente madera de la mesa de reuniones. Su pelo rojizo raleaba en la coronilla, dándole un aire extrañamente vulnerable.

Nosotros permanecimos en silencio. Al cabo de unos instantes se enderezó.

—Creo que lo intuía de alguna manera —comentó con voz queda—. Tal vez lo supe desde la primera vez que estreché la mano de Evan, después de la boda. Me hizo crujir los huesos mientras me

confesaba lo feliz que se sentía. Todas aquellas amplias sonrisas tan exageradas. Norma estaba allí; él le rodeaba la cintura con su enorme zarpa como si fuera su propietario. Me miró de una manera… *divertida*, como si estuviéramos compartiendo alguna broma. Creo que en el fondo se estaba riendo de la forma en que había logrado que Norma sacara el dinero sin que su fiel y estúpido consejero se diera cuenta. O tal vez sólo se alegraba por lo bien que le estaban saliendo las cosas.

—Tal vez ya entonces planeaba matarla de tal manera que pareciera que él también había muerto. Pero no debía de tener todos los detalles decididos —dijo Meyer—. Todavía no sabían que iban a vivir a bordo de mi barco mientras yo daba mis conferencias en Toronto.

—Pero parecían tan enamorados… Los dos. —El tono de Roger era meditabundo—. ¿La policía se cree esto?

—Todavía no hay nada que decirles —contestó Meyer—. No tenemos ninguna pista para tratar de localizar a Evan Lawrence. No quedaron papeles personales, ni huellas digitales. Sólo esas divertidas historias que había contado sobre su pasado. De todos modos, vamos a investigarlas, si es que eran ciertas.

—Si por lo menos el señor Dexter no le hubiera propuesto trabajar temporalmente para Pemex —comentó Roger—. ¿Saben? Cuando descubrí que estaba sacando tanto dinero de la cuenta, comprendí por qué me evitaba desde que se había casado con Evan Lawrence. Le había pedido que viniera a verme para charlar sobre los cambios en su testamento. Pero estaba muy evasiva. Creí que, después de todo, no era un asunto tan urgente. Lo único que quería era verla y hablar con ella. Norma era una persona honesta. Pensé que estaba haciendo algo a mis espaldas. En realidad, no tenía por qué contarme nada. Al fin y al cabo era su dinero. Pero ella no quería venir y hablar de eso. Les pido disculpas por divagar así, pensando en voz alta. Tengo la horrible sensación de que la he perdido tres veces: cuando se casó, cuando murió y… ahora, al descubrir que tal vez la asesinaron. Creo que me apreciaba. Siempre encontrábamos cosas de las que reímos. No actué en el momento en que debía hacerlo. Norma se encontraba en el lugar que no le correspondía en el momento que no correspondía, y allí estaba Evan Lawrence sonriendo y poniéndole las manazas encima.

Meyer habló con suavidad:

—Nunca la conocí realmente. Tendría que haber hecho ese esfuerzo. Pero ella llevaba una vida tan ajetreada… Siempre pasa lo mismo. Sólo pensamos en lo molesto que es hacer un esfuerzo. Tratamos de aplazar lo que nos corresponde hacer hasta un poco más tarde. Pero el tiempo pasa muy rápido. Entonces nos prometemos hacerlo mejor la próxima vez. Todos llevamos en el fondo de la mente ese pequeño peso opresivo… que nos dice que tendríamos que vivir mejor, esforzarnos más, pero nunca lo hacemos. Vivimos lo mejor que podemos en cada momento, pero eso no anula el deseo.

Nos despedimos de Windham y bajamos al garaje. Meyer estuvo silencioso en el camino de vuelta a Piney Village, al parecer concentrado en conducir, pero yo tenía la sensación de que algo bullía en el fondo de su mente, donde su computadora personal trabaja con complicadísimas ecuaciones.

Una vez dentro del apartamento, anunció por el control que había vuelto y la voz de la oficina de seguridad emitió su metálica aprobación. Me recosté en el diván que había cerca de la chimenea. Meyer se paró junto a la pared de vidrio y miró el pequeño jardín.

Al final se acercó a mí y se sentó a mi lado.

—Cuando Windham hizo los arreglos necesarios para que me quedara aquí, me pidió que revisara todos los papeles y documentos que pudiera encontrar para ver si podía descubrir algo sobre Evan Lawrence. Los únicos rastros que dejó son un par de zapatos de trabajo, algo de ropa vieja y algunas cartas de amor escritas por Norma.

—¿Con direcciones?

—Sin los sobres. Por el contenido creo que se las mandó aquí desde algún lugar en el que se hallaban trabajando. El resto de los papeles eran documentos profesionales, que están en ese archivo del estudio. Informes, investigaciones, datos sobre las perforaciones. Mapas. Más datos de computadora. Todo en orden. ¿Qué hacemos para encontrarlo?

—Podemos empezar con una fotografía de él.

—Aquí no hay ninguna. Ni una. Pensé que por lo menos habría fotos de la boda.

—Probablemente las hay. La gente que va a las bodas se lleva la

cámara y toma fotos de la feliz pareja. No creo que Norma las tirara.

—Sí. Ya lo habías mencionado. Se me había olvidado. Me parece que estoy olvidando demasiadas cosas últimamente.



NUEVE

El sábado fuimos a una zona comercial donde estaba ubicada la Amdex Petroleum Exploration. El edificio quedaba en la interestatal 10, al este de la ciudad, después de Jacinto. Un cerco de alambre de púas circundaba un terreno lleno de enormes camiones y pedazos incomprensibles de maquinaria. Había dos largos edificios prefabricados de metal. Aun siendo las nueve y media, el calor era insoportable. El guarda de la entrada principal nos señaló el camino, y nos dijo que aparcáramos cerca del primer edificio. Meyer aparcó entre un Continental blanco y una fila de grandes camiones de aspecto imponente.

Atravesamos una zona de taller donde las máquinas estaban silenciosas y el lugar de trabajo vacío, y el aire era rancio. Las oficinas estaban en el extremo más alejado, separadas por un panel y con aire acondicionado. Detrás de la recepción, dos hombres y varias mujeres trabajaban con las unidades procesadoras de datos, en cuyas pequeñas pantallas brillaban números verdes. De las dos máquinas impresoras a alta velocidad salían papeles plegados como abanicos que caían ruidosamente en la bandeja que los estaba esperando.

El señor D. Amsbary Dexter salió de la oficina más grande, del fondo. Ya conocía a Meyer y pareció alegrarse al verle. Me miró haciendo esa rápida evaluación de mi situación financiera que

aprenden todos los buscavidas antes de dejar la escuela primaria, y decidió que yo merecía sólo una pequeña cantidad de su atención.

Después de estrecharnos la mano, nos llevó hasta su oficina, nos hizo entrar y tomar asiento.

—Adelante, adelante. —Apoyó la cadera en una esquina del escritorio; era un hombre más bien menudo, nervioso, casi calvo, y llevaba entre los dedos amarillentos un cigarrillo que había sacado de un bolsillo de su camisa. Tenía los ojos pálidos y muy alertas, y una voz afónica.

—Meyer, tengo que pedirle un favor. Hablé con nuestros abogados. Y ya lo he aclarado con Roger Windham. Él no ve ningún problema con respecto a los impuestos del Estado, porque aunque la cuenta fiduciaria estuviera intacta, hay suficiente con lo que cobrará del seguro de vida y honorarios pendientes para poder pagar cualquier impuesto. Al parecer, lo único que tenía además era esa vieja camioneta, su biblioteca profesional, los muebles y esas cosas. En su estudio, en el apartamento, cerca de la escalera, hay dos archivos de cuatro cajones, pintados en color gris acero, a prueba de fuego. Los compramos nosotros, figuran en el inventario de la compañía. Contienen papeles de trabajo que ella redactaba como parte de su contrato con nosotros, y por lo tanto nos pertenecen. La mayoría son meros informes, pero hay unos cuantos que se refieren a tierras que todavía tenemos en arriendo.

—Ya los he revisado, señor Dexter. Sus papeles personales están en uno de los cajones. Una vez que los saque, no tengo ningún inconveniente en que pase a recoger los archivos y el resto de los documentos.

—Aprecio su actitud. Si le parece bien, mañana por la tarde enviaré a unos hombres para que se lleven los archivos.

—De acuerdo. Bien, caballeros, ¿para qué querían verme?

Meyer me hizo una seña con la cabeza para que hablara.

—Queríamos saber qué opinión tenía usted de Evan Lawrence.

—¿Opinión? Bueno, parecía simpático. Todo el mundo aquí le aceptó en seguida. Quizá fuera un poquito mayor para ella, unos diez o doce años, creo, pero por otra parte, Norma ya no era tan joven. Se estaba acercando a los treinta, el punto en el que si quería tener hijos, debía darse prisa. Tal vez yo sentía un poco de rencor hacia él. Se casaba con una mujer extraordinaria. Iba a ser mi mejor

geóloga. Quizá, incluso una leyenda en la industria de las perforaciones. Me refiero a que tenía una capacidad increíble. Y me parecía que ese matrimonio lo podía mandar todo al diablo. Hijos, marido, y todo eso. Por supuesto, ahora todas mis precauciones parecen ridículas. ¿Qué pensaba de él? Era un tipo muy tranquilo. Un poco a la deriva, creo. Por su manera de escuchar, te hacía creer que eras importante e interesante.

—¿La muerte de Norma significa una gran pérdida para la compañía? —pregunté.

—Voy a echarla de menos. Mucho. A menos que usted sepa algo del método moderno de exploración de petróleo y gas, es difícil describirle su talento. Un viejo amigo la convenció, a petición mía, para que dejara Conoco. La contraté hace seis años después de una charla de una hora. Firmamos un contrato. Lo que el público no sabe es que hay demasiada cantidad de información disponible cuando se trata de tomar la decisión de explorar. Viejos pozos, muestras, antiguas exploraciones geológicas, pozos en producción, rastreos geofísicos. Se produce una gran confusión a causa del exceso de información. Norma ayudó a que esta compañía entrara en el proceso de datos por computadora y se realizaran mapas electromagnéticos desde el aire. Ahora tengo un avión lleno de aparatos electrónicos. Con él hacemos algunos trabajos para terceros, para ayudar a pagar el alquiler. Norma también se especializó en análisis de interpretación. Eso se basa en los análisis computarizados de imágenes fotográficas tomadas desde un satélite. Trabajó con un buen programador hasta que desarrolló el equipo necesario para reunir toda la información suelta, desde la historia y los antecedentes geológicos de las muestras hasta el análisis del núcleo.

»Su gran virtud era un sexto sentido que tenía para distinguir la información valiosa de lo que era paja. Con toda esa información útil, la computadora dibujaba un mapa de las estructuras bajo la superficie, limpio y claro, sin anomalías que pudieran llevar a confusiones. Norma nos puso a la cabeza de una multitud de pequeñas compañías de exploración. Podía coger una serie de mapas de la computadora y entrar en trance, imaginándose cómo había sido aquel lugar hace siglos, y trazando un círculo con una N dentro. Perforen aquí. O tiraba el mapa. Nadie necesita agujeros

secos, solía decir.

»Demonios, conseguimos grandes beneficios con el procesamiento de datos. Nunca hemos perdido la pista al pago de ningún arrendamiento. Ahora mismo estamos poniendo al día nuestro equipo para adecuarnos a los cambios de la WPT. Lo tenemos todo al día. Y hacemos nuestros propios estudios econométricos. Pero seguirles el rastro a todos los tomillos y remaches es enloquecedor. Su contribución a la empresa consistió en la utilización de la tecnología de las computadoras para procesar la información de lo que podía estar un par de kilómetros bajo tierra, y obtener mapas de ello. Y recibía un porcentaje de cada pozo después del pago; obtenía cierta cantidad por aquellos en los que trabajaba en forma directa y otra más pequeña por los que estaban en desarrollo basados en sus recomendaciones. Teniendo esa base, podía hacer todo el resto.

—Por lo que dice, entiendo que esos porcentajes cesan ahora —preguntó Meyer.

—Parece que lo desaprueba. No entiende la situación. Yo no dirijo un centro de entrenamiento para que las siete compañías petroleras saquen de aquí su personal. Todo está bien claro. Norma entró aquí con los ojos abiertos. Cuanto más tiempo se queda la gente que vale, más gana. Si se van, sus porcentajes van a parar al pozo común. Si se retiran, conservan sus porcentajes hasta que mueren, siempre que hayan estado más de quince años aquí. En caso de muerte accidental, está seguro: entonces, el porcentaje se sigue pagando a los herederos durante un año entero después de la fecha de la muerte. Así que usted no tendrá problema. No se preocupe.

Meyer respondió en tono firme y tranquilo:

—Nunca apruebo o desapruebo lo que no conozco. Sospecharía de una persona que se pone pedante o a la defensiva sin causa aparente, porque me hace dudar de su honestidad. No he venido aquí para saber si “no iba a tener problemas”, como dice usted. He venido a ver si podía damos alguna información útil sobre Evan Lawrence. El señor McGee y yo estamos convencidos de que él asesinó a mi sobrina. Si queremos encontrarle, tendremos que saber algo más de él.

Dexter se levantó y nos miró fijamente.

—¡Dios Santo! —susurró—. ¿Mató a Norma? ¿Por el dinero? Cielos, si se hubiera quedado con ella, en diez años habría estado llevando dinero al Banco en una carretilla. ¡Matar la gallina de los huevos de oro! —Hizo una pequeña reverencia a Meyer—. Disculpen. Les he confundido. Yo pensaba que una banda de chiflados había volado el barco y había matado a Norma y a su marido por equivocación. Tenía la impresión de que ustedes estaban aquí para saber cuánto les correspondería. En este trabajo hay mucha gente que se pasa la vida averiguando cuánto va a sacar. Y por lo general sacan menos de lo que esperan. ¿Qué hizo el marido de Norma? ¿Puso un doble en su lugar?

—Es una buena deducción —contestó Meyer—. No se halló nada de ninguno de los cuerpos. En una foto tomada minutos antes de la explosión, desde otro barco se ve a Norma, al capitán Jenkins y a una tercera persona que ha sido identificada, aunque no en forma oficial, como un marinero contratado. Las autoridades no han podido encontrar en sus archivos ninguna prueba del grupo terrorista que se adjudicó el hecho. Por supuesto, puede existir una organización internacional dedicada a eliminar economistas, actividad que puedo encontrar comprensible, e incluso simpatizar con ella.

Aquello me sorprendió. Era el primer rasgo de humor que le detectaba a Meyer en un año, y aparecía en un lugar y en un momento inesperados.

—¿Pero saben algo aparte de lo que me acaban de contar?

—Sólo suposiciones. Pero convincentes —dijo Meyer.

—Creo que les he dicho todo lo que sé del marido. Un tipo agradable. Tal vez no muy trabajador. Unos doce años mayor que Norma, o un poco menos quizá. Parecía la clase de persona que hace muchos amigos y tiene muchos contactos. Estilo vendedor. Se reía mucho. Decidí que sería un buen marido para Norma.

—¿Alguna seña particular o característica? —pregunté—. Cenamos con ellos a bordo de mi barco, y no podemos recordar nada en especial. Altura media. Cerca de los ochenta kilos, pero con una buena figura. Pelo castaño, escaso. Ojos verdes, creo. Nariz un poco torcida. Muy bronceado. Buena dentadura.

—Manos grandes —acotó Dexter—. Muy grandes. Con muñecas gruesas. Huesos grandes. Hablaba algo de español con acento

mejicano.

—Ya sabemos cómo se conocieron —dije—. Si es que sacó el dinero y la mató, será difícil de localizar. Queremos averiguar algo de su pasado que nos permita obtener alguna clave. Necesitamos una buena foto. Pensamos que quizá alguno de los asistentes a la boda habría sacado alguna.

Dexter llamó a una mujer regordeta que estaba en la recepción y le preguntó.

La mujer recordaba que una de las empleadas de la oficina había sacado un montón de fotos en la ceremonia. Se llamaba Marlane Hoffer y vivía con un amigo en un apartamento en Post Oak. Escribió el nombre, dirección y número de teléfono en un papel y se lo entregó a Meyer.

Marlane vivía en el tercer piso de un indescriptible edificio de apartamentos, a una travesía de Westheimer Road, detrás de la zona comercial de Galería. El amigo de Marlane atisbo por la mirilla de la puerta y luego soltó la cadena. Era un tipo robusto, con las piernas largas y peludas. Llevaba unos pantalones cortos y una camisa amarilla sin abotonar, que permitía ver su barriga prominente y bronceada. Tenía la cabeza grande, pelo castaño y barba rubia.

—¡Marl! Son los tipos de las fotos. ¡Marl!

—¡Está bien, está bien! —gritó una voz desde otra habitación.

Marlane apareció a los pocos minutos envuelta en un albornoz largo hasta el suelo y en la cabeza llevaba un pañuelo azul. Era una mujer menuda, de cara vivaz y amistosa. El amigo se había retirado a otra habitación y estaba estirado, mirando una carrera de coches en la televisión.

Marlane habló a gritos para que la oyéramos a pesar del rugido de los motores.

—Quiero bajar a la piscina, pero *él* dice que hace demasiado calor. Aquí están las fotografías que saqué. No me salieron demasiado bien. Tenía una Pentax que *él* usaba hasta que se compró una Nikon, y nunca me ha explicado el funcionamiento de todos los botones.

Meyer y yo estudiamos las fotografías. En una de ellas, era

evidente que había tratado de sacar a los dos en primer plano. Era una toma en el exterior, bajo unos árboles. Evan miraba directamente a la cámara, con expresión un tanto sorprendida. Norma estaba detrás de él, desenfocada.

—La tomé en esa especie de jardín que hay detrás del restaurante, un lugar fantástico para casarse. La comida era deliciosa y yo me emborraché un poco con el vino. Decían que era champaña español. Oigan, llévenselas todas. Conocía a Norma, y ahora que está muerta no quiero conservar sus fotos, ¿de acuerdo?

—Si de veras está segura… —comenzó Meyer.

—Puede apostar lo que quiera a que estoy segura. Entiendo que siendo usted su tío quiera tener las fotos. Ella no era una de mis mejores amigas, ¿entiende? Además, es horrible morirse en la luna de miel. Son cosas que pasan. —Se dio la vuelta y gritó—: ¿No puedes bajar esa tele de mierda?

—¡Si no te gusta, puedes irte al vestíbulo! —aulló el amigo.

Le dimos las gracias y nos fuimos. A través de la puerta cerrada, mientras nos dirigíamos a las escaleras, les seguimos oyendo gritarse el uno al otro.

Me aseguré de que tenía los negativos, incluso el de Evan.

—Ahora necesitamos un buen laboratorio —dije.

El lunes por la mañana, llevamos las cuatro fotos al complejo de Piney Village. El laboratorio profesional había hecho un buen trabajo con las ampliaciones. Era sin duda, Evan Lawrence; podía notarse en cada poro de su piel. Lucía una media sonrisa, sorprendido, con una ceja levantada. El laboratorio nos había entregado las fotos en porta-retratos grises.

Meyer se sentó tras el escritorio de Norma. Ya se habían llevado los archivos.

Fuera, la lluvia caía como una cortina plateada. Había llegado una tormenta tropical del Golfo, y había acabado con la ola de calor.

Me apoyé en el tablero de dibujo con un pie en el travesaño del taburete en el que Norma debía de sentarse cuando trabajaba con sus mapas, y crucé los brazos.

—Lo único que sabemos es que no dejó rastro de su presencia

aquí —dijo Meyer—. Vivió en este apartamento casi tres meses. Pero no hay nada suyo aquí. Ningún papel personal. Sólo algunas ropas de confección barata. Este iba a ser su hogar; no es normal entonces que dejara tan pocas cosas en él.

—Me dijiste que había unas cartas que Norma le había escrito cuando estaba fuera. ¿No hay allí ningún dato? ¿Ni una pista?

Meyer frunció el ceño.

—Cuando las encontré, creía que él también estaba muerto, y leerlas me pareció una terrible invasión en su vida privada. Primero pensé tirarlas, pero después preferí ponerlas con los papeles personales de Norma. Apenas las miré. Creo que hay una docena. Norma estaba muy enamorada.

Fue a buscarlas y me las trajo.

—Travis, no tengo ganas de leerlas. Si no te importa…

Había doce, escritas en cualquier papel que estuviera a mano. Hojas legales de color amarillo, impresos de oficina, el dorso en blanco de folletos antiguos. Escribía con el tipo de letra garabateada de las personas ocupadas, utilizando abreviaciones y dejándose palabras. Hablaba de su trabajo evitando detalles técnicos que él probablemente no hubiera entendido.

Todas estaban fechadas y podían dividirse en pequeños grupos. Al parecer, cuando estaba fuera de su casa escribía muy a menudo. Tres días en marzo, cuatro en abril, dos a mediados de mayo, tres en junio.

> Querido, hoy he pasado un rato muy desagradable con la propietaria de un campo que no cree que cuando terminemos le dejaremos la tierra en condiciones. No hacía más que salir de su casa, protestando por los agujeros y diciendo que asustábamos a los animales. Utilizábamos un equipo nuevo y tenía que asegurarme de que lo colocaban en el sitio exacto que había marcado en la foto aérea. Si al recibir los informes decidimos tratar de hacer un pozo, se va a volver loca.
>
> Te extraño tanto que casi no lo puedo creer. Pienso en tus manos y me siento débil y mareada, y me olvido de lo que se supone que estoy haciendo aquí. Puedo cerrar los ojos y mirar los tuyos, y ver allí toda mi vida. Nunca podrás amarme como yo te amo. Nunca creí que pudiera sentir así, nunca en mi vida. No me creía

capaz de sentir esta hambre física por alguien. Mañana por la noche estaré de nuevo en casa, amor, y entonces estaremos juntos, y estaré entre tus brazos y lo haremos durar y durar hasta que me vuelva loca.

Esta corriente de erotismo estaba presente en todas las cartas, anteriores y posteriores a la boda. Era una fuerte atracción física. Supuse que habría sido una persona tímida, temerosa de cualquier tipo de relación sexual y dedicada a su trabajo. Después de ser iniciada por Evan Lawrence, había querido recuperar todo el tiempo perdido y a juzgar por las cartas, no lo estaba haciendo mal.

Pero yo andaba detrás de pistas, datos. ¿Qué había del dinero? ¿Qué clase de hombre era Evan Lawrence?

En una carta de junio tropecé con un comentario que me intrigó.

Cuando hablamos la otra noche, Evan, creo que me puse muy nerviosa por lo que acordamos. Lo siento. No quería hacerlo. Lo que pasa es que toda mi vida he sido demasiado ordenada. Me he arriesgado bastante en mi trabajo, pero no en mi vida privada. Pago todas las multas cuando corresponde. Sé que eso te divierte y tal vez hasta te irrite un poco. Acepté, y no me voy a echar atrás. Lo único que quiero recordarte es que tenemos que recuperarlo en abril del año próximo. Dices que será así; te creo. Querido, entiendo que quieras contribuir a nuestro futuro bienestar por una cuestión de orgullo personal. Pero no debemos pensar en cosas como ésa. Te quiero como eres, y no cambiaría en nada el que tuvieras cinco millones de dólares o veintiocho centavos. Te confío mi vida y todo lo que va con ella. Ya es tarde, estoy bostezando y la lámpara de petróleo me lastima los ojos y atrae todos los bichos que hay en Louisiana, y mañana es el día en que sabremos, aunque no con seguridad, si queremos conservar el arriendo. Si queremos conservarlo, tendremos que empezar a perforar a más tardar en agosto.

Marqué este párrafo y se lo mostré a Meyer. Lo leyó con atención.

—¡Conque éstas tenemos! Norma había retirado una cantidad considerable además de las deducciones en su salario de Amdex. E

iba a tener que pagar lo que había sacado, más los impuestos correspondientes, el quince de abril. En esta carta le pedía que el trato, fuera cuál fuese, estuviera terminado para esa fecha, de manera que pudiera recuperar el dinero para pagar los impuestos. Él tendría algún tipo de plan, y la convenció de que le entregara el dinero en secreto para, quizá, obtener el doble.

—Eso la hace quedar como una tonta, Meyer.

—¿Qué crees que podía decir ella? «No, gracias, no quiero que inviertas mi dinero. No tengo confianza. No eres lo bastante listo, querido señor Lawrence. Yo me lo he ganado; es mío». Piensa en todos los métodos que pudo utilizar para convencerla y luego pregúntate si puedes llamarla tonta.

Le dije que probablemente no había usado la palabra adecuada y reanudé la lectura de esas cartas tan personales. Marqué algunos párrafos cortos y después, cuando estuve seguro de que no había nada más, se los leí en voz alta a Meyer.

> Debes de tener montones de amigos, querido. ¿Ninguno sabe dónde vives? Me parece raro que no recibas llamadas telefónicas ni cartas de tus amigos, sólo de los míos…, aunque debería decir nuestros amigos.

En otra carta:

> No sé qué hice para que te enfadaras tanto. No estaba celosa. Sólo tenía curiosidad. Quiero saber cómo ha sido cada minuto de tu vida. Si no quieres hablar de ello, no volveré a tocar el tema.

Y finalmente:

> No me importa lo bonito que pueda ser Cuernavaca, querido. Cualquier lugar donde estemos juntos será hermoso. No puedo dejar a Am Dexter. ¿No podemos hacer planes, sin necesidad de ser tan abruptos? En dos años podría ser libre como un pájaro. Es que no sé cómo me adaptaría a vivir sin trabajar. No debería haber mencionado esto en una carta. No te enojes conmigo.

Meyer sacudió la cabeza y suspiró.

—De modo que iba a duplicar su dinero y se irían a México a vivir en paz y a todo lujo. Sospecho que Lawrence estuvo casado antes.

—¿Adónde nos lleva esto?

—A ningún sitio en especial. He estado tratando de reconstruir las historias que nos contó aquella noche en el *Flush*. Trabajó en ventas a comisión en Cancún, con un tal Willy. Tiene un título en Administración de Empresas de la Universidad de Texas. Estuvo bajo las órdenes de un señor Guffey, granjero, que vivía al norte de Harlingen, vendiendo faroles japoneses. Trabajó con Eagle Realty en Dallas. Durante una corta temporada estuvo en el rodeo. ¿Recuerdas alguna otra cosa?

—Ni una.

—¿Por dónde empezamos, entonces?

—Tú eres el académico, Meyer. Será mejor que vayas a Austin; yo iré a Dallas.



Travis McGee 20

DIEZ

El lunes por la tarde, en Dallas, me costó encontrar la Eagle Realty porque no había ningún cartel. Acababan de mudarse a unas oficinas más grandes en un nuevo edificio, y el letrero todavía no había llegado.

La mujer encargada del alquiler de coches en el aeropuerto me había dado la ubicación general, al norte de la
1-30
y al este del North Toolway, cerca de Southern Methodist, pero una vez en la zona tuve que preguntar tres veces antes de encontrarlo al final en un centro comercial gigante. Era un largo edificio bajo con muchas ventanas, fachada de piedra y madera y una enorme águila tallada sobre las dobles puertas de entrada. Al parecer allí había habido alguna otra cosa antes, que habían arrancado. En la parte trasera del terreno se veían montones de escombros, en espera de que los camiones se los llevaran. Estaban empezando a asfaltar el aparcamiento. Habían plantado unos cuantos árboles pequeños y un hombre los estaba regando.

Me dirigí a la recepción, que tenía aire acondicionado, donde un hombre vestido de caqui estaba quitando con cuidado el plástico transparente de los sillones y los sofás.

Una mujer joven y nerviosa apareció casi corriendo, se puso detrás del mostrador y me miró.

—¡Gracias a Dios! ¡Al fin!

—¿Al fin qué?

—Usted es de la empresa de electricidad, ¿no? ¡Por Dios, tiene que ser de allí!

—Soy de Florida.

—Si pretende vendernos algo, será mejor que vaya desapareciendo por la primera puerta, tan rápido como…

—No vendo nada, no compro nada, ni arreglo nada.

Ella sonrió.

—Entonces no nos va a servir de mucho, ¿no es así? Le juro que si se les ocurre volver a trasladarse, dimito.

—Estoy tratando de averiguar algo sobre un hombre que trabajó para Eagle. Evan Lawrence.

—Ese nombre no me dice nada. ¿Cuánto tiempo hace?

—No podría precisarle la fecha.

—Hemos contratado a muchos vendedores eventuales en estos últimos años. Ya sabe cómo es eso. Los datos del antiguo personal están en discos de memoria y, a menos que venga alguien que entienda de electricidad y ponga en marcha esa oficina, nadie va a poder leerlas. Tenemos las cuatro IBM allí, con los programas para el proceso de datos y la impresora, y toda la información sobre las ventas y alquileres está en los discos de memoria, y no podemos hacer funcionar nada porque la corriente se corta a cada momento.

—¿Quién es el más antiguo aquí?

—Bueno, supongo que Martin Eagle. —Se dirigió hacia el teléfono—. ¿A quién anuncio?

—McGee. Travis McGee, de Fort Lauderdale.

Cogió el auricular y dijo una palabrota. Luego se ruborizó.

—El maldito teléfono tampoco funciona. Espere aquí.

Salió a toda prisa. El hombre que estaba quitando el plástico de los muebles se rió entre dientes y sacudió la cabeza. La mujer volvió y me pidió que la siguiera. Nos detuvimos frente a la oficina de Martin Eagle, en una esquina del edificio, desde la cual se veían las pilas de escombros y más de mil automóviles sometidos a la ola de calor. La joven me hizo entrar y cerró la puerta.

Martin Eagle giró la cabeza y me dedicó una sonrisa, asintió con la cabeza y volvió a su tarea de colgar trofeos y diplomas en unos ganchitos que había clavados en la pared.

Colgó un pergamino enmarcado que certificaba que Martin Eagle había sido elegido el Hombre del Año por la Cámara de Comercio Junior. Llevaba fecha de tres años atrás.

—¿No le parece que está demasiado cerca del premio de la municipalidad? ¿Qué piensa?

—Depende de la cantidad que piense colgar.

—Buena respuesta, McGee. Ese es su nombre, ¿no? Llámeme Marty. No sé si debería colgar todas estas porquerías. Mire, tengo todo el escritorio cubierto. Tal vez ni siquiera debería colgar el pergamino de la CC. Ese año sólo lo dieron a cinco personas. Todas estas cosas pueden parecer ostentosas. Fíjese en los médicos. Cuelgan cosas por todos lados. Creo que eso da confianza a los pacientes. Y yo estoy haciendo lo mismo. Eagle Realty ofrece un trato justo tanto en la compra como en la venta. Es lo único que he aprendido en este negocio. Si uno estafa a alguien, volverá para agarrarle de las solapas. Hasta cuando no se estafa, los clientes se dedican a perseguirte. La gente no sabe escuchar. ¿Qué estoy haciendo en un edificio nuevo? ¿Quiere saber por qué nos mudamos? Las viejas oficinas se nos quedaron pequeñas, pero íbamos a quedamos allí, todos apiñados, pasara lo que pasara, y el municipio decidió tirar abajo toda la manzana y construir un edificio gigante. Y aquí nos tiene. Espere un segundo. Quiero colgar este estante para colocar algunas águilas arriba. Tengo una gran colección de águilas. De cerámica, de plata, de piedra, de madera. No me creería si le dijera la cantidad que tengo en casa. Todo el mundo sabe que colecciono águilas, así que ya ve.

Puso cuatro águilas en el estante, retrocedió y exhaló un suspiro de satisfacción. Luego se dirigió al escritorio, se sentó y me señaló una silla.

—Estaremos bien aquí una vez que nos organicemos. Es un bonito edificio, ¿no le parece?

—Muy bonito, Marty. Mi nombre es Travis McGee.

—Trav, amigo mío, me ha dado unos consejos de gran valor para mi pared. Estoy en deuda con usted. ¿En qué puedo ayudarle? ¿Le interesa una casita a buen precio? ¿Por qué vive en Florida cuando podría vivir en Texas como un ser humano? Traiga a su mujer. Dentro de una semana tendremos listo nuestro montaje de ventas por diapositivas y lo llevará una computadora. Funciona así:

un hombre viene y dice que puede gastar entre ochenta y cinco y ciento cinco mil. Quiere por lo menos un cuarto de hectárea. Tiene que tener dos dormitorios. Ahorramos mucho tiempo pasándole las diapositivas antes de salir a recorrer el mercado. ¿En qué puedo servirle?

Era un hombre alegre con una cara feliz. Pelo oscuro peinado hacia un lado y rociado con laca. Estaba demasiado gordo, pero eso no parecía incomodarle. Vestía pantalones marrones, zapatos blancos, y camisa *sport* amarilla con una pequeña águila bordada en el bolsillo izquierdo. Cadena de oro alrededor del cuello y en la muñeca derecha. Un anillo de oro con un águila grabada, en el meñique derecho.

—Quería hacerle un par de preguntas sobre un hombre que trabajó aquí.

—Le diré, Trav, que tratamos de investigarlos al máximo, pero hoy en día eso es una verdadera carga. Cuesta una fortuna controlar todas las referencias que da cada uno en el formulario. Lo que hago, y a veces me arrepiento, es elegirlos yo mismo. Charlamos un rato. Tomemos su caso, por ejemplo. Si usted quisiera trabajar aquí, le diría ahora mismo que sí. Le enseñaría trucos, le ayudaría a sacarse las licencias. Pero no le dejaría manejar dinero hasta no estar bien seguro de su honestidad. Debo reconocer que a través de los años hemos tenido algunos muy buenos. ¿A quién busca?

—Evan Lawrence.

—¿Evan? ¿Evan Lawrence? —sacudió la cabeza—. No, no me suena en absoluto.

—Dijo que había trabajado aquí durante un año por lo menos, y que había ganado un montón de dinero vendiendo casas y terrenos para usted.

—Oiga, siempre recuerdo a quien me hace ganar dinero. Porque cuando ellos ganan, yo gano. ¿Un año, dice? Trav, amigo mío, alguien le está tomando el pelo, o usted me lo está tomando a mí. ¿Cómo era el tipo?

Saqué el porta-retratos de mi maletín de cuero, me incliné sobre el enorme escritorio y se lo di a Mart Eagle.

Sin dejar de sonreír lo abrió.

Entonces su expresión cambió por completo. Su bronceado adquirió un tono amarillento. Pareció quedarse sin respiración.

Noté que estaba alarmado, se levantó, se dirigió apresuradamente a su baño privado y cerró la puerta. Oí que tenía náuseas y hacía correr el agua del inodoro. Cuando salió, tenía el rostro gris y cansado. En su camisa amarilla había una mancha de agua. Trajo consigo un débil aroma de vómito, que se disipó muy pronto con el aire acondicionado.

Se sentó pesadamente detrás de su escritorio y sacudió la cabeza.

—Nunca me ha pasado eso antes. Nunca.

—Lo siento.

—No se preocupe. ¿Cómo podía usted saberlo? ¿Cuándo fue tomada esta fotografía? —Estaba estudiándola con gran atención.

—En abril.

—¿Dónde está él ahora?

—No tengo la menor idea.

—Siempre fuimos una familia muy unida, yo y mis dos hermanas. Este hombre no se llama Evan Lawrence sino Jerry Tobin. Todos los que trabajaban aquí le apreciaban. Eso fue hace cinco años. He vuelto sobre este asunto diez mil veces. Doris, mi hermana más pequeña, se volvió loca por él. ¿Qué podía hace yo? No quería que se casara con un tipo como Jerry Tobin. Era un vendedor de primera. Sabía cómo cerrar un trato. Demonios, Dorrie ni siquiera había cumplido los veintiuno. Pero recibió su dinero a los dieciocho, como todos nosotros. Así lo determinaba el testamento de papá. Le sugerí que esperara un año para ver si continuaba tan enamorada de Jerry como para casarse. Se puso furiosa. No quería esperar. Era guapa y no podía pensar correctamente porque el simpático Jerry Tobin se la había metido en el bolsillo, y ya no podía vivir sin él. Llamaron del Banco para decirme que habían tratado de impedir que liquidara su cuenta, pero no tenían un medio legal de detenerla. Nunca más volvió a casa. La hallaron muerta la tarde del día siguiente. Cerca de Kerville, pasado un pueblecito que se llama Ingram, en un camino vecinal. Era su coche un Buick blanco. Conducía ella. Cogieron mal una curva, se salieron de la carretera y chocaron contra un árbol. Parece que ella se desmayó. No lo pudieron asegurar porque el coche se incendió. Ella murió carbonizada. La tuvieron que identificar por la dentadura para estar seguros. Algunas personas

vieron el fuego y se detuvieron. Jerry Tobin estaba boca abajo sobre unas piedras, herido. No volvió en sí hasta que estuvo en la ambulancia. Vino al funeral, aquí en Dallas. Lloró como un bebé. Todavía llevaba algunas vendas, pero ella estaba muerta. ¿Dónde estaba el dinero? Había quedado en el coche con Doris, su equipaje y su ropa, y el equipaje de él y todo. Qué lástima. Todo perdido.

—¿Era mucho?

—Depende del punto de vista, ¿verdad? Doscientos veinte de los grandes. No me tragué la historia. Fui en coche hasta el lugar del accidente. Miré lo que quedaba del coche. Se llevó a cabo una investigación. Jerry fue absuelto. Dorrie había tenido un par de accidentes de coche poco importantes y varias multas por infracciones de tráfico. Siempre conducía demasiado rápido. Él lo sabía. Todo coincidía. Contraté a unos investigadores privados. Sólo deseaba que le encontraran lleno de dinero. Quería que se supiera todo. Pero de pronto, Tobin desapareció. Dejó una nota en mi escritorio:

> «Este lugar me trae demasiados malos recuerdos. Marty, no lo soporto más. Adiós y buena suerte».

Trató de sonreír.

—Creí que ya lo había superado, pero al ver esa cara, esa maldita mueca, todo ha vuelto a mi memoria. ¿Por qué le busca?

—Pues, supongo que por lo mismo. Una apuesta un poco más alta. Y un riesgo mayor.

—¿Mucho más alta?

—El doble.

Silbó sin hacer ruido.

—Tal vez haya una ley acerca del uso de nombres falsos.

—Tal vez se lo cambiara legalmente. Si no le puede localizar, ¿cuál es la diferencia?

—¡Dorrie era tan…! Si le interesa mi opinión, le diré que si lo hizo dos veces, entonces asesinó a las dos.

—No es más que una suposición, Marty.

—Habla usted como si fuera un abogado. ¿Sabe lo que yo hice? Cuando no lograban encontrar nada en su contra, los investigadores que contraté, le pregunté a uno de ellos si conocía a alguien que

estuviera dispuesto a matar a Tobin. El investigador se puso muy nervioso. No parecía tener muchas ganas de hablar del tema. Iba a tratar de conseguir a alguien de otra manera, cuando Tobin desapareció. No soy un tipo violento, como probablemente McGee. Pero era mi hermana menor, y ese hijo de puta entró en su vida y terminó con ella. A lo mejor sucedió como él dijo. ¿Y qué? Aun así era culpable. No me falta dinero. Podía contratar al mejor. —Trató de sonreír, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. Se levantó y comenzó a mirar por la ventana—. Siempre fuimos una familia tan unida… —dijo con voz ronca.

—¿Trató de seguirle el rastro?

—Es un país muy grande. En esa época todas las reglas empezaban a quebrarse. Ya sabe, lo de las nuevas identidades. La gente vagaba de un lado a otro, haciéndose llamar cualquier cosa, comprando nombres nuevos con los permisos de conducir y pasaportes. Dicen que se puede localizar a la gente a través de sus números de seguridad social. Si conservaran siempre el mismo, tal vez se podría. Pero un bala perdida puede inventar un número diferente en cada nuevo trabajo. Seguí la pista del número que dio Jerry cuando le contratamos. El informe tardó meses en llegar. El número correspondía a una mujer de apellido italiano.

—¿Era un buen vendedor?

—No sé cómo se hubiera desenvuelto en el mercado que tenemos ahora, pero hace cinco, seis años, era sensacional. Podía cerrar un trato en el tiempo en que otro vendedor mostraba los baños. Creo que mientras estuvo aquí hizo negocios de seis cifras y más.

—¿Pudo haber sido estafado con el cuento de la deducción de impuestos?

—¿Jerry? ¿Estafado? No creo.

—¿Comprando un montón de Biblias para donarlas después a iglesias y colegios por un precio cuatro veces mayor?

—De ninguna manera. Tenía cabeza para los negocios. Era muy astuto. Yo he hecho algunos buenos negocios, pero creo que él podría hacerlos mejor. Siempre le decía que abriría una sucursal de Eagle en Fort Worth y le pondría al frente de ella, pero no quería saber nada del tema. Decía que era un haragán. No lo creo. Más bien pienso que no quería exhibirse mucho, llamar la atención.

—¿Se metió en algún lío mientras trabajaba con usted?

—No en líos de dinero. En nada que pudiera considerarse un verdadero lío. Estábamos vendiendo una urbanización y edificamos un modelo con el contratista y unos decoradores. Los vendedores tenían que hacer turnos para mostrarla, así que tenían las llaves. Una de nuestras vendedoras volvió allí al cabo de una hora, para buscar un pendiente que había perdido, y encontró a Jerry en la cama con la mujer del contratista. Eso fue antes de que se fijara en mi hermana Doris. La mujer que les encontró armó un escándalo y le dije a Jerry que se buscara un sitio mejor para sus juegos y diversiones. No volvió a ocurrir; no que yo sepa, al menos.

No podía sacarle más información. Estaba deprimido, en un estado de ánimo muy diferente al que tenía cuando llegué.

Cuando ya me iba, me dio su tarjeta.

—Manténgase en contacto, Trav. Si le pesca y necesita ayuda, llámeme. ¿De acuerdo? ¿Me lo promete?

—Por supuesto.

—¿Qué hay en el corazón de un hombre como ése? ¿Qué le hizo matar a Doris y a la otra chica?

—Leí en alguna parte que en un robo de Banco se obtiene un promedio de un millón ochocientos mil dólares. Esa puede ser una razón.

—Pero no podía estar desesperado por dinero. Ganaba mucho. No tenía gustos caros.

Me encogí de hombros.

—¿Adónde va ahora? —fue su última pregunta.

—¿Cuándo sucedió el accidente?

Tardó un momento en contestar.

—En mayo. Un sábado. Hace cinco años y dos meses.

—¿Salió en los periódicos?

—Sí. El lunes.

—Voy al periódico, a buscar la noticia.

—Hace más o menos un año encontré los recortes. Pero luego me pregunté para qué quería guardarlos y los tiré.



Travis McGee 20

ONCE

El miércoles 21 de julio, en Naples, fue uno de los escasos días de neblina del verano; nubes bajas y pesadas, sin viento. Una invasión de insectos de los pantanos y los estuarios había alejado a los turistas de la playa del hotel Eden Beach, haciéndoles quedar en los salones donde se dedicaban a interminables sesiones de cartas o *backgammon*, o en sus habitaciones para disfrutar de la televisión local.

A pesar de que Annie Denzetti se había liberado de sus cincuenta y tres Proctólogos el lunes, no parecía del todo relajada. La notaba tensa. Recorrí la zona mientras ella hacía su trabajo de oficina. Por más que habíamos sido muy discretos, no es posible ocultar una relación como la nuestra en un hotel. Ella era la jefa, y yo era «él», su «él», y mi condición era conocida por los contables, las chicas de servicio, los lavaplatos, las chicas de recepción, los jardineros, el encargado de la limpieza de la piscina, los salvavidas, el profesor de tenis y los hombres de mantenimiento.

Los chismes existen cuando el tema sobre el que se habla tiene algún efecto en la comunidad: ¿Cómo *son* cuando están juntos? ¿Hablan de nosotros? ¿Van a romper? ¿Eso la puede cambiar? ¿Vendrá otro? ¿Qué pasará con la situación aquí? ¿Qué es lo que ve él/ella en ella/él?

Annie era la abeja reina del hotel y yo el príncipe consorte, un

visitante esporádico, y una fuente de preocupación e incertidumbre para ellos. Guiada por su instinto, Annie había dado con una muy buena técnica de dirección del personal. Trataba a todos los empleados con cortesía, justicia e imparcialidad. Cuando surgía alguna emergencia, ayudaba a los empleados en cualquier tarea, por desagradable que fuera. No se hizo confidente de ninguna empleada y, de esa manera, mantenía una cierta distancia con todas. Escuchaba las quejas, recorría el hotel a horas inesperadas, premiaba a los buenos empleados con aumentos y despedía a los gandules, los indiferentes, los ladrones y los mentirosos. Era un ejemplo. Y estaba haciéndole ganar mucho dinero a la cadena.

Encargué un Bloody Mary y unos bocadillos en el bar de la piscina. El barman se comportaba conmigo de manera muy formal. «Sí, señor. ¿Apio, señor?». Lo mejor era mantener las distancias, aunque a veces uno puede llegar a sentirse muy solo.

Volví a la cabaña de Annie, la última de la hilera. Entré, me instalé en medio de su pequeño salón, y de inmediato noté que últimamente había estado demasiado tiempo sentado en coches, oficinas y aviones. Una regla muy sensata para el cuidado del cuerpo es no olvidar nunca su función. El cuerpo fue modelado para correr largas distancias a paso vivo, correr distancias cortas a mucha velocidad, trepar a los árboles y transportar cargas hasta la cueva, así que cualquier actividad que uno realice que no implique uno de esos antiguos usos es, en general, mala para el cuerpo. Las flexiones abdominales son destructivas con el tiempo, así como también del desarrollo selectivo de los músculos levantando pesas o haciendo *jogging* en superficies duras. Un par de años haciendo *jogging* en esas condiciones y es muy probable que nunca vuelva a caminar bien. El hombre es un animal caminador, perfectamente diseñado para ello. La única forma de usar eficazmente la energía humana es ir en bicicleta.

Cuando he tenido una época muy sedentaria y me siento mal por esa causa, busco la flexibilidad. Los tendones endurecidos tratan de volver a su lugar, resistiéndose tanto a la extensión como la contracción. Hay que soltarse despacio, como un gato que está despertando. Después hay que girarse y doblarse, tanto como se pueda, en cualquier posición en la que se pueda sentir la tensión de los músculos. Mantenga esa posición, y fuércela un poco.

Manténgala y vuélvala a forzar un poco. Relaje todas las fibras de ese modo, despacio y sin mucha tensión, hasta que todo el cuerpo haya recuperado la flexibilidad. Entonces dedíquese al juego matutino de los chinos, imitando en movimientos lentos un combate, lanzando un largo golpe bajo, manteniendo el equilibrio sobre una pierna, retrocediendo a posición defensiva, volviendo a golpear. Entonces es el momento del baño, largo y lento, en la playa, realizando carreras cortas y rápidas. Crol, mariposa, espalda, haciendo trabajar los músculos ya flexibles.

Annie Renzetti volvió a la cabaña cuando yo había terminado de nadar y de ducharme, y estaba estirado en el largo diván acolchado, bajo la ventana, leyendo la revista *Dirección de moteles y hoteles*. Me había enfrascado en un artículo que decía que la forma de un jabón influye mucho en su duración.

Sin darle tiempo a disculparse por haber tardado tanto, la cogí en mis brazos. Ella se apretó contra mi cuerpo, toda fragancia, con la boca suave y sonriente, y la llevé al sofá y la senté en mis rodillas, abrazándola. Era una mujer menuda y pulida, tan eléctricamente viva como una cesta de anguilas.

Un rato después, mientras el sol se sumergía en el horizonte marrón rojizo de la niebla de la ciudad que ahora engrasa el borde del cielo a todo lo largo de nuestras costas, preparé unas bebidas, las sacamos al porche y nos sentamos uno al lado del otro en las sillas de fuera.

—Fui a Tampa —le conté—. Conseguí un enlace hasta Fort Myers, alquilé un coche y me vine.

—¿Por la carretera setenta y cinco?

—No; por el viejo camino de la costa. Un ejercicio de masoquismo. Tengo la sensación de que, si estoy lejos tres días, noto la diferencia.

—Tal vez. Mi compañía me ha suscrito a una revista, y el último número llevaba un artículo sobre la población de Florida. Recibimos mil residentes nuevos por día. Residentes permanentes. Una pequeña familia cada seis minutos. En los restaurantes de Florida se sientan un millón y medio de personas a comer al mismo tiempo…

—Basta. Por favor.

—… Somos el séptimo estado en tamaño. Recibimos treinta y ocho millones de turistas al año.

—Y los ríos y los pantanos se están secando —agregué—, los pájaros están desapareciendo, los peces están muriendo. Están asfaltando todo el estado. Y la gente que se opone a ello no es escuchada. Los contratistas hacen grandes contribuciones, pero no hay bastantes fondos para arreglar las cloacas.

—¡Pobre costa!

—Pobre Florida. Todo dejará de funcionar al mismo tiempo. Y entonces vendrá el éxodo. Debo reconocer que me deprimió venir por ese camino. Pero tú me has curado la depresión. Eres un recurso natural que no podrán talar ni pavimentar.

—Dices cosas muy bonitas. ¿Dónde está Meyer? ¿Qué has descubierto?

Se lo conté todo. Era noche cerrada cuando terminé. Le mostré las fotografías de Evan Lawrence, alias Jerry Tobin, y la fotocopia de la noticia del diario de Texas, reproducida de un microfilme. Entramos y encendimos la luz. Preparé nuevas bebidas mientras ella estudiaba el recorte y la foto.

—Era muy bonita, ¿no te parece?

—Sí, realmente lo era. Barajaron la posibilidad de que se estuviera fugando con Evan Lawrence.

—¿Era así?

—Marty, su hermano mayor, lo cree.

Le di la bebida y me senté cerca de ella. Seguía mirando la cara de Evan Lawrence en la ampliación en color, con expresión extraña.

—¿Qué pasa, Annie?

—Lo que iba a decir antes, allí fuera en el porche, cuando me estabas contado todo esto, es que no puedo pensar que esto haya sucedido realmente. Quiero decir, esos dos dramas, esas dos mujeres. No tiene sentido. Me refiero a que las dos le adoraban, ¿no es así? ¿Qué necesidad tenía él de hacerlo? Si hubiera estado con ella años y años, lo entendería un poco más. Como hacerle un seguro de vida a su mujer. Ese tipo de cosa sucia. Pero mirándole a él…

—Mirándole a él, ¿qué?

—En cierto sentido puedo entenderlo. Creo que es el tipo de hombre que la mayoría de las mujeres no tienen oportunidad de conocer ni una vez en la vida. Conocí a uno así cuando era muy joven. Solía venir a casa. Yo tenía unos trece años y él venía con su

mujer. Ella no hablaba mucho inglés. Creo que era húngara. Él estaba tratando de hacer un negocio con papá. Quería un pedazo de tierra que papá había heredado, para construir una fábrica o algo así, y quería que mi padre aceptara acciones en lugar de dinero en efectivo. Años después supe que de haber aceptado las acciones, mi padre se habría convertido en un hombre muy rico en muy poco tiempo. Yo espiaba a ese hombre con su mujer húngara hasta que me enamoré de él totalmente, locamente.

—¿Porqué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Le miré y vi que poseía fuerza, gentileza, amor y comprensión. Supe en seguida que conocería cada pensamiento y sentimiento que tuviera yo sin necesidad de decírselo. Le miraba y algo dentro de mí se derretía. Algo muy similar ocurre con la cara de este hombre.

—Yo no lo veo.

—No eres mujer.

—¿Por qué lo que ves en su cara te hace comprender mejor lo que suponemos que hizo?

—¿Sabes qué ocurrió con el hombre del que me enamoré? Resultó ser una persona corrupta. Estafó a sus socios. Su mujer se ahogó de forma misteriosa en un naufragio en California. Cuando le arrestaron, salió bajo fianza y desapareció. He oído decir que vive en Turquía. Allí no tienen extradición. Lo tenía todo y lo tiró por la borda. Como esta persona, se llame cómo se llame.

—Tal vez Meyer encuentre un nombre mejor en los registros de la universidad.

—¿No habéis pensado que podría ser un loco?

—Sí, lo he pensado.

—Si un hombre se ha formado en la mente una determinada ilusión, las cosas que hace sólo tienen sentido en relación a esa ilusión. ¿Qué edad tiene, unos cuarenta? Tal vez un poco más. Puede haber estado años haciendo esas cosas.

—¿Sin llamar la atención? —pregunté.

—Un poquito aquí, un poquito allí. Si está siempre en movimiento…

—¿Qué clase de ilusión puede hacer que un hombre mate a las mujeres que se enamoran de él profundamente?

—Quizá castigarlas por amar a alguien que él sabe que no lo

merece.

—¡Vamos, Annie!

—Puede ser un esquizofrénico. El amante asesino. Hay peores trastornos mentales que ése.

Lo dejamos ahí. Guardé la foto y el recorte en mi maletín. Poco más tarde, cenamos en un rincón privado del salón.

—Está bien —dije finalmente—. ¿En qué estás pensando?

—¿Se nota? No quería que se notara.

—Annie, hace un minuto he dicho que estas patatas están deliciosas. Tú has sonreído y has dicho que sí. Pero resulta que son escalopes salteados.

—No es *justo,* maldita sea. Eso es hacer trampa.

—¿Qué pasa?

—No pensaba decírtelo aún. Me han llamado de Chicago. Me voy el jueves y vuelvo el sábado.

—¿Qué ocurre?

—Un amigo de Chicago me dio un dato por teléfono.

—¿Qué es?

—¿Recuerdas que, cuando entré en la compañía, era secretaria de un tal Luddwick?

—¿El que fue trasladado a Hawai?

—Ese mismo. Su sustituto tuvo un accidente de coche cuando venía hacia aquí, y cuando se repuso estuvo listo para hacerse cargo del hotel, yo lo hacía tan bien que decidieron dejarme en el cargo.

—Y desde entonces lo has seguido haciendo bien.

—Eso es lo que deben de pensar. El vicepresidente ejecutivo, Minter, ha tenido un infarto y va a retirarse. Y han decidido hacer regresar a Al Luddwick para hacerse cargo. Eso deja Hawai vacante. Un sitio nuevo y el doble de grande que éste. Y por supuesto se puede ganar muchísimo más.

Fruncí el ceño.

—¿Te lo van a ofrecer a ti?

—¿Por qué no? No me avergüenza decir que estoy haciendo un trabajo excelente. Lo único que tienen que hacer es mirar los porcentajes. Cualquier estudio que lleven a cabo por computadora les dirá eso.

—Siempre es agradable que a uno le hagan una oferta.

—No sé si me harán una oferta, Travis. Por ahora no es más que

un rumor.

—Pero si te lo ofrecieran, tú no aceptarías, ¿no es así?

—¿Por qué demonios diría que no?

—¿Y nosotros?

—Por Dios, Travis, ¿qué es eso de *nosotros*? No entiendes cómo funcionan estas cosas. En este momento estoy en el candelero. Supongamos que me lo ofrezcan y lo rechace. ¿Qué pensarían de mí? Es probable que me dejaran aquí, pero… tendrían sus dudas. Pensarían que tengo miedo de meterme en algo más importante, o que tal vez tengo algún tipo de negocio paralelo aquí, por lo que sería conveniente enviar algún auditor. En el mismo instante en que diga que no, dejo de ser la chica de oro que suponen que soy.

—¿Y a quién le interesa ser la chica de oro? ¿Qué tiene de malo la vida que llevas ahora?

—¿Cómo puedes ser tan egoísta y estúpido?

—¡Eh, un momento!

—Es cierto. Mira, cuando pienso en ese trabajo tan importante siento como una opresión en el estómago y casi no puedo respirar. Por Dios, tesoro, ése es el camino para llegar a las acciones, a los bonos, a un lugar en el consejo de dirección. Hay algo que sé hacer muy bien. Adoro este trabajo. Adoro el desafío. ¿Qué se supone que tengo que hacer, estancarme aquí para poder seguir siendo tu amiguita? —se golpeó el pecho con los nudillos—. Yo soy yo por derecho propio. Y además, ¿qué es eso tan importante que haces en Florida? Por supuesto que no quiero perderte. ¿Por qué no puedes llevar el *Busted Flush* a las islas? Allí podrías llevar una vida mejor que la que llevas aquí. Todos tus buenos compañeros de Bahía Mar te olvidarían en tres meses. ¿A qué renunciarías comparado con lo que pretendes que yo renuncie?

La comida era buena, pero el apetito se me pasó de golpe. Salimos a caminar. Discutimos mientras paseábamos por la playa. Se había levantado una brisa del oeste que traía insectos a tierra firme. Las olas golpeaban la arena iluminada por las estrellas.

Nos fuimos a la cama sin haber resuelto la discusión, esperando los dos que haciendo el amor se solucionara. Fue un interludio más tierno que otras veces. Parecía haber elementos de tristeza, de pesar y de despedida. Después besé sus ojos húmedos y saboreé la sal, y le pregunté por qué lloraba.

—Supongo que por lo que podría haber sido.

—¿Como qué?

—La forma en que mantienes oculta una parte de ti. Esa reserva que no puedo atravesar. Tal vez hace unos años eras diferente. Tal vez entonces podías entregarte totalmente. Me da la impresión de que eres de los que utilizan no de los que dan. Conmigo, por lo menos.

—¿Y te sientes como alguien que está siendo utilizado?

—No, querido. No es tan crudo. No encuentro las palabras justas. Lo único que sé es que yo tengo más energía de la que tú puedes utilizar. No puedo entregarme toda a ti porque ni tú ni los años lo permitiríais. Por eso puedo dedicarme así a mi trabajo. Créeme. No me motiva la idea de ganar mucho dinero o de ser importante, o de obligar a la gente a respetarme. Quiero hacer lo que hago porque es un trabajo complicado y cuando sale bien siento una intensa satisfacción. ¿Puedes entenderlo?

—Puedo intentarlo.

En la oscuridad emitió un sonido parecido a una risa.

—Querido, ha estado bien. Te necesitaba. Necesitaba más de ti de lo que tú estabas dispuesto a dar. Pero de todas maneras has estado muy bien. Y ahora lo hemos estropeado para siempre.

—¿Por qué?

—Si me ofrecen el trabajo, voy a aceptarlo. Pero aunque el rumor sea falso y me quede aquí, no quiero que nuestra relación continúe.

—¿Por qué no?

—El hecho de que puedas hacerme esa pregunta es una de las razones.

—A lo mejor es que no soy muy inteligente.

—Está bien, eres una situación con la que no gano nada. Desvías mi atención del trabajo. Creas pequeños problemas con los empleados del hotel. Algunos piensan que se pueden pasar de listos conmigo, como si al saber de ti tuvieran algo para usar en mi contra, y tengo que ponerme dura con ellos. Después de estar aquí contigo, mi cama parece demasiado vacía unas cuantas noches. Sin embargo, cuando sé que estás en camino, siento un extraño resentimiento. Como si me consideraras una especie de objeto. Tú y mi trabajo se superponen de una manera que me irrita. ¿Puedes

entenderlo?

—Creo que estoy empezando a captarlo. Tal vez podríamos dejarlo en que viniera a Lauderdale cuando te apeteciera.

—No creo. Gracias, pero no creo que sirviera. Además, realmente espero conseguir ese trabajo en Hawai.

Giró la cabeza para mirar el reloj que tenía en la mesilla de noche. Las tres y diez.

—¿Travis?

La rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí.

—Travis, hazme un favor.

—Por supuesto.

—Levántate, vístete, entra en tu coche alquilado y vete.

Cuando empecé a hablar, me puso dos dedos sobre los labios.

—Por favor, cariño, quiero llorar tranquila. Quiero llorar mucho rato y después dormirme como si estuviera muerta. Vete, por favor. No digas nada. Ya nos lo hemos dicho todo.

Así que me vestí en la oscuridad, recogí mis cosas y salí, asegurándome de que la puerta quedara bien cerrada. Uno de los guardias de seguridad me pasó el haz de su linterna por la cara y me dejó ir con un gruñido de reconocimiento.

Mientras iba por Alligator Alley en mi pequeño coche, me puse a pensar.

Me dije que no había modo de comprender a las mujeres. Que Annie no entendía lo que estaba desechando. Que era muy probable que, al cabo de unos años, leyera algo sobre ella en los periódicos, una mujer de cabellos grises, menuda y endurecida, nombrada presidenta de esto o aquello.

Me sentía perdido y solo y, en cierto modo, indigno.

Pero la verdad no se puede reprimir indefinidamente. Sí, sabía muy bien lo que ella había querido decir. Sabía por qué había tomado aquella decisión, y tuve que admitir que era la más apropiada para el futuro de Annie Renzetti.

Entonces vino la parte dura. Había sufrido una pérdida. Me habían rechazado. Era el amante abandonado. Estaba solo. Y cuando traté de hurgar en las profundidades de mi pena y mi pérdida, me encontré con una pequeña cosa desagradable en el fondo de mi alma. Era una cosita redonda, una cara sonriente que me susurraba cosas desagradables. No hacía más que decirme que

ahora estaba tranquilo. Hice un esfuerzo para sacar las lágrimas de cocodrilo, pero la carita sonreía y sonreía. Me avergonzó.

Cuando abrí la puerta de mi barco y me preparaba para meterme en la cama, comprendí que Annie había intuido ese pequeño sentimiento de alivio y libertad en mi interior. Según Meyer, todos los seres humanos, mayores o pequeños, de manera manifiesta o encubierta, estamos podridos en el fondo. Adiós, Annie. Te he amado tanto como puedo amar. Y sentiré durante mucho tiempo una dolorosa necesidad de ti.

¿Y si ponía el *Flush* en un barco de carga y me iba a las islas? Un lugar nuevo. Cielos más limpios. ¿Acaso no había estado diciendo que Florida se estaba ahogando bajo el peso contaminante de aquella interminable invasión de nuevos residentes?

Florida era un lugar de segunda categoría, llamativo y barato, pegajoso y ruidoso. El abastecimiento de agua empezaba a fallar. Los contratistas avanzaban sobre los pantanos y los estuarios, utilizando como excusa el desarrollo demográfico. Los pescadores comerciales eran una especie de peligro. Miami era la capital del crimen. Los camiones de cereales y fruta estaban destrozando las viejas y cansadas carreteras. Sequías cada vez más intensas amarronaban el paisaje. La gente prudente se mantenía alejada de las playas oscuras y calles mal iluminadas por la noche, por miedo al cuchillo del loco, al grupo étnico, a la bala del arma robada.

Y sin embargo…, sin embargo…

Volvería a haber tiempo, en el que se podría navegar en una canoa por el Withlacochee, dejándose llevar por la lenta corriente, contemplando la bruma matutina que se levanta de la base de los riscos de piedra caliza, viendo las bandadas de pájaros, de increíble blancura, sumergirse y volar de manera tan súbita que hacen detener el corazón.

En un día cualquiera, volvería a ver el lento deslizar de un caimán bajando por la lodosa orilla hasta la laguna; vería sus ojos saltones mirándome, y una nube de mosquitos bailando en un rayo de sol a través del musgo negro.

Y tal vez el nuevo amanecer me encontraría vadeando y lanzando mi sedal al agua, en medio de un silencio intenso, brumoso, sin viento, y de pronto oiría el fuerte silbido de una marsopa saliendo en busca de aire unos pocos metros detrás de mí,

asustándome, y vería su benigna y enigmática sonrisa al volver a silbar.

Orquídeas salvajes, nudos de cipreses, círculos de sol cayendo en forma oblicua sobre el agua verde de los pantanos, el viento avanzando por las llanuras, apagándose y muriendo, los sonidos roncos de los pavos salvajes, los últimos coletazos de un tarpón atrapado, de un pez ángel, pestañeando, moviéndose de manera esquiva entre las gorgonias. Y el constante, enloquecedor, rugiente y silbante alarido del huracán.

A pesar de su suerte incierta, de que en gran parte su destino estaba en manos de hombres cuyo solo pensamiento era coger el dinero e irse, políticos de ciudad pequeña con peinados estrafalarios, viejos del norte con ojos helados y que son devotos accionistas, toscos muchachos de la zona ganadera oliendo a colonia…, aun así, Florida era mi lugar en el mundo. Aquí estoy y aquí me quedaré hasta el momento en que la Neptune Society me incorpore a las diluidas aguas fecales cerca de la costa.

Florida tiene demasiados momentos mágicos que compensan el resto. Demasiados instantes de deleite puro.

Me di cuenta de que no tenía sentido tratar de dormir. Busqué el vaso más grande que tenía, encontré cuatro naranjas en la nevera, que no estaban pasadas, y me preparé un fuerte desayuno de hombre triste, consistente en zumo, hielo picado y *gin* Boodles. Con el vaso en la mano subí al puente; en la cubierta hice girar mi butaca de capitán y apoyé los talones en el panel de instrumentos. La inminencia del amanecer era como una hebra de color salmón sobre las Bahamas.

Me di cuenta de que Annie tal vez no volvería a estar más a bordo, y sentí una súbita punzada de dolor ante la sensación de pérdida.

Cuando mi vaso estaba medio vacío, empezó a sonar el teléfono. Me apresuré a bajar, sabiendo quién era, rogando que no se arrepintiera. Todavía estaba allí cuando contesté.

—¿Diga?

—Escucha, así no.

Respiré hondo.

—Tienes razón. Así no, Annie.

—Porque aparte de todo, éramos amigos.

—*Somos* amigos —corregí.

—Y seguiremos siendo amigos.

—Avísame de lo que se decida en Chicago.

—Lo haré.

—Espero que te lo ofrezcan y aceptes.

—Gracias. Pero… pasará un tiempo antes de que otro pueda hacerse cargo de esto de forma adecuada. Así que…

—Volveremos a vemos.

—Así que habrá tiempo para terminar nuestro asunto de un modo mejor que esta noche. Me he portado muy mal. Lo siento.

—Los dos lo sentimos.

—¿Cómo es posible que dos personas puedan ser algo más que la suma de dos individuos y luego menos que la suma?

—Eso es para cierta clase de personas, Annie.

—Está bien. Tenía que llamar. Buenas noches o buenos días o lo que sea. ¿Estabas durmiendo?

—Estaba en el puente tomando un trago, hundiéndome en la tristeza y esperando el amanecer. ¿Y tú?

—He salido y me he sentado a la orilla del mar. He tenido pensamientos tristes. Al final he sentido necesidad de llamarte.

—Buena suerte, amiga.

—Lo mismo digo —dijo antes de colgar.

Volví al puente y me terminé la bebida cuando el sol se acercaba al rojo, con la promesa de enojosas quemaduras en la joven y blanca piel de los visitantes, y un bronceado más profundo en los enjutos cuerpos de los octogenarios que se pasan el día al sol en las terrazas de su retiro. Luego bajé y me quedé profundamente dormido. Cuando el teléfono me despertó al mediodía, sentía una sensación de no saber quién era ni dónde estaba.



Doce

—¿Dónde estás? —le pregunté a Meyer.

—En un Holiday Inn en Austin. No hay novedades. Excepto mi cansancio. —Parecía agotado y deprimido.

—¿Recibiste mi mensaje?

—¿Sobre Jerry Tobin? Sí. Mi amigo está en un seminario, pero el tipo que trabaja con él me dio tu carta. Diría que contribuye a confirmar lo que ya sospechábamos.

—Estoy de acuerdo.

—Travis, he seleccionado los siete años más probable, calculando lo mejor posible la edad del hombre. Descubrí que la oficina del director de Desarrollo y Dotación tiene una biblioteca, y han sido tan amables que me han proporcionado espacio adecuado y libre acceso a su colección completa de anuarios de la universidad de aquí, y también de sus sucursales en Arlington, Dallas y El Paso. También tienen anuarios de todas las demás universidades del estado. Así que puedo afirmar que ese hombre no se graduó en ninguna división de la Universidad de Texas, ni en la Texas Christian de Forth Worth, Tecnológica de Lubbock Wesleyan de Fort Worth, Texas Southern en Houston, ni en las de Tyler, Seguin, Kingsville, Texas A y M en College Station y Pairie View, East Texas Baptist en Marshall, East Texas State en Commerce, North Texas State en Denton, ni en la West Texas State en Canyon. Tampoco en

la Universidad de Dallas en Irving.

—¿Entonces…?

—Déjame terminar. Encontré a mucha gente de apellido Lawrence y Tobin. No pude reconocerlos de ninguna manera. Supuse que podía haber asistido a clases sin graduarse, así que he estado estudiando cuidadosamente las fotografías de grupos en todos los anuarios, para ser exacto ciento veinticinco. Faltaba una de la East Texas Baptist, un lugar y un año poco probables. Si es posible hacer que una lupa bastante grande se agote, yo lo he hecho. He tenido siempre la foto ampliada de ese hombre a mano, para refrescarme la memoria. ¿Alguna vez te has dado cuenta de cómo se parecen todos los muchachos? Supongo que nosotros les parecemos todos iguales a ellos. He tomado notas sobre algunos que pueden ser. Tal o cual institución, anuario de tal o tal año, página cincuenta y seis, equipo de fútbol, segunda fila empezando por atrás, quinto muchacho a partir de la izquierda. Hay unos quince que son posibles, y los quiero revisar otra vez cuando tenga unos plásticos transparentes para colocar encima y un lápiz graso para dibujarles pelo. No creo que pueda eliminarles a todos. Luego, recogeré los datos de los que sigan pareciendo sospechosos.

—Parece muy agotador.

—Lo es, lo es. Pero la investigación forma parte de mi entrenamiento básico, la acumulación de datos. Cuando se reúnen suficientes datos, se puede sacar alguna conclusión. Esa es la parte interesante.

—¿Tendremos conclusiones, entonces?

—Si lo encuentro, descubriremos quién es o quién fue. Si no lo encuentro, podemos llegar a la conclusión de que no se graduó en ninguna universidad de Texas y que probablemente no asistió a ninguna o que, de haberlo hecho, no participó en las actividades extracurriculares.

—¿Te parece emocionante?

—Interesante, diría. Recuerdo que me dio la impresión de ser alguien con una cierta educación. Un poco superficial. Del estilo de una universidad estatal después de obtener una beca en atletismo, o de graduado de una de esas escuelas técnicas.

—¿Cuándo estará listo?

—Creo que terminaré mañana. Si me dejaran trabajar de noche

ya habría terminado. Pero a las cinco cierran las puertas y activan las alarmas.

—Y las noches son largas.

—Travis, he descubierto algo muy curioso con respecto a la televisión. Los anunciantes parecen estar pagando a las agencias de publicidad para crear anuncios que critican a la competencia. El Lincoln es mejor que el Cadillac. California Cellers es mejor que Inglenook. Las pastillas para el dolor de cabeza, para la acidez de estómago, los desodorantes…, todos insisten que son mejores o son más fuertes o más duraderos.

—¿Y?

Oí la especie de resoplido que hace Meyer cuando está impaciente o no es comprendido.

—Travis, como economista tengo una idea razonable de la realidad y puedo decirte que los fabricantes que permiten una insensatez tan obvia son culpables de esa monumental estupidez. Uno puede esperar algún tipo de insensatez por parte de los publicistas, pero no de los ejecutivos que pagan esas campañas.

—No te entiendo.

—Desde tiempos remotos, los comerciantes han sabido que denigrar el producto o la eficacia de la competencia no sirve más que para el propio fracaso. Cuando un Jones, un Smith y un Brown tienen sendos negocios en Maine, y cada, uno les dice a sus clientes que los otros dos son ladrones, al cabo de un período razonable de tiempo los clientes, inevitablemente, pensarán que los tres venden mercadería inferior y ofrecen servicios inferiores, y los tres negocios declinarán en forma inevitable. Y en la televisión, el consumidor presta tan poca atención a los anuncios que yo diría que cuando un producto de la competencia se menciona por su nombre, éste queda en el subconsciente con tanta firmeza como el que están promocionando. Siento hablar de esto, pero es que estoy aterrado ante tan costosa estupidez. Esto sólo podría ocurrir en una cultura basada en la administración por consenso, por comité. El telespectador medio expresará su resentimiento no comprando nunca un producto que se anuncia como mejor que los de la competencia… Perdona la digresión. ¿Qué pasó con el barco de Halk?

—Fui a echar una mirada. Aún no lo han llevado al

embarcadero. Pregunté y me dijeron que estaba en el astillero.

—¿Cómo está Annie?

—Bien, bien.

—¿Pasa algo?

—He dicho que bien. ¿Qué tiene eso de malo?

—Una ligereza forzada. Una alegría falsa.

—Le van a ofrecer un empleo mejor, cree. Dirigir un complejo hotelero mucho… más grande en Hawai.

—¿Aceptará?

—Sí.

—¿Por eso estás así?

—Supongo que sí.

—El sábado pienso tomar un avión de vuelta a Houston. ¿No te molestaría…?

—Estaré allí por la tarde. Te veré en el apartamento.

—Averigua tu número de vuelo y vuelve a llamarme. Es posible que nos veamos en el aeropuerto.

Hada las cuatro de la tarde de un sábado casi soportable estábamos otra vez en el apartamento. El interior olía a rancio. Meyer conectó el aire acondicionado. El vacío del lugar no hacía más que acrecentar el recuerdo de su sobrina. En su estante había una colección de gatitos de cerámica; el armario aún estaba lleno de ropa de ella.

Meyer se había comprado una camisa en Austin. Gris, estilo del Oeste, manga corta y botones de nácar. El negro vello del pecho le asomaba por el cuello abierto. Se sentó a leer la fotocopia del recorte sobre la muerte de la señorita Doris Eagle.

—¿No hay duda de que se trata del mismo hombre? —me preguntó.

—Ninguna. Eagle quedó muy afectado.

—De modo que ese hombre anda por ahí suelto —dijo Meyer, con un movimiento del brazo que lo abarcaba todo—. Comiendo, durmiendo, lavándose las manos, pensando, recordando a sus mujeres. Déjame mostrarte lo que conseguí yo.

Había reducido su lista de sospechosos a cuatro caras y había fotografiado los grupos en los que aparecían.

—Traté de obtener los negativos originales, pero como los anuarios no se vuelven a imprimir, después de usar el material

gráfico y las fotos se elimina todo. Marqué los que podían ser con lápiz rojo. Míralos a través de la lupa. Tienes que imaginarte a Evan Lawrence hace veinte años. Todos éstos parece que coinciden en el color, la forma de la cabeza, el emplazamiento de las orejas y los ojos.

Miré las cuatro. Un equipo de béisbol, un grupo de corredores, miembros del club de teatro, y de una fraternidad. Miré a Meyer, que permanecía a mi lado.

Todos podrían ser la misma persona.

Meyer me alcanzó las cuatro fichas. Eran Warren W. Wyatt de Lubbock, Cody T. W. Pittler de Eagle Pass, Coy Lee Rodefer de Corpus Christi y B. J. Broome de Waco.

—Estas eran sus direcciones cuando se inscribieron. Ninguno se graduó en la universidad a la que asistían cuando se hicieron las fotos. Si las fotografías fueran más grandes y claras, tal vez pudiera eliminar a alguno. A propósito, los cuatro fueron a la Universidad de Texas… Rodefer y Wyatt a Austin, Pittler a El Paso y Broome a Arlington. No hay garantías de que esos nombres correspondan a las fotos. Las listas de nombres pueden estar equivocadas debido a trasposiciones, confusión, negligencia y demás. Por ejemplo, en esta foto de la fraternidad hay treinta y dos caras y treinta y tres nombres.

—Y tal vez él no esté allí.

—Me inclino a pensar que sí. O que al menos tuvo alguna conexión con esa universidad. Si yo anduviera diciendo que fui a la Universidad de Heidelberg, tarde o temprano me tropezaría con algún graduado o alguien que conociera bien la ciudad. Es más fácil mentir acerca de lo que se conoce. Las personas estúpidas cuentan mentiras estúpidas. Y Evan Lawrence no me pareció un estúpido.

—Entonces, ¿podría ser uno de estos cuatro?

—Digamos que hay una probabilidad entre veinte de que lo sea. O más. ¿Pero cuáles eran tus probabilidades de enterarte de que no estaba a bordo del *Keynes*? ¿Cuáles eran las probabilidades de que esa mujer de Venice apareciera con su cámara y tomara fotos que mostraran con suficiente claridad la mano izquierda de Pogo? Probabilidades como ésas no entran en los cálculos. Excepto por la coincidencia, hubiéramos creído que había volado en pedazos, aun después de descubrir que le había quitado el dinero a Norma. ¿Qué

hacemos ahora, Travis? Tú eres el experto en estas cosas. ¿Empezamos a investigar a esta gente?

—Prefiero comprobar lo de esos faroles japoneses de piedra. Evan dijo que había trabajado para un tal Guffey, que tenía una propiedad al norte de Harlingen. Dio la impresión de que fue cuando salió de la universidad y bastante antes de trabajar en la inmobiliaria Eagle. Recuerda que dijo que en esa parte de Texas no iban a necesitar faroles japoneses de piedra durante mucho tiempo.

—¿Buscar los faroles? —preguntó Meyer con las cejas levantadas.

—Son llamativos. La mujer de un ranchero pondría sin duda uno en su jardín. Son de tosca piedra gris, y en generar tienen tres partes. Las cuatro patas, la parte central en la que va la vela o la bombilla (casi siempre tiene cuatro aberturas, del tamaño de un puño) y encima un techo adornado, como el de una pagoda, demasiado pesado para que pueda caerse, a no ser que sople un huracán. Todavía deben de estar en los jardines en los que los instaló. El nombre Harlingen parece muy posible, pero creo que Guffey es un nombre inventado al momento. Si vamos a ir investigando por lugares apartados necesitaremos algo que llame poco la atención. ¿Cómo es la camioneta de Norma? Roger Windham dijo que era vieja.

Y lo era. Una GM para trabajos pesados pintada originalmente de azul. En los pocos sitios donde la pintura no había sido golpeada por las piedras de los caminos de montaña y las ramas espinosas de los senderos, era de un desteñido azul manchado. En donde había saltado la pintura estaba oxidada. Los neumáticos eran Michelin grandes, de ocho capas. Abrí la puerta y la probé. La batería estaba bastante gastada y no creí que pudiera arrancar, pero al final lo hizo, a duras penas al principio y luego con un saludable rugido. El cuentakilómetros marcaba más de cinco mil y, calculando que tenía diez u once años, no sabía si lo habían vuelto a poner a cero una o dos veces. Tenía un sistema de batería doble, una cama, una nevera, aire acondicionado y una caja de herramientas. Además había un tanque de agua vacío, y un inodoro portátil.

La condujimos quince kilómetros hacia el oeste y otros tantos de vuelta para darle al alternador la oportunidad de cargar las baterías. Los dos depósitos de gasolina estaban casi llenos, el aceite

llegaba a la línea de máximo y no necesitaba agua. Pero era ruidosa e iba dura, y tenía tendencia a desviarse.

Cuando volvimos, Meyer dijo que tendríamos que preguntarle a Windham si no había inconveniente en que la usáramos para ir a Victoria y Corpus Christi, en el valle. Los papeles estaban en la guantera. El nombre de la dueña era Norma Green, no Norma Lawrence. Meyer dijo que tenía el teléfono particular del abogado.

Meyer pescó a Windham justo cuando éste estaba saliendo para asistir a un cóctel. El abogado dijo que podía hacer lo que quisiera con la camioneta, pero que podía llegar a haber algún problema con el seguro. La asegurada había fallecido. Y en caso de accidente, las compañías de seguros se aferran a cualquier cosa para no tener, que pagar. Windham aconsejó conducir con mucho cuidado hasta el lunes por la tarde, o, mejor aún, no utilizarla, y para entonces él ya lo habría arreglado.

Meyer sugirió que lo mejor sería no tocarla. Estaba anocheciendo. Se quedó dormido en la silla. Pensé en salir a comprar algo para cenar, pero comprendí que pondría en marcha la alarma, ya que no sabía los números que tenía que apretar en el tablero de control. Me dediqué a revisar los armarios y la nevera. Debajo del fregadero encontré algo de vino y vodka, en el armario una lata de chile y en la nevera un trozo de queso. Me preparé un vodka con hielo y calenté el chile con muchas tajadas de queso. Desperté a Meyer y cenamos en silencio. Luego se fue a la cama. Limpié, eché una mirada a mi alrededor y encontré un libro de Stephen King acerca de un gran perro sobrenatural. Me lo llevé a la cama y leí más tiempo del que había previsto. Era un perro aterrorizante. Un escritor espeluznante. Me pregunté si él sería capaz de adivinar qué clase de persona era Evan Lawrence: quizá fuera tan espeluznante como el perro de King, pero de una manera distinta.

Traté de no pensar en Anne Renzetti, pero en el instante en que apagué la luz, allí estaba esa carita sonriente que me decía: tú lo estropeaste, tú lo estropeaste. Más tarde oí otra voz, más lejana y no tan clara, que me decía: nunca tendrás una oportunidad mejor.

¿De qué? ¿De un hogar y de una chimenea encendida? ¿De una segadora de césped en Navidad? ¿De un perro de caza que viajaría con la cabeza fuera de la ventanilla del coche, jadeando?

Como dijo alguien, soy lo que soy.



TRECE

Había algunos detalles burocráticos que arreglar con el registro del vehículo, así que no salimos de la ciudad hasta última hora de la tarde del lunes 26. Llegamos a un lugar llamado Robstown, a unos quince kilómetros del límite de la ciudad de Corpus Christi. Nos alojamos en un motel en la parte más alejada del pueblo, en la carretera nacional 77 y, en cuanto entramos en la habitación, Meyer empezó a buscar el apellido Rodefer en la guía telefónica.

Encontró nueve Rodefer, pero ninguno de ellos era Coy Lee, o C. L. o ni siquiera C. Decidimos visitar a los nueve.

—Estamos cerca de la ciudad. ¿Por qué no? ¿Por qué tienen que ser primero los faroles cuando podemos eliminar a éste? O tal vez encontrar al que buscamos.

El primer Rodefer de la lista no contestó. Cuando Meyer comenzaba a llamar al segundo, me dijo que debía hacerlo yo. Con gran alivio por su parte, cogí el teléfono e hice la segunda llamada.

—¿Hola? —preguntó una voz de mujer, vacilante, ni vieja ni joven.

—¿Habla la señora Rodefer?

—Así es.

—Tal vez me pueda ayudar, señora. Hace mucho tiempo fui compañero de universidad de Coy Lee Rodefer. Estoy en un motel cerca, en Robstown, y he estado revisando la guía para ver si estaba

el viejo Coy Lee, pero no lo he encontrado. Y como hay muchos Rodefer, he pensado: «bueno, por qué no pruebo y veo si hay algún pariente que sepa dónde está Coy». Él y yo estábamos en el mismo equipo de corredores.

—¡Coy Lee es justamente primo hermano de mi marido! ¿Cómo me ha dicho que se llama, señor?

—Travis McGee, señora. Estoy aquí de paso.

—Bueno, si estuvo en la facultad con él sabrá por qué tuvo que dejarla.

—Le juro que no lo sé, señora Rodefer. Yo también la dejé; fue a causa de una enfermedad de mi padre, tuve que hacerme cargo de la casa. Siempre me prometí que algún día volvería para graduarme, pero no me fue posible hacerlo.

—Lo que pasó es que se cansaba tanto y quedó tan deprimido, pensaron que tenía esa…, ¿cómo la llaman? Una de esas enfermedades contagiosas. No recuerdo el nombre.

—En este momento tampoco se me ocurre a mí.

—Sea como fuere, le hicieron un montón de análisis de sangre y resultó que tenía leucemia.

—¡Qué horror! Un tipo tan fuerte.

—Volvió aquí y se instaló en su antigua habitación en la casa de sus padres. No recuerdo cuántas veces entró y salió del hospital. Había entrado en revisión…, no suena muy bien, ¿verdad?

—¿No es remisión, señora?

—¡Eso! De todas maneras era un infierno para su madre, y creo que eso fue lo que hizo que su padre comenzara a beber. Su padre era el hermano del padre de mi Ben. No duró un año después de la muerte de Coy Lee.

—¡Oh, murió!

—Los dos murieron. Coy Lee y su padre, no hace más de un año. Su padre murió borracho; volcó con la camioneta una madrugada de niebla. Coy Lee sufrió más. Pesaba cuarenta kilos cuando murió en el hospital. Su madre le tenía cogida la mano y le decía que todo iba a salir bien. Yo empezaba a salir con Ben en esa época, y aquello le afectó más de lo que yo había pensado. Es una enfermedad terrible, pero he oído que ahora pueden hacer mucho más por la gente que la padece. Lo peor es que era su único hijo. La madre se casó con un viudo que tenía siete hijos, dos años después

de que el padre de Coy, Lee se matara. Lo que haré será decirle que llamó un amigo de Coy Lee, de Austin, para saber dónde estaba, y que tuve que decirle lo que pasó con él.

—Dígale a su madre que era un buen muchacho. Era un buen amigo, y siento mucho lo que ocurrió. Dígale que todos los que entonces le conocieron en Austin le apreciaban mucho.

—Se alegrará de saberlo. Se lo voy a decir mañana.

—Gracias por su ayuda.

—Siento haberle dado malas noticias. Pero así es la vida.

—Seguro. Buenas noches.

Meyer había estado sentado a mi lado para poder oír toda la conversación. Cuando colgué, se apartó, sacudiendo la cabeza.

No importa cuántas veces uno lo haga, cuantas veces se haga uno pasar por alguien y consiga la cooperación de alguna persona confiada, uno siempre se siente un poco sucio. No se obtiene ningún placer engañando a un inocente. La amistad tiene un hondo significado. Y cuando uno quiere saber algo, por lo general descubre eso de las maneras más extrañas, aun apelando a algo que nunca existió.

Bajamos al restaurante del motel y decidimos ir a cualquier otro sitio. Nos dirigimos a la ciudad y encontramos un lugar donde nos garantizaron que, bajo ninguna circunstancia, iban a freír el bistec.

Cuando bebíamos el café, Meyer volvió al tema de la conversación telefónica.

—Ha sido deprimente hablar con esa joven.

—Tú no conocías tan bien al viejo Coy Lee como yo.

—No hagas bromas, ¿quieres? Suponte que nos lo encontramos en Corpus Christi. ¿Y si fuera Evan Lawrence y Jerry Tobin y Coy Lee Rodefer? ¿Qué pasará si aparecemos delante de él con este aspecto, con estos grandes sombreros y pantalones de sarga, y estas ridículas camisas?

—Trataremos de no encontrarnos con él en ningún *momento*.

—¿Sólo localizarle?

—Y llevarle a la justicia. Como solían decir en las series de Marshal Dillon.

—¿No resultará muy difícil, Travis?

—Si alguna vez conseguimos más pruebas que las que tenemos ahora, las cuales ahora no son nada, «muy» es una palabra suave.

—Y entonces, ¿qué?

—¡Meyer, por Dios, no podemos planearlo todo de antemano! Improvisaremos. Tal vez haya estado mezclado en otras cosas. Podemos tropezar con algo que nos sirva de prueba en su contra. Parece que le gusta matar mujeres. Por dinero. A lo mejor alguna vez fue más torpe. Recuerda que Martin Eagle tiene especial interés en saber dónde está, si es que le encontramos. Tengo el presentimiento de que cuanto más averigüemos sobre su pasado, más cerca estaremos de él. No pienso moverme a escondidas y atraparle por las buenas. Por lo que sabemos, nadie le busca por ningún motivo. Tal vez *no* mató a nadie. Tal vez alguien arregló las cosas para matarle pensando que estaba en tu barco ese día. Tal vez *estaba* en el barco. Se supone que tú eres el que tiene lógica, no yo.

Trató de sonreír.

—No lo estoy haciendo muy bien, ¿verdad? No puedo pensar en ello. Quiero que le maten. Quiero verle muerto.

Al día siguiente, temprano, estábamos cruzando el valle del Río Grande camino de Harlingen. Encontramos un sitio para detenernos y mirar el mapa. Los pueblos más probables eran Villacy, Hidalgo, Starr, Zapata, Jim Hogg, Brooks y Kennedy. Había gran cantidad de tierras cultivables en el valle, y más granjas y campos, cuanto más hacia el norte.

Si ésta era la zona en que Evan Lawrence, alias Jerry Tobin, había vendido sus treinta toneladas de faroles de piedra japoneses, éstos tendrían que estar a la vista, al aire libre, si es que uno se podía acercar lo suficiente a las casas. Ese era el problema. En aquella zona de campos y granjas, las casas, los cobertizos y los graneros estaban a unos doscientos metros al final de un camino particular.

Necesitábamos alguna historia para impedir que nos dispararan por intrusos. Si conseguíamos el equipo necesario para parecer inspectores, era probable que nos dispararan por inspeccionar. Finalmente, Meyer dio con la idea adecuada. Sólo había que conseguir una red para capturar insectos y una caja metálica para meterlos dentro.

Cuando llegamos a Raymondville, doblamos a la izquierda por la

estatal 186. A la tercera granja, Meyer tenía mucha práctica.

—Señora, estamos trabajando en un proyecto para Tejas A e I en Kingsville. Ha habido una invasión de arañas violín, como se las conoce vulgarmente. Quisiéramos que nos diera permiso para revisar los cimientos de su casa y los alrededores de los cobertizos. No tenemos que entrar en ningún edificio y no vamos a dañar ningún cultivo. Es una arañita pardusca, con cuerpo oblongo. Su picadura puede causar fiebre, náuseas, calambres y ulceraciones en el lugar de la picadura. Si encontramos alguna aquí, se lo liaremos saber.

La vieja camioneta azul parecía plausible, y muy pronto estuvimos lo bastante sudorosos para parecerlo también nosotros. No hubo negativas. La gente tío se mostraba rebosante de amistad y buena voluntad, pero los meticulosos modales de Meyer parecían eliminar todas las sospechas.

Recorrimos carreteras locales, caminos vecinales, la 1017 y 681, y atravesamos pueblos como Puerto Rico, San Isidro, Agua Nueva, Víboras, Robberson, Guerra. Perdí la cuenta de las veces que nos detuvimos. En ningún lado vimos faroles de piedra. Almorzamos un bocadillo pésimo y una naranjada en un sitio llamado Premont, y una hora más tarde encontramos el primer farol de piedra. Estaba en el pequeño jardín de una casa blanca, en una granja al norte de Ríos, en la estatal 1329.

Una mujer menuda y gordita con muchos dientes de oro, nos permitió buscar nuestras arañas. Mientras Meyer hacía su trabajo con la red yo me puse a hablar con ella.

—No he podido dejar de notar su farol de piedra. Tenía un amigo que antes los vendía. A lo mejor se lo compró a él.

—No lo creo. Sólo hace seis años que vivimos aquí. El farol ya estaba cuando vinimos.

—¿Hay algún vecino que lo tenga también?

—Es muy bonito.

—Oh, sí. ¿Alguien más lo tiene?

Sonrió y agitó un brazo regordete que señalaba al norte y al oeste de Ríos.

—Mucha, mucha gente lo tiene.

Nos dirigimos hacia el norte y doblamos hacia el oeste en el primer cruce. Estábamos en la tierra de los faroles de piedra. En la

tercera granja encontramos a un hombre que había comprado uno.

—Demonios, debe de haber sido hace unos quince o dieciséis años que mi mujer me lo hizo comprar.

Los vendía un joven en una camioneta vieja. Daba gusto hablar con él. Los faroles grandes costaban cuarenta y dos dólares al contado, y los pequeños treinta y cinco. Por supuesto, ella tenía que tener el grande. Le encantaban esas estupideces. En las noches que no hacía frío, salía corriendo a ponerle una vela dentro, y después permanecía en casa mirándolo a través del mosquitero. La hacía feliz verlo fuera. Yo solía tomarle el pelo, diciéndole que con esos cuarenta y dos dólares hubiera podido comprar un montón de lámparas de aceite o bombillas.

Era un hombre de unos cincuenta años, curtido por el sol, con un sombrero de paja inclinado sobre la frente y los ojos del mismo color azul desteñido de su camisa de trabajo. Sus grandes manos estaban acostumbradas al trabajo duro, y las venas de sus correosos antebrazos eran gruesas y azules.

—¿Cree que ella recordará el nombre del vendedor?

—Allie murió hace seis años, amigo. Era una tarde lluviosa de junio, justo un día después de haber cumplido los cuarenta y cuatro. Le llevé un regalo, pero no me reconoció. Por aquel entonces ya no reconocía a nadie. Nunca estuvo muy bien de salud. Tenía un corazón débil, y los riñones y pulmones también. Un día todos empezaron a funcionar mal al mismo tiempo. No sé por qué le cuento esto. Pero cuando un hombre está solo todo el día, le da por hablar hasta por los codos.

—¿Usted vio al vendedor?

—No de cerca. Le vi, estaba junto a la camioneta cuando ella vino a buscar el dinero. Han dicho ustedes que andaban detrás de una araña, pero me parece que lo que les interesa ese vendedor de faroles.

Me reí falsamente.

—Dos pájaros de un tiro.

En ese momento apareció Meyer, sujetando un extremo de la red con mucho cuidado.

—Esta es una violín —dijo, nervioso.

—Es cierto —dije, mientras la transferíamos a nuestra improvisada caja de ejemplares. Parecía aletargada. Meyer sacó un

bloc y anotó el lugar y la fecha.

—¿Podría describirme el vendedor de faroles? —le pregunté al hombre.

—Bueno, era como cualquier otro joven de los alrededores. Pero hablaba algo de español. Pude escuchar cómo él y Allie charlaban como locos. Conocí a Allie cuando estaba trabajando en Veracruz, hace mucho tiempo. Era la chica más linda que había visto en mi vida. Pero nunca conseguí hablar bien el español. Dios sabe que probé. Ella era una mujer muy inteligente. El problema era que tenía cosas que decirle y nunca pude decírselas realmente, porque ella no llegó a dominar del todo el inglés.

—¿Sabe dónde quedaba el centro de operaciones del vendedor?

—Oh, sí. Allie quería un farol que tenía una especie de burbuja en la parte de arriba. Así que él fue y trajo uno nuevo. Muy amable de su parte. Dijo que estaba a unos cuarenta kilómetros en la estatal dieciséis. Tenía un depósito en un lugar al norte de Freer, señor.

—Tiene una memoria notable —dijo Meyer.

El hombre sacudió la cabeza, sonriendo.

—No tanto. Aquí no pasan tantas cosas como para que uno no las pueda recordar todas. Y Allie estuvo hablando un buen rato con él. Creo que sentí curiosidad y presté bastante atención.

Le dijimos cuánto agradecíamos su ayuda. Parecía un poco desconsolado al vernos partir. Significaba que se quedaba solo. El terreno que rodeaba sus construcciones estaba razonablemente cuidado, pero una mirada al interior de su casa me permitió ver un perro marrón echado sobre un montón de diarios, y un pavo picoteando algo en el suelo.

Un par de kilómetros más adelante me detuve para que Meyer soltara la araña. Cuando volvió a subir, le pregunté si la había pisado. Me contestó que lo había pensado, pero había decidido que la araña también tenía sus derechos, y ya que había cumplido bien con su papel y formaba parte de ese todo llamado naturaleza, la había dejado ir. Le recordé que era venenosa y replicó que, normalmente, en la naturaleza no hay nada que muerda si no se le provoca. Tienes que amenazar o hacer creer que amenazas. Los criadores de ovejas del oeste son venenosos porque creen que están amenazados por los coyotes, cuando todos los datos científicos de buena fuente indican lo contrario. Agregó que los lobos nunca

habían perseguido a los trineos rusos, y que la mordedura de una tarántula es menos molesta que la picadura de una avispa. Cuando más precaria se vuelve la existencia de todas las criaturas vivientes en el planeta, más valioso se vuelve el fragmento de vida de cada individuo, añadió. Le hice notar que tomaba un camino muy largo para decidir si pisaba o no un pequeño insecto, y me contestó que la araña no es un insecto sino un arácnido predatorio de ocho patas, del orden Aranlae. Le pregunté si su veneración por la vida se hacía extensiva a Evan Lawrence: él también formaba parte de ese todo. Meyer dijo que yo tenía la tendencia a plantear las discusiones sobre una base emocional, privándolas de todo su interés intelectual. Le contesté que tenía suerte de tenerle conmigo para que me aclarara todas esas cosas.

Se dedicó a sus notas.

—De los cuatro estudiantes que podrían haber sido Evan Lawrence, hemos eliminado a uno: Rodefer. De los tres que quedan, el que tiene más posibilidades de hablar un español fluido es Sody T. H. Pittler. Nació en Eagle Pass, cerca de la frontera. Y fue a la universidad en El Paso, también en la frontera. Por supuesto que eso no elimina a Wyatt y Broome. Ni tampoco implica que cualquiera de esos tres sea Evan Lawrence. Todo lo que quiero decir es que si vamos a dedicar el mismo esfuerzo para investigar a Wyatt, Pittler o Broom, lo lógico sería investigar a Pittler primero.

—Creo que Allie debió de ser una mujer bonita. —Deberíamos preguntar en Freer por el señor Guffey, si es que hay alguien que se llame así.

—Y cambiar nuestra representación, creo.

—¿Cómo?

—No necesitamos actuar para preguntar dónde vive Guffey. Si le encontramos, pensaremos algo.



CATORCE

Freer era un cruce de tres caminos. Era un paraje llano y extenso, con unos dos mil o tres mil habitantes. A la entrada del pueblo vi una agencia de suministros agrícolas, con una atractiva hilera de tractores estacionados en el arcén.

Encontré algo de sombra donde aparcar y entré. Había una sala de exposición y una pequeña oficina, con un taller detrás. Meyer se dirigió a la hilera de tractores y se quedó allí, estudiándolos, con su sombrero de paja echado hacia atrás, una cerilla de madera en la comisura de la boca y los pulgares metidos en los bolsillos de los pantalones. Casi parecía un auténtico granjero. Me alegró verle improvisar. Poco a poco estaba empezando a disfrutar del inofensivo arte del engaño. Como en los viejos tiempos.

Entré despacio en el local y me dirigí a los dos hombres que estaban apoyados en una monstruosa pieza amarilla. No tenía ni idea de para qué sería. Parecía diseñada para sacar árboles de raíz o demoler pequeños edificios. Uno de los hombres era viejo, y llevaba un mono de trabajo amarillo. Tenía el pelo canoso que le salía en todas direcciones, y llevaba la palabra *Bunky* bordada en rojo sobre el bolsillo izquierdo. Su cara era casi tan roja como el bordado.

Mientras me acercaba, oí que Bunky le decía:

—No estoy tratando de convencerte de que el Banco lo va a aceptar, Miguel. Ya sabes los tiempos que corren. De veras, no

puedo aceptar tus cheques aplazados. Estamos hasta las orejas con este edificio y el almacén. Ya sé que tus antecedentes son buenos, y estoy seguro de que para el Banco eso cuenta. Pero deberías ir a hablar con ellos primero. Ya te he dado las cifras, las condiciones y todo.

Miguel murmuró algo que no alcancé a oír. Se dieron la mano, y Miguel se fue.

Bunky le miró alejarse, sacudió la cabeza, me sonrió y se encogió de hombros.

—Lo que les pasa a muchos de estos granjeros es que se convierten en adictos a las máquinas. Les sobran tres dólares y quieren meterse en deudas otra vez para comprar algo nuevo, que por lo general no necesitan. Ruedas más grandes. Asiento más alto. Cien caballos más de potencia. Suponga que reducen el nivel de subvención a su cosecha y no puede pagar las cuotas de todo ese equipo. Muy pronto está metido en un juicio hipotecario y pierde hasta su tierra. Lo peor es que todos, desde John Deere hasta International Harvester, les empujan a que compren cosas más grandes. Una publicidad muy eficaz. ¿Sabe quién es el hombre más inteligente del condado? El viejo López. Su granja está en el camino a Benavides. Es más viejo que yo, lo cual quiere decir que es más viejo que el mismo Dios. El viejo López tiene tres hijos fornidos. Tenía tractores y cultivadores y toda esa mierda. Pero cuando el precio del combustible saltó a las nubes… Se necesitan doscientos noventa litros para trabajar media hectárea de tierra. Pues se quedó un día entero sentado en su porche pensando y pensando. Y decidió volver a trabajar como lo hacía antes. Ara su campo con seis mulas. Está volviendo loco al representante de la zona. Y está ganando más dinero que cualquiera de los demás granjeros de esta parte de Texas. Su tierra está libre de deudas. No debe un centavo. En cambio, mire a Miguel, el que acaba de irse. Si en este momento no debe más de doscientos mil, me como una de las mulas del viejo López. ¿No sería gracioso que usted hubiera venido aquí a comprar un tractor de treinta mil dólares, y yo, de entrada, antes de que usted pudiera preguntar, le quitara las ganas? Pero no lo creo. Usted no es un granjero. Y si quiere venderme algo, olvídelo.

—No se preocupe, señor. Lo que queremos saber es si conoce a alguien de la zona que se llame Guffey. Un granjero, ganadero, lo

que sea.

Se frotó la barbilla rosada.

—¿Guffey? Guffey. Guffey. ¿De apellido?

—De apellido.

—¿No sabe algo más de él para darme una pista?

—Hace más de quince años, trabajaba con él un muchacho que recorría toda la zona en una camioneta, vendiendo esos altos faroles japoneses de piedra para el jardín.

—¡Demonios, sí! Fue hace unos veinte años. De dos medidas. Mi Mabel compró dos de los pequeños para su jardín de rosas, y yo le hice la instalación eléctrica y puse el interruptor en el porche. Ella le puso bombillas de color de rosa. Ahora las enciende sólo cuando tenemos visitas por la noche. Nos los vendió un muchacho muy simpático. Muy amable. Los llevó hasta donde ella quería ponerlos, y eso que Mabel cambió de opinión tres veces. ¿Para quién demonios trabajaba? Déjeme pensar.

—Me dijeron que vivía por aquí.

—Por aquí puede significar muchos kilómetros, amigo. Estoy empezando a recordar. Luego se escapó con la hija. El viejo estúpido compró toneladas de esos faroles. Llegaron a Galveston por barco, y los transportó hasta aquí. ¿Cómo diablos se llamaba? Espere. Conozco a alguien que puede saberlo. Le voy a llamar por teléfono.

Volvió a su oficina y pude verle a través del cristal, hablando y riendo. Salió sacudiendo la cabeza, después de una larga conversación.

—Me había olvidado de gran parte de esa historia. He llamado a una mujer que se acuerda siempre de todo. Parece que cerca de Encinal, a unos pocos kilómetros del pueblo, en la carretera 44, vivía una pareja, los Larker. Ella tenía unos treinta años y él estaba cerca de los cincuenta. Sin hijos. Hume Larker trabajaba en una agencia de automóviles en el pueblo. Su mujer compró uno de esos faroles cuando él no estaba en casa. Dos meses después, un día él empezó a encontrarse mal en el trabajo y decidió volver a su casa, que estaba a unos quince minutos de distancia. Cuando entró en su propiedad, vio la camioneta con los faroles de piedra aparcada detrás del cobertizo. Soplaba mucho viento, así que no le oyeron llegar. Fue de puntillas de una ventana a la otra hasta que llegó a la

sala de estar. Y allí estaban haciéndolo sobre la alfombra; ella tenía sus gruesas y largas piernas sobre los hombros de él, y el trasero apoyado en un almohadón que su madre había bordado para ellos en su quinto aniversario. Los pantalones de ambos estaban tirados a un lado y pudo oír los gemidos de Betsy Ann a pesar del sonido del viento. Más tarde, Hume contó que en ese momento se sintió tan mal, helado por el viento que soplaba, con los dientes que le castañeteaban sin control, que lo único que pudo hacer fue sentarse apoyado en la pared de la casa, sujetándose las rodillas y llorando como un niño. Después volvió a su coche y se fue, y al parecer ellos ni siquiera se dieron cuenta. Condujo el coche durante una hora y cuando volvió, la camioneta se había ido. Betsy Ann estaba en la cocina y le preguntó por qué se había vuelto tan temprano. Él le contestó que estaba enfermo, que se iría a la cama, pero que antes quería hacer una cosa y era importante que ella lo viera. Betsy Ann le siguió con aire intrigado. Hume sacó un martillo del granero, salió al jardín y comenzó a golpear el farol de piedra hasta convertirlo en escombros. Ella no dijo ni una palabra, ni siquiera lo miró. Los dos días siguientes, Hume se sintió demasiado enfermo para ir a buscar al vendedor. Tuvo mucha fiebre y deliraba la mayor parte del tiempo. Su hermana me dijo que estuvo a punto de morir. Él recordó vagamente haber oído a Betsy Ann gritándole a alguien que se fuera. Cuando pudo levantarse y cargar su Remington para disparar contra el vendedor, éste ya se había ido. Y se había llevado con él a la hija menor de Walker Garvey.

—¿Garvey? —pregunté.

Noté que había alguien detrás de mi hombro izquierdo; al volverme descubrí que era Meyer, que estaba escuchando con expresión fascinada. Me alegré de verle, porque el viejo Bunky me estaba contando demasiadas cosas para poder recordarlas y contarlas después. Meyer lo recordaría todo, palabra por palabra. Era su mayor virtud.

—Garvey, no Guffey —dijo Bunky—. Walker Garvey. Un estúpido cabeza dura. Siete hijas, todas mujeres. Se casaron y se fueron de su casa tan pronto como les fue posible, hasta que no le quedó más que Izzy. En realidad se llama Isobelle. Cuando se fue era una cosita inquieta de unos dieciséis años. Esmirriada. Casi sin pechos. Una chica menudita y vivaracha, con los dientes un poco

salidos y el pelo tan rubio que parecía blanco. Ese Joe, el vendedor, sabía conquistar a las damas de todas las edades.

—¿Joe?

—Espere… Sí, se llamaba Larry Joe. Eso es. Larry Joe Harris.

—¿La señora Larker todavía vive en la zona?

—Que yo sepa, Hume tuvo un infarto hace tres años, muy grave. Creo que tenía sesenta y ocho años. Duró unos tres meses. La mujer vendió el campo a una familia de apellido Echeverría. Se mudó a Encinal, y creo que vive con su madre y se ocupa de ella. La vieja debe de tener ochenta años, y padece de artritis. Pregunte en Encina por Betsy Ann Larker, alguien debe de conocerla. Es una mujer alta y pálida.

—¿Walker Garvey todavía vive?

—Hace años que murió. Ni siquiera recuerdo de qué. No fue una gran pérdida para nadie.

—¿Dónde vivía?

—Cerca de Cotulla. Creo que el sitio todavía pertenece a la familia y alguna de sus hijas vive allí, pero no sé cómo se llama. Le puedo explicar cómo llegar hasta allí. La manera más rápida es tomar la cuarenta y cuatro al oeste hacia Encinal, allí seguir la I - 35 y hay unos cincuenta kilómetros hasta Cotulla. Allí salga de la interestatal y siga por la sesenta y ocho hacia el sudeste. Corre paralela al río Nueces. Después de unos siete kilómetros, verá un par de casas y algunos cobertizos un poco alejados del camino, a la derecha. Todavía lo llaman la propiedad de Garvey, creo. Es tierra buena, a pocos kilómetros del río.

»Ha sido un placer hablar con ustedes, caballeros. Espero haberles servido de ayuda, pero ya es hora de cerrar. No me quedo aquí ni un minuto más de lo necesario.

Caminamos hacia la camioneta. Ya no estaba a la sombra, y dentro hacía tanto calor que podían fundirse las hebillas de los cinturones. Analizamos la situación y llegamos a la conclusión de que el motel de Robstown era bastante cómodo y no estaba más que a cien kilómetros, de modo que decidimos dar por terminado el día. A mitad de camino, vimos otro motel en Alice que nos pareció igual de bueno, y como tenían habitaciones disponibles, tomamos dos individuales en el ala trasera. La ducha era un mero goteo lleno de orín. Los aparatos de aire acondicionado colocados en las ventanas

hacían un ruido infernal, y la carne del restaurante de enfrente era frita, pero por lo demás estaba bien. Buenas camas y sábanas limpias.

Ante un suculento desayuno campestre, Meyer comentó:

—Larry Joe Harris. ¿Será el mismo hombre?

—A menos que hubiera mucha gente recorriendo esta parte de Texas, hace dieciocho años, vendiendo faroles japoneses.

—Supongo que eso es sarcasmo.

—Creo que se trata de Evan. Tengo esa sensación. Coincide en lo de mujeriego. Y Guffey se parece a Garvey. Aquella noche, a bordo del *Flush*, trató de ser demasiado entretenido. Nos cortó demasiado y nos dio una buena pista. ¿Y si hubiera dicho que había vendido pararrayos o veletas? Habríamos recorrido todo Texas sin encontrar nada. Pero ahora notó que estamos estrechando el círculo.

—Puede estrecharse tanto que desaparezca.

—Te has levantado optimista.

—Norma murió hace veintitrés días. ¿Tú te has despertado especialmente jovial?

—Me he despertado tratando de retener un sueño sobre Annie. Estaba en una especie de plataforma que se alejaba de mí, y yo corría, pero cuanto más velozmente lo hacía, más se alejaba. Ella me saludaba y sonreía. No, no estoy especialmente jovial, y tú no estás especialmente optimista. Siento como si mi vida de pronto estuviera a la deriva. El suelo se ha movido bajo mis pies. Quiero que todo vuelva a ser como era. Pero no lo será. Nunca más. ¿Qué prefieres, sinceridad o sarcasmo?

Me ofreció una tibia sonrisa, y sus pequeños ojos azules destellaron.

—Considerando la situación, el sarcasmo es más elegante. ¿Encontraremos a Betsy Ann?

—La encontraremos y le mostraremos la fotografía.

Recorrimos los ciento treinta kilómetros hasta Encinal en una hora y media. Me estaba encariñando con la vieja camioneta azul. Cuando cogía velocidad, tenía tanta estabilidad como un transatlántico.

Cuando nos detuvimos en una estación de servicio en la carretera, aproveché para hacer mis averiguaciones. El encargado era obeso, calvo y llevaba botas de tacón alto. Mientras me llenaba

el depósito me dio la información.

—Por supuesto. Creo que casi todo el mundo conoce a Betsy Ann —miró su reloj—. Entra a trabajar a las once y no se detiene para almorzar. Vaya por esa calle, tuerza a la derecha en la esquina y lo verá en seguida. Restaurante Arturo. Si quiere comer allí, está bastante bien. Pero no pida tacos, las enchiladas de pollo son mejores. Y tienen cerveza de barril.

Aparcamos enfrente. No había más que otro coche, un Datsun lleno de polvo. En las ventanas había anuncios de cerveza, la puerta era de tela metálica y tenía tres ventiladores de techo en la estrecha habitación. Reservados a la derecha, mostrador a la izquierda, mesas al fondo.

Una mujer alta, con uniforme de camarera, estaba llevando una taza de café a uno de los reservados. Nos obsequió con una sonrisa mecánica de bienvenida. Parecía tener unos cincuenta años. Llevaba el pelo largo; teñido de un tono rubio rojizo muy poco natural, y peinado en un estilo juvenil que más que disimular lo que hacía era resaltar las arrugas en su cara pálida. Bajo el uniforme azul con ribetes blancos, su figura se veía delgada y atractiva.

Nos sentamos en una mesa en el extremo más alejado. Tanto Meyer como yo deseábamos liquidar el asunto antes de que el restaurante se llenara. Volvió con los menús.

—El plato especial de la casa todavía no está listo, pero no creo que tarde más de quince minutos.

Si quieren tomar café mientras esperan… El plato especial es un guiso de carne a la española.

Ya habíamos quedado de acuerdo en que Meyer se haría cargo de hacer las preguntas. Para estas cosas es mejor que yo.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, Betsy Ann?

Betsy frunció el ceño.

—¿Le conozco? ¿Cómo sabe mi nombre?

—Créame, no queremos causarle problemas ni asustarla. Queremos ser sus amigos.

—No entiendo. ¿Qué quieren de mí?

—Como ya le he dicho, quiero hacerle una pregunta personal. Es algo muy importante para nosotros.

—¿Quiénes son ustedes?

—Me llamo Meyer. Este es mi amigo, Travis McGee. Somos de

Florida. Un hombre mató a mi sobrina hace tres semanas. Sabemos muy poco de él, y estamos tratando de encontrarle investigando algunos datos que tenemos sobre su pasado.

Betsy Ann parecía desconcertada.

—No conozco a nadie que haya matado a nadie, señor. Se han equivocado de persona.

—Lo único que queremos es que nos diga si éste es el hombre que usted conoció como Larry Joe Harris.

Mientras hablaba, Meyer sacó de su billetera la foto en color.

La mujer la miró, y emitió un extraño quejido agudo al tiempo que se doblaba como si la hubieran golpeado en el estómago. Se tapó la boca con la mano.

Un hombre con gorro blanco de chef apareció como una tromba por la puerta, empuñando un cuchillo de veinticinco centímetros.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Qué pasa, Betsy Ann?

—Nada. No pasa nada, Arturo.

—¿Qué quieres decir con nada?

—De veras, todo va bien.

La miró a ella y luego a nosotros con aire de sospecha, y volvió a la cocina. Un muchacho con barba nos estaba mirando desde un reservado.

La mujer se tambaleó y se sentó en una de las sillas de la mesa con los ojos cerrados.

—Lo siento. Lo siento.

Meyer apoyó su mano sobre la de ella.

—Yo también lo siento mucho.

Betsy Ann respiró hondo y abrió los ojos.

—¿Dónde está la foto? Quiero verla otra vez. Gracias. —Se inclinó sobre ella y la estudió—. Es más apuesto que cuando era joven. Me había convencido a mí misma de que estaba muerto, porque de no ser así se hubiera comunicado conmigo de alguna manera. Pero no lo hizo. En realidad, sabía que no lo haría. Sí, éste es Larry Joe Harris. ¿Es todo lo que quieren de mí?

—Sí, y le estamos muy agradecidos.

—¿Mató a su sobrina?

—Es muy probable.

—Han pasado dieciocho años. ¿Cómo se enteraron de lo que pasó entre él y yo?

—Hablamos con una persona de Freer.

—Por supuesto. Allí es donde vive la maldita hermana de Hume. Eso fue lo peor de toda aquella historia, que él le contara a su hermana lo de Larry Joe, que le dijera que miró por la ventana y demás. Supongo que ustedes podrán decir que yo también hice algo malo. Está bien. Pero contarle aquello a su hermana fue como anunciarlo a gritos en medio del pueblo. Yo no era de esa clase de personas. Tenía veintitrés años cuando me casé con Hume Larker y él tenía cuarenta y tres. Quería a ese hombre. Pero ustedes no querrán oír más del tema.

—Betsy Ann, queremos que nos diga todo lo que sepa sobre Larry Joe Harris.

—Bueno, apareció con esos faroles japoneses y me parecieron preciosos. Hice que Hume me comprara uno para el jardín. El vendedor me pareció simpático. Debía de tener unos veintidós o veintitrés años. Tenía una bonita sonrisa y era muy educado. Un mes después, una mañana, alrededor de las once, volvió para preguntarme cómo iba el farol. Le dije que estaba encantada. Me dijo que además de vender faroles leía las manos. Le contesté que me parecía bien, pero que no tenía dinero para ese tipo de cosas. Me dijo que leería la mía gratis, allí mismo, en el umbral de la puerta. Yo le extendí la mano y él la cogió por la muñeca, me sonrió y me predijo que en poco tiempo tendría un asunto amoroso. Le dije que ya estaba casada. Él insistió en que ocurriría muy pronto. Seguía aferrado a mi muñeca y sonreía, entonces me hizo entrar en la casa y… sucedió. Yo me sentía como en un sueño, uno de esos sueños en los que ocurre algo que no puedes detener. Yo no era una de esas… Él debía de saberlo. Pero creo que también sabía algo más de mí que yo no había descubierto. Volvió a casa varias veces mientras Hume estaba trabajando. Fueron ocho, las conté. Y casi nunca teníamos nada que decirnos. Siempre era como la primera vez. Me decía a mí misma que la próxima vez que viniera a casa le echaría, y cuando veía la vieja camioneta acercándose por el camino de entrada, me preparaba para decirle que no, que no lo haría, que no debíamos hacerlo más, pero bastaba que me cogiera la mano para que le siguiera como una estúpida. Y entonces yo debía de ser bastante mayor que él. Tenía poderes sobre mí. No sabría explicarlo. Cuando Hume fue a buscarle, yo deseaba que le

matara, porque Larry Joe había arruinado mi matrimonio. Pero él ya había volado con Izzy Garvey. Izzy era una chiquilla tonta que se escapó con él, llevándose todo el dinero que Walker Garvey había escondido en la casa. ¿Dónde está ahora Larry Joe?

—No lo sabemos. ¿De dónde era?

—Ya le he dicho que apenas hablábamos. Después de aquello, la gente me miraba y cuchicheaba por culpa de esa maldita hermana de Hume. Usted es un buen hombre, señor Meyer. Le diría todo lo que sé si pudiera servir de ayuda. Pero no sé nada más. Cada vez que pienso en ello me siento como una verdadera estúpida. Podría vivir un millón de años y todavía no sabría explicar cómo me pudo ocurrir algo así. Y lo peor, señor Meyer, es que si él entrara ahora, me sonriera y me cogiera la mano, podría llevarme adonde él quisiera.

—Le agradezco que haya sido tan sincera con nosotros.

—Espero que le encuentren. Deberían hacer con él lo que les hacían a las brujas y a los vampiros. Atravesarle el corazón con una estaca.

—¿No se le ocurre adónde pudo ir cuando dejó el pueblo?

—No, y tampoco lo supo la policía. Lo primero que hizo Walker Garvey fue acudir a ella. Le habían robado más de dos mil dólares que estaban bajo una tabla floja en el suelo de su armario, unos relojes y la vajilla de plata que había sido de la abuela materna de Izzy. Y la camioneta, por supuesto, que apareció en Abilene semanas después, según oí decir.

—¿Y la chica nunca volvió a su casa?

—Ni siquiera escribió.

Un grupo de hombres entró en el restaurante, riendo y hablando fuerte. La mujer se levantó en seguida.

—No sé nada más que pueda ayudarles. De veras. Y prefiero no hablar más del asunto.

—Gracias por todo lo que nos ha dicho —le contestó Meyer—. Sé lo duro que debe de haber sido para usted recordarlo.

El rostro de Betsy Ann se suavizó.

—Pasó hace mucho tiempo —musitó, y se alejó presurosa a tomar los encargos de los recién llegados. Cuando pasó dirigiéndose a la cocina, le hicimos una seña y le pedimos el guiso español de carne. Al servirnos los platos, se mostró amable, pero distante. Era

como si esa conversación nunca hubiera tenido lugar.



Travis McGee 20

QUINCE

Recorrimos velozmente los cincuenta kilómetros hacia Cotulla. Al llegar a la entrada del pueblo, el cual parecía ser mucho más grande que Freer, doblamos por un camino estrecho y aterronado.

Nos detuvimos dos veces a preguntar; la segunda vez nos dieron indicaciones muy precisas para llegar a la propiedad de Garvey, y nos dijeron que buscáramos el nombre Statzer en el buzón. Era el apellido de casada de una de las hijas de Garvey, Christine.

El camino de entrada tenía unos cuatrocientos metros de largo, y los cobertizos y la casa estaban esparcidos en lo alto de una loma. Niños y perros salieron de entre los matorrales. Los perros eran grandes y tenían aspecto peligroso, pero los chiquillos les golpearon la nariz y los arrastraron fuera del camino.

Una mujer rubia y regordeta salió del porche, se cubrió los ojos con la mano a modo de visera y gritó:

—¿A quién buscan? —Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta de Knotts Berry Farm.

—¿Es usted Christine Statzer?

—Soy yo. ¿Qué desean?

—Queremos hablar con usted de Isobelle Garvey.

—¿Izzy? —Bajó saltando los tres escalones y se acercó a nosotros mientras salíamos del coche—. ¿Está viva? ¿Dónde está?

Los chiquillos nos rodearon, con los ojos como platos.

—No sé dónde está —contestó Meyer—. Hemos venido a preguntar por ella.

La cara de la mujer perdió toda la animación.

—¿Y quién es usted?

—Me llamo Meyer. Este es mi socio, el señor McGee. Me está ayudando a buscar al hombre que se casó con mi sobrina y luego la asesinó. Sabemos que este mismo hombre le robó a su padre y se fugó con su hermana cuando usaba el nombre de Larry Joe Harris.

Ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—¡Amigo, eso fue hace dieciocho malditos años! No está siguiendo una pista muy reciente.

—Cuanto más sepamos de él, más probabilidades tendremos de encontrarle. Creímos que usted tal vez estaría dispuesta a ayudamos, contándonos todo lo que sabe.

La mujer hizo marcharse a los niños y nos llevó al porche.

—No son todos míos. Mis dos hermanas traen a sus hijos desde Laredo para que yo les cuide durante el verano. Tarde o temprano todo se olvida. Siéntense.

Meyer se sentó en una mecedora. Ella eligió un banco y yo me apoyé en la barandilla del porche. Debajo del banco había una gata con un montón de gatitos dentro de una canasta. Tres gansos pasaron caminando por un costado del jardín volviendo la cabeza para miramos.

—Papá no sabía nada de Larry Joe. Le conoció cuando fue a Galveston por el telegrama que le comunicaba que esos malditos faroles japoneses llegaban en un carguero. ¿Saben lo de los faroles?

—Su padre se enfureció con un representante de artículos de jardinería…

—Así es. Se enojaba con facilidad y muy a menudo. Trató de importar una docena y después cincuenta, pero treinta toneladas era lo mínimo que se podía comprar. Consiguió la licencia y siguió adelante con el asunto, y cuando llegaron, casi se había olvidado del tema. Así que fue a Galveston y lo arregló todo para que los mandaran en camión a la granja. Cuando regresaba, papá recogió a Larry Joe, que estaba haciendo autostop, y le contó el problema de los mil trescientos faroles, y como este Larry Joe dijo que él podía vender cualquier cosa a cualquier persona en cualquier lugar, hicieron el trato. Tengo que decir que ese tipo caía bien a todo el

mundo. Cuando le conocí, quedé encantada. En ese momento estaba casada desde hacía casi un año y esperaba mi primer hijo. Izzy y yo éramos las más jóvenes de las siete. Cuando me fui para vivir con Burt y sus padres, quedaron nada más que papá e Izzy.

Meyer sacó la foto de su billetera y se la entregó. La mujer la estudió.

—Es una foto muy reciente. Aquí debe de tener cuarenta años. Era muy apuesto. ¿Quién es la que está detrás de él?

—Norma. Mi sobrina.

—No se la ve bien, pero parece bonita. Bueno, de todas maneras, papá había elegido bien, porque Larry Joe sabía cómo librarse de esos absurdos faroles. Debió de recorrer quince mil kilómetros en aquella vieja camioneta. La gente que los compró hizo una buena compra. Se deshizo de todos; creo que sólo quedó una docena. Todavía están aquí, en uno de los cobertizos. Recuerdo haberlos visto hace un par de años. Tal vez Burt los sacó, no sé. Papá achuchó a la policía para que encontrara a Larry Joe. Creo que el problema fue que papá siempre tenía muchos asuntos entre manos. Viajaba con frecuencia para controlar algo en lo que tenía alguna participación. Y eso significaba que Izzy y Larry Joe se quedaban aquí solos con demasiada frecuencia. Todos queríamos a Izzy, todas las hermanas. Créame que era la mejor de todas. Era bonita, cálida, divertida y cariñosa. Y no era más que una chiquilla. Dieciséis años. Demasiado joven para saber realmente qué clase de hombre era él. Después de un tiempo, nos enteramos de dos situaciones en las que había obtenido algo más que el pago de los faroles. Una mujer cerca de Encinal y otra en Catarina. Y si se supo de dos, puede estar seguro de que debió de haber otras diez de las que nunca se supo.

—Su padre debió de quedar muy trastornado.

—Estaba como loco. Nunca pudo imaginar cómo se había enterado Larry Joe de que escondía el dinero bajo el suelo, porque ni siquiera a nosotras nos había dicho que guardaba esa cantidad en casa. Se llevaron además dos relojes de oro del escritorio de papá, y la vajilla de plata de la abuela. La camioneta apareció en un solar de coches usados de Abilene, semanas después. Papá se volvió más mezquino que una serpiente. No es que antes fuera muy agradable. Estuvo amargado hasta el día en que murió. Mamá falleció cuando Izzy tenía tres años, consumida después de tenemos a todas

nosotras. Oiga, le estoy contando muchas cosas. Cuénteme usted algo de Larry Joe Harris.

—Cuando se casó con mi sobrina a principios de este año, se hacía llamar Evan Lawrence. Hace cinco años, cuando se fugó con la hermana del dueño de una inmobiliaria de Dallas, usaba el nombre de Jerry Tobin. Ella murió en un accidente, cerca de Ingram; el coche chocó contra un árbol y se quemó. Él salió vivo. Todavía no sabemos quién es en realidad. Es lo que estamos tratando de averiguar.

De pronto, se levantó y caminó hasta el extremo del porche. Se quedó junto a la barandilla, dándonos la espalda, y luego se volvió y se secó los ojos.

—Encaja demasiado bien —dijo, llorosa.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Lentamente volvió hacia donde estábamos nosotros y se sentó.

—Hace cuatro años, tuvimos aquí una lluvia increíble. Llegó un huracán desde el Golfo, y debió de descargar cuatrocientos milímetros aquí en Webb. Hay un arroyo que desde aquí no lo pueden ver, que va al Nueces, y que por lo general está seco. Cuando vinieron las lluvias se convirtió en un río que socavó los márgenes. Días después, uno de los hijos de mi hermana mayor llegó corriendo a casa diciendo que había visto unos huesos que asomaban en los guijarros de la orilla. Fui a comprobarlo y llamé a las autoridades. Los expertos cavaron y los sacaron. Estaban enterrados cerca del arroyo, a poco más de un metro de profundidad. Estimaron que habían estado allí durante diez o doce años. Los huesos de las piernas y un brazo habían desaparecido, así que no pudieron determinar la estatura de la persona. Los expertos del estado dijeron que se trataba de una mujer joven, de doce a veinte años de edad. Encontraron unos jirones de tela. El problema era que Izzy nunca había tenido caries y sólo se había roto un hueso en su vida, en la pierna, y nadie pudo encontrar los huesos de las piernas. Se los había llevado el río Nueces. El cráneo estaba aplastado en la nuca, como si la hubieran golpeado con una pala. Reuní a mis hermanas y discutimos el asunto. Nadie podía probar que los restos eran de Isobelle y nadie podía probar tampoco que no lo eran. Y por supuesto, estaba la nota que le había dejado a papá. Algo así como: «por favor, quiero que nos perdones, estamos

enamorados, vamos a casarnos, espero que nos desees felicidad». Podíamos entender que se fuera, porque el resto de nosotras apenas pudimos esperar para irnos lejos de esta casa y de papá. Lo hablamos y no nos pareció muy lógico que la matara antes de partir. Tres de nosotras habíamos conocido a Larry Joe y habíamos hablado bastante con él, y a todas nos gustaba. Pero como hay un camino por el que se puede llegar hasta el arroyo en automóvil, que suelen utilizar las parejas de enamorados, pensamos que probablemente se trataba de otra persona. Pero no tuvimos noticias de ella, ni una en dieciocho años. Todas nosotras la queríamos, y ella nos quería también. Y por lo que ha dicho usted de él…

Se cubrió la cara con las manos. Lloró en silencio, sacudiendo los hombros. Meyer acercó su mecedora y le palmeó el hombro. Sabe hacerlo muy bien. No es torpe. Al igual que el veterinario que puede calmar a un animal nervioso con sólo tocarlo, Meyer tiene buenas manos para dar palmadas a la gente y consolarla.

La mujer volvió hacia él el rostro surcado por las lágrimas.

—Creo que siempre lo supe. Creo que lo sabía desde antes de aquella lluvia. —Se levantó de un salto y corrió al interior de la casa—. Vuelvo en seguida —dijo con voz más calmada.

Eran cerca de las diez. Los gansos volvieron a pasar, mirándonos con sospecha. Un gatito trepó por un costado de la canasta y cayó despatarrado y maullando en el suelo del porche. Meyer lo volvió a poner en su lugar y me pareció que la gata le sonreía.

Los niños pasaron corriendo y gritando; los perros les perseguían con la lengua fuera. Cuando cesó el ruido, pude oír el canto de una alondra, a lo lejos, de una dulzura inesperada.

Christine volvió sonriendo y se excusó:

—Eso pasó hace mucho tiempo. No creí que me afectara tanto.

—Es comprensible —dijo Meyer—. ¿Puede decirnos algo que nos ayude a encontrar a ese hombre?

—¿Como qué?

—Sus gustos, costumbres y habilidades, por ejemplo.

—Déjeme pensar. Le vi unas tres veces y en total no más de una hora. Papá decía que era buen tirador con el rifle. No sé cómo lo supo. Ah, y hablaba bastante bien español. En el sur de Texas, todos sabemos algo, pero él sabía más que la mayoría. Yo me las arreglo, pero él hablaba demasiado rápido para mí. Hay algo más, que no sé

si significa algo. Siempre hemos tenido perros aquí. Recuerdo que Izzy me contó una vez que a los perros no les gustaba Larry Joe, se les erizaba el pelo. Izzy me dijo que él se enfadaba mucho porque los perros no le querían. Deseaba que todo el mundo le apreciara, incluso los perros.

Decidió mostramos los faroles y fue hacia los cobertizos. La seguimos. Abrió el tercero, miró dentro y nos hizo señas. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra del interior del cobertizo pude ver una docena de faroles apiñados en un rincón, como pequeños enanos de piedra con sombreros cónicos. Tenían un color marrón verdoso; por las grietas habían crecido enredaderas silvestres que se enroscaban alrededor de los agujeros ovales.

—Esto es todo lo que queda. La verdad es que vendió una cantidad impresionante de faroles de piedra. Nunca creí que se pudieran vender tantos. Creí que era otra de esas ideas chifladas de papá. ¿Quieren llevarse uno?

—No, gracias —se apresuró a decir Meyer—. Gracias por ofrecérnoslo, de todos modos.

Mientras nos acompañaba al coche nos pidió:

—Si le encuentran, ¿nos podrían avisar? Escríbame y yo se lo diré a mis hermanas. La mayor le puso Isobelle a su hija pequeña. Ahora tiene trece años y se parece tanto a Izzy, que se me rompe el corazón al mirarla.

Cuando nos alejábamos por el largo camino de entrada, miré por el espejo retrovisor. La mujer permanecía de pie, con las manos en las caderas, era una menuda figura regordeta en medio del campo, rodeada de niños y de perros.

—¿Eagle Pass? —pregunté, mirando a Meyer.

Asintió y cruzó los brazos, sumergiéndose en un pozo de silencio. Tras recorrer unos kilómetros, me detuve a un lado del camino y miré el mapa. Big Wells, Brundage, Crystal City. Unos ciento cincuenta kilómetros. Ciento cincuenta kilómetros de silencio. Cien años de soledad.

Pero no hubo más que cuarenta kilómetros de silencio.

—¿Habrías creído esto de Evan la noche en que cenamos con ellos?

—Me habría costado bastante —contesté.

—Pero ahora crees que mató a Izzy…

—Por supuesto. Y a Doris Eagle y a Norma y tal vez a unas cuantas más con las que no nos hemos cruzado.

—¿Motivo?

—Creo que es un cazador. Un cazador solitario especializado en mujeres. Una especie rara, un hombre que parece simpático, sociable, agradable para tener cerca. Ese es su camuflaje. Así es como aparece, con cada movimiento calculado. No todas las presas terminan muertas, Meyer. Betsy Ann fue un blanco de práctica. Se acercó lo bastante para alargar el brazo y tocar a la víctima. El dinero le importa sólo porque le permite seguir cazando. He oído esa misma historia varias veces de boca de esos machos de desarrollo tardío, que salen a cazar animales que no tienen intención de comer. «Por Dios, Travis, me enamoré de ese ciervo. Era la cosa más bonita que había visto en mi vida. Estaba allí quieto a la luz del amanecer, sin pensar que había alguien apuntándole. Levantó la cabeza y le metí la bala justo detrás de la paleta; le volé su hermoso corazón. Te digo la verdad, me acerqué y me arrodillé a su lado, acaricié su piel y se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡Era tan noble!». Creo que a nuestro amigo Larry Joe/Evan/Jerry debe de correrle el mismo tipo de mierda por las venas. Creo que cada vez que se acuesta con una de sus futuras víctimas, la idea de que pronto la va a matar le produce un orgasmo más intenso. Incluso es posible que no sea capaz de hacerlo si no piensa en lo que le ocurrirá a la mujer, lo que hará con sus manos. Murmullos de amor en sus labios y asesinato en su maldito corazón.

—Un nuevo Barbazul.

—¿O Jack el Destripador?

—No. Creo que es una motivación bastante diferente. Él quería que el mundo se enterara de que había asesinado, de que las malvadas mujeres que vendían su cuerpo habían sido castigadas por un representante de Dios. En cambio, aquí sólo sabemos que hay tres posibles víctimas de Larry Joe/Evan/Jerry en un plazo de dieciocho años. En ningún caso se le llamó asesinato.

—Tal vez eso forme parte del juego.

—Si lo es, cada víctima debe ser suprimida de manera diferente. Si no se crearía una rutina que… ¡Oh!

—¿Oh, qué?

—Déjame pensar un poco.

Pensó durante treinta kilómetros, y finalmente dijo:

—Creí que tenía una inspiración, pero no he podido desarrollar la idea. Me pareció que, a lo mejor, nuestro amigo tenía una buena razón para eliminar a Evan Lawrence, es decir, ese nombre e identidad, junto con Norma. ¿Cuál podría ser esa razón? Pues que como Evan Lawrence la caza no le hubiera ido muy bien, con la víctima que había despachado antes de conocer a Norma. Tal vez había quedado un rastro que alguien astuto podía seguir como nosotros lo estamos siguiendo ahora, y que si esto ocurría acabaría cuando el *John Maynard Keynes* explotara. Un callejón sin salida. Se había hecho justicia. Pero en realidad sería muy conveniente para él librarse de aquella molesta identidad. Supongo que tendría otros papeles.

—En Miami pudo comprar documentos tan fácilmente como explosivos.

—Travis, hay algo que tenemos que tener presente. Su aspecto es similar al de muchos otros hombres de cuarenta años. Cuando estábamos en Houston, vi por lo menos a media docena de tipos que a primera vista parecían ser Evan Lawrence. Estatura media, cara cuadrada, cutis bronceado, corte de pelo común, ninguna característica especial. Una expresión agradable. Manos más grandes que la mayoría. Hombros y cuello gruesos. Recuerda que encontré varias fotos en los anuncios que podían haber sido de Evan Lawrence. Lo que quiero decir es que él pudo desaparecer como una trucha que salta para cazar un insecto y vuelve a desaparecer en las profundidades. El dinero le habrá facilitado la huida. El dinero aleja las sospechas. El dinero puede dar una falsa apariencia de respetabilidad.

—Y entonces, ¿qué haremos en Eagle Pass?

—Quizá su verdadero hombre fuera Cody T. W. Pittler. Si es así, tal vez podamos descubrir por qué se convirtió en un cazador.

—Otra vez, Meyer. La vieja discusión.

—¿Cuál?

—Siempre piensas que todo el mundo es una maravilla y que, de pronto, aparece algo que lo estropea. Empiezas con un concepto de bondad, y lo que tiene que hacer la sociedad es tratar de entender por qué se hacen malos esos individuos. Entender y curar. Yo empiezo con la idea de que hay algo llamado maldad, que puede

existir sin una causa determinada. El corazón malvado es aquel que se deleita siendo malvado. En casi todo tipo de animal social se da el fenómeno del villano.

—Si es Pittler, encontraremos algo insólito en su infancia.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que hace un tiempo descubrí algo en tu pasado que es lo que te provoca esos ataques periódicos de paranoia.

—¡Eh, un momento!

—No te ofendas, Travis. Esa imperfección te es muy útil. Te mantiene constantemente receloso. Y es muy probable que gracias a eso hayas conservado la vida.

—Hasta ahora…



DIECISÉIS

Desde Eagle Pass en Maverick County, al otro lado del río en Piedras Negras, el río Grande desciende unos 230 metros en unos cientos de kilómetros, hasta que va a parar al Golfo, después de Brownsville, en Brazos Island.

Cerca de las orillas del río, hay una engañosa ilusión de exuberancia, pero la mayor parte del lugar es tierra árida, con arbustos raquíticos, colinas secas, maleza, lagartijas, cedros y lechos de arroyos salados que descienden de las montañas Anacacho hacia el norte. Al noroeste está Uvalde, el ancho y hermoso valle donde vivió y murió John Nance Garner, conocido en sus últimos años por su breve declaración sobre la importancia de la vicepresidencia de los Estados Unidos: «Es algo tan útil como una jarra de esputo caliente».

A lo largo del valle, desde los condados de Cameron y Willacy, pasando por Hidalgo, Starr, Zapata, Webb, Dimmit, hasta Zavala y Maverick, los ciudadanos norteamericanos de origen mejicano, mediante su derecho al voto, han tomado el control de las funciones del condado: juntas escolares, división territorial, protección policial y de bomberos, departamento de carreteras, servicio de bibliotecas, y todos los otros inventos que surgen de las mentes demasiado fértiles de los animales políticos. Este ha sido un lento e inevitable proceso que ha durado cincuenta años, y es comprensible

que durante ese tiempo la mayoría de los anglos hayan sido eliminados de la participación en el gobierno del condado. Algunos de los eliminados eran sin duda gente de excepcional competencia, pero también lo son algunos de los nuevos. El mundo sigue girando, y sigue entrando la misma cantidad de dinero en los bolsillos equivocados que en el régimen anterior.

El sargento Paul Sigiera nos recibió el jueves a las nueve y media de la mañana, después de tenernos veinte minutos en la sala de espera. Su oficina tenía sitio para un escritorio de metal gris, tres sillas de roble, y dos archivos de metal verde. El sargento Sigiera tenía unos treinta años, y vestía un uniforme caqui de manga corta, empañado de sudor. Unos rizos negros le caían casi hasta las cejas; sus ojos eran de color antracita, y llevaba un bigote de bandido mejicano. La pequeña ventana estaba abierta a pesar del gran ventilador que funcionaba sobre el archivo, doblando las esquinas de los papeles que tenía encima de su escritorio y creando una simpática ilusión de frescor.

—Amigos —dijo con acento mejicano—. El maldito compresor ha vuelto a abandonamos y hace un calor insoportable. Si no lo arreglan pronto, me asignaré un coche patrulla y daré una vuelta por ahí con el aire acondicionado al máximo. Bien, ¿qué era lo que deseaban?

—Somos de Florida —dije—. Me llamo McGee y éste es mi amigo, el profesor Meyer, un economista de fama mundial. Tal vez usted recuerde, sargento, haber leído en el diario lo ocurrido al barco del profesor Meyer. Voló en pedazos cerca de Fort Lauderdale, el cinco de este mes.

—Puede ser que recuerde algo.

—Murieron tres personas y no se recuperó ningún cuerpo. Hemos tratado de localizar al culpable, y hay una posibilidad de que viviera aquí cuando era joven, antes de ir a la Universidad de Texas, Incluso puede haber nacido aquí. Su nombre es, o era, Cody T. W. Pittler.

Nos estudió con una sonrisa amable.

—Antes de recuperar la cordura y volver aquí, a mi pueblo natal, trabajé en la División contra el Vicio en Beaumont, y tuve que vérmelas con cuanto sinvergüenza había en el mundo. Ustedes hablan con mucha suavidad y con aire muy respetable, como todos

los sinvergüenzas. Así que saquen de sus billeteras y bolsillos todo lo que les sirva de identificación y pónganlo sobre esta mesa. Quédense con el dinero y las billeteras, yo me ocuparé del resto. Pero si prefieren *no* hacerlo, pueden levantarse e irse, y me dedicaré al siguiente «cliente».

Se tomó su tiempo. Primero revisó los documentos de Meyer.

—¿Qué estaba haciendo en Canadá, profesor?

—Dando una serie de conferencias. Volaron mi barco con mi sobrina dentro mientras yo estaba allí. Me enteré por el *Miami Herald*, que me llamó para hacerme unas preguntas. Volví en cuanto conseguí pasaje.

—¿Para quién trabaja?

—Para mí. Doy conferencias, hago trabajos de consulta, escribo artículos.

—¿Qué clase de dirección es ésta?

—En realidad no tengo dirección. Ese es el embarcadero de Bahía Mar, donde estuvo mi barco durante los últimos años. Vivía a bordo.

—Así que le volaron la casa.

—Así es.

—Cuando yo era pequeño, se quemó la casa de mi abuela. Lo perdió todo. Durante años, cada vez que recordaba algo empezaba a llorar, porque sabía que todo había sido devorado por las llamas.

—Es… muy duro —admitió Meyer.

—Esta tarjeta de crédito, ¿qué límite tiene?

—¿Límite?

—¿Cuánto puede gastar con ella?

—En realidad, no lo sé. Creo que cinco mil.

Miró la foto en el permiso de conducir de Meyer, comparándola con el propio Meyer. Asintió, le devolvió los documentos y empezó con los míos.

Lo primero que miró fue el permiso, y comparó mi cara con la de la fotografía.

—¿Cuál es la función de un Consultor de salvamento, McGee?

—Aconseja a la gente sobre los procedimientos para rescatar algo.

—¿Bajo el agua?

—A veces. También hago trabajos de rescate, cobrando un

porcentaje sobre lo recuperado.

Después de algunas preguntas más, me devolvió mis papeles y los guardé.

—Vamos a aclarar un par de cosas que me molestan. Ustedes llegan aquí buscando a alguien que mató a tres personas.

—Bueno, puede decirlo así —contestó Meyer.

—¿Y de qué otra manera, profesor? Eso les convierte en una especie de detectives aficionados, ¿no es así?

—Supongo que estamos haciendo lo que haría un detective.

—¿Por qué no se lo dejan a gente que sabe de veras lo que hace? Pueden estar complicando una investigación profesional. ¿Han pensado en eso?

—No se está realizando ninguna investigación. Por lo menos no de la manera…

Meyer se detuvo, abrió su maletín y sacó las fotocopias de los recortes del diario.

El sargento los leyó.

—¿Así que ese Pittler es un terrorista?

—Creemos que ese Pittler puede ser el Evan Lawrence que se dio por muerto en la explosión, junto con su mujer, es decir, mi sobrina, y el capitán Jenkins, un amigo.

—¿No es terrorista?

—No hay terroristas —dije—. Y faltan trescientos de los grandes de la muchacha, que desaparecieron antes de que se fueran a Florida.

—Aquí dice que eran recién casados.

—Y lo eran.

—¿De dónde sacaron ese nombre?

Meyer le habló de los anuarios y de los días que había pasado estudiando las fotos. Luego le mostró la foto de Evan Lawrence.

—Es bien parecido. Pero eso no significa mucho, ¿no? El año pasado atrapé a un guía tan guapo como un actor de cine. Había pasado tres grupos de braceros a través del río, cerca de Quemado, y los había liquidado, uno por uno, para robarles los miserables pesos que les quedaban después de pagarle. Encontramos once cuerpos en una zanja cubiertos con piedras. El maldito asesino tenía unas pestañas increíbles; si uno le miraba, se ruborizaba —separó la camisa mojada de su cuerpo—. Permítanme preguntarles qué

piensan hacer si le encuentran.

—Retenerle para entregarle a las autoridades —contesté.

—Un consultor de salvamentos no necesita andar con licencias y todo eso, ni informar a las autoridades cada vez que entra en un nuevo territorio, McGee. ¿Este profesor le contrató?

—Hace muchos años que somos amigos —dijo Meyer con suficiente indignación para ser convincente.

Sigiera cogió la tarjeta en donde figuraba el nombre y dirección que Meyer había conseguido en la Universidad.

—No se muevan —dijo, y salió de la habitación, dejando la puerta abierta.

Estuvo fuera durante cuarenta minutos. El tiempo pasaba despacio. El ventilador vibraba. Un arrendajo cantaba sus interminables variaciones en un roble cerca de la ventana. Hacía demasiado calor para conversar.

Cuando volvió, se mostró más calmado. Llevaba una carpeta en la mano, de esas que sujetan las hojas por arriba con una pinza metálica. El metal estaba oxidado.

—He tenido que ir al juzgado anexo para conseguir esto —explicó—. Aquí había una ficha porque el caso todavía está abierto. Y está abierto porque creo que estamos buscando al mismo tipo —comprobó el nombre—: Cody Tom Walker Pittler. De estar vivo, cumplió cuarenta y dos años el veinticuatro de este mes. Le buscamos por algo que ocurrió hace veintidós años. En ese entonces yo era un chiquillo. Aquel verano todo el mundo habló de eso. Primero comprobaremos si es el mismo.

Sacó una fotografía de la carpeta. Un muchacho de unos diecisiete años sonreía a la cámara. Vestía equipo de futbolista; llevaba el casco bajo el brazo y el pelo revuelto. Todos coincidíamos en que era el joven Evan Lawrence.

—Se la tomaron en la secundaria —explicó el sargento—. Antes de que se fuera. Antes de tener problemas.

Parecía pensativo y sin prisa. No hicimos nada para apremiarle. Pasó las páginas y leyó durante unos minutos.

Cerró la carpeta de un golpe.

—Está todo en nuestro maldito lenguaje de policía —dijo— el occiso, el ángulo de entrada, se alegó esto o lo otro. Demasiadas palabras. Demasiadas declaraciones. Ese es el problema con la ley

en los últimos tiempos. Demasiadas palabras. Debemos vivir con eso. Pero a veces se hace molesto. Esto es lo que pasó. Al parecer, Cody era un muchacho normal. Sin antecedentes criminales. Sin problemas. Su padre, Bryce Pittler, era propietario de una pequeña empresa que se ocupaba de poner cimientos, instalaciones sanitarias, fosos sépticos y todo eso. Tenía un pequeño almacén, un patio y tres camiones mezcladores de cemento. Trabajaba mucho y le iba bien. Cuando Cody tenía trece años, y su hermana Helen June dieciocho, su madre murió repentinamente. Cogió la gripe y se complicó en neumonía, pero ella trató de seguir adelante a pesar de todo. La llevaron al hospital demasiado tarde. Bryce Pittler esperó dos años y luego se casó con una mujer de veinticinco años, que trabajaba en su oficina. Se llamaba Coralita Cardamone; era medio mejicana y medio italiana, y en aquella época se hablaba bastante de ella en el pueblo. Si no se hubiera apresurado tanto a casarse, tal vez sus amigos habrían tenido oportunidad de prevenirle. Un año después de casarse, cuando Cody tendría más o menos dieciséis, una de esas grandes firmas de contratistas de Houston vino a comprar todas las empresas pequeñas que había a lo largo del río. Le ofrecieron a Pittler una suma que no podía rechazar, y además le permitieron quedar al frente como antes. Hicieron lo mismo con las demás empresas que compraron. Algunos de ellos resultaron buenos gerentes y otros no.

»Bryce Pittler resultó ser uno de los buenos; después de un tiempo le nombraron director regional, encargado de toda la zona, desde Brownsville hasta El Paso. Pittler tenía que pasar fuera de su casa tres o cuatro noches por semana. Al poco tiempo, su hija Helen June se casó y se fue. Eso dejaba a Coralita y al chico solos en la casa. No sé cómo empezaron, pero puede apostar a que no fue idea del muchacho. Él consideraba a su padre el mejor tipo del mundo. Estaban muy unidos. Pero la cosa sucedió. Interrogaron a la mejor amiga de Coralita, que se llamaba —abrió la carpeta y pasó unas páginas— Leona Puckett, y ella dijo que Coralita le había contado todo el asunto. Leona le había aconsejado que dejara al chico, porque era un pecado mortal. Parece que cuando el muchacho regresó a casa a pasar las vacaciones, volvieron al asunto, igual que probablemente cada vez que él iba allí de vacaciones. Era una mujer muy ardiente, y las malas lenguas decían que nunca tenía

suficiente. Según las palabras de Leona, el chico estaba tan bien provisto que ella no podía ni pensar en dejarlo. O sea, que ocurrió la clásica historia, pero esta vez el viajante, al volver a casa, se encontró a su mujer con su hijo en la cama. Cuando les oyó, fue a buscar su pistola, la misma con la que le había enseñado a disparar al muchacho. Según el informe del forense, la mujer estaba encima. A lo mejor, Pittler ni siquiera supo que era su hijo quien estaba debajo cuando le disparó a su mujer un tiro, justo en la base del cráneo. Coralita murió al instante. Cuando llegó la policía, encontró señales de lucha. Bryce Pittler estaba en el suelo, todavía vivo. Una bala le había atravesado el pecho en ángulo ascendente, con tan mala suerte que había cortado una arteria y se había alojado en la médula. La pistola estaba cerca de su mano derecha. La herida sugería que padre e hijo habían peleado por el arma. Pittler no pudo sobrevivir. Un vecino que paseaba a su perro por el patio vio entrar a Pittler, oyó dos tiros y, mientras pensaba si debía avisar a alguien, vio un coche que salía rugiendo del camino de entrada y se dirigía hacia el norte. Entonces nos llamó. Pittler murió en la mesa de operaciones. No dijo ni una palabra. Hicieron un entierro doble. Sacaron un boletín. La ley investigó un poco, pero no muy a fondo. Creo que el chico huía más de sus fantasmas que de nosotros. Me refiero a que aquello era muy duro para un muchacho. Como en esas tragedias griegas. El vecino reconoció al muchacho al volante del coche. Desde ese entonces no se le ha vuelto a ver. Aquí tiene una foto de la mujer.

La miré y se la pasé a Meyer. Era uno foto brillante, en blanco y negro, de una chica esbelta de pie al lado de un bote en una playa rocosa. Se veían árboles en la lejana y brumosa orilla. Se había dado la vuelta para mirar por encima del hombro izquierdo y sonreír a la cámara. Su cara parecía menuda y dulce bajo el pelo oscuro. Tenía una sonrisa provocativa. Sus caderas eran tentadoras, y estaban cubiertas por unos ajustados pantalones blancos, y resaltaban más por lo delgado de su cintura. Parecía una mujer atrevida. Me pregunté si Meyer estaba tan sorprendido como yo de ver lo joven que parecía.

—Digamos que Coralita empezó con el chico cuando él tenía diecisiete. No debió de ser un gran problema convencerle. Los muchachos de esa edad no piensan en otra cosa. Aquello se

prolongó hasta que él cumplió los veinte. El chico debía de sentirse muy culpable por no poder pararlo. Un muchacho fuerte de su edad podía contentar muy bien a Coralita. Tal vez ella también quiso dejar de hacerlo. ¿Quién sabe? El viejo estaba fuera y ellos se quedaban solos en casa. Cenar, mirar la televisión, a lo mejor tratar de no mirarse. Ir a la cama. Cada uno pensando que el otro estaba en el dormitorio vecino, poniéndose más y más caliente. Ambos con la excusa perfecta. ¿Por qué no hacerlo sólo una vez más? ¿Quién iba a saberlo? Y uno o el otro avanzaba de puntillas por el corredor oscuro, metiéndose en la cama tibia, todo brazos y bocas, gemidos y estremecimientos.

El sargento sacudió la cabeza.

—La sexualidad humana es un motor poderoso. Déjelo que se descontrole y puede matar. ¿Conocen lo del médico al que le pidieron en una reunión de padres y maestros que hablara sobre la sexualidad humana? ¿No? Fue a su casa y le dijo a su mujer que iba a hablar en la reunión, y ella le preguntó sobre qué, y como él no quería meterse en una discusión de lo que debía o no decir, le contestó que iba a hablar de navegación. El día que él dio su conferencia, ella estaba fuera de la ciudad y, cuando volvió, una amiga se le acercó corriendo y le dijo: «¡Mary, ayer tu marido dio una conferencia maravillosa! Debes de estar muy orgullosa de ese hombre». La mujer se sorprendió. «No lo entiendo. George no sabe nada de eso. Sólo lo ha probado dos veces en su vida; en la primera se mareó, y en la segunda perdió el sombrero».

Después de nuestra risa de compromiso, Meyer tomó la palabra.

—Sargento, lo que nos está diciendo de Cody y Coralina es que no los considera malos.

—¿Qué es la maldad? Cayeron juntos. Ella tenía ganas y él era un muchacho. Fueron débiles y estúpidos, y les pescaron. Tal vez lo mejor hubiera sido que Pittler les matara a los dos y después se suicidara. No por el castigo ni nada por el estilo, sino para evitar que Cody quedara perdido en el mundo. Ustedes hablan de psicología. Yo no sé distinguir la mierda del amianto. Lo único que sé como oficial de policía es que no hay manera de que Cody T. W. Pittler se pueda sentir bien consigo mismo en este mundo. Los peores crímenes que debo resolver son de gente que trata de castigarse a sí misma. Creo que desean estar muertos y no se

atreven a hacerlo de manera directa, así que van andando en círculos, propiciando la ocasión de que suceda.

De pronto se oyó un estruendo, que se convirtió en un fuerte zumbido, y de las rejillas de la pared empezó a salir aire frío. El sargento Sigiera dio un salto y cerró la ventana. Se paró delante de las rejillas y se abrió la camisa.

—Ahhhh. Al fin.

—Ya le hemos molestado bastante —dijo Meyer.

Se giró y se encogió de hombros.

—Es jueves por la mañana, amigo. Momento tranquilo. Las dificultades del último fin de semana ya están resueltas. Las tropas rebeldes se están reagrupando. Mañana por la noche habrá algunas refriegas, y el sábado empezará la verdadera lucha, y estaré tan ocupado como un perro en un jardín gigante. Esta conversación ha sido muy interesante.

—Para nosotros también —dije—. Una última pregunta. ¿Consiguieron las huellas digitales?

—Por supuesto, y muy claras. En una botella de cerveza, en el espejo del baño y en la parte de arriba de la mesa. Eligieron las mejores, las clasificaron y las mandaron al FBI para ser archivadas. La teoría es que, si lo cogen por algo, las huellas van a parar allí y las comparan con las otras de alguna maldita manera. Así le identifican, tarde o temprano. Antes funcionaba mejor que ahora.

—¿Qué pasó con el coche?

—Creyeron que localizarían al chico de esa manera. Era un DeSoto casi nuevo, blanco. Pocos días después apareció cerca de Alpine. Estaba en el fondo de un precipicio, imposible de ver desde el camino. Un diario dio la noticia —volvió a abrir la carpeta—. Dicen que estuvo allí seis semanas. No sé cómo llegaron a esa conclusión. No había ningún cuerpo dentro, ni siquiera cerca. El lugar era una especie de mirador, de modo que el joven Cody pudo haberse bajado, empujarlo y dejar que rodara por el precipicio.

Miré interrogativamente a Meyer. Él sabía lo que quería decir. Se encogió de hombros en señal de asentimiento.

—¿Y si mató a una chica en Cotulla con el nombre de Larry Joe Harris, hace dieciocho años? ¿Y si hace cinco, se fugó con una chica de Dallas y la mató en un falso accidente de automóvil en un camino rural, usando el nombre de Jerry Tobin? ¿Y si, como Evan

Lawrence, se casó con la sobrina del profesor Meyer y la hizo volar en pedazos junto con otras dos personas? Sacó más de dos mil dólares con el asesinato de Cotulla, doscientos mil con la chica de Dallas y trescientos mil con su mujer de Houston. ¿Qué opina de eso?

—¿No hay dudas sobre la identificación?

—Con la foto que le hemos mostrado, estamos absolutamente seguros.

—Como he dicho, no quiero parecer un extravagante, como los psiquiatras de las salas del tribunal. Pero ¿no les parece que está matando a Coralita una y otra vez?

—Se castiga a sí mismo matándola —dijo Meyer—. Puedo estar de acuerdo.

—Así que hay más —dijo Sigiera—. Pasaron cuatro años entre el asunto de Coralita y lo de la chica de Cotulla. Un intervalo de doce años… —contó con los dedos, golpeándolos contra el borde de su escritorio—. No, trece. Y cinco años hasta el de su sobrina. Tiene que haber habido más. Sólo Dios sabe cómo es su ciclo. Si es cada dos años, sabemos de tres, pero faltan otros ocho.

—Las mujeres parecen sentirse muy atraídas por él —comentó Meyer.

—Es algo compulsivo; un violador, en cambio, no se detiene hasta que es atrapado. Los suyos son crímenes de violencia, no de sexo. Quiere lastimar y matar. Esto es diferente. Cody quiere amar y ser amado. Busca romances. Quiere seducir a una mujer hasta que esté hambrienta como estaba Coralita. Entonces tiene la excusa para castigarse y castigar a la mujer por su conducta, matándola, y privándose de ella.

—Meyer y yo cenamos con ellos una vez, a bordo de mi barco.

—Es la primera vez que no dice la palabra profesor. Ahora sí creo que son amigos. Adelante.

—Recuerdo que después le hice notar a Meyer que entre ellos había una especie de tensión erótica, casi palpable, como humo.

El sargento sacudió despacio la cabeza, apretando los labios debajo del bigote.

—¿Se imagina lo que habrán sido para él estos años? —dijo—. Huyendo. Rondando a las mujeres, todo sonrisas. Aceptando trabajitos temporales y desapareciendo. Sufriendo todo el tiempo.

Debe de ser un experto en cambiar de identidad. Nunca es difícil si se tiene dinero y astucia. Pero puede salir mal. Hay que estar listo en todo momento para levantar la tienda y echar a correr. No creo que un hombre pueda aguantar semejante tensión por mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

—Cuando uno es policía, se acostumbra a que cada criminal desarrolle un comportamiento especial. Conocí a un ladrón de mucha clase. Le atrapé casi por casualidad cuando estaba en Beaumont. Se dedicaba a la gente rica. Casas particulares. Monedas, sellos y joyas. Cosas transportables. Iba a las grandes subastas de Nueva York y Los Angeles. Desde allí les seguía la pista a sus blancos. Controlaba la casa, el plano, el sistema de alarma, los movimientos de la gente que vivía en ella. Cuando llegaba el momento adecuado y la casa estaba vacía, aparcaba una camioneta alquilada, con un letrero en el lateral que decía control de insectos, y se dirigía a la casa con su traje blanco y su equipo de desinfección. Quince minutos después de haber pasado sin inconvenientes el sistema de alarma, salía con una funda de almohada llena de cosas valiosas que podía vender a un buen precio. Hacía ese mismo trabajo dos veces al año. Aquella noche, yo estaba recorriendo la vecindad en un coche sin identificación, buscando la dirección de alguien que queríamos que declarara. Este tipo tuvo problemas para abrir la caja fuerte y perdió tanto tiempo que se puso nervioso. Cuando salió del camino de entrada golpeó mi coche. Creyó que era un civil y se puso furioso, pero cuando le mostré la insignia y el arma, el tipo se derrumbó. Sólo atinó a sentarse en el bordillo. La vida se le fue del cuerpo.

»Mientras le tuvimos detenido, solía ir a hablar con él. ¿Saben? Me contó que tenía mujer e hijos en Cincinnati. Era consejero de inversiones. Tenía su oficina en el edificio de un Banco. Era miembro de un club en la ciudad y otro de tenis, de la Cámara Júnior y de los Kiwanis. Tenía mucho trabajo como consejero de inversiones, y lo hacía bien. Vivía con comodidades. Era respetable. Me dijo que cada vez que daba un buen golpe y volvía a su base con el dinero, se decía: “Nunca más”. Se había salvado. Podía respirar. Cuando estaba “trabajando”, su mujer y todos los demás creían que estaba de viaje de negocios, visitando las compañías que pensaba

recomendar. Cada vez se decía: “Nunca más”, pero al cabo de un par de meses empezaba de nuevo a planear un golpe. Se ponía intranquilo. Me contó lo que sentía cuando estaba dentro de un hogar rico. Era un tipo de emoción que no podía encontrar en ninguna otra parte.

—Entiendo lo que quiere decir —dijo Meyer—. Este tipo, Pittler, puede tener una base en algún lugar, una identidad permanente a la que vuelve.

—Creo que debería tenerla —dijo Sigiera—. Un lugar donde recuperar el aliento. Guardar el dinero. Un refugio en donde nadie supiera nada de su *hobby*.

—¿La hermana no puede saberlo? —pregunté.

—¿Quién?

—Helen June o como se llame.

—Buena idea —dijo—. La interrogaron varias veces hasta que se mudó. Insistía en que nunca había recibido ni una tarjeta, ni siquiera una llamada de Cody. Déjeme ver. Su nombre de casada debe estar por aquí en algún lado —gruñó hasta encontrarlo—. Señora de Kermit Fox. A Kermit le llamaban Sonny. Pero esta dirección ya no debe de servir. Helen June tendrá ahora unos cuarenta y siete años. Debe de haber alguien en el pueblo que todavía le mande tarjetas de Navidad. El viejo Boomer ha de saberlo. Ha estado trabajando en el pueblo casi cien años. ¿Les gustan las especialidades picantes mejicanas? Es la hora de almorzar.

Hizo una llamada, y después salimos a comer. Fuimos a un restaurante de paso llamado Pancho. Nos sentamos en una mesa al fondo. La especialidad era chile con tacos de queso de Chihuahua derretidos. Meyer era un experto mundial en chiles. Sigiera le observaba con atención mientras lo probaba. Esperaba que Meyer quedara sin aliento, derramara lágrimas y cogiera como un loco el vaso de agua helada. Meyer chasqueó la lengua, con aire pensativo, cogió la salsa Tabasco y puso una docena de gotas en el plato, lo mezcló, volvió a probar y expresó su opinión a Sigiera.

—Bastante bueno, Paul.

—Profesor, está usted empezando a gustarme.

Nos habló de los juicios y de las vicisitudes al trabajar con las patrullas de la frontera contra la inmigración y las drogas, y de sus

aventuras como agente secreto en Beaumont.

Íbamos por el segundo café, cuando entró en el lugar un viejo con una gran barriga, bigote y barba blancos, y un enorme sombrero de paja, que se acercó a la mesa. Sigiera apartó una silla con el pie para que el hombre se sentara.

—Boomer, éste es McGee y éste es el profesor. Son los que quieren saber algo sobre Helen June Pittler Fox.

El apretón de manos fue fuerte y seco. Debía de haber encargado la comida al entrar, porque en seguida apareció la camarera con leche y una pequeña ración de tacos.

Boomer masticó uno, bebió un trago de leche y se limpió la boca y los bigotes.

—Más o menos un año después de que Cody matara a su padre y éste a su mujer, Sonny y Helen June se fueron del estado. Se dirigieron al norte. Los padres de Sonny eran de allí, y todavía tenía algunos parientes. Fueron a Roma, Nueva York. Pero no tiene sentido que les dé esa dirección porque ya no sirve. Sonny y Helen June tenían un solo hijo que murió antes de cumplir el año, debido a problemas respiratorios. Sonny es el mejor mecánico de coches que he conocido. Podía ganarse la vida en cualquier lado. Decidieron separarse. No sé si se divorciaron.

De todas maneras, ella se hace llamar Helen June Fox y aquí está su dirección.

Puso un pedazo de papel sobre la mesa. Lo sostuvo para que Meyer pudiera leerlo al mismo tiempo: Carretera 3, Buzón 810, Cold Brook, Nueva York.

—Me parece que está al norte de Utica —dijo Boomer.

—Muy lejos para volver con las manos vacías —dijo Sigiera.

—Ningún lugar está demasiado lejos —contestó Meyer—. ¿Y por qué las manos vacías?

—Porque casi ninguna pista fría da resultado. Casi siempre son más efectivas las nuevas y calientes.

Pagamos el almuerzo a pesar de las protestas de Sigiera, y le prometimos avisarle si descubríamos algo.



DIECISIETE

Eran las tres de la tarde cuando salimos de Eagle Pass. El dueño del pequeño motel nos dejó ir sin cobramos la noche extra en las dos habitaciones.

Calculé sobre el mapa que estábamos a poco menos de quinientos cincuenta kilómetros de Houston, así que deberíamos llegar al apartamento hacia medianoche.

El sol brillaba con todo su esplendor, y aun con el aire acondicionado a toda marcha, hacía calor dentro de la camioneta. Esta, cuando cogía velocidad, hacía tanto ruido que impedía cualquier conversación. Cada uno estaba metido en sus propias conjeturas. Cuando alguno llegaba a una conclusión, le gritaba al otro sus comentarios.

—¿Y si está escondido en México? —gritó Meyer—. Conoce el idioma. ¿Cambiaría de identidad una vez al otro lado de la frontera?

—Norma conoció a Evan Lawrence allí, cuando trabajaba con un tal Willy, en Cancún.

Le miré. Parecía desilusionado.

Cuando nos detuvimos para poner gasolina, me dijo:

—Si yo tuviera un escondite, usaría todo tipo de alarmas, cencerros y latas para enterarme si se aproximara alguien.

—Si nos acercamos lo suficiente, es probable que ocurra eso. Y

que sea peligroso.

—Aun así, la idea de México me parece plausible. Tal vez Evan Lawrence *sea* su nombre cuando se esconde.

—Entonces, ¿por qué llamar la atención hacia ese nombre haciéndose matar?

—Entiendo. No voy por buen camino.

—Vamos bien. Gracias a ti encontramos el nombre con el que lo empezó todo. Y también sabemos el motivo que le llevó a ello.

—Me parece increíble que pudiéramos cenar con él y con Norma, y que no hubiera ni la más mínima señal de violencia en aquella cara tan amistosa.

Estábamos de nuevo en la autopista; el sol se ponía a nuestra espalda y la sombra de la camioneta se inclinaba a uno u otro lado según el camino cambiaba de dirección. Gruñí y me detuve en la siguiente área de descanso, con el motor encendido. Me volví hacia Meyer.

—Lo estamos haciendo muy complicado.

—¿Qué quieres decir?

—Tuvo que destruir a Evan Lawrence. Se me acaba de ocurrir.

—¿Por qué?

—Por el dinero.

Meyer frunció el ceño y luego, de repente, dijo:

—¡Por supuesto! Sería demasiado peligroso andar por ahí como el marido desconsolado, esperando a que los procedimientos legales le permitieran recibir el dinero. Cuando convenció a Norma de ir sacando poco a poco el dinero de la cuenta, sabía que iban a protagonizar un «accidente». De haber podido arriesgarse a permanecer allí, hubiera dejado el dinero en la cuenta para recibirlo a la muerte de Norma. Pero eso habría significado un cuidadoso trabajo de investigación por parte de la ley y los abogados.

—¿No hubieras heredado tú según los términos del testamento?

—Hubiera sido más fácil para él hacerle hacer un nuevo testamento. Pero eso también habría sido significativo. Tienes razón, Travis. Evan Lawrence era un nombre temporal. No podía durar más de lo necesario. ¿Medio año, tal vez? Y ahora vuelve a estar en su lugar seguro. Y tarde o temprano volverá a salir como una persona distinta. Rondando. Acechando. Sonriendo. En busca de una nueva víctima.

De nuevo en la carretera, volvimos a quedamos pensativos, sumando lo que habíamos descubierto gracias a Christine Statzer, Martin Eagle, Betsy Ann Larker, Bunky, Boomer, y Paul Sigiera. Como un juego infantil en el tebeo del domingo: Une los puntos y encontrarás un animal.

—No, es muy fácil poner en escena un accidente —gritó Meyer.

Me dediqué a pensar en eso mientras el atardecer se convertía en noche cerrada y nos deteníamos a comer algo en un McDonald casi desierto, en Seguin.

—Puedes quemar tu coche, por ejemplo —dije—, si logras encontrar a alguien más o menos de tu medida para que ocupe tu lugar en el vehículo. Uno que haga autostop, de los que van con la mochila. Es mejor elegir a un vagabundo, porque pasará tiempo antes de que le echen en falta, si es que eso llega a ocurrir. Puedes golpear a la chica y a tu doble en la cabeza, y estrellar el coche contra un árbol, saltando en el último instante, como debió de hacer él en Ingram. Entonces pones tu anillo en el dedo del doble y arrojas una cerilla. Los incendios de automóviles son sospechosos. En el agua es más fácil. Un barco hundido, la mujer ahogada, el hombre desaparecido, supuestamente muerto. Los explosivos también son efectivos, pero se necesita saber algo de ellos. Puedes enviarla en un avión con una bomba en su equipaje, después de comprar dos pasajes. Una excusa en el último momento. «Me reuniré contigo después, querida». Pero de esa manera mueren muchos inocentes.

En ese momento, una anciana saltó de uno de los reservados, al otro lado del pasillo. No me había fijado en ella. Me miró fijamente echando chispas.

—¡Monstruos! —masculló con una vocecita sibilante—. ¡Monstruos! —y salió corriendo.

Meyer se echó a reír. Era la primera carcajada auténtica que oía salir de sus labios en un año. Le lloraban los ojos. Se apretó la barriga y continuó riéndose. Le ayudé a levantarse y le empujé hacia el coche. No podía tenerse en pie de risa. Pero la viejecita podía llamar a la policía, y me pareció mejor alejarnos de allí en un tiempo razonable.

El viernes por la mañana fuimos a una agencia de viajes en el centro comercial cerca de Pine Valley. Allí descubrimos que si uno quiere viajar a un sitio llamado Utica, cerca de Nueva York, Houston no es un buen lugar de donde partir. Tal vez no haya ningún buen sitio desde donde partir. Pero podíamos llegar a Syracuse hacia las seis de esa tarde, con una larga espera entre vuelos en Atlanta.

Unos minutos después de despegar en Houston, atravesamos unas sombrías nubes y nos encontramos con el brillante reflejo blanco del sol. Una vez en Atlanta, cogimos un tren desde nuestra puerta hasta la terminal. Pasé por delante de una hilera de cabinas telefónicas una y otra vez y, finalmente, entré en una y llamé a Naples.

Annie contestó a la primera llamada.

—¿Diga?

—Soy yo —dije.

—¿Dónde estás?

—En Atlanta, casi a punto de salir hacia el norte. Quería saber qué había pasado con lo de tu trabajo.

—No te interesa tanto cuando no me llamaste el domingo, o el limes, o el martes, o…

—He pensado mucho en eso todos los días.

—Seguro.

—De veras. Hemos estado revolviendo todo Texas. Pero dime cómo salió lo tuyo.

—Me ofrecieron el trabajo y las condiciones son maravillosas. Me dieron hasta el lunes para pensarlo. Acepté la oferta.

—¿Y si te hubiera llamado el domingo?

—McGee, me gustaría complacerte. Me gustaría decirte que si me hubieras llamado el domingo tal vez habría dicho que no. Pero no es verdad, querido. Deseo tanto ese puesto que apenas puedo respirar.

—¿Cuándo te irás?

—El hombre al que estoy preparando para que me sustituya ha llegado esta mañana. Me quieren en Maui el quince de agosto.

—¿Cómo es el tipo que han mandado?

—Un poco lento para captar las cosas, pero una vez que las tiene ordenadas en su mente, se quedan allí. Creo que lo hará bien.

Procede de la escuela hotelera de Cornell. Le han explicado muy bien mis antecedentes aquí, así que sabe que sería una tontería hacer grandes cambios.

—Suena a que te irás muy pronto.

—Será muy pronto. A decir verdad, desde que dije que sí he estado un poco deprimida. No sólo por ti, sino por todo lo que dejo aquí. Ha sido una etapa maravillosa.

—Hablas en pasado.

—Como dice el refrán, lo pasado, pasado está. ¿Cómo estás tú?

—Descubrimos el verdadero nombre del asesino. Cody T. W. Pittler. Y creemos saber por qué es un asesino congénito.

—¿Hubo más asesinatos?

—Y es probable que haya habido varios que ignoramos.

—Cuídate, por favor.

—Tal vez no logremos llegar más cerca de lo que estamos ahora. Vamos al norte, a ver a su hermana. Creo que ella no le ha visto en veintidós años. Creemos que tiene algún refugio del que se aleja de vez en cuando para hacer daño. El gran amante. Inicia romances apasionados y después liquida a las mujeres.

—Por lo menos, mueren contentas… Lo siento. Ha sido de mal gusto.

—Yo te he dado pie. Estaba hablando en tono ligero. Pero por dentro no me siento de esa manera Me deprime pensar en lo rápido que llegará el quince de agosto.

—Por lo menos me alegra que al fin me hayas llamado. Estaba comenzando a estar molesta contigo.

—Me he estado asando en lugares como Freer, Encinal, Cotulla, y Eagle Pass.

—Vida sana, ¿eh? Discúlpame, Travis, pero cuando ha sonado el teléfono me iba. Howard me espera en la piscina. Tenemos que hablar de reestructurar la cuarenta este. Lo vamos a necesitar si queremos tener espacio para ampliarnos. Por favor, llámame cuando estés de vuelta. En cuanto llegues a casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Suerte con la reestructuración.

—Buena suerte con tu criminal, tesoro.

Colgué y fui hasta donde estaba sentado Meyer. Estaba muy contento porque había encontrado un ejemplar del *Economist* en el puesto de revistas, y estaba leyendo un artículo sobre las crisis

económicas en los países de la NATO.

Eran las seis y media cuando llegamos al mostrador de Avis en el aeropuerto de Siracusa. Habíamos reservado el coche en Atlanta, con la tarjeta de Meyer. Nos dieron un dos puertas color vino, con el morro inclinado y olor a humo de cigarro en su interior. La empleada de Avis nos había dado instrucciones para entrar en la autopista. Aún había luz cuando cruzamos el cartel de Bienvenidos a Utica, llegamos al centro y encontramos un viejo y caro motel Howard Johnson. Podía soportar el motel, pero no el restaurante, así que Meyer se dedicó a estudiar las páginas amarillas de la guía. Tiene buen instinto.

—Aquí abundan los restaurantes italianos —dijo—. Así que sigamos la corriente. ¿Alguna objeción?

—Ninguna.

—El Grimaldi me parece bien. Déjame ver. Sí, Grimaldi.

Era casi de noche cuando lo encontramos. Estaba en una esquina; tenía un parque a un lado y una especie de viviendas de ladrillos amarillos al otro. Nos costó encontrar un lugar para aparcar. Meyer dijo que ésa era buena señal. Abrimos las puertas y nos sumergimos en la atmósfera de humo, gritos y algarabía general. El bar estaba a la izquierda, y el comedor a la derecha. Una mujer esbelta de pelo oscuro nos dio una mesa para dos, junto a la pared más alejada, y nos dio dos menús enormes. Un camarero viejo, bajito y calvo, tomó nota de lo que íbamos a tomar: dos martinis extrasecos. Estos llegaron en seguida. Meyer bebió un trago, sonrió y se relajó.

—La comida será buena —dijo—. Jamás te sirven un generoso y delicioso cóctel en la copa adecuada en un restaurante donde la comida es mala. —Otra de las sentencias de Meyer. Parecían funcionar.

La ternera estaba espléndida e iba bien con el Valpolicella.

—Es como volver a vivir —dijo Meyer mientras tomábamos el café—. Estuve encerrado un año, y ahora siento una especie de presión interna que vuelve a abrir de par en par una zona dormida. Cuando siento placer, me avergüenzo, ya que pienso que debo esta resurrección condicional a Norma.

—¿Condicional?

—Por supuesto. ¿Cuánto durará? Hasta que el próximo asesino

con que me enfrente me dé la posibilidad de actuar como un hombre o sentarme en el suelo y olvidar mi nombre. A veces estoy ansioso por saberlo, y otras veces, ruego que nunca vuelva a haber otra confrontación.

—Todo irá bien.

—Esas son exactamente las palabras que me digo a mí mismo. Meyer, todo irá bien. Muy bien. —Su sonrisa era amarga.

Miré a mi alrededor, a los clientes del restaurante y del bar. Políticos, muchos de ellos jóvenes. Abogados y oficiales recién nombrados. Algunos con sus mujeres o amigas. Tuve la impresión de que todos los negocios de la ciudad se trataban allí. Aquellos jóvenes italianizados tenían mucha energía, una febril sociabilidad. Me pregunté en voz alta por qué parecían tan desesperados por divertirse.

Meyer estudió la pregunta, y finalmente dijo:

—Es una energía que no encuentra salida, creo. Muchas de estas ciudades del valle Mohawk están muriendo desde hace años. Albany, Troy, Amsterdam, Utica, Syracuse, Rome. Entonces han convertido al gobierno en una industria. Casi todos los edificios de oficinas de las ciudades decadentes son del estado. Proliferan los comités, comisiones investigadoras, acciones legales, créditos, subsidios, comisiones de asesoramiento, departamentos de carreteras, protección de la salud…, miles y miles de personas están trabajando para el municipio, el condado, el estado o el gobierno federal en estas ciudades tambaleantes. Creo que el hombre es productivo por instinto. Quiere *hacer* algo, un hacha de piedra, una caverna más grande, mejores flechas, lo que sea. Pero estos hombres brillantes y enérgicos saben que no están *haciendo* nada. Utilizan todas las relaciones, todos los contactos, todos los medios para mantenerse dentro de la escala pública. Sentirse insatisfechos en su trabajo no es del todo honorable. De ahí la alegría saltarina, las palmadas demasiado fuertes, los exagerados elogios, los brindis rebuscados, los matrimonios demasiado breves, las obligaciones demasiado complejas. Su ciudad se ha enranciado, y mientras la luz se extingue, ellos bailan sin cesar. —Muy poético, profesor.

—El Valpolicella me pone así.

—Extrañaba tus conferencias improvisadas.

—Ten cuidado con lo que dices. Puedo compensarte por el año

perdido.

—¡Oh!, no las he extrañado *tanto*.



Travis McGee 20

DIECIOCHO

Después del desayuno, la radio anunció que la máxima del día se estimaba en treinta grados en el centro de Utica, un verdadero récord para el último día de julio. Conduje el coche siguiendo las instrucciones que me habían dado en el mostrador del motel cuando pagamos.

Dejamos atrás el valle, cruzamos Deefield y pasamos las torres de televisión por una carretera de dos carriles tan empinada que nuestro coche rojo oscuro tenía dificultades para desenvolverse en la pendiente y hacer que funcionara el aire acondicionado al mismo tiempo, arrastrándose hasta que reducía la marcha. Después de las casas de las afueras venían las pequeñas granjas descuidadas, con graneros gris oscuro y unos cuantos caballos pastando. Las granjas estaban en una meseta desde donde el camino se sumergía en las brumosas estribaciones de los Adirondacks.

Había menos tránsito del que me esperaba. No cabía duda de que la gente había salido de la ciudad el viernes. En la meseta corría un poco más de aire fresco. Al entrar en la Ruta 8, le dije a Meyer que lo mejor sería no detenernos hasta la estafeta de Correos de Poland, como nos había sugerido el hombre del mostrador, para preguntar dónde podíamos encontrar a la señora Fox.

Nos alejamos de la meseta y recorrimos un valle hasta entrar en Poland, un pueblecito de paso con grandes arces que bordeaban la

calle principal y daban una sensación de frescor en ese sábado de verano. Meyer descubrió la estafeta de Correos, a la derecha, y detuve el coche. Permanecí al volante mientras él entraba a preguntar. Salió casi en seguida.

—Tenemos que volver a tomar la Ruta ocho hasta pasar Cold Brook, otro pueblo similar a éste. Veremos el nombre en el buzón, a la derecha del camino, cerca de la casa. Es una casa a remolque. Me ha dicho que le parecía que es gris y azul, pero no estaba seguro. Supone que está a unos quince kilómetros del extremo más alejado de Cold Brook. Pero hay algo que me llama la atención en todo esto.

—¿Qué?

—El tipo ha estado bastante cordial cuando me he acercado a la ventanilla. Pero cuando le he dicho a quién estaba buscando, ha sido muy escueto. Me ha dado la información y se ha alejado. Demostraba desaprobación hacia ella, y hacia mí por preguntar dónde podía encontrarla.

Había sólo tres kilómetros entre los dos pueblos, y comprobé el velocímetro cuando salimos de Cold Brook. Pronto la carretera describió una larga curva por una suave pendiente, y un cartel en lo alto de la colina nos indicó que habíamos entrado en el Coto del Parque de Adirondack.

Cuando llegamos a la casa de la mujer, comencé a comprender el motivo de la hosquedad del empleado de Correos. En otra época habían plantado un cerco de arbustos muy largo y apretado, bordeando la parte izquierda del camino, supongo que con la intención de formar una defensa contra la nieve en invierno. Los árboles eran grandes. Muchos habían desaparecido. El tráiler estaba instalado en ese hueco a unos quince metros del camino, en forma paralela a éste. Parecía haber sido gris y azul alguna vez. En el camino de tierra había una estropeada Bronco roja y blanca, con tracción en las cuatro ruedas y neumáticos extra grandes, que no nos dejaba espacio para entrar.

Me detuve después del buzón. Nos bajamos y permanecimos inmóviles, contemplando estupefactos la profusión de cachivaches que cubrían el terreno de lado a lado. Repuestos de coches viejos, neveras, remolques de carga sin ruedas, leña, rollos de cartón para techos, armazones de camas, mecedoras rotas, escritorios, montones

de tejas, una pila de tableros de madera terciada llenas de moho. Botellas de vidrio, botellas de plástico, latas, parachoques, lavadoras viejas, alambre, marcos de ventanas, barriles de doscientos litros oxidados, un viejo trineo de los que se tiraban con caballos, cajas de madera medio llenas de envases de refrescos, y muchos otros objetos que no parecían haber tenido jamás ninguna utilidad. La escena era sorprendente. Era imposible abarcarlo todo de una vez. Aquella visión producía un impacto casi artístico, una nueva forma de arte en tres dimensiones, destinada a mostrar el hundimiento de la civilización occidental. Me hizo recordar un objeto que había visto en Nueva York, cuando una amiga me convenció de acompañarla a una exposición en el Museo de Arte Moderno. El objeto era una hamburguesa de plástico de aspecto real, colocada en un pan gigante, chorreando mostaza, escabeche y kétchup. Medía tres metros de diámetro y uno y medio de alto. Esta escena daba la misma sensación de familiaridad más irrealidad.

—Tal vez esté violando las leyes territoriales —murmuró Meyer.

—Si las ropas que están secándose en la cerca son de ella, debe de tener un tamaño notable.

Pasamos al lado del enorme vehículo y entramos. La mujer nos vio desde la ventana. Abrió la estrecha puerta del tráiler y se detuvo en el escalón más alto de los tres que llevaban a la puerta. El tráiler estaba apoyado sobre bloques de cemento.

—¿Qué quieren?

—¿La señora Helen June Fox?

—¿Para qué la buscan?

Era una mujer bastante alta. El pelo castaño le caía en lacios mechones, despeinado. Sus enormes pechos presionaban el tejido de su camiseta rosa, hundiéndose hacia la notable barriga que sobresalía del cinturón que le sujetaba unas estrechas bermudas color caqui. Llevaba unas zapatillas blancas rotas, y sus piernas estaban llenas de rasguños y marcas de picaduras de insectos. Sus rasgos eran fuertes, la mandíbula gruesa, los ojos turbios, desconfiados y poco acogedores. Su boca era una pequeña medialuna de expresión agresiva. Tanto ella como su ropa estaban sucias y manchadas. Sin embargo, su presencia irradiaba una fuerza tal que era casi atractiva. Se podía ver que hacía veinticinco años había sido una mujer de campeonato. Ella sabía que causaba esa

impresión, y había conservado el modo de responder a la admiración.

—¿Bien? —dijo. Terminó la cerveza que quedaba en la lata que tenía en la mano, estrujó el aluminio y lo arrojó lejos. La lata rebotó contra un bloque de cemento—. ¿Son del gobierno otra vez? Les dije a los últimos que vinieron que se mantuvieran alejados de mí o les pagaría con una perdigonada.

Meyer resolvió el problema con presteza.

—Boomer nos dijo dónde encontrarla. —Para mi sorpresa y admiración, logró dar un leve acento del sur de Texas a sus palabras.

Helen June gruñó sorprendida, bajó los dos escalones restantes y se sentó pesadamente en el del medio.

—¿Ese viejo inútil vive todavía?

—Parece muy saludable —contesté.

—Siempre lo sabía todo sobre todo el mundo.

Quién sabe quién le dio mi dirección. Tía Minna a lo mejor. Siempre me manda dinero por mi cumpleaños. Ahora tendrá unos noventa años.

—Pues Boomer no sabía si usted se había divorciado de Senny.

—Se fue. Nunca me molesté en ir a ver al juez. Me alegré de librarme de ese bruto hijo de puta. ¿Qué quieren ustedes dos? ¡Por Dios! No hacen buena pareja. Usted parece un oso, señor. Un oso simpático. Cariñoso. ¿Cómo se llama, querido?

—Meyer, y él es McGee.

—Queremos hablar de su hermano Cody —le dije.

Se levantó y nos hizo señas para que la siguiéramos. Nos abrimos paso entre las toneladas de desperdicios hasta una vieja mesa de *picnic* con bancos, colocada cerca de la valla lateral, a la sombra de un gran abeto. Nos sentamos a un lado y ella lo hizo frente a nosotros.

—Si hubiéramos seguido hablando allí, habríamos despertado a Jesse. Se acostó muy tarde. Toca el piano en un club los viernes por la noche. Si se despierta temprano se pone de muy mal genio. ¿Y si no quiero hablar de mi hermanito? ¿Le han cogido? ¿Ustedes son periodistas o policías?

—No le han cogido —dije.

—Bien. No tuvo la culpa de nada.

—¿Y quién la tuvo, entonces?

—Si le hubieran preguntado, Boomer se lo podría haber dicho. Fue culpa de Coralita, esa italianita desgraciada. Fue el peor error que cometió mi padre en toda su vida. Era un hombre maravilloso, todo el mundo le quería. Era astuto para los negocios, pero un perfecto estúpido con las mujeres. Yo tenía veinte años, cuando se casó, y ella tenía cinco más que yo. Y no había perdido el tiempo. Cuando estaba en la secundaria, los muchachos hacían bromas sobre ella. ¿Sabes cómo la llamaban? Calentona Cardamone. No te ponen un apodo así si no te lo mereces. Después de morir mamá, pasé dos años tratando de organizar la casa. Lo hice porque quería a mi padre. Me ocupaba de la cocina y de la limpieza, de hacer las camas y de todo lo demás. Leía libros de cocina. Lo mantenía todo brillante para él. No me importaba ocuparme de él toda mi vida, pero después de dos años trajo a casa a esa perra. Se casó con ella y la metió en mi casa, en mi cocina, en su cama. Solía quedarme despierta por la noche, y a veces podía oírles allí, juntos, y pensaba en la manera de matarla sin que me descubrieran. Siempre tenía la sensación de que ella sabía exactamente lo que yo estaba pensando, y de que se reía de mí. Ella hacía como si yo no existiera. Pero sí notaba que Cody estaba allí. Cody era un inocente. Muy ingenuo para su edad. Traté de prevenirle. Yo tenía miedo de lo que podía pasar y no quería estar allí para verlo. Terminé casándome con Sonny Fox. Aunque nunca le quise. Lo que quería era salir de allí, alejarme de Coralita. Pero ella no tenía suficiente y no se atrevía a salir a buscar a otro hombre fuera, por miedo a que alguien se lo dijera a mi padre. Y allí estaba Cody, en la misma casa, un asunto bien seguro. Ella pensó que él se sentiría demasiado asustado para contárselo a nadie, así que le pescó. Apuesto a que fue tan fácil como atrapar un conejito. Meneó ese buen trasero delante de él hasta que el chico no pudo pensar en otra cosa, y entonces se deslizaría en su cama mientras él dormía para que cuando se despertara ya no pudiera evitarlo. Y esa primera vez debió de bastar para enviciarle. No creo que lo hubiera logrado de otra manera. Antes pensaba mucho en eso. Pero ya ha pasado mucho tiempo. Cody nunca le hubiera hecho algo así a nuestro padre, a no ser que ella lograra meterse en su cama antes de que él se diera cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Qué cree que ocurrió la noche en que mataron a Coralita? —pregunté.

—Ya les dije a esos estúpidos policías lo que debió de pasar. Mi padre no hubiera matado a Cody, pasara lo que pasara. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida, ¿no es así? Le dio a Coralita en la nuca, cerca del cuello, y murió al instante. Al oír el disparo, Cody salió arrastrándose de debajo del cuerpo. Cuando mi padre vio quién era, no pudo disparar y quiso suicidarse. Eso es lo que habría hecho. Cuando Cody vio lo que iba a pasar, saltó para quitarle el arma, pero mi padre siguió tratando de matarse. Mientras luchaban, el arma se disparó y le hirió. Cody pensó que estaba muerto, cogió las llaves del coche, salió corriendo y se escapó como un loco. Nunca le atraparon y nunca le atraparán.

—¿Por qué está tan segura de que…? —empezó a preguntar Meyer, pero se interrumpió al oír unos gritos que llegaban desde el otro lado del terreno.

—Maldita seas, ¿cómo diablos voy a dormir con toda esa charla? —Un tipo bajó los escalones del tráiler subiéndose la cremallera de los pantalones. Llevaba botas negras de *cow-boy*. De cintura para arriba estaba desnudo. Era flaco como una tabla e iba encorvado. Tenía el pecho hundido y los hombros inclinados hacia adelante. Parecía tener unos treinta años y pico. Con cada movimiento que hacía, se producía un ondear de los pequeños y tensos músculos de sus brazos, torso y hombros. Tenía la cabeza larga y estrecha, las mejillas hundidas, la mandíbula saliente y los ojos pequeños debajo de unas cejas tupidas.

—¿Quiénes son estos tipos? —preguntó, mientras avanzaba entre la basura.

—Estábamos hablando de mi hermano, Jesse. Eso es todo.

—¡Me has despertado!

—Hemos venido aquí justamente para que no te despertaras.

—Me lo imagino, Helen June. Eres una bocazas. Dale y dale y dale. Ustedes dos. ¡Fuera!

La mujer se dirigió a nosotros en tono nervioso.

—Será mejor que hagan lo que dice.

—Pero no hemos…

—De veras. De veras, McGee. Será mejor que se vayan.

El hombre se aproximó a la mesa y en el momento en que Meyer se levantaba, le cogió por la oreja y de un golpe le arrojó contra el banco. El banco cedió y Meyer cayó de espaldas. Yo di un paso hacia un lado, para tener espacio suficiente, y esperé a ver lo que el tipo tenía en mente. Me lanzó un izquierdazo y, mientras me agachaba para evitarlo, saltó en el aire dando una extraña patada y una de sus botas silbó en dirección a mi boca. Soy muy rápido. La coordinación entre mis sentidos, nervios y músculos funciona con más rapidez que en otros. Y la adrenalina la hace funcionar aún más rápido. Vi el tacón y la suela de la bota dirigiéndose hacia mis dientes. El puñetazo me había puesto en el camino de la patada, y retrocedí tan rápido como pude. Pero no fue suficiente. La punta de la bota tocó la parte externa de mi oreja izquierda, y me hizo sentir como si me la hubiera arrancado. Aquel hombre tenía el día de las orejas. Al no golpear de lleno, perdió el equilibrio, pero se recobró en el aire, retorciéndose como un gato y aterrizando con suavidad.

Uno de esos karatecas, pensé. Otro más. Gritan *¡Ja!*, y tratan de partirte el cuello con el canto de la mano. Todo lo que sé de esa técnica lo aprendí en el curso de entrenamiento básico hace mucho tiempo. Tratan de que lances tu mejor golpe, y aprovechan el momento y el impulso para derribarte.

Se movió con cautela, y vi que se estaba preparando para dar otra patada. Cuando la lanzó, retrocedí y al llegar la bota a mi cuello me la quité de encima con el antebrazo. Jesse aterrizó con fuerza sobre el suelo. Rodó a la izquierda y se puso de pie otra vez, demasiado cerca de Meyer, quien cogió un palo de cincuenta centímetros de largo que había encontrado entre los desperdicios y, sujetándolo con ambas manos, golpeó la cabeza de Jesse. Se oyó un *¡ponk!*, Jesse se quedó con los ojos en blanco y cayó despacio en posición fetal. Mientras me acercaba a él, Helen June gritó:

—¡Por favor, no le lastime las manos! Váyanse ahora, mientras puedan. Por favor.

Lo decía en serio. Había empezado a preguntarme hasta qué punto estaba Jesse cuerdo. O hasta qué punto estaban cuerdos los dos.

—¿Cuándo podremos hablar?

—Mañana por la noche.

Nos fuimos. Antes de subir al coche miré hacia atrás. Helen June

estaba arrodillada al lado de Jesse, acariciándole la frente.

Cuando habíamos recorrido cinco kilómetros de vuelta a Cold Brook, miré por el espejo retrovisor y vi que la Bronco blanca y roja nos perseguía, acercándose a toda velocidad. Hice varias conjeturas, todas ellas desagradables, y apreté el acelerador. El pequeño coche cogió velocidad, pero, como pronto pude ver, no tenía suficiente potencia. Mi velocímetro marcaba ciento diez, un poco menos en subida y más en bajada. Cuando la Bronco se colocó detrás de nosotros y no nos golpeó con su enorme parachoques de acero, supe que estaba esperando a tener más espacio delante para ponerse a mi lado y echarme fuera de la carretera. Eso me daba una oportunidad mejor.

Cuando el camino se despejó, se puso al lado. Pude ver a Jesse sentado allí arriba, sonriendo. En el instante en que empezó a cerrarnos el paso, le grité a Meyer que se agarrara y pisé el freno con fuerza. Jesse pasó volando. En el mismo instante en que nos deteníamos patinando en el asfalto, puse marcha atrás y retrocedí varios centenares de metros, volví a apretar el freno y giré el volante hacia la derecha. La parte delantera se deslizó de una manera preciosa y, momentáneamente, nos quedamos sobre dos ruedas. Al instante siguiente estábamos acelerando en sentido contrario, dejando la marca de los neumáticos en el pavimento, detrás de nosotros.

Habíamos frenado y retrocedido justo cerca de la larga curva en subida hacia la izquierda, en las afueras de Cold Brook. Jesse había tomado la curva en bajada hacia la derecha, y estaba fuera de la vista. Miré varias veces hacia atrás. Ni rastro de la Bronco.

—He oído algo ahí atrás —dijo Meyer.

—¿Como qué?

—Bueno… un golpe. Como si algo se hubiera aplastado.

Al final de una larga recta encontré un camino de tierra sin señalar. Nos internamos por él y detuve el coche fuera de la vista de la carretera principal, pero desde donde se podía ver cualquier cosa que pasara por la carretera.

No pasó ningún vehículo viniendo del sur. Un camión de reparto de pan y una camioneta pasaron en sentido contrario. Después de

unos diez minutos, arranqué el coche y nos dirigimos hacia el sur detrás de ellos.

Por las marcas de los neumáticos y la posición de su vehículo, era fácil saber lo que había ocurrido; un error de cálculo. Quizá cuando adiviné su plan se encolerizó mucho. Y en un ataque de ira había tratado de cambiar de sentido en mitad de la bajada. Era probable que conociera bien su vehículo; si hubiera tratado de hacer la misma maniobra a la misma velocidad en el llano, no habría tenido problemas. Pero al estar en una pendiente, las ruedas de atrás estaban un poco más altas. A mitad de su giro, la Bronco había volcado y rodado. Jesse había salido despedido. El vehículo le pasó por encima y siguió su camino hasta estrellarse contra unos árboles más allá de la cuneta.

El cuerpo yacía boca abajo entre fragmentos de vidrio y metal. Tenía la espalda ensangrentada. Nos detuvimos delante del camión de pan y fuimos hasta el lugar del accidente. Había tratado de girar en donde la curva en pendiente se ensanchaba para dar cabida a los coches que torcían a la izquierda hacia una carretera lateral. Jesse estaba, boca abajo, con la cabeza sobre el pavimento. Cuando nos acercamos, nos pareció que su cara se había hundido en la superficie de cemento de la carretera como en un líquido. El charco rojo en torno a su cabeza estimulaba a esa curiosa y repugnante ilusión. Probablemente una de las enormes ruedas del vehículo había pasado sobre su nuca y los huesos de la cara habían cedido, dejando intacta la parte de atrás del cráneo. Uno de los conductores que se había detenido trajo una manta deshilachada del maletero de su coche y la extendió sobre el cuerpo de Jesse.

El conductor de la camioneta se dirigió al del camión del pan.

—Ya sabes quién es, ¿no?

—Sé quién *era*, compañero. El loco Jesse, que tocaba el piano los fines de semana en el Heneman Grill. Vivía con la Fox desde el año pasado. Siempre dije que se mataría. Bastaba ver la forma en que conducía esa Bronco.

Éramos siete espectadores y todos nos giramos a mirar hacia el sudeste cuando oímos la sirena lejana de una ambulancia que se acercaba.

—No es necesario que corra —dijo el del camión de pan.

—Es gracioso —replicó el de la camioneta—. Si le hubieran

encerrado cuando asaltó al chico Jamison, como debieron haber hecho en lugar de dejarle en libertad condicional, hoy no se habría matado.

La ambulancia llegó y dos enfermeros corrieron hacia el cuerpo, pero se detuvieron al ver la manta. Uno la levantó, tomó el pulso al cadáver y volvió a dejarla caer, encogiéndose de hombros. El otro fue a sacar la camilla de la parte trasera de la ambulancia. Un par de coches que iban hacia el norte redujeron la velocidad un momento y luego se alejaron. Llegó un coche de la policía. Meyer y yo subimos a nuestro vehículo.

—Si hay algo útil que ella nos pueda decir, será mejor que seamos nosotros los que le demos la noticia —dijo Meyer.

—Quería darte las gracias por golpearle.

—No ha sido exactamente un ataque de frente. Nada muy meritorio. De todos modos, tú te hubieras hecho cargo del asunto.

—No estés tan seguro. Estaba a punto de sacarse el cuchillo del cinturón cuando le has dejado seco.

—Me sentía demasiado enojado y humillado para pensar en lo que estaba haciendo. Mira mi oreja. —Giró la cara para que pudiera ver su oreja derecha. Estaba hinchada y roja.

Dirigí el coche hacia el norte, dejando atrás la escena del accidente.

—Creo que será mejor que le hables tú, ¿de acuerdo?

—Si lo deseas…

Permaneció en silencio hasta que me detuve en el camino de tierra donde había estado la Bronco roja y blanca.

—Quédate en el coche —me dijo. Fue una orden directa. Inusual e inesperada.

La mujer salió corriendo hacia Meyer cuando éste estaba a mitad del camino del tráiler; respondiendo con el olvido a la pregunta formulada. El lado izquierdo de su cara estaba hinchado y se estaba poniendo oscuro. Oí su grito desesperado.

—¡He intentado detenerle! Lo he intentado. ¡De veras lo he intentado!

Luego pude oír el murmullo de la voz de Meyer, explicando. Me pareció que a medida que él hablaba la mujer se iba replegando en sí misma. Meyer le tocó el hombro y ella se dejó abrazar. Él le dio unas palmadas en la espalda y la consoló. Caminaron juntos hasta

los escalones, el brazo de él alrededor de la gruesa cintura de ella. La hizo sentarse en uno de los escalones, y la mujer apoyó la cara en las rodillas.

Meyer miró hacia el coche y me hizo una señal. Salí y me reuní con ellos. Los hombros de Helen June temblaban, pero no pude oír sus sollozos. Al final se enderezó y nos miró. Las lágrimas le corrían por las mejillas y trató de sonreír.

—Uno extrañaría hasta a una lagartija si viviera con ella y le diera de comer durante un año. A veces podía ser muy cariñoso. Le he dicho que no fuera tras ustedes y me ha pegado. ¿La Bronco ha quedado destrozada?

—No ha quedado muy bien —dije—. Pero creo que sólo es cuestión de carrocería. El chasis, el motor, las ruedas y el radiador parecían estar bien.

—Tendré que ocuparme de que la arreglen. Viviendo aquí, necesito un vehículo. Yo se la compré. Entregué a cambio mi viejo coche, y está a mi nombre.

—¿Está asegurada? —preguntó Meyer.

—Nada más que el seguro legal. Ni siquiera sé adónde llevarán el cuerpo. Yo no tengo teléfono aquí. Era una línea compartida, y Jesse insultaba a la gente que estaba usándola cuando él quería hablar. Ellos se quejaron y grabaron lo que les decía. Entonces vinieron los de la telefónica y lo sacaron. No sabía que lo podían hacer, pero lo hicieron.

—La llevaremos al pueblo —dijo Meyer—. Allí podrá averiguarlo y hacer que le arreglen la camioneta.

La mujer se secó los ojos.

—Será una gran ayuda. Tengo que arreglarme un poco. —Se levantó con dificultad, entró y cerró la puerta.

—¿Qué más crees que nos puede decir? —le pregunté a Meyer.

—He notado algo cuando hemos estado hablando antes. Ha dicho que estaba segura de que nunca le cogerían. En su mente no parecía haber la menor sospecha de que estuviera muerto. Y aquello pasó hace mucho tiempo. Si durante todos estos años no hubiera tenido ninguna noticia de él, supondría que está muerto. Sería una suposición lógica. Tenía suficientes razones para matarse. Pero el suicidio no entra en su carácter, Travis. Me parece que ése es un buen motivo para pensar que ha estado en contacto con ella. Y

quiero descubrir cómo y cuándo.

Cuando Helen June volvió a salir, lista para ir al pueblo, el cambio nos sorprendió a los dos. Llevaba un vestido azul oscuro y un brillante bolso del mismo color colgado al hombro. Se había cepillado el pelo y se las había arreglado para disimular el moretón de su mejilla izquierda. Se había puesto unas sandalias de tacón alto y medias que le cubrían las piernas lastimadas. Llevaba los labios pintados y algo de sombra en los ojos. Parecía más delgada y joven.

—¿Quiere cerrar con llave? —preguntó Meyer.

Ella le dirigió una mirada que dio lástima.

—¿Quién entraría en esta casa a robar? —Dio una palmada a su bolso—. Todo lo que valdría la pena robar está aquí.

Meyer se instaló en el asiento de atrás, y ella se sentó a mi lado. Meyer se inclinó hacia adelante para hablarle.

—¿Qué hace Cody para saber dónde está usted?

—Dejo… —Se detuvo de golpe y le miró con furia repentina.

—Maldito sea, Meyer. Y yo pensaba que era cariñoso. Es usted un hijo de puta. Me ha engañado. —Se dio la vuelta—. Puede quemarme los pies, pero nunca se lo diré. Puede arrancarme las uñas y no diré una sola palabra.

—No creo que sepa dónde está Cody.

—¡Tiene razón! No tengo la menor idea.

—Creo que usted escribe a un intermediario o le telefonea cada vez que cambia de dirección, y cuando Cody habla con el intermediario se entera de dónde puede localizarla.

—¡Cállese!

—Necesita una dirección para enviarle dinero.

—¿Por qué haría eso?

—Usted y él son los únicos que quedan de la familia. Él hizo algo terrible. Se ocupa de usted, para que le perdone y le ame. Y sin duda lo ha logrado.

—Me manda dinero porque es mi hermano menor y, hasta que apareció Coralita, siempre nos habíamos cuidado el uno del otro. No necesita *comprar* mi amor ni mi perdón.

—¿Cómo se lo envía?

—Con una paloma mensajera.

—Vamos, Helen June —dijo Meyer en tono zalamero—. Si usted no sabe dónde está, y no creo que lo sepa, la manera en que le

envía el dinero no puede darnos ninguna pista para encontrarle. Es un hombre muy ingenioso. Tengo curiosidad por saber cómo se las arregla para mandarle dinero. Debe de ser una manera muy inteligente.

—Él es muy inteligente.

—Eso ya lo sabemos. Tiene que serlo para haber logrado permanecer en libertad durante tanto tiempo.

—La primera vez que me lo mandó casi me hago un lío. Recibí una especie de paquete viejo, mal hecho. Todavía vivía con Sonny. Gracias a Dios que él no estaba cerca cuando lo abrí. En la parte de fuera decía libros. Mi nombre estaba escrito en la etiqueta y el remitente era un apartado de Correos en Nueva Orleáns. Dentro había tres libros de bolsillo cogidos con dos gomas elásticas, en forma de cruz. Leí los títulos y decidí que debía de ser un truco para vender. Yo no soy lectora. No leo más que el periódico algunas veces. Así que saqué las gomitas y hojeé el primero, buscando la maldita carta de los vendedores. Pero cuando abrí el segundo, cayó al suelo un montón de billetes de cien dólares. Había cuarenta. Casi me desmayo. El libro del medio había sido vaciado, tal vez con una hoja de afeitar. Un trabajo sucio, pero no tenía por qué ser pulcro. Dentro había una nota escrita a máquina: «Feliz cumpleaños, Helen June. Cada vez que te mudes, avísale en seguida a XXX. No conserves esta nota y no hables del dinero». ¿No le parece fantástico?

—¿Cuántos ha recibido? —preguntó Meyer.

—No lo sé. ¿Qué le importa? ¿Es recaudador, acaso? Tal vez una docena, tal vez más. De Miami, Tampa, Houston, Nueva Orleáns, Los Angeles, ciudades grandes. A veces con una notita de cumpleaños, Navidad o algo así. El más grande tenía ocho mil quinientos. El primero fue el más pequeño. Nunca sé cuándo llegará el próximo. El cuida de mí. Es todo lo que sé y lo único que me importa. Me mantiene. Le cuento esto para que comprenda que es una buena persona.

Cuando llegamos al lugar en donde había muerto Jesse, había una grúa remolcando la Bronco. No había otros coches. Dos jóvenes campesinos estaban mirando.

Helen June se bajó de coche y corrió hacia la grúa.

—¡Esa es mi camioneta! —gritó para que pudieran oírla—.

¿Adónde la llevan?

El hombre la miró.

—Hola, Helen June. Siento lo de Jesse. Pero ha sido culpa suya. Algún día tenía que pasar. La vamos a llevar al garaje del pueblo. ¿De acuerdo?

—¿Cuánto me costará, Jimmy?

—Para ti, cuarenta.

—¿Es un descuento o me cobras más?

—Es un descuento, maldita sea. Siempre cobro sesenta.

—Los tengo aquí, y quiero un recibo. Un segundo.

Volvió al coche.

—Gracias por venir a decírmelo, y gracias por traerme. He hablado demasiado. No sé qué me ha pasado. Jamás hablo con la gente de mis asuntos privados. Y menos con un par de desconocidos. Meyer, usted, me ha cogido desprevenida.

—Siento mucho… haber causado esto.

—Si no hubieran sido ustedes, habrían sido otros u otra cosa. —Torció la boca con una amarga sonrisa—. Era un desastre, pero era el único hombre que tenía.

—Sé que no quiere hablar de su hermano —dijo Meyer—, pero…

—Tiene razón.

—… tal vez quiera ver una foto reciente de él.

Ella nos miró fijamente.

—¿Tiene una?

—La tengo en el motel de Utica —mintió.

—¡Oh!, me gustaría saber cómo es ahora Cody.

—Podríamos ir a buscarla y volver —dijo Meyer.

Ya habían sacado la Bronco del matorral.

—¡Eh, Helen June!

Ella se dio la vuelta y gritó:

—Un minuto, ¿quieren?

Se volvió hacia nosotros.

—Tengo que ocuparme de mi coche. Tengo que averiguar a dónde han llevado a Jesse y avisar a su gente. Tiene parientes en Gloversville. ¿Quieren venir a casa por la tarde? ¿A las cuatro y media?

Cuando dijimos que sí, dio media vuelta y se dirigió a la grúa

con paso desgarbado, como de paloma.

—Será mejor que vaya yo solo —comentó Meyer cuando Helen June subió al camión—. Creo que funcionará mejor.

—Entonces volvamos al motel. —Me dirigí hacia el sur—. Has conseguido más de lo que pensaba.

—Cuando la gente no quiere pensar en algo, habla de otras cosas, a veces demasiado. Una vez, hace mucho tiempo, visité a un amigo en el hospital y me enteré de que aquella misma mañana le habían dicho que no iba a sobrevivir. Charlamos durante dos horas. Estaba raro, ansioso. Me contó los detalles sucios de su matrimonio. Sospeché que nunca había pensado contárselo a nadie. Fue un rato incómodo y desagradable para mí. Luego se puso a llorar y me gritó que me fuera. Volví a verle, pero estaba resentido conmigo porque me había contado cosas demasiado íntimas. Hoy me he aprovechado de cómo se sentía Helen June. Era obvio que no quería pensar en Jesse.

Meyer me dejó en el motel, con algunas revistas y la televisión. Al atardecer salí a caminar, pero todavía hacía mucho calor. Uno se sentía como si no pudiera respirar hondo. Llamé al número privado de Anne, pero no contestó. Miré un rato un mal partido de fútbol. Dormí una siesta. Leí las revistas. Encendí la televisión otra vez. Lawrence Welk había reemplazado al partido. Tenía allí a un grupo de ciudadanos muy viejos que tocaban música de antes con relucientes instrumentos de viento. Sin duda pertenecían a la época de las grandes bandas y se sentían felices de haber encontrado trabajo tocando las mismas cosas de antes.

Meyer volvió a las diez y cuarto. Parecía cansado y viejo. Sabía que me lo contaría todo en cuanto se repusiera, así que no le apremié. El *bourbon* barato tiene un aroma especial propio, y Meyer olía como si hubiera bebido más de un par de copas. Se dio una ducha y se recostó en la cama con los dedos entrelazados detrás de la nuca.

—Creo que hemos tenido un funeral doble, sin cadáveres. Está contenta de que haya muerto, pero no está segura. No podía dejar de mirar la foto de Cody. Ha dicho que se había convertido en un hombre muy guapo, como su padre. Le he dejado la foto. ¿Te

parece bien?

—Por supuesto. Tenemos otras tres. Y de todas maneras, ¿por qué me lo preguntas?

—Cada vez que la llevaba a hablar de la identidad de su intermediario en Eagle Pass, cambiaba de tema.

Así que le he contado algunas historias. Le he contado todo lo de Doris Eagle, Isobelle Garvey y Norma Lawrence. Le he hablado de Larry Joe, de Jerry y de Evan. ¿Sabes, Travis? Cody era su héroe. El hermanito menor corrompido por su madrastra, que había escapado y comenzado una vida de éxito en algún lado, y que de vez en cuando enviaba dinero a su adorada hermana mayor. Se lo imaginaba en una gran casa, con mujer e hijos y dos coches. No podía soportar lo que le estaba diciendo. Cuando por fin he conseguido que creyera que la fotografía que tenía en las manos había sido identificada, sin lugar a dudas, por todos los interesados como Cody T. W. Pittler, ha empezado a decir que Doris Eagle había muerto en un accidente automovilístico auténtico, que Izzy Garvey se había, sí, fugado con Cody, pero después le había abandonado y que más tarde él había volado junto con Norma a bordo de mi barco. Le he preguntado por qué creía que cambiaba tanto de nombre, y me ha dicho que era porque la policía todavía le buscaba por lo que había pasado en Eagle Pass. Le he mostrado los recortes sobre Doris Eagle y los de la muerte de Norma. Le he contado algo de la vida de Norma, qué clase de mujer había sido. Bebía sin parar. Yo también. Hemos llorado juntos. No hacía más que preguntarle por qué quería proteger a un hombre así, aunque fuera su hermano. Ella contestaba que era el único familiar que tenía.

»Al final me ha dicho que cada vez que cambiaba de dirección avisaba a su mejor amiga, una mujer de Eagle Pass, llamada Clara Chappel. Fueron juntas a la escuela. El apellido de soltera de Clara es Pitts. Como se sentaban por orden alfabético, siempre habían estado una al lado de la otra. Salían juntas con chicos, y las dos se emborracharon con tequila y perdieron la virginidad la misma noche. También se casaron el mismo día, ella con Sonny Fox y Clara con Sid Chappel. Clara siempre le decía que hubiera deseado que Cody fuera un poquito mayor, para poder casarse con él. Se mudó siete veces desde que se fue al norte con Sonny Fox, y cada vez que lo hizo telefoneó a Clara. Cody se mantenía en contacto con Clara.

No sabía cómo. Clara nunca se lo dijo. Insistió en que eso probaba que Cody era muy inteligente. Sabía que si su hermana estaba enterada de cómo ponerse en contacto con él, la policía se enteraría tarde o temprano. Y ella nunca hablaría de Clara. Entonces ha parecido darse cuenta de que me estaba diciendo algo que no debía. Ha bebido más, y se me ha hecho bastante difícil entender lo que decía.

»En cierto momento me ha llevado a ese espantoso depósito de porquerías, ha metido la mano en el fondo de una vieja cocina de hierro, ha sacado una lata de caramelos y la ha abierto; con una linterna ha iluminado un rollo de billetes de cien dólares. Jesse nunca supo lo del dinero. De haberlo sabido, lo habría cogido y se habría ido. Me ha contado que eso había llegado a principios del mes pasado, en junio. Siete mil doscientos. Como puedes suponer, Travis, era dinero de Norma. Se lo he dicho. Ella quería que me lo llevara. Yo me he negado. Ha vuelto a ponerlo en la vieja cocina y ha cerrado la puerta de un golpe. Los dos estábamos llorando. Nos hemos apoyado el uno en el otro para volver a la casa. Me ha dicho que le dolía mucho la cabeza por el golpe que le había dado Jesse. Lo considera su último gesto de amor. Ha tropezado en el último escalón y se ha caído pesadamente en el trailer. La he arrastrado hasta la cama y la he metido en ella. He vuelto conduciendo con un ojo cerrado para ver una sola línea central en lugar de dos, un par de faros y no dos. Conducir en ese estado es un acto criminal. Pude haber matado a gente inocente. Ella ha contado todo lo que sabía. Me siento muy triste, sucio y viejo.

—Veré si puedo encontrar a Paul Sigiera.

—Hazlo.

Mantuvo los ojos cerrados mientras yo marcaba.

Su respiración se hizo pesada y empezó a roncar. Al fin conseguí hablar con Sigiera, a pesar de los esfuerzos de sus dos oficiales de guardia.

—Ah, sí —dijo—. El consejero y el profesor. ¿A qué se dedican ahora?

—Cody le manda dinero a su hermana a intervalos irregulares. En efectivo. De cuatro a diez mil, en billetes de cien. Más de una docena de envíos desde que se fue. Se mantiene en contacto a través de una mujer que se llama Clara Chappel. Nombre de soltera, Clara

Pitts. Casada con un tal Sid Chappel. La hermana telefonea a Clara dándole sus cambios de dirección y Clara se los pasa a Cody. ¿Conoce a alguna familia apellidada Chappel?

—No es muy difícil. No hay un sitio en todo el condado de Maverick lo bastante alto desde donde se pueda ver todo lo que pertenece a Sid Chappel.

—Tengo la impresión de que lo primero que hará Helen June Pittler cuando se recupere de la borrachera, será ir a un teléfono y avisarle a Clara que McGee y Meyer saben lo de Cody. Así que he pensado que si usted pudiera ir a ver a Clara primero…

—¿Y la apretara? Está usted bromeando. Tal vez pueda engatusarla y sacarle algo. ¿Cómo está Helen June?

—Viviendo entre basura con un pianista hasta hoy. Él se ha estrellado con su Bronco.

—¿Un accidente?

—Puede llamarlo así.

—¿Por qué demonios Helen June les ha contado todo eso a ustedes?

—El profesor le ha hablado con ternura. Y ella se encontraba en estado de *shock*. Le agradecería que hiciera todo lo que esté en sus manos y me informara.

Le di mi número de teléfono del *Flush*. Dijo que algo intentaría, pero no en aquel momento, no un sábado por la noche. Había demasiados problemas con las clases bajas. Meyer seguía durmiendo cuando colgué. Fui al restaurante y pedí una ración de estofado y un perro caliente. Una chica de piernas largas, de dieciocho años, teñida de rubio y excesivamente maquillada, me miró mientras comía su cucurucho de fresa. Ya no existen las EV. Ahora todo es est (enfermedades sexuales transmisibles). Ahora hay muchas más de las que solía haber en mi juventud, hay mucha más gente que las padece, y algunas de ellas son resistentes a todos los antibióticos. Volvía al motel en la cálida noche, agobiado por tristes pensamientos.



Travis McGee 20

DIECINUEVE

Llegamos finalmente a Lauderdale el domingo por la tarde, después de una serie de malas combinaciones de vuelos. Una vez en el *Flush*, me di una larga ducha caliente y llamé a Annie. Parecía impaciente y cansada. Me contó que había llegado el interventor de Chicago, y que se hablaba de modernizar el sistema de computadoras.

—Prueba mañana —me dijo—. No sé cómo estaré mañana, pero no será peor que hoy. ¿Has tenido suerte con tu investigación?

—¿Investigación? Bonito nombre para una serie de callejones sin salida. Me golpearon en la oreja. Por lo demás, bien. Cuídate. Feliz charla sobre computadoras.

Cuando intenté llamarla el lunes por su línea privada, me contestó una fuerte y solemne voz masculina.

—Eden Beach. Habla Howard Pine.

—¿Podría hablar con Anne Renzetti, por favor?

—Soy el nuevo gerente. Tal vez pueda ayudarle.

—Es personal, gracias.

—Oh. Esta mañana se ha ido a Chicago desde Fort Meyers con el interventor. Estará de vuelta el miércoles. Puede retrasarse hasta el jueves, pero, si quiere, tengo un número al que…

—No, gracias. Volveré a llamar el jueves.

Meyer había ido al muelle

a ver el Rawson de diez metros del que le había hablado. Luego tenía una cita con el agente de seguros. Y después iría a comprarse ropa y a cortarse el pelo.

Di vueltas por el barco buscando pequeñas tareas en las que ocuparme, tratando de no darme cuenta de las grandes que tenía que hacer. Me sentía inquieto. Sabía demasiado de Cody T. W. Pittler y al mismo tiempo no lo suficiente. Deseaba comentar con alguien inteligente todo lo que sabíamos sobre él, y de pronto comprendí que la persona ideal era Laura Honneker.

Once años atrás, después de haber estado ejerciendo como psiquiatra en Fort Lauderdale durante poco más de dos años, un desequilibrado entró en el consultorio de la doctora Honneker y robó una cantidad de fichas de pacientes. A pesar de que en las fichas se refería a ellos mediante claves solamente, había cometido la tontería de dejar el índice en el mismo armario, y el hombre también se lo había llevado.

A los pocos días, sus pacientes comenzaron a quejarse. Estaban muy molestos por las llamadas que recibían del ladrón. Además de las habituales palabras soeces, les susurraba detalles de sus vidas íntimas conocidos nada más que por ellos y la doctora Honneker.

Laura no quería llevar el asunto a la policía. Temía lo que pudiera pasarle al paciente que se había llevado las carpetas si lo apresaban. Un amigo común le habló de mí, y ella me pidió que la fuera a ver. Le expliqué que me ocupaba de tratar de recuperar cosas de valor que no podían ser recobradas de manera normal, y que mis honorarios eran el cincuenta por ciento del valor del objeto perdido. Me dijo que en cierto sentido las carpetas no tenían ningún valor, pero en otros sí, ya que el mal uso que se hiciera de ellas la destruiría profesionalmente en Fort Lauderdale. Quedamos de acuerdo en que mis honorarios dependerían de las dificultades que encontrara.

Laura tenía más o menos mi edad, tal vez dos años menos. Era una mujer alta, de aspecto nórdico, con la tez clara y brillante. Poseía el don de establecer un contacto visual muy directo con la gente a través de sus ojos verdes. Era alta y saludable. Descubrí que corría todas las mañanas en la playa con las primeras luces del día, en la época en que hacer eso no era peligroso.

La llamé, y al día siguiente le llevé su chiflado al consultorio, con fichero y todo. Era un hombre bajito y gordo, que creía que el mundo estaba en contra de él y que su mejor defensa era atacar. Permaneció sentado en un rincón como un niño malo mientras la doctora revisaba cada carpeta para estar segura de que no faltaba nada. Me preguntó si había sido un trabajo muy duro y, después de sonreír al hombre, le dije que no.

Ella le ordenó ir al otro cuarto, y él se levantó y cerró la puerta sin hacer el menor ruido.

—¿Qué honorarios consideraría justos por su trabajo, señor McGee? —me preguntó.

El tono utilizado parecía desafiante, por lo que le contesté que podríamos vemos otro día y negociarlo.

—¿En qué ha pensado?

—Podríamos negociar cenando juntos.

Se lo pensó, sonrió y aceptó. Fijamos la fecha. La recogí en su casa y pasamos una velada agradable. Teníamos muchos gustos comunes. Decidimos que ella pagara la cena y yo el vino. Me di cuenta de que tenía todas sus defensas listas para el caso de que yo pretendiera demasiado. Cuando la dejé en su casa y nos despedimos le dije que la llamaría alguna vez. Dijo que le gustaría. Pero los dos sabíamos que aquello no sucedería.

Unos seis meses después, fui a una gran fiesta en una de las casas caras y grandes de la bahía. No suelo ir a esos sitios. No recuerdo por qué fui, ni tampoco el motivo de la fiesta. Llegué tarde y, entre los invitados, encontré a la doctora Laura Honneker, sumergida en una borrachera solemne y tranquila. Caminaba y hablaba con lentitud y precisión. Me contó que no solía beber, pero que la noche anterior, a las tres de la madrugada, una de las pacientes a la que creía estar ayudando más se había disparado un tiro en la boca, despertando a su marido de la manera más desagradable posible. Por ese motivo había decidido tomar una copa. O dos.

Muy pronto descubrí que Ron Robinette, un hampón que entonces estaba viviendo a bordo de un barco de medio millón de dólares en Bahía Mar, gracias a sus ganancias de origen desconocido, le había echado el ojo. Era fornido y colorado de cara, y el pelo teñido de negro; tenía los dientes blancos, mucho pelo en

el pecho, el cual exhibía, y una sonrisa constante bajo sus pequeños ojos malvados. Se acercó a ella y se las arregló para rodearla con un brazo, como para indicar que era de su propiedad. Vi que murmuraba algo al oído de Laura y que ella sacudía la cabeza negativamente. Me dije que Robinette lograba imponerse en situaciones mucho más difíciles que ésa. Así que me acerqué a ellos y le dije a Laura:

—Es hora de irnos, Laura querida, o llegaremos tarde a cenar.

—¿Cenar? —exclamó.

La cogí del codo. Ella se resistió un instante, pero luego cedió, dócil y vacilante.

—Un momento, McGee —dijo Robinette, cogiéndome por el hombro.

Me volví sacándome su mano de encima.

—No me molestes, Ronnie, porque haré exactamente lo mismo que la última vez.

Iba a oponerse, pero su memoria era demasiado buena. Se encogió de hombros, me echó una mirada malévola y dio media vuelta. Diez segundos después de haberla instalado en el asiento del pasajero de mi vieja camioneta Rolls, se quedó dormida. Quería llevarla a su casa, pero no conseguí despertarla. Busqué en su bolso y encontré las llaves del apartamento, pero no figuraba la dirección. Conocía el edificio, pero no sabía el número. Así que la llevé al *Busted Flush*, la subí a bordo (era un peso considerable), y la acosté en la cama del otro camarote. Estaba tan relajada que me pregunté si no tendría otra cosa además de la borrachera, algún tipo de enfermedad. Le tomé el pulso. Normal. No tenía fiebre. Entonces la dejé allí. Me preparé una cena ligera y leí hasta pasadas las once.

Antes de irme a la cama fui a verla. Se había quitado el vestido y lo había dejado caer al suelo. La tapé con una manta y le dejé una bata y algunas cosas de tocador en una silla junto a la cama.

A media mañana, cuando estaba leyendo la segunda mitad del diario y bebiendo la segunda taza de café, oí el ruido de la ducha. Casi en seguida apareció en bata, con la cabeza envuelta en una toalla blanca.

Dijo que se encontraba muy mal. Puso un gesto de asco ante mi ofrecimiento de huevos, pero aceptó un café solo. Parecía intranquila. Finalmente me preguntó:

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Reponiéndose de una borrachera, creo —le dije, y le conté cómo la había salvado de Ron Robinette y que pensaba llevarla a su casa, pero se había quedado dormida en el coche.

—Robinette. ¿Un tipo grandote con la cara colorada que sonríe siempre?

—El mismo.

—¿Qué tenía de malo que él me llevara a casa?

—Creí que merecía algo mejor, doctora. Después de todo, usted es una vieja conocida y Robinette tiene lo que ustedes llaman satiriasis. A estas horas, ya la habría violado varias veces, consciente o inconsciente, sentada, arrodillada, acostada o de pie sobre una pierna. Hubiera estado una semana caminando de forma extraña. En cambio, yo no la toqué, excepto para llevarla en mi camioneta a su cama.

Noté que se tranquilizaba, que desaparecía la tensión y la desconfianza.

—Oh. Gracias. ¿Quién me quitó el vestido?

—Tuvo que ser usted, porque yo no fui, Laura.

—Ni siquiera me acuerdo de eso. Creo que me salvó de una fea experiencia. Estaba deprimida. Casi nunca bebo, y después de unos martinis, empecé a ver las cosas borrosas —suspiró—. No es justo. Un hombre puede deprimirse y beber más de la cuenta y… no es vulnerable como una mujer.

Cuando se le secó el pelo, se peinó y se vistió, y la lleve a donde había dejado su coche. Antes de bajarse de la camioneta, frunció el ceño y me preguntó:

—McGee, si no me hubiera conocido, ¿me habría librado de ese hombre?

—Lo dudo. No puedo andar corriendo debajo de los árboles para recoger todo lo que se cae de los nidos, doctora. Pero ¿por qué iba a provocar a Robinette por otra persona?

—Pues me alegro de que el pobre señor Finch robara mis fichas y de que usted fuera ayer a la fiesta. De veras. Me alegro mucho. —Se inclinó hacia mí y depositó un beso rápido y tímido en la comisura de mi boca. No era una invitación. Era el beso que da una chica a su tío en Navidad.

Mi honrado comportamiento debió de intrigarla, porque empezó

a aparecer en los lugares adecuados y en los momentos adecuados, con tanta precisión que terminamos envueltos en un *affaire* que duró un mes escaso y que terminó por mutuo acuerdo. Éramos capaces de decirnos lo correcto, hacemos lo correcto, satisfacernos mutuamente, pero faltaba algo. Éramos amigos que hacían el amor, no *amantes* que hacían el amor. Los cuerpos funcionaban, pero los corazones nunca palpitaban de pasión. Aquello tenía un ligero sabor mecánico. Y también yo tenía la impresión de que ella lo contemplaba todo desde fuera con ojo profesional, una vigilancia que garantiza el enfriamiento de cualquier emoción.

Así que, ahora que necesitaba consejo, la llamé al consultorio. La mujer que me contestó me dijo que la doctora estaba con un paciente, pero que si era una urgencia la podía interrumpir. Le contesté que no, y dejé mi nombre y teléfono.

Laura me llamó veinte minutos después.

—¡Travis! Qué alegría oír tu voz.

—Estaba tratando de recordar la última vez que te vi. Creo que fue hace cuatro años.

—Casi cinco. Nos encontramos en Sears, sección artículos del hogar.

—¿Ya han pasado cinco años? ¿Y cómo estás?

—Sesenta kilos y manteniéndome.

—¿Te has casado?

—Casi, pero en el último momento me eché atrás, casi cuando me estaba poniendo el anillo. Me he vuelto cobarde. Sé que tú lo eres.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Digamos que tu círculo social y mi círculo profesional a veces coinciden aquí y allá. A veces me hablan de ti.

—¿Favorablemente?

—A veces sí.

—Te he llamado porque necesito de tu cerebro profesional. Quiero contarte algo de alguien y que tú me digas lo que pienses de ello. Pago la cena y el vino.

Dijo que estaba libre esa noche, pero que tenía que poner al día unas anotaciones y había planeado quedarse en el consultorio un par de horas después del último paciente, así que sería mejor que nos encontráramos en el restaurante. Eligió uno de los nuevos,

francés. Esos sitios están surgiendo por toda Florida como hongos después de la lluvia. Pueden ser espantosos o magníficos. El mejor que conozco de Florida a Nueva Orleans está en un centro comercial que se llama Sarasota Square, lejos del centro, en una zona tranquila junto a un supermercado. Se llama Café La Chaumière, y el propietario y gerente es un tal Alain, que era el chef del Rive Gauche en Washington. Laura dijo que haría las reservas.

Cuando llegué, a las ocho, y dije que cenaría con la doctora Honneker, se deshicieron en sonrisas. ¿Quería sentarme a la mesa? No, gracias, prefería esperar en el pequeño bar del rincón. Laura entró luciendo un muy elegante conjunto adecuado para el consultorio o para cenar en un restaurante francés. Estaba un poco más gruesa de caderas y cintura, y noté algunas arrugas horizontales en el cuello y otras verticales en las comisuras de su boca. Pero seguía siendo una hermosa mujer de ojos verdes.

Llevé mi vaso a la mesa y encargamos algo de beber para ella. Me contó que su trabajo iba muy bien, que se dedicaba al grupo de consumidores de cocaína: jóvenes abogados, médicos, contratistas, comerciantes, dentistas, políticos.

—Por supuesto que me llegan cuando por fin admiten que están metidos en un serio problema. Y para entonces ya están muy habituados. ¿La has probado alguna vez?

—La he probado dos veces y no me gustó ninguna de las dos. Por supuesto que la sensación de confianza y bienestar es maravillosa, pero cuando desaparece, es difícil recordar exactamente cómo era. Sólo recuerdas que te sentías muy bien y que ahora no.

—Mi reacción es la misma. Pero de algo estoy segura: cuando un paciente tiene una recaída y vuelve a mí seis meses después, siempre hay una notoria disminución de la inteligencia y la atención. Estoy realizando *tests* de inteligencia a todos mis pacientes cocainómanos. Si puedo acumular suficientes datos, trataré de escribir un artículo sobre eso.

Mientras cenábamos, me preguntó qué era lo que quería pedirle. Yo había hecho algunos ensayos mentales sobre el modo de plantearle el caso.

—Tu paciente hipotético, Laura, tiene cuarenta y dos años.

Cuando tenía trece, su madre murió de repente. Tenía una hermana cinco años mayor que él. Cuando cumplió los quince, su padre se casó con una mujer de veinticinco que trabajaba en su oficina. Era muy sensual, un caso crónico de ninfómana. El padre fue ascendido en su trabajo y el nuevo puesto le obligaba a estar fuera tres o cuatro días a la semana. Cuando tenía diecisiete, después de que su hermana se casara y se fuera, el paciente fue seducido por su madrastra e iniciaron una relación que duró unos tres años. Digamos dos años, más los períodos de vacaciones cuando él volvía de la universidad, cuando tenía veinte años.

—Es una forma bastante común de incesto, Travis, y…

—Esto es sólo la primera parte. Después de su primer año de universidad, el muchacho volvió a su casa y reanudaron las relaciones. Una noche, su padre volvió a casa inesperadamente y les oyó. Entonces sacó su arma, entró y mató a la madrastra de un tiro en la nuca. Como podrás suponer, la mujer estaba arriba, con los pies hacia la puerta. El muchacho salió de debajo de ella y no sabemos qué pasó después. Hay pruebas de que lucharon. Quizá el padre trató de matar al muchacho, o quizá intentó suicidarse. Lucharon por el arma y el padre resultó herido. Murió poco después de que le encontraran. Un vecino oyó los dos disparos y vio huir al muchacho en el coche del padre. El coche fue hallado semanas después en el fondo de un desfiladero. No había nadie dentro, ni cerca de allí.

Laura dejó caer la cuchara dentro del tazón de sopa y me miró fijamente.

—¡Dios mío! ¿Cómo era la relación del muchacho con su padre?

—Quería y respetaba al viejo.

—Peor que peor. ¿Qué clase de muchacho era?

—Común. Atlético. No muy buen estudiante. Creo que le interesaba el teatro. Estaba en el club de teatro. Bastante apuesto. Con hombros y manos grandes.

—¿Estás seguro de que está vivo?

—Casi.

—¿Su hermana vive?

—Sí. Él le envía dinero en efectivo, en secreto. Tiene un modo de saber dónde está ella. Le ha mandado más de cien mil dólares en los últimos quince años.

—¿Ella le perdona su comportamiento?

—Dice que todo fue culpa de la madrastra.

—¿Todavía es un fugitivo?

—Técnicamente, sí. En realidad, ya nadie le busca por aquello.

—¿Pero le buscan por algo más?

—Prefiero no decírtelo todavía. ¿Qué le puede hacer a una persona una historia así?

—No…, no creo que nadie tenga la capacidad suficiente para salir indemne de algo así. Si quería a su padre, entonces odiaba a su madrastra. El hecho de traicionar a su padre cada vez que tenían oportunidad, no es algo a lo que pudiera acostumbrarse. Debe de haber ido acumulando culpa sobre culpa. Se despreciaría por no ser capaz de detenerse. Debía de sentirse débil y despreciable.

—¿Cómo habría terminado si el padre no les hubiera descubierto?

—No lo sé. Puedo tratar de adivinar. La madrastra se excitaba con el riesgo, con la «maldad» de lo que hacían. Estaba caminando sobre una peligrosa cuerda floja y lo sabía. Una alternativa podría ser que el muchacho la matara, que la estrangulara o la golpeara hasta matarla. Esa sería una manera comprensible de buscar castigo para sus pecados. Eso daría a la sociedad la excusa para meterle en la cárcel para siempre, para alejarle del contacto con personas. Una reacción menos dramática y más plausible sería que el muchacho huyera, dejándolo todo detrás. Matarse sería una forma de huir. Matar a la mujer y luego suicidarse debió de ocurrírsele como una manera de expiar las culpas y castigar a los dos culpables. El sentimiento de culpa es algo poderoso y terrorífico, Travis. Puede haber desaparecido, convertido en un trabajador migratorio, errante, un futuro mendigo durmiendo en el banco de un parque. Pero ocurre que todo se resolvió de una manera violenta y brutal, antes de que pudiera planear nada… No, no puedo predecir su reacción. Tengo la sensación de que puede haberse convertido en una personalidad terriblemente peligrosa, un hombre muerto por dentro. Es probable que quiera vengarse de su sexualidad por ser el agente que causó el problema.

—¿Cómo lo haría?

—La automutilación sería algo comprensible. O la privación total.

—¿Cómo reaccionaría ante las mujeres?

—¡Dios! Eso sería como un balde lleno de gusanos. Supongo que querría castigarlas por ser el símbolo de la que le sedujo. ¿Adónde quieres llegar?

—¿Sería posible que se dedicara a cazar a una mujer tras otra? Mujeres jóvenes, atractivas, a quienes sedujera con un comportamiento sumamente erótico, simulando amarlas e incluso casándose con ellas, y luego matándolas…

Por un instante la doctora frunció el ceño. Luego se relajó y abrió los ojos.

—Serían actos rituales. Estaría castigándolas por su sexualidad y castigándose a sí mismo al privarse del objeto de su pasión. Es muy complicado, Travis, pero me parece posible. Sí. Seguramente desarrollaría un atractivo muy especial para con las mujeres; quiero decir, siempre diciendo y haciendo lo que ellas esperasen que hiciera. Tendría que ir cambiando de identidad, ¿no es así?

—Conozco su nombre original y tres más, y sé de tres mujeres muertas.

Estábamos sentados uno al lado del otro en un banco. Su mano se clavó tan violentamente en mi pierna derecha que pude sentir sus uñas a través de la tela de los pantalones.

—¡Dios mío, Cuéntamelo todo! ¡Cuéntame todo lo que sepas de él!

Tardé bastante. Ella me hizo preguntas. De pronto nos dimos cuenta de que la factura estaba sobre la mesa hacía rato y de que los camareros daban vueltas a una distancia prudente, tosiendo. El restaurante estaba completamente vacío excepto por nosotros. Para disculparme, dejé una generosa propina. Laura me siguió en su coche hasta el *Flush*, para poder seguir hablando allí.

Nos sentamos en el salón con unas cervezas frías en la mano, y dije:

—Tal vez Meyer y yo no le encontremos nunca. Pero supongamos que sí. Supón que le encontramos y decidimos hacerle frente. Nos reconocerá. ¿Cómo reaccionará entonces?

Laura estuvo pensando un largo rato.

—Es seguro que hace años que se pregunta cómo reaccionará cuando eso suceda, si alguien logra desenmascararle. Dices que es simpático y lógico; yo creo que te hará un relato completamente

inventado de lo ocurrido. Hará que parezca real. Ha dependido de su encanto durante mucho tiempo. Te sugiero que finjáis creerle.

—¿Por qué?

—Es un asesino, Travis. Ha desarrollado su capacidad de violencia. No dudará un instante. Si simulas creer su historia, tendrás que llevarle a algún lugar donde no pueda hacerte daño ni escaparse. Entonces, sólo entonces, empiezas a nombrar a las muertas como accidentalmente. Sin acusarle. Afablemente. Casi riéndote de él. Doris Eagle. Isobelle Garvey.

Él no sabrá cuánto sabes y de pronto creerá que lo has averiguado todo. Te convertirás en el Dios-padre que viene a castigarle, y seguramente se derrumbará por completo, sin posibilidades de que pueda volver a reunir los pedazos. Yo misma he derrumbado pacientes de esta manera, para poder reconstruirlos en un modelo mejor, con su ayuda. Cuanto más divertido pareces ante sus mentiras, más disparatadas se vuelven éstas. Y al final se derrumban.

—¿Y si no hace más que negar? Tal vez no me he explicado bien. Es un hombre *muy* normal, encantador. Si se mantiene entero, no habrá jurado que le condene.

—Si lo niega, deberás tocar con mucho cuidado el tema de Coralita.

—¿Con mucho cuidado?

—Existe un fenómeno llamado negación. Es probable que se haya convencido a sí mismo de que aquello nunca sucedió. La confrontación no haría más que reforzar la negación. Tendrías que preguntarle algunos detalles, por ejemplo: ¿De qué color eran los ojos de Coralita? ¿Puedes imaginarte el infierno que habrá sido el interior de ese muchacho cuando su padre estaba en casa? Sentarse a comer con su padre y Coralita. Tratar de no mirar los pechos de Coralita por temor a que su padre adivinara lo que pasaba entre ellos. Estar en la cama y oír a su padre en otro dormitorio, tal vez en la misma cama en la que él había tenido relaciones con Coralita. Debió de ser algo terrible. Y luego que todo terminara con la muerte de los dos… —Sacudió la cabeza—. Sería demasiada carga para su conciencia, algo demasiado vivido. Por eso es probable que haya bloqueado su memoria. Ten mucho cuidado con él si le encuentras. No le des ninguna oportunidad. La gente que está loca (qué palabra

tan poco profesional) tiene una enorme rapidez y fuerza. Vemos muchos casos así en los manicomios. A veces se necesitan cuatro o cinco enfermeros jóvenes y robustos para dominar a un hombre frágil que ha decidido no tomar su medicación.

Después de que agotamos el tema de Cody T. W. Pittler, Laura inclinó la cabeza a un lado y me miró.

—Me parece que hay otra cosa que te inquieta.

—No sabía que se notaba.

—He aprendido a ser observadora, y recuerda que te conozco bastante bien.

—Lo recuerdo. Bueno, tengo dificultades con mi mujer, para decirlo de una manera machista.

—¿La bella ejecutiva de hotel?

—¿Cómo sabes lo de *ella*?

—Alguien definió una vez el chisme con mucha propiedad: especulación emocional. Yo *estoy* interesada en ti y en tu vida.

—Pues la ascienden, la envían a Hawai. Punto final de lo que fuera que había entre los dos.

—¿Un… arreglo?

—Creo que ésa es una palabra bastante correcta. Ninguno se aprovecha del otro. La cosa parecía funcionar bien para ambos.

—¿Crees que eso debería ser más importante para ella que su progreso profesional?

—No sé qué pensar. Lo único que sé es que me siento deprimido.

—¿Estás enamorado?

—¿Qué quieres que te diga? Me siento muy bien con ella. Me gusta mirarla. Me gusta escucharla cuando habla. Tenemos muchos estúpidos juegos particulares. Cuando estoy lejos de ella la encuentro a faltar.

—¿Y qué siente ella con respecto a ti?

—Más o menos lo mismo. Pero dice que lo nuestro nunca ha sido suficiente, que nunca ha podido dejarse ir por completo conmigo, porque yo guardo cierta distancia. Tal vez lo hago. Si es así, debe de ser un fallo de mi carácter. Dice que lo nuestro fue un asunto sin complicaciones ni obligaciones, y que no es una preocupación seria para ninguno de los dos. Al principio pensó que

iba a ser algo excepcional, porque cada vez que estábamos juntos nos adentrábamos más y más el uno en el otro. Pero de pronto todo se detuvo. Si fui yo, no lo hice a propósito. Esa acusación me hace sentir… un poco desconcertado.

—¿Ella desea realmente ese trabajo?

—Es lo que más ha deseado en su vida.

—¿Por qué no vas con ella?

—Pertenezco a este maldito lugar.

—¿Todas tus anclas están sujetas y los cabos enrollados?

—Creo que sí.

—¿Quieres casarte con ella?

—No quiero casarme con nadie.

Sonrió, se acercó y me cogió una mano entre las suyas.

—Eh, ¿recuerdas hace once años?

—Por supuesto.

—Tuvimos el mismo problema en un grado diferente, querido. Yo quería enamorarme de ti. Pensaba que me haría bien. Y resultó que podíamos amarnos físicamente, pero no enamorarnos. Sentíamos una fuerte atracción, pero no amor. Y eso nunca es suficiente. A pesar de ser impúdicos a veces éramos, de alguna manera, hermano y hermana. Por eso terminamos. Sin rencor. Confieso que cuando aquello acabó sentí alivio. Podía dejar de simular que estaba enamorada. ¿No tuviste una sensación de alivio cuando ella decidió terminar? ¿Estás ocultando esa sensación como si fuera un sentimiento despreciable? ¿Te avergüenzas de ti mismo y por eso te sientes deprimido?

—Doctora, es usted demasiado inteligente.

—Conténtate con saber que tú y ella lo pasasteis muy, muy bien. Eso es todo. Y alégrate por ella si va a conseguir lo que quiere. Y por Dios, no trates de castigarla cuando se vaya, como un niño al que le quitan todos los caramelos.

—¿Soy así?

—¡Pobre tonto, *todo* el mundo es así!

Nos besamos. Luego la acompañé hasta la puerta de su coche, y le di una palmada en el trasero.

Cuando cerré la puerta, abrió la ventanilla y me susurró:

—No quiero hacerte enfadar…

—Entonces no lo hagas.

—Por favor, Travis. No pongas obstáculos. Lo que te quiero decir, y creo que te hará comprender mejor la situación, es que tal vez tu amiga hotelera tiene una madureza mayor que la tuya.

—Muchas gracias.

—No necesita ser un insulto, si no lo tomas como tal. Has estado viviendo tu vida a tu manera. No necesitas hacer más concesiones. Siempre hay amigos divertidos, fiestas, chicas en la playa y el dragón al que perseguir. No pretendo saber todas las circunstancias que te formaron. Supongo que en algún momento de tus años de adolescencia hubo un incidente que te creó una reacción adversa hacia la estabilidad. Ningún ser humano decide de manera absoluta ser lo que es. *Somos* lo que somos por el ambiente que nos rodea, la herencia cultural, y el desarrollo de nuestra mente y nuestras emociones. ¿Te avergüenzas de lo qué eres?

—No, pero…

—Esa, querido, tiene que ser la respuesta de todos: No, pero… Déjame terminar tu frase: «No, pero desearía ser una persona mejor».

—¿Tú también?

Apoyó su mano en la mía.

—Yo también tengo tu enfermedad, Travis. Por eso me dio miedo casarme. No creo poder hacer bien ese papel. Sé que no podría. Pero a veces me siento *muy* sola. —Apretó mi mano.

—Y dicen que eso se puede volver peor.

—Lo sé.

—Entonces, querida doctora Laura, después de que mi pájaro haya volado, tal vez usted desee ofrecerme algún consuelo y aceptar algo de mi parte.

—Creo que me gustaría mucho. No tiene por qué ser cuestión de retrasar el reloj. Todos necesitamos a alguien a quien cogernos en la larga noche oscura, alguien cálido, alguien que respire acompasadamente junto a nuestro cuerpo. Alguien a quien le importemos un poquito. Aunque sea muy poquito.

Metí torpemente la cabeza por la ventanilla y la besé en la boca. Al enderezarme, me golpeé con la parte superior de la puerta del coche. Laura se echó a reír. Le dije que los médicos deberían ser más comprensivos y volvió a reírse mientras daba marcha atrás y se iba.

Meyer llegó a la una y cuarto, cuando estaba a punto de irme a la cama.

—¿Quién tiene abierto hasta tan tarde? —le pregunté—. ¿La peluquería o la tienda de ropa?

—¿Se suponía que tenía que dar un parte?

—No te pongas así. Pensé que estarías aquí mientras iba a cenar, para contestar cualquier llamada de Sigiera.

—He vuelto y he dejado la ropa que he comprado. Luego he ido a ver ese *Rawson*. La vieja me ha invitado a cenar, y hemos estado hablando. Se llama Margaret Howey y es una mujer en serio.

—¿Lo vas a comprar?

—¿Qué? ¿El barco? Sí, por supuesto. Es una buena compra, y tiene más espacio que el *Keynes*. El seguro cubrirá la mayor parte.

—¿Qué nombre le vas a poner?

—Los tiempos han cambiado. La sensibilidad también. Y además, un barco tiene que encajar con su nombre. Primero he pensado en ponerle *Adam Smith*. Pero con Margaret hemos decidido que *Thorstein Veblen* estará bien.

—¿Quién?

—Veblen murió en 1929, a la edad de setenta y dos años. Era un gran economista, pero algunas de sus teorías económicas quedaron empañadas por sus teorías sociológicas. Su libro *La Teoría de la Clase Ociosa*, con sus ideas acerca del consumo de bienes ostentosos, estuvo de moda durante un tiempo. Yo nunca fui partidario de Veblen, pero Margaret piensa que es un buen nombre para un barco.

—Y lo que diga Margaret…

—El nombre no tendrá ningún sentido para nadie que se haya graduado en los últimos veinte años. Eso es lo bueno.

—¿Cómo piensas abreviarlo?

—¿Abreviarlo? *Thorstein Veblen* es bastante corto.

—Cuando está de ese humor, no hay manera de mantener una conversación coherente. Me dijo que Margaret se iría al norte al cabo de dos semanas, y que podría tomar posesión del barco el 16 de agosto. Ese mismo día lo trasladaría al fondeadero donde había estado siempre el *John Maynard Keynes*.



Travis McGee 20

VEINTE

El martes, 3 de agosto, fue uno de esos raros días de la costa atlántica en los que no había nada de viento. Cuanto pedazo de tela había en los barcos anclados en Bahía Mar colgaba sin vida. El interminable tráfico del mediodía zumbaba junto al desembarcadero y el motel, bajo el puente peatonal que iba a la playa, dejando un opresivo hedor químico en el aire.

Una película aceitosa cubría el agua junto a la orilla. Los compresores resoplaban, enfriando el aire viciado de los camarotes. Chicas bronceadas estaban tendidas con aire atontado en las cubiertas, con los cuerpos brillantes de transpiración. Un gato dormía a la sombra de un toldo a bordo de una lancha cercana, tumbado de espaldas con las cuatro patas al aire.

Sigiera telefoneó a la una y cuarto.

—¿McGee? Habla su inteligente oficial de policía de Texas.

—Me alegra tener noticias suyas.

—Lo suponía. No me encargué de este asunto en seguida. Lo que hice fue tratar de estudiarlo desde todos los ángulos. Traté de reunir todo lo que había oído sobre la familia Chappel, y no me centré en la señora hasta no tener una visión amplia para moverme. He aquí lo que averigüé. Un grupo de buenos muchachos intentará poner a Sid Chappel en la legislatura del estado a la primera oportunidad. Él lo está deseando. Le ha dado por estrechar la mano a gente que ni

conoce, que se encuentra por la calle.

»Así que esta mañana me he dado una vuelta por ahí a eso de las diez. La señora Clara estaba en la piscina, así que la doncella me ha llevado hasta allí. Le diré que es difícil pensar que esa mujer tiene cuarenta y siete años. Es una bonita dama, parece una colegiala. Acabo de volver de allí.

—¿Y?

—No trate de atosigarme. En algunos casos, es mejor dar algunos rodeos hasta que ellos hacen las preguntas. Y lo ha hecho. Ha dicho que le encantaría saber a qué había ido a verla. Y ahí es cuando se lo he soltado, como si odiara tener que decirlo. Le he confesado que había ido a hacerle un favor. Le he dicho que algunos enemigos políticos de su marido me estaban haciendo revisar la ficha de Cody Pittler, porque buscaban algo para usar en su contra cuando presentara la candidatura. Me ha preguntado qué tenía eso que ver con ella. Me ha dicho que tendría que dirigirme directamente a su marido. Le he contestado que había ido a verla a ella porque era la que se mantenía en contacto con Cody, para hacerle un favor a Helen June. Le digo, McGee, que ha salido de la piscina como si fuera un delfín. En cuestión de segundos estaba delante de mí, chorreando agua. Me ha preguntado de dónde había sacado una estupidez como ésa, y le he dicho que Helen June solía hablar demasiado cuando bebía de más. Entonces ha empezado a maldecir a Helen June, utilizando unas palabras que jamás había creído que una dama como ella pudiera conocer. Sabía muchísimas, y también cómo hilvanarlas.

—¿Y entonces?

—Entonces le he preguntado si últimamente había tenido noticias de Helen June y me ha contestado que había recibido una llamada la tarde anterior, que había anotado lo que le había dicho Helen June, y que pensaba hacer ochenta kilómetros hasta Del Río, como solía hacer cada vez que tenía mensajes para él, y enviarlo desde allí. Así que le he dicho que lo que podía hacer era dármelo a mí sin chistar, y que si alguna vez salía a la luz el asunto, yo podría jurar que ella se había dedicado a interceptar mensajes para dármelos a mí, y que eso llegaría a quien quiera que quisiera perjudicar a Sid. Y si no quería hacerlo (me toqué el bolsillo), no tendría más remedio que presentar la orden de allanamiento

(inexistente) para registrar la casa. Entonces ha empezado a insultarme con algunos de los vocablos que había utilizado para Helen June, y estaba tan guapa que me sentía dispuesto a olvidar los diecisiete años que me lleva y llevarla a una de esas tumbonas que tienen allí. Ella se ha dado cuenta de lo que estaba pasando por mi mente, y le ha gustado excitarme de ese modo. Así que muy pronto los dos hemos empezado a reírnos. Ha ido a buscar la carta y la tengo aquí. La nota de dentro está escrita a máquina. No dice querido ni nada, y no lleva firma al final. Se la voy a leer.

—Me gustaría.

—«Dos hombres aparecieron aquí con una foto tuya reciente, diciendo que has estado matando a mujeres por su dinero y usando nombres falsos. Uno era un profesor que se llama Meyer y es muy simpático. Dice que mataste a su sobrina Norma, junto con otras dos personas, haciendo estallar su barco. Dijo que mataste también a una tal Doris y a una Isobelle y tal vez más. Me han convencido de que lo hiciste. Eso me hace sentir muy mal. Si estás haciendo cosas como ésas, cosas terribles, la policía tiene que enterarse. El otro hombre es mucho más alto y a veces tiene un aire malvado. Sabe pelear. Ten cuidado. Traté de no decirles nada. Consiguieron mi dirección a través de Boomer. Creo que le recordarás».

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Entonces le he preguntado si ésas eran las palabras exactas que le había dictado Helen June, y me ha dicho que no. Que había tomado notas y después lo había escrito de una manera mejor. Que Helen June había maldecido bastante. Supongo que le interesará conocer la dirección a la que lo pensaba enviar.

—Sí, así es.

—Señor Roberto Hoffman, Apartado Postal 710, Cancún, Quintana Roo, México. ¿Ha tomado nota?

—Ya está —dije, y se lo leí.

—¿Qué harán ahora?

—Iremos allí y le mostraremos la foto.

—Bueno, ¿lo he hecho bien?

—Casi perfecto.

—Espero que sepan que están tras los pasos de un chiflado, de un loco.

—Lo sabemos. Tendremos mucho cuidado.

—Déjeme decirle algo sobre el viejo México. Si el tipo ha estado allí mucho tiempo, con dinero para gastar, entonces debe de tener buenos contactos mejicanos. Si tratan de echarle encima la policía local, serán ustedes los que terminarán detrás de los barrotes.

—¿Qué le impide a ella volver a escribir la nota y mandarla?

—Hemos llegado a un acuerdo. Le he dicho que si hacía eso, iría a decirle a Sid que había estado escribiendo cartas a sus espaldas a un tipo al que todavía buscan por matar a su propio padre. En eso me he arriesgado. Tal vez ella se lo había dicho a Sid. Pero no era así, y se ha asustado mucho. Parece que él le pega. Además, se sentía traicionada por Helen June. Habían jurado que nunca se lo dirían a nadie. Parecía estar dispuesta a matar a Helen. Además, hay otra cosa.

—¿Qué?

—Para ella ha sido como volver atrás, a la época en que Cody tenía quince años y ella veinte, y deseaba que fuese mayor para casarse con él, a cuando ella y Helen June eran verdaderas amigas. Se había creído la historia de que Bryce Pittler había tratado de matarse y que al final el arma se había disparado al luchar con Cody. Creía que todo el problema era a causa del matrimonio de Bryce con esa asquerosa italiana. Todo lo que hacía ella era enviar las direcciones y, de vez en cuando, una nota diciendo que Helen June y ella esperaban que estuviera bien. Cody la llamó un par de veces, para asegurarse de que no le había dado su dirección a Helen June. Pero ahora se ha enterado de la verdad, de que tal vez Cody ha estado matando a gente, Clarita no quiere estar mezclada en asesinatos. Eso puede causar problemas a su marido, y no quiere arruinar su vida. Y Helen June se había puesto medio histérica por teléfono. Allí se acabó la diversión. Yo lo he hecho bien, de acuerdo, pero ustedes dos aún lo han hecho mejor. Cody mantenía sus dos vidas unidas a través de un hilo muy fino, McGee, y fue necesario trabajar duro y tener mucha suerte para descubrirlo.

—Gracias.

—Hay una ficha de antecedentes a nombre de Cody. Así que le ruego que me avise de cualquier cosa que ocurra.

—¿No podría conseguir que le destinaran allí para poder ir con nosotros?

—¡Debe de haber perdido la razón! Con el presupuesto que

tenemos, ya nos han quitado a tres agentes aquí, y podrían ser más. Los mejicanos se quedan en su lado del río y nosotros en el nuestro. A veces traen a alguien a la mitad del puente y nosotros hacemos lo mismo por ellos. Pero eso no ocurre muy a menudo. Cuando esté por allá, camine con cuidado. Consígase un guía local y páguele bien.

Meyer volvió a las dos y le conté mi conversación con Paul Sigiera. Me escuchó en silencio, dando su opinión cuando hube terminado.

—Hay algo que sabemos al menos —dijo—. No podía ser Roberto Hoffman en Cancún si cuando conoció a Norma allí se hacía llamar Evan Lawrence. Por ese lugar pasarán miles de turistas norteamericanos, pero los que residen allí tienen que conocerse entre ellos y ser conocidos por los restantes mejicanos. Así que empezaremos con el amigo de Evan Lawrence, Willy, el que vende apartamentos por temporadas. A lo mejor este Willy conoce a algún lugareño que nos pueda ayudar.

He hablado con Fran, de Viajes Triple A y me ha explicado que la manera más rápida de llegar allí es tomar un avión de Mexicana desde Miami. Creo que sale a las cuatro y media. Podemos conseguir las tarjetas de turista en el mostrador del aeropuerto. Mexicana y Aero México siempre dicen que sus vuelos están llenos, pero, por lo general, viajan con asientos vacíos excepto en Navidad, y además está la lista de espera. Fran dice que hace mucho calor allí. Mucho, mucho. Podemos alquilar un coche desde el aeropuerto de Miami, pero parece que ese sistema casi nunca funciona. En esta época del año no habrá problemas con el hotel. ¿Cuándo quieres salir?

—Ahora mismo —contestó Meyer.

No pudimos salir hasta el día siguiente. El viento caliente y la lluvia nos acompañaron hasta el aeropuerto, en donde dejamos aparcado el coche.

El severo joven del mostrador de las líneas aéreas cogió el efectivo de Meyer por dos pasajes ida y vuelta. Pero mis protestas no surtieron efecto: no se podía reservar la vuelta. Estábamos en lista en espera para el vuelo a Cancún. Tomamos un autobús que

nos llevó a un nuevo edificio de la terminal, donde nos sentamos en unas sillas de plástico y rellenamos los permisos de turista. Tratábamos de parecer turistas. Llevábamos camisas de colores vistosos, pantalones de algodón, sandalias, grandes sombreros de vaquero que habíamos comprado en Texas, y grandes bolsos. Meyer llevaba una buena cantidad de dinero atada a la cintura, bajo la camisa. El dinero, decía, siempre resuelve los imprevistos. No comprará la felicidad, pero puede alquilar una parte importante de ella.

Era un vuelo de clase única en un 727, sin espacio suficiente para mis rodillas. El vuelo duró dos horas y pico. Había una hora de diferencia, así que no eran más que las cinco y cuarto cuando iniciamos el descenso hacia el aeropuerto de Cancún. El piloto dio una vuelta sobre la península. Fue una visión espectacular, con nubes de tormenta sobre el mar y una larga franja de sol dorado iluminando los altos hoteles a lo largo de la playa.

Meyer, concienzudo como siempre, se las había arreglado para leer algo sobre el lugar y me lo explicó por el camino.

—Es una rareza —me contó—. Una comunidad totalmente artificial, sin historia, sin tradiciones. Hace menos de diez años, había unas treinta y cinco personas viviendo en el pueblo de Cancún. Eran varias islas estrechas que se extendían hasta el Golfo. Como México necesitaba dólares, tomaron fotografías aéreas de la costa y decidieron que sería un buen lugar de vacaciones. Ahora hay más de cincuenta mil residentes permanentes. Concedieron créditos a bajo interés a la gente que quería construir hoteles. Unieron las islas con un camino y puentes, construyeron un aeropuerto y una carretera que va por la costa hasta Chetumal, la capital de Quintana Roo, y los dólares comenzaron a fluir. Por supuesto que han tenido problemas: empleados para los hoteles, transporte y producción de alimentos. Ahora están consiguiendo pequeños cruceros, yates y autobuses para excursiones. Se ha convertido en el lugar preferido de los mejicanos y los norteamericanos de clase media. Últimamente se han construido muchos bloques de viviendas cerca de los hoteles.

Contemplé el rostro de Meyer. Él tenía el asiento de la ventanilla, y estaba mirando hacia adelante, inexpresivo. Se dio cuenta de que le miraba y se volvió hacia mí.

—¿Qué estamos haciendo, Travis? ¿Qué demonios estamos tratando de hacer?

—Estamos tratando de encontrar al hombre que mató a Norma. Y es probable que lo logremos.

—Y luego ¿qué?

—No hay libros que digan lo que hay que hacer. No hay instrucciones. Él es un cazador. Yo, también. Podemos bucear un poco en los arrecifes, tal vez pescar un poco, digamos un día, e ir al hotel. Tal vez sea suficiente para enterarnos de dónde está.

De pronto, sus pequeños ojos azules adoptaron una inesperada dureza.

—Debes de estar bromeando, amigo mío. Le debemos algo a ese tipo, en nombre de sus futuras víctimas, sean dos, cuatro o veinte. Le encontraremos. Encontraremos la manera de… —vaciló—. Sólo se me ocurre una frase que oí por la televisión. Una manera de que deje de hacer daño.

El avión hizo chirriar las ruedas sobre la pista, se acercó a la pequeña y moderna terminal, y bajamos las escaleras para salir al caluroso crepúsculo. A lo lejos se oían truenos y se olía a fritos.

Formamos una fila delante de unos altos mostradores donde los oficiales de inmigración revisaron nuestros pasaportes, los sellaron y nos los devolvieron. Había una brillante fluorescencia en el edificio, y grandes relojes que no funcionaban. Los pasajeros se detuvieron al lado de la banda transportadora, esperando el equipaje. Dos guías estaban reuniendo a sus clientes en grupitos, explicándoles a gritos qué autobús tenían que coger.

—Ahora iremos al hotel Presidente. Repitan todos juntos. ¡Presidente!

—¡Presidente! —gritaron al unísono.

—¡Bien! Allí es adonde van. ¡Autobús número setenta y uno!

Había un guardia al lado de las puertas de vidrio. Nadie salía por la puerta principal del edificio. Caminé sonriendo hacia él, con Meyer detrás. Le saludé y empujé la puerta; el guardia vaciló y se hizo a un lado. Podríamos haber pasado cualquier cosa a México.

Llegamos a la zona de alquiler de coches. Algunas de las oficinas estaban cerradas. Hertz, Avis, Dollar y Budget estaban abiertas. Alquilamos un Plymouth en Budget. Tenía cincuenta y dos mil kilómetros y lo habían pintado de un extraño color rosa. El aire

acondicionado no nos permitía hablar. Cada vez que teníamos que decirnos algo, lo apagábamos.

Había unos veintisiete kilómetros hasta Cancún. Tuvimos que doblar a la derecha, antes de llegar al centro de la ciudad. Giramos, como nos habían indicado, en el garaje Volkswagen, y nos dirigimos a la zona de los hoteles. Era una noche cálida y oscura y estaba empezando a llover. Los hoteles estaban iluminados como pasteles de cumpleaños. Entré en el Bojorquez y después en el Carrousel, haciendo señas con la mano para que los botones que salían corriendo en medio de la lluvia fueran a coger nuestro equipaje.

El Dos Playas me pareció adecuado. Ni muy elegante ni muy mísero. Por ochenta dólares la noche, tarifa de verano, más impuestos (unos doscientos pesos), conseguimos una pequeña *suite* en el cuarto piso, con cocina. Si ponías la mejilla junto a la ventana, podías ver el Caribe. Si abrías la puerta corredera de vidrio y salías al diminuto balcón, podías ver mucho más, y también la esquina de la piscina y unas pistas de tenis iluminadas y vacías, y las luces reflejadas en los charcos de la lluvia.

Teníamos un dormitorio grande y uno chico. Nos lo jugamos, y a Meyer le tocó el más pequeño. Bajamos al bar, que estaba lleno de turistas mejicanos. Había unos pocos ciudadanos de los Estados Unidos, todos en parejas y bebiendo tequila, realizando esa divertida ceremonia del pedazo de lima entre los dedos y la sal en el dorso de la mano. Se lame la sal, se bebe un trago y se muerte la lima. Esto estaba creando un cierto grado de diversión entre los mejicanos, porque la tequila que estaban bebiendo era de un hermoso color ámbar, añeja y tan suave como un buen *bourbon*. La sal y la lima son necesarias sólo cuando se trata del mescal más ordinario, esa segunda destilación del maguey que arranca el esmalte de los dientes.

No había Dos Equis en el bar, así que pedimos un par de cervezas locales.

—¿Sabes? Podría entrar aquí —dijo Meyer.

—Totalmente improbable. Pero remotamente posible.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Nos quedamos helados. Nos tambaleamos por la impresión. Apuntamos un dedo tembloroso hacia él y decimos: «¡P-pero tú estás m-muerto!».

—¿Y entonces dejar que él lleve la situación?

—Así es.

—No tendré problema en parecer impresionado.

Tras estudiar el menú, decidimos probar en otro lugar que habíamos visto antes: Carlos ‘n’ Charlie’s. Cuando salimos, la lluvia había cesado y decidimos ir andando, por un camino bastante ancho, hecho con algún tipo de baldosas rojas, entre macizos de plantas que desprendían un intenso perfume después de la lluvia.

El restaurante olía a buena comida, pero la música era demasiado estridente. Era temprano, apenas las siete. Los mejicanos, comen a las nueve, y los turistas se acostumbran pronto a ello. El hombre que nos llevó a la mesa pareció sorprendido, pero se mostró completamente complacido cuando dejé caer en su mano un billete de cien pesos del cambio de las cervezas. En seguida nos llevó a una mesa mejor, junto a una ventana con vista a la albufera, y chasqueó los dedos para que viniera rápidamente un camarero. Nos dijo que el pescado asado era bueno y fresco, igual que los camarones, de Campeche. Pedimos un cóctel de camarones, pescado asado y una botella de vino blanco local.

—¿Qué se supone que somos? —preguntó Meyer—. ¿Sólo turistas?

—Somos refugiados de la triste situación inmobiliaria de Florida. Echamos un vistazo a lo que pasaba en Dallas y Houston, y un amigo nos sugirió que podíamos ponernos en contacto con alguien aquí, para dedicamos a vender apartamentos por temporadas.

—¿Qué sabes de eso, Travis?

—Únicamente lo que aprendí de las historias de Cody, cuando se hacía llamar Evan Lawrence.

—Uno de los argumentos de venta es que cuando compras una semana o dos en un condominio, puedes suscribirte a un centro de computación y, a través de ese servicio, intercambiar tus semanas con otro propietario. Pero esencialmente, lo que haces es comprar el derecho de habitar tu apartamento durante una semana específica el resto de tu vida.

—¿Argumentos en contra?

—En un edificio de cincuenta apartamentos, en el que la mitad se vende en lotes de dos semanas y la otra en lotes de una, tienes tres mil setecientos cincuenta propietarios. Ese número de familias

puede dañar seriamente las instalaciones comunes: piscina, pistas de tenis, playa, todas las zonas comunes. Los propietarios originales, una vez se ha vendido todo el tiempo, se van. Los tres mil setecientos cincuenta propietarios tienen que encontrar a alguien que se haga cargo del mantenimiento, alquilar los que están vacíos cuando corresponde, y cuidarse de las dos semanas al año que el edificio se cierra para hacer reparaciones. La gente se resiste a pagar más. Por lo general, los turistas maltratan los muebles y las instalaciones. En teoría, el negocio parece atractivo. En la práctica puede ser un lío extraordinario.

—¿Destrozos?

—En la mayoría de los casos. Si no puedes vender un apartamento a un solo dueño por cien mil dólares, véndeselo a cincuenta dueños a treinta y cinco mil cada uno. ¿Puedes imaginar lo que significa ser el último de la lista, antes de que cierren el edificio para las reparaciones anuales, si la mitad de las familias que te han precedido tenían niños y perros?

—De modo que hacemos el papel de sinvergüenzas.

—En cierto sentido, sí. El cinismo será más convincente que un aire de integridad extrema.

A la salida del restaurante, un mejicano de baja estatura y fornida complexión nos entregó un folleto a cada uno. Era una hoja doblada en la que se invitaba a bebidas y un piscolabis gratis, de cuatro a seis todos los días, en el Azteca Royale, un edificio de apartamentos diseñado para vacaciones compartidas. Absolutamente gratis, sin ninguna obligación. Los viernes se ofrecía, además, un paseo en lancha por la albufera. «Acérquese al mostrador de recepción junto al salón principal, y vea la maqueta».

—De esto estábamos hablando —dijo Meyer.

—Entonces conocerán a Willy-sin-apellido.

—Si Cody Pittler no mentía, Willy estaba vendiendo apartamentos de este tipo aquí, en Cancún, a principios de año.



VEINTIUNO

El Azteca Royale estaba construyéndose en una zona cercana, más allá del desvío al hotel Camino Real, casi en el centro comercial del distrito hotelero y no lejos de un centro de convenciones y otro de artesanía nativa.

Por la mañana habíamos ido hasta el final del camino, donde una verja y un guardia nos impidieron el acceso al Club Mediterranée. Después de sobornar al guardia y comprar vales por doce dólares, nos sentamos en un bar al aire libre con una buena vista de la piscina, y bebimos ron mientras admirábamos las bronceadas curvas de las huéspedes más jóvenes. El barman nos cobró tres dólares por cada bebida, así que sólo nos quedaban vales por cuatro dólares. El brillante sol, la deliciosa sombra, las bebidas y los bamboleantes senos chapoteando en el agua azul tienden a estimular la imaginación erótica. Para eso son las vacaciones.

Después de un ligero almuerzo y una siesta en el Dos Playas, estábamos listos para tirar el anzuelo. El salón público con la maqueta de los apartamentos estaba en la parte derecha, o este, de la estructura que se estaba construyendo. Había hombres, que se veían como puntitos arrastrándose por las reforzadas vigas de hormigón de la estructura básica, subiendo cubos de esto y lo otro con cuerdas, apretando sus musculosas espaldas que brillaban bajo la luz del atardecer.

Eran las cuatro y cinco. Un joven apuesto, que vestía un elegante traje de hilo, saltó de detrás del mostrador de la recepción, con la mano tendida hacia nosotros y una amplia sonrisa.

—¡Bien venidos! ¡Bien venidos! Tenemos algo maravilloso para mostrarles, caballeros.

—Apuesto a que sí —contesté con falsedad.

Nos entregó un montón de folletos a cada uno y nos condujo hacia el salón. Este era grande. Había pequeños grupos de sillas colocadas encima de alfombras sobre el suelo de cerámica. Una camarera de uniforme, con los ojos entrecerrados, estaba de pie apoyada en una pared detrás del improvisado bar. Otros dos hombres elegantes y dos guapas mujeres jóvenes estaban charlando juntos. Todos se giraron para miramos, y después de una discusión en voz baja, la más alta y guapa de las dos mujeres vino hacia nosotros, dándose la vuelta para chasquear los dedos a la camarera y sacarla de su trance.

—¡Bien venidos! —dijo—. ¡Bien venidos, caballeros! ¡Bien venidos al precioso Azteca Royale! —Llevaba una blusa blanca con una corbatita negra y pantalones rojo oscuro ajustados. Caminaba con gracia y tenía unas pestañas larguísimas—. ¿Qué les gustaría beber?

Me dolía un poco la cabeza por el ron, y pedí una cerveza. La joven se dio la vuelta y le lanzó a la camarera una andanada de palabras en español. La camarera revolvió en una nevera y se acercó corriendo con dos botellas abiertas de Carta Blanca y dos jarras escarchadas. La chica nos preguntó nuestro nombre, y nos dijo que el suyo era Adela mientras señalaba el cartelito que llevaba en la solapa, el cual decía realmente que se llamaba Adela. Nos llevó hasta uno de los grupitos de sillas, y la camarera colocó las cervezas, los posavasos y las servilletas sobre la mesa. Adela dijo que sentía no poder acompañarnos con la cerveza, pero prefería beber una gaseosa, y con una dura mirada le dio a entender a la camarera que la quería en seguida.

—¡Bien! —dijo Adela—. ¿A su salud?

—A la suya —dijo Meyer, y todos tomamos un trago.

—¡Qué espléndida oportunidad para ustedes! Por el momento mantenemos los precios de preconstrucción. Y podemos ofrecerles las mejores épocas del año. Navidad y Año Nuevo ya están

vendidos. Pero queda una semana a partir de mediados de enero, o incluso dos semanas juntas, si prefieren. ¿Le parece bien, señor Mickey?

—McGee, señorita Adela. Creo que estamos aquí con falsas apariencias.

Ella se quedó helada.

—¿Cómo?

—Mi socio, el señor Meyer, y yo, hemos pensado que podríamos venir aquí para vender por temporadas esos apartamentos, por cuenta de ustedes.

Adela se nos quedó mirando fijamente y después movió la cabeza despacio, de lado a lado.

—¡Oh! Esta es una mala temporada para vender. Hay más gente vendiendo que comprando. ¿No tienen papeles para trabajar aquí?

—No, no tenemos.

—Es muy difícil conseguirlos. Lleva mucho tiempo. Tienen que tener un… ¿cómo se llama? ¿Abogado?

—Así es.

—Y hay que gastar mucho dinero para obtener los papeles. —Se frotó el pulgar y dos dedos haciendo el gesto tradicional para indicar soborno.

Le sonreí.

—Supongamos que salgo y le vendo tres semanas, y vuelvo con la gente y usted les hace firmar. ¿No me haría un regalito?

Se mordió el labio inferior.

—Podría engañarle, ¿no?

—Una mujer tan guapa como usted no nos engañaría.

—Pero no soy yo quien manda aquí. No puedo decidir. ¿Tienen experiencia?

—¡Mucha! —contesté—. Hemos hecho millones. Tal vez tengamos que ponemos en contacto con un tipo que conozco aquí y que trabaja en esto. Willy. No recuerdo el apellido.

—¿Willy?

—Otro amigo, Evan Lawrence, trabajaba con él. Evan tampoco tenía papeles.

—Ah, usted se refiere a William Doyle, de Houston.

—Ese mismo.

—Se fue hace tiempo. Mala suerte. Mi amiga piensa que volverá.

Yo no lo creo. Mi amiga es una mujer de clase alta, a pesar de ser india. Todavía está viviendo en la casa de William, esperándole.

—¿Ella sabrá dónde está Evan Lawrence?

—¿Quién puede saberlo? Tampoco le he vuelto a ver.

—¿Dónde puedo encontrar a esa mujer? ¿Cómo se llama?

—Bárbara. Bárbara Castillo. El edificio está por allí, hacia el continente. Está a mano derecha. El Vista del Caribe. Son apartamentos. El de él es una planta baja en la parte de delante. Llame al timbre donde dice Doyle. —Consultó su reloj—. Pero Bárbara todavía no ha vuelto del trabajo. Se ocupa de las reservas en el Camino Real. La podrán encontrar a partir de las seis.

—Gracias. Siento mucho no hacerle ninguna compra.

Se encogió de hombros e hizo un ademán gracioso.

—Si hubieran tenido aspecto de compradores, les habría atendido la otra chica. Ella hace más tiempo que trabaja aquí.

Llegamos al Vista del Caribe poco después de las seis. Era casi de noche. Por elección, jamás viviría con un límite de tiempo, en el lado oeste del límite. Durante todo el año, los días son demasiado cortos.

En la recepción no había nadie. Sólo vimos unos niños corriendo por los pasillos. Recorrimos la planta baja hasta encontrar el apartamento que buscábamos, el 103. Habían recortado una tarjeta de visita para que entrara en la abertura especial para el nombre. William Devlin Doyle, junior.

El timbre estaba debajo de la abertura del nombre. Llamé tres veces sin resultado. Mientras estábamos discutiendo qué haríamos, la puerta se abrió de golpe. Ella era alta y esbelta. Llevaba una bata que mantenía cerrada con la mano izquierda. Su sonrisa de bienvenida desapareció abruptamente. En la cabeza llevaba un gorro de baño negro, y tenía gotitas de agua en la cara.

—Estaba… ¿Quiénes son ustedes?

—Somos de Houston, señorita Castillo. Estamos buscando a Willy. Me llamo McGee y éste es Meyer.

Traté de parecer lo más encantador y zalamero posible.

—Entonces entren. Por favor. —Nos condujo hasta la sala de estar.

Era una habitación pequeña; los muebles eran escasos y relucían, y había dos extrañas pinturas primitivas colgadas en la pared blanca, una estantería con libros, algunas esculturas y dos máscaras.

—Siéntense, por favor. Estaré con ustedes en seguida. —Se fue por un corto corredor hacia la derecha. Más allá, a través de una arcada, pude ver una cocina blanca impecable.

Exhalé lentamente y le dije a Meyer:

—¿No es la mujer más insólitamente guapa que has visto en tu vida?

—Muy insólita —comentó.

Cuando al fin volvió, me levanté de un brinco. Se había puesto una especie de toga de tela cruda, sin mangas, sujeta a la cintura por un grueso cordón dorado. Llevaba sandalias doradas, y su brillante pelo negro caía lacio en una larga melena. Tenía un aspecto que yo había visto en dibujos de relieves de los mayas, la inclinación de la frente, nariz imperial, labios firmes, la barbilla ligeramente hacia atrás y el cuello largo como el de los antiguos egipcios. Sus ojos eran almendrados, de color antracita.

—Por favor, siéntese señor McGee. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?

Le dije que tomaría una cerveza, si tenía. En realidad, no tenía ganas de beber. Lo único que deseaba era verla moverse. Parecía deslizarse. El color y la textura de su piel me llamaban la atención. Era sorprendente cómo se complementaban con sus rasgos, su porte, su educada dignidad. Tenía un uniforme tono tostado, no del sol sino natural, con el aspecto de la seda.

Nos trajo la cerveza en jarras, sobre una bandeja. Nos dijo que ella tomaría su tercer vaso de té helado. En las oficinas del Camino Real se había estropeado el aire acondicionado, y estaba deshidratada. En lo único que había pensado mientras volvía a casa era en una buena ducha fría.

—¿Es usted canadiense? —preguntó Meyer.

Ella le sonrió.

—Capta fácilmente los acentos. Me eduqué en Canadá, señor Meyer, pero nací en un pequeño pueblo al sur de Cancún, en
Noh-Bec.
Es un poblado maya.

—¿De modo que usted es maya? —preguntó Meyer.

—Supongo que sí. Si es que queda algún auténtico maya. Los mayas eran un pueblo tranquilo, amante de la paz. Pero un día llegaron los toltecas, un pueblo guerrero, conquistaron a los mayas y se mezclaron con ellos. Supongo que también tendré algo de sangre española. Por lo menos ése es el rumor que corre por mi familia.

—Noh-Bec está muy lejos de Canadá —comentó Meyer.

Volvió a sonreír.

—¡Oh! ¿Desea que le cuente mi historia? ¿Por qué no? Mi padre y mi madre se establecieron en Chetumal cuando yo tenía tres años. Trabajaron en la casa de un hombre que se llamaba McKenzie. La hija de McKenzie y yo nos hicimos inseparables. Éramos de la misma edad. Cuando teníamos ocho años, McKenzie le pidió permiso a mi padre y nos envió a las dos a Toronto, a vivir con su tía y estudiar allí. Eliza McKenzie todavía hoy es mi mejor amiga. Está casada y vive en Toronto. Tiene dos hijos.

—En junio di una conferencia en Toronto —explicó Meyer, haciendo caso omiso de mi gesto de advertencia.

—Qué bien. ¿Sigue tan hermoso como antes?

—Muy hermoso.

—¿Sobre qué fue la conferencia?

—Economía. Para graduados. Algo muy árido.

Ella contempló su vaso un instante; luego, levantó la vista y me miró fijamente. El impacto de esa mirada fue asombroso.

—No sé dónde está William. No sé a dónde fue ni por qué.

—No entiendo.

—Yo tampoco. No sé qué pensar. Su ropa está aquí. Sus documentos y tarjetas de crédito también. Éramos felices juntos. Habíamos hablado de casarnos. Peleábamos, por supuesto. Creo que todo el mundo lo hace. Yo tenía la impresión de que estaba desperdiciando su talento en esos proyectos de venta de apartamentos por temporadas. No es un trabajo del todo honesto. Se suele prometer más de lo que se puede dar, y después hay que tratar de no volver a encontrarse con los compradores insatisfechos. Es un hombre encantador, inteligente y lleno de energía. Estaba ganando mucho dinero. Decía que cuando tuviera suficiente iríamos a Houston y se dedicaría a otra cosa. Pero cuando le pregunté

cuánto era suficiente, no quiso darme una cifra.

—¿Dónde guarda el dinero?

—En el Banco Peninsular. Todo. Obtiene intereses muy altos con una cuenta en pesos. Me dijo que pensaba cambiarlos antes de la próxima devaluación. Y entonces nos iríamos. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Estoy tan preocupada. La última vez que le vi fue el seis de julio, hace casi un mes. Era un día como cualquier otro. Yo voy a trabajar primero. Cuando entré en la cocina, estaba hablando aquí por teléfono. Le pregunté de qué se trataba y me dijo que tenía que ir a ver a alguien, así que ese día salimos juntos y me llevó hasta el Camino Real. Nos despedimos con un beso, y me dijo que comeríamos pescado para cenar. Nuestro coche es un Volkswagen gris. Tampoco lo he vuelto a ver. Dicen que se cansó de mí y volvió a su país. Eso es mentira. Estoy muy preocupada.

—¿Recuerda a un hombre que trabajaba con él, llamado Evan Lawrence?

—Por supuesto. ¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo trabajó con él? —pregunté.

Frunció el ceño.

—Desde Navidad del año pasado. Unos tres meses, tal vez menos. Le dije a William que era ilegal tener a alguien trabajando para uno, un extranjero sin documentos. Y me contestó: «¿Quién se va a enterar? ¿Tú se lo vas a decir? ¿Lo va a hacer Evan? ¿Yo? Es un vendedor muy bueno. Nos ha hecho ganar mucho dinero. Su especialidad son las viudas ricas; les asegura que nadie puede estar jamás solo en Cancún». Yo sólo deseaba que se fuera, y lo hizo. Conoció a una mujer, no muy guapa, que trabajaba para Pemex buscando petróleo, y la siguió a Texas. Me alegré mucho.

Frunció el ceño y dejó de hablar un instante.

—Se llamaba Nora o algo por el estilo.

—Norma —le dije.

—Debió de seguirla y casarse con ella, porque un diario de Florida decía que él y su mujer y otra persona habían muerto en un accidente en un barco, una explosión. A lo mejor estaban en luna de miel. Todos los que habían trabajado aquí con él comentaron el asunto.

Me miró con duda y temor.

—¿Cómo sabía el nombre de ella? ¿Qué es lo que quieren

realmente? —Se irguió en la silla y nos miró con dureza, primero a mí y luego a Meyer—. ¿Quieren hacerme el favor de decirme cómo es William, su gran amigo? Todos los detalles, por favor.

Sonreí.

—Un hombre apuesto. Alto. Buena figura.

—¿Sí?

—Pelo oscuro.

Se puso de pie.

—¿Pelo oscuro? ¿Pelo oscuro? Tienen el pelo tan rojo que la gente de aquí le llama El Rojo. Su cara, brazos y hombros están cubiertos de pecas. Así que dígame qué están buscando aquí o salgan inmediatamente.

—No queremos hacerle daño, Bárbara —dijo Meyer—. Por favor, créanos. Necesitamos su ayuda. Y tal vez usted necesite la nuestra.

—Nada de charla tranquilizadora, señor Meyer.

—Norma era mi sobrina. Como usted acaba de decir, murió en esa explosión el cinco de julio. El barco tenía una bomba a bordo. Norma era una mujer de éxito. Había ahorrado una buena cantidad de dinero. Desapareció todo. Creíamos que Evan Lawrence había muerto junto con Norma. Pero no fue así. No estaba a bordo. Por eso estamos aquí.

Tenía una cara expresiva. Se podían adivinar sus pensamientos por sus expresiones cambiantes.

—¡Pero parecía una buena persona! Nos hacía reír mucho.

—No quiero ser brutal, Bárbara —continuó Meyer—. No quiero ocasionarle más trastornos. Pero me parece que William Doyle era la única persona en Cancún que sabía que Evan Lawrence vivía aquí y que usaba otro nombre e identidad. No creo que el hombre que usted conoció como Evan Lawrence tuviera interés en correr ese riesgo. Pienso que hizo lo que tenía que hacer para ocultar su identidad. Esa llamada telefónica era de él. Allí es a donde fue William.

Su adorable rostro se retorció en una mueca y luego palideció. Rodeó su cuerpo con las manos, como para sujetarse, y luego comenzó a desvanecerse. Corrí a sostenerla antes de que cayera, la alcé y la llevé al sofá, hechizado por la calidez de su cuerpo bajo la tela rústica.

Meyer apareció a mi lado, con un trapo mojado en agua fría. Dobló el trapo y lo colocó sobre la frente de Bárbara.

—Lo siento —dijo—. Tal vez ha sido una idea loca.

Ella abrió los ojos.

—Sabía que estaba muerto. Lo supe desde la tarde de ese día. Estaba trabajando, y de pronto sentí un vacío en mi pecho, como si los hilos que sujetaban mi corazón hubieran sido cortados dejándolo caer. Iba a hablarle a William de esa extraña sensación. Sé que eso fue cuando murió, y sé que murió pensando en mí, tratando de avisarme. Pero no me lo quería admitir. Ustedes me han hecho capaz de admitírmelo. No lo sientan. No poda vivir en el limbo para siempre. Él lo había dejado todo atrás.

Me alejé. Meyer se sentó en el suelo, al lado del sofá. Le cogió la mano.

—Los que mueren tienen que dejarlo todo y a todos atrás. Para algunos, eso sucede en el momento correcto, para otros…

—¿Cómo pudo ser tan malvado ese Evan Lawrence?

—Ha podido ser malvado porque no tiene el aspecto ni actúa como un malvado. Tiene el don de la amistad. Inspira confianza. Mi sobrina se enamoró de él y contrajo matrimonio con él.

Bárbara trató de incorporarse, pero Meyer le tocó el hombro, obligándola a recostarse otra vez.

—Por favor, ¿qué nombre utilizaba Lawrence? Usted ha dicho que aquí tenía otra identidad.

—Podemos ocuparnos de eso después.

—¿Por favor, podría traerme la caja de pañuelos de papel que hay en la cocina? —Fui a buscarla y se la di. Se sonó la nariz, se secó los ojos y trató de sonreír—. A veces nos reíamos pensando en el aspecto que tendrían nuestros hijos. Indios morenos con el pelo rojo. Yo siempre le decía que teníamos que apuramos, porque ya tengo veintisiete años. William tenía treinta y dos. Él había estado casado, yo no.

Apartó la mano de Meyer y se sentó, apoyando los pies en el suelo.

—¡Bueno! *No* soy una persona débil. Procedo de gente que sobrevivió a todo. Gente que conocía la violencia. Esa es la herencia tolteca, no la maya. No voy a llorar a mi hombre delante de extraños.

—A los que les gustaría ser amigos —agregó Meyer.

Ella le estudió con los ojos entrecerrados.

—Muy norteamericano. Amigos Instantáneos. Como sus comidas instantáneas. Calentar y servir. El corazón no actúa tan rápido. Entran aquí y me destruyen. ¿En nombre de la amistad?

—Sólo queríamos…

—¿Tienen coche?

—Sí —contesté.

—Mañana no iré a trabajar. En nombre de esta nueva amistad, ¿podrían pasar a recogerme muy temprano? Hay un lugar en el que quiero estar cuando salga el sol. Tendremos que caminar una cierta distancia en la oscuridad. ¿A las cuatro menos cuarto? Llevaré una buena linterna. Y ahuyentador de insectos. Por favor, lleven calzado adecuado para caminar mucho. ¿No estoy pidiendo demasiado?

Meyer le sonrió.

—Nunca se pide demasiado a los viejos amigos.



VEINTIDÓS

Cuando detuve el coche delante de la entrada del Vista del Caribe, la silueta de Bárbara se destacaba en la pálida luz del interior. Se acercó a paso rápido hasta nuestro automóvil. Meyer había pasado al asiento de atrás. Ella se sentó a mi lado, y dijo:

—Les agradezco mucho esto. No debería habérselo pedido.

—No importa —contesté—. ¿Adónde vamos?

—Hacia el aeropuerto, pero no giré allí. Tenemos que seguir recto muchos kilómetros.

Había traído tazas, un termo con café y una docena de pastas. El camino era recto. Era casi atemorizante conducir en la noche cerrada. No había arcenes y la jungla llegaba hasta el borde del pavimento. Bárbara estaba sentada a mi lado en silencio, levemente inclinada para apoyarse en la puerta, con sus largas piernas enfundadas en pantalones vaqueros dobladas hacia mí.

—¿No podríamos ir un poco más rápido? —me preguntó en cierto punto. Eso fue después de que un gran autobús apareciera detrás de nosotros, a ciento treinta por lo menos, y casi nos hiciera salir de la carretera al pasarnos.

Ella iba identificando los desvíos con los que nos cruzábamos. No había muchos.

—Puerto Morelos para tomar el *ferry* a Cozumel. San Carlon, Punta Bete, Playa del Carmen, Xcaret, Pamu, Akumal, Xelha,

Tulum.

Finalmente, no muy lejos de Tulum, donde dijo que había ruinas mayas, en la playa, Bárbara me pidió que redujera la velocidad y señaló un desvío a la derecha. Era otra carretera recta de dos carriles. Pero las enredaderas y los matorrales se inclinaban tanto sobre el cemento que conduce por el centro. Un animal cruzó el camino. Era marrón y caminaba con un extraño contoneo.

—Coatí —dijo Bárbara—. Cerca del camino hay pequeños poblados. De noche están oscuros. Los niños atrapan cachorros de coatí y los crían. Pero cuando crecen se vuelven muy ariscos y muerden.

—¿Adónde vamos? —preguntó Meyer.

—Ya no faltan más que unos quince kilómetros. El sitio se llama Cobá. Son unas grandes ruinas, excavadas parcialmente.

Llegamos a una gran zona de aparcamiento. Había una casucha donde se tenían que comprar las entradas. Cerré el coche y fuimos detrás de ella, y el rayo de su linterna dirigido al suelo.

Un hombre salió de uña estructura oscura que había detrás de la casucha.

—¡Señora, señora, está cerrado! —gritó.

Ella le iluminó con la linterna. El hombre se detuvo, parpadeando, desnudo hasta la cintura, y Bárbara pronunció una larga frase en un lenguaje que jamás había oído antes. Estaba lleno de chasquidos y tosecitas. El hombre hizo una reverencia y retrocedió, y ella empezó a caminar otra vez, con tanta rapidez que tuve que correr un par de pasos para alcanzarla.

—Miren por dónde pisan —advirtió—. El suelo es desigual aquí. Hay guijarros y piedras.

Caminamos unos tres kilómetros por un sendero oscuro, que en algunos sitios era tan ancho que hubiera podido pasar un coche a través de la jungla. Sólo se oía el zumbido agudo y punzante de los insectos y los graznidos de los pájaros nocturnos, y se notaba una quietud espesa en el aire. Hacia el final, Bárbara casi corría.

Cuando al fin se detuvo de golpe, yo logré frenar a tiempo, pero Meyer la atropelló y retrocedió disculpándose. Ella no hizo caso de la disculpa y me pasó la linterna.

—Voy a subir a esa pirámide. No voy a necesitar la linterna. Por favor, no me iluminen mientras estoy subiendo porque estropearían

mi visión nocturna. Espérenme aquí. Cuando llegue el momento, les avisaré para que suban.

Apagué la linterna y ella se alejó en la oscuridad. Pude ver que se dirigía a un enorme bulto que sobresalía entre la jungla, más grande que una catedral. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la luz de las estrellas, vi cómo ascendía, tapando una gran zona del cielo estrellado, y pude ver la palidez de su blusa blanca de manga larga, un diminuto objeto a un tercio de la cúspide, moviéndose regularmente. Meyer todavía jadeaba por la rápida caminata de tres kilómetros. Habíamos olvidado el ahuyentador de insectos. Así que permanecimos en la oscuridad, sacudiendo los brazos, golpeándonos el cuello y la frente. Finalmente, arranqué unas ramitas con hojas de un arbusto cercano. Cuando las agitábamos, el problema disminuía.

Se oyó el canto de un gallo, y cuando miré hacia la cima de la pirámide vi que el cielo era gris y no negro estrellado. No pasó mucho tiempo sin que pudiera ver los troncos de los árboles y la cara de Meyer. Creí ver a Bárbara allí arriba, sentada en la cima, en una parte llana, con la espalda vuelta hacia nosotros.

Empezaron los sonidos de los pájaros de la mañana. La luz grisácea se fue convirtiendo en un resplandor rosado a medida que el sol salía por la línea del horizonte. Entonces pude ver con claridad la cascada de pelo negro sobre la espalda de su blusa blanca. El sol la iluminó con sus rayos dorados y pareció encenderla. Muy pronto vimos la bola incandescente sobre las copas de los árboles a derecha e izquierda de la pirámide.

Unos pavos salieron de los matorrales graznando suavemente entre ellos, se detuvieron atónitos al vernos, giraron sobre sí mismos y fueron a refugiarse de nuevo con rapidez mirando hacia atrás, y diciéndose unos a otros lo peligrosos que éramos para la vida de los pavos en cualquier parte.

Oímos su débil grito y, al mirarla, vimos que nos hacía señas. Según mi reloj, había estado allí arriba poco más de una hora.

—Quiere que subamos —dije.

—¿*Allí* arriba?

—Vamos. Y no mires hacia abajo.

—Dios mío —murmuró Meyer, arrastrándose detrás de mí.

Cuando llegamos a la base, ya no la pudimos ver. Bajé la

linterna y contemplé las dimensiones de los escalones. Tenían unos cincuenta centímetros de alto por veinte o veinticinco de ancho, así que la manera de subir era casi a cuatro patas, apoyándose en la pendiente y agarrándose de los escalones para mantener él equilibrio. Le dije a Meyer que ésa sería la mejor manera y le oí suspirar.

Una vez que uno cogía el ritmo, no era tan difícil. Todavía no había empezado el calor del día. Era una larga subida, y traté de no pensar en la bajada. Antes de llegar a la cima, esperé hasta que Meyer estuvo a mi mismo nivel, unos dos metros a mi izquierda. Bárbara se inclinó, le cogió la mano y le ayudó a subir el último escalón. Yo trepé como pude. Nos sonrió. Abarcó todo el mundo con un gesto del brazo y dijo:

—¡Miren! ¡Miren, por favor!

Yo no me sentía muy cómodo de pie en aquella pequeña superficie. No tenía más que un metro veinte por dos y medio, y caía en picado en todas direcciones. Estábamos tan alto sobre la jungla que ésta parecía una peluda alfombra de color verde oscuro. El sol estaba ya sobre el horizonte. Bárbara señaló con el dedo.

—¿Ven ese resplandor plateado allí, como una aguja más allá de los árboles? Es el Caribe. Está a unos cincuenta kilómetros de aquí. Miren hacia abajo. ¿Ven? Allí está el coche rosa. ¡Es algo tan glorioso estar aquí al amanecer!

Me sentí aliviado cuando se sentó, con las piernas colgando sobre la pendiente del lado opuesto al que habíamos subido. Nos sentamos a ambos lados de ella. Señaló unas pirámides más pequeñas que se veían entre los árboles.

—¿Forma parte de algún rito maya? —pregunté—. Me refiero al hecho de venir aquí cuando alguien ha muerto.

—No creo. No lo sé. Tal vez lo hacían. Pero todo terminó hace cientos de años. Cuando llegaron los españoles ya había terminado. Los arqueólogos cuentan historias sobre la vida en las ciudades mayas, tratan de leer los antiguos jeroglíficos, y hallan distintos significados que causan terribles peleas entre ellos. Sabemos que el período clásico terminó quinientos años antes de que llegaran los españoles. Los mayas abandonaron sus ciudades y sus templos y se fueron, se adentraron en la jungla. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Se decía que fue porque la tierra ya no podía producir, pero ahora han

demostrado que eso es falso. Los mayas cavaban canales en los pantanos, amontonaban el estiércol en las filas centrales entre los canales y cultivaban nenúfares. Luego los apilaban en grandes montones y los dejaban marchitar. Era una agricultura muy sofisticada y productiva. La ciudad más grande era Tikal, al sur de aquí, en Guatemala. Unas doscientas mil personas vivieron allí. Era el centro del comercio fluvial y marítimo. Esta era Cobá, una de las más extrañas ciudades antiguas. Como Chiché, Uxmal, Palenque, Bonanpak, Yaxchilán. He estado en todas, pero solamente aquí siento que… soy parte de esto. Es algo que me dicta el corazón. Aun antes de que llegaran los toltecas éramos un pueblo sangriento, con ritos, ceremonias, procesiones y sacrificios cruentos. Y teníamos mediciones del tiempo que se remontaban a ocho millones de años. Cuando mi padre murió, yo estaba en Canadá. En cuanto pude volver vine a este lugar, me senté aquí al amanecer y repetí su nombre cien veces mientras salía el sol. Le llamaban Pedro Castillo porque no podían pronunciar su verdadero nombre.

Cuando lo dijo, sonó como «Pakal», pero la *p* era más explosiva que la *p* en inglés, y había suavizado la *k*. La *l* era rara, como si al pronunciarla moviera la lengua desde la parte de atrás del paladar hacia adelante.

—Se creía que descendía de sacerdotes. Algunos sacerdotes se convirtieron en reyes y luego en dioses. Su altura era considerable, pero era increíblemente alto para un maya. Mi nombre maya es…

Si tuviera que deletrearlo sería algo así como «Alklashake». Las vocales eran como un ronroneo; las consonantes era fuertes.

—Todo ha terminado —continuó—. Y, sin embargo, no ha terminado. No sé qué me impulsó a venir aquí y pronunciar su nombre y el de William cien veces como si fuera una plegaria. Pero las dos veces me ha hecho sentir mejor, como si ellos hubieran estado flotando en el río de la muerte y yo les hubiera conducido a una orilla segura. ¿Saben que todavía hay poblados secretos dentro de la selva, donde hombres armados cuidan los ídolos de los mayas? Las figuras sagradas están en chozas oscuras, y lo recuerdan todo.

Se encogió de hombros y nos pidió que giráramos para mirar en otra dirección, hacia un lago cercano y un grupo de edificios con tejados de tejas.

—Allí está el hotel. Tiene un lago delante, ¿lo ven? El antiguo

camino maya cruzaba ese lago por un terraplén y seguía atravesando la jungla, hasta Chichén-Itzá. Era suficientemente ancho para un carruaje, pero según dicen no tenían ruedas. Si no tenían ruedas, ¿cómo es que en una antigua pared de Chichón se ve claramente la figura de tres ruedas dentadas como si fueran los engranajes de alguna máquina? Si no tenían ruedas, ¿cómo es que aquí, en Cobá, se encontró un rodillo gigante, que pesaba toneladas, y que se empleaba para romper la piedra que se usó para construir esa carretera? Tenía noventa kilómetros de longitud. Ahora es estrecha y está llena de baches. Pero es un sendero que va desde aquí a Chichón y de Chichón a Uxmal. No éramos animales. Aquí había una cultura.

Meyer sacudió la cabeza.

—No estoy preparado para todo eso, Bárbara. Todavía estoy tratando de entender sobre qué estoy sentado, y la habilidad, devoción y voluntad que se necesitó para construir esta gigantesca pirámide. Iba a decir en medio de la nada. Pero tal vez para ellos era el centro del universo.

Bárbara me dirigió una mirada interrogante:

—¿Ha valido la penar subir en mitad de la noche?

—Sí. Ha valido la pena. *Vale* la pena.

—Han subido de la manera correcta. Ahora bajen de la misma manera, pero hacia atrás. Miren por entre sus piernas para ver los escalones. Si algún escalón se mueve, saquen en seguida su peso de allí. A veces se caen. Y la gente se cae con ellos. Los turistas se aplastan el cráneo en la piedra. Se habla de prohibir que suban a las pirámides. ¿Qué es la vida si se le quitan todos los riesgos? Si están listos, bajen. Yo me quedaré un rato más aquí arriba.

Cuando llegamos abajo, suspirando de alivio casi simultáneamente, vimos que Bárbara ya estaba bajando, moviéndose con rapidez, gracia y seguridad. De pronto se dio la vuelta, saltó los últimos escalones, se limpió las manos y sonrió.

Se dirigió hacia nosotros en la brillante sombra de la mañana. Su piel tenía el color del café con crema, o de la canela; era una piel fina con acabado mate, sin un defecto y preciosa.

Volvimos despacio al coche y nos contó lo que sabía de ese lugar. Nos desviamos por un camino sinuoso y estrecho para mirar una gran escultura, rota en tres partes y reconstruida, protegida por

un techo de paja y con el relieve tan gastado que era casi invisible.

Al llegar a la caseta de las entradas, Bárbara llamó al hombre, le llevó a un lado y le dio dinero. Luego nos metimos en el coche y fuimos hasta el hotel que habíamos visto desde arriba. Entonces eran las siete y cuarto, y en el comedor había seis japoneses tomando un exótico desayuno de «*huevos rancheros*». Nos sentamos a una mesa que daba a un pequeño jardín. Bárbara insistió en que invitaba ella.

—Bien —dijo cuando nos llenaron de nuevo las tazas de café—. ¿Conocen el otro nombre que usa esa persona?

—Sí. Y el número de un apartado postal en Canción —dijo Meyer—. Siete-uno-cero.

—El correo no se reparte aquí —nos explicó—. Uno alquila un apartado de correos en la ciudad que esté más cerca. Y cerca puede ser a ciento cincuenta kilómetros.

—¿En cualquier dirección? —preguntó Meyer.

—Sólo hacia el sur. En el camino a Mérida, por ejemplo, no tendría que ir tan lejos porque encontraría en seguida su correspondencia en Valladolid. Dígame. ¿Cuál es el nombre?

—Roberto Hoffman.

Bárbara quedó tan quieta que tuve la impresión de que ni siquiera respiraba. En seguida se relajó.

—Por un momento he pensado que recordaría algo sobre ese nombre. Lo único que sé es que lo he oído. No sé cuándo ni dónde. Pero es un nombre común. De todas maneras, no será problema encontrarlo. Si esa persona existe, no tendremos el menor problema en localizarla.

—¿Qué lo hace tan fácil? —preguntó Meyer.

—La organización maya. Escuchen, amigos. Los mayas hacen el trabajo pesado a lo largo de toda esta costa y en la jungla. Hay muchos mejicanos que han venido a trabajar en los hoteles, pero en algunos de ellos, como en la Casa Maya, son todos trabajadores mayas de un solo pueblo. Conozco a un hombre que tiene un gran rancho. Tiene un importante puesto político. Es como el jefe de todos los mayas. Puede hacer correr la voz de que Bárbara Castillo quiere saber dónde está ese Roberto Hoffman. Si vive en Quintana Roo, alguien tiene que conocerle. Cada vez hay más extranjeros; se construyen casas, viene gente de Venezuela, Honduras y Alemania

que construyen casas al lado del mar. Y los albañiles, los jardineros, los obreros siempre son mayas. Alguien tiene que conocerle. Dejaré el mensaje cuando regresemos. Es más allá del lugar que les he mostrado llamado Akumal, pero no mucho más. Tiene una pared de piedra como las de antes.

—En el hotel tenemos una fotografía de Lawrence —dije.

—Bien. Porque no recuerdo bien su aspecto. Tenía… un… agradable aspecto ordinario, sonreía mucho y decía cosas agradables. ¿Está seguro de que se trata de él?

—Casi por completo.

Frunció los labios mientras pensaba.

—¿Por qué un hombre así podría querer casarse con su sobrina y matarla después?

Meyer le contó la historia de Cody Pittler. Bárbara captó el asunto en seguida.

—¡Ajá! Está matando a Coralita una y otra vez.

La está castigando y se está castigando a sí mismo por ser malo. Pero eso no incluye matar a mi Willy.

—Creo que…

—Ya lo averiguaremos —dijo—. Lo averiguaremos muy pronto.

En el viaje de vuelta nos detuvimos en el rancho, junto al camino. Bárbara recorrió el sendero de entrada hasta la casa y desapareció.

—No estaba —nos dijo al volver—. Pero le he dejado una nota. Se pondrá en contacto conmigo. He dicho que es urgente.



VEINTITRÉS

No tuvimos noticias de Bárbara Castillo hasta el domingo por la noche. Cuando volvimos al hotel a las nueve, encontramos una nota en la que nos pedía que fuéramos a su apartamento.

Mientras mantenía la puerta abierta para que entráramos, volví a sentir el impacto físico que me producía. Tenía la presencia de las grandes actrices, y una vitalidad tal que se podía sentir la electricidad. Era como caminar debajo de las líneas de alta tensión que atraviesan el campo; uno siente que se le eriza el pelo de la nuca y del dorso de las manos.

Llevaba unos pantalones cortos blancos, una blusa roja y ni una joya. Iba descalza. Ya había notado antes que sus manos y pies no encajaban con la esbeltez de su cuerpo. Eran anchos y tenían un aspecto de fuerza y habilidad.

Me cogió por la muñeca. Su mano estaba fría y húmeda. Me arrastró hacia el sofá. Me senté al lado de ella y Meyer en el sillón más cercano.

—¡Ya sé de él! Muchas, muchas cosas. Le mostré a Ramón la fotografía que ustedes me dieron y es la misma persona, pero ahora lleva bigote y el pelo más oscuro.

—¿Quién es Ramón?

—Ah, un hombre tímido, muy fuerte y muy educado. Es maya. Uno de los empleados del jefe lo trajo en un camión para que me

hablara del hombre para el que trabaja, el señor Hoffman. Ha trabajado para él unos ocho años. Entró a trabajar muy poco tiempo después de que construyeran la casa grande, tal vez uno o dos años después. ¿Recuerdan que les señalé el camino que iba a Playa del Carmen, desde donde se puede ir a Cozumel por *ferry* o avioneta? Para encontrar al señor Hoffman hay que ir hasta casi el agua y luego doblar a la izquierda, para volver en esta dirección. Es un camino público y tiene más o menos un kilómetro y medio. AI final hay una gran verja de hierro y un cartel que prohíbe la entrada. Una vez que se pasa la verja, el camino de entrada cruza unos jardines y llega a la casa. Es una mansión con playa propia y laguna, cobertizo para botes, garajes y habitaciones para la servidumbre. Ramón dice que el señor Hoffman es muy rico. Pero comparado con Ramón, cualquiera parecería rico. Le pregunté en qué trabaja el señor Hoffman. Ramón dice que a veces se va de viaje de negocios y se queda fuera mucho tiempo. Varios meses. Es residente. Tiene todos los documentos en regla. Habla español como cualquier mejicano y mejor que muchos mayas. Incluyendo a Ramón hay seis sirvientes. Hoffman no tiene mujer. No tiene amigos que le visiten. No da fiestas. Las únicas veces que sale de casa es cuando sale en su lancha a pescar o cuando va a la jungla a cazar tigres. O sale de viaje. Tiene un gran receptor de radio de onda corta con una gran antena. Lo usa mucho. Ahora tiene televisor. Por supuesto que no puede sintonizar ningún canal, pero cuando el año pasado volvió de Estados Unidos, se trajo películas norteamericanas y un aparato de video. A veces permite que los sirvientes vean alguna. Ah, y tiene un gimnasio, con aparatos.

—¿Ha dicho tigres? —preguntó Meyer.

—¿Tigres? Ah, sí. Son gatos grandes de la jungla, aleonados. Gatos salvajes o panteras. ¿Recuerdan que había hombres que recogían chicle en la jungla para hacer goma de mascar? Taladraban los árboles. Los hombres que recogían el chicle se llamaban chicleros. Y mataban a las panteras. Entonces fue posible hacer el jugo en el laboratorio. Ya no hay chicleros; los senderos que usaban están invadidos por la maleza y las panteras están volviendo. Solían decir que la pantera es la segunda criatura más peligrosa con la que uno se puede tropezar en la jungla. Por supuesto que la *más* peligrosa era el chiclero. Eran hombres

salvajes. Así que él pesca y caza y se queda en su casa.

—¿Y qué se sabe de William Doyle?

Puso su mano fresca en mi muñeca y la apretó. Fijó su mirada en el suelo y habló en voz tan baja que Meyer tuvo que inclinarse para poder oírla.

—Ramón recuerda que el día en que William me dejó en el trabajo, llegó un hombre en un coche gris. Le mostré una foto de Willy y Ramón dijo que podía ser el mismo hombre, pero que no estaba seguro, porque todos le resultan muy parecidos. Salieron a pescar en la lancha. En general, cuando Hoffman pesca, se lleva a un sirviente llamado Pérez, pero ese día no lo hizo. Cuando el bote volvió, Hoffman estaba solo. Dijo que había dejado a su visitante en tierra, en casa de un amigo, y que alguien iría después a buscar el coche. A la mañana siguiente, el coche gris ya no estaba.

—Lo siento —dijo Meyer.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—Usted tenía razón. William debió de enterarse, tal vez por accidente, de que Hoffman y Evan Lawrence eran la misma persona, y no era muy conveniente saberlo. ¡Pobre William! Él creía que Lawrence era su amigo…

—Parece que Hoffman tiene todas las comodidades —comenté.

—Oh, sí. Ramón dice que tiene un buen pozo, lo que es bastante raro en esta parte de Yucatán. Y hay dos grandes generadores que llegaron hace mucho por barco, y tanques para gasoil. Varios miles, según Ramón. Pero es probable que sean cientos. También hay un tanque y una bomba para la gasolina del coche y de la lancha. Todo lo que tenía que hacer con nuestro pequeño coche era sacarlo a la carretera y abandonarlo en algún rincón de la jungla. La gente de los poblados no tardaría en sacarle todo lo que pudiera. Y lo que quedara se oxidaría muy pronto. Pudo volver caminando, escondiéndose. Para él no es problema. Yo adoraba nuestro pequeño coche. Era como un perrito gordo y amistoso. Por más que se le forzara no podía correr mucho.

—¿Ramón entiende que su patrón es un mal hombre?

—No quiere ni pensarlo. Pero no importa lo que piense. Hará lo que su gente le diga que tiene que hacer.

—¿Los otros también?

—Sí, son todos mayas. Siempre que se lo pidamos a través de su

jefe.

—Si suele cazar, tendrá armas.

—Olvidaba decirlo. Muchas, muchas armas. Y hay alarmas contra ladrones, dice Ramón. Nadie puede acercarse a la casa de noche, ni entrar por la laguna en bote. Suena una fuerte sirena. Los hijos de los sirvientes la pusieron en marcha por equivocación una vez y se asustaron mucho.

—Y ahora está allí —dijo Meyer.

—Sí, por supuesto. Ramón cree que pasará mucho tiempo antes de que vuelva a salir de viaje. Tal vez hasta el año que viene, en la primavera. Ramón dice que entonces saldrá por Cozumel. Siempre sale de allí. Una vez por semana, Ramón viene a Cancún a buscar la correspondencia. Pueden pasar años sin que haya cartas para don Roberto. Otros años hay una o dos.

Me soltó la muñeca y nos quedamos allí sentados, pensando. Estábamos juntos, pero sumergidos cada uno en nuestros pensamientos.

Meyer se puso de pie, se paseó por la habitación, arriba y abajo, y se paró delante de nosotros, mirándonos desde arriba.

—Hay un aspecto que me sigue preocupando. Y se remonta al principio, a Coralita. No tenemos pruebas de nada de lo que pasó aquella noche. Nos basamos en una hipótesis comúnmente aceptada y que nunca fue corroborada por nadie que estuviera allí en aquel momento.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté.

—Hay un astrónomo inglés muy sabio, llamado Raymond Lyttleton, que ha dicho que hay que considerar una hipótesis como si fuera una cuenta que se puede deslizar por un alambre. Un extremo del alambre está marcado «cero», y es la falsedad; y el otro, «uno», es la verdad. Nunca hay que dejar que la cuenta llegue a los extremos o se caerá en la irracionalidad. Hay que mover la cuenta a lo largo del alambre de aquí para allá, de acuerdo con el razonamiento inductivo y deductivo.

—Está bien, ¿dónde está tu cuenta, Meyer?

—Una posición de la cuenta podría ser que Cody Pittler salió de la cama, cogió la pistola de su padre, mató a Coralita de un tiro en la nuca y esperó a su padre para atacarle. Luego, la lucha y la huida. Eso presupone una mente asesina desde el principio, bien

disimulada, esperando hallar una vía de escape. Otra posición supone una persona más joven, un joven amigo de Cody acostándose también con la insaciable Coralita. Otra posición de la cuenta es la del padre, que vuelve a casa y se mete en la cama con Coralita, y que confirma, por algo que ella le dice, sus sospechas sobre las relaciones de ella con su hijo. Así que se levanta, se viste, busca la pistola y la mata en el momento en que Cody entra en la casa. Lo que quiero decir es que la gente de Eagle Pass inventó las circunstancias que le parecieron más probables. No sabemos si es verdad o no.

Bárbara saltó y se encaró con Meyer.

—¿Por qué está hablando así? ¿Qué diferencia hay? —Su voz sonaba aguda por la ira—. ¿Sabe de qué vamos a hablar ahora? Vamos a hablar de cómo matarle.

—Bárbara —dije, en un tono que podía ser considerado como apaciguador.

Giró sobre sí misma y me miró fijamente.

—¿No es eso lo que vamos a hacer? Le mataremos. Terminaremos con su vida.

Traté de sostenerle la mirada, pero mis ojos no lograban penetrar en esas negras y brillantes pupilas.

—Jovencita —dijo Meyer—. No voy a participar en la matanza de ese hombre a menos que yo pueda comunicarme con él.

—¿Para hablar de qué? ¿De su colección de películas? ¿De su línea aérea favorita?

—De las hipótesis que hemos elaborado sobre él. Antes de matar a un zorro en un gallinero, es interesante saber en cuántos gallineros ha estado. Tengo una gran curiosidad por conocer el motivo que lleva al animal humano a reaccionar como él lo hace. No creo que hayan existido muchas personas que se hayan adaptado con tanto ingenio y cuidado a una vida de asesino. Quiero saber lo que piensa de sí mismo.

Bárbara se dejó caer en el sofá, a mi lado.

—Pues a mí no me importa lo que piensa de sí mismo. Pregúntele a un pozo negro por qué hace burbujas. Lo que me interesa es matarle de tal manera que no haya problemas con la policía. ¡Ninguno! Hay dos modos de hacerlo. Si desaparece para siempre sin dejar rastro, pensarán que salió en uno de sus viajes de

negocios y le ocurrió algo estando fuera. Si encuentran el cuerpo, entonces tendría que ser un accidente sin lugar a dudas.

—En ninguno de los dos casos puede ocurrir en su casa.

—Entonces —intervino Meyer—, tiene que ser cuando sale a pescar o a cazar. O esperar a que salga de viaje.

—No pienso esperar a que salga de viaje. Y tampoco me gusta la idea del mar. Es demasiado abierto —dijo Bárbara.

—¿Y cómo sabremos cuándo y dónde irá a cazar? —pregunté.

—Se enterará de que hay una pantera muy grande. Los guías mayas a veces hacen señales de pisadas en el barro para gastarse bromas. Lo hacen tan bien que hasta los expertos se confunden.

—¿Y dónde estará esa pantera? —le pregunté.

Frunció el ceño, con la barbilla apoyada en el puño. Luego se le iluminó el rostro.

—Creo que estará cerca de algún cenote. Hay un caminito hacia la derecha, antes de llegar a Playa Xelha. Desde la carretera no se ve. Está marcado con pedazos de tela roja o cintas en los árboles, al otro lado de la carretera. Se interna un kilómetro y medio y desemboca en el antiguo camino maya de Cobá a Chichén. Allí hay que girar a la derecha por el camino maya y andar unos cinco kilómetros. Después se deja el camino maya y se va hacia el oeste un kilómetro. Allí hay unos cenotes muy grandes, tres o cuatro. Es un buen lugar para un gato salvaje. Es muy tupido. Malo para caminar.

—Sí, ¿pero qué son los cenotes?

—Lo siento, señor Meyer, esta península es toda de piedra caliza, y tiene una capa muy fina de tierra encima. Durante las lluvias se forman ríos subterráneos que van a parar al mar. Hace mucho tiempo, la piedra y la tierra se hundieron sobre los ríos, en algunos lugares, dejando grandes agujeros. Esto formó los cenotes. Son profundos agujeros con paredes completas o socavadas. En general tienen unos cien o ciento cincuenta metros de ancho y de diez a treinta metros de profundidad. En la estación seca no tienen agua en el fondo, o muy poca. A cada lado de este agujero profundo hay una gran caverna, casi siempre con un gran charco de agua estancada en el fondo. Las filtraciones han hecho que se formen estalactitas que cuelgan del techo. Generalmente están invadidas por murciélagos. Durante la época de las lluvias, el río crece y el

agua corre a través de él. Algunos cenotes tienen un lado derrumbado por donde se puede bajar con facilidad y entrar en las cavernas. Los felinos bajan a beber allí. En Chichén hay un cenote enorme, del que los guían afirman que allí arrojaban a las vírgenes, pero lo que arrojaban eran niños pequeños. Lo hacían a la caída de la noche y si, a la mañana siguiente, la criatura seguía viva, flotando o agarrada de una de las paredes, la sacaban y de ahí en adelante podía predecir el tiempo para la siguiente temporada de siembra.

Vi a Meyer tragar saliva. Se aclaró la garganta y dijo:

—Hoffman llevará algún guía.

—Sí. Y ellos sabrán que va pero que no volverá. Ni siquiera hay que decirles el porqué. Alguien puede preparar las huellas de una pantera muy grande, y luego conducir a Hoffman hacia la zona de los cenotes. Uno de ellos es un lugar sagrado. Cerca de la caverna hay un antiguo altar resguardado para que no se lo lleve el agua.

—¿Cuándo lo haríamos? —pregunté.

—No pienso volver a mi trabajo hasta que terminemos con esto. Les he dicho que tengo un asunto personal que resolver. Hay otra chica. No es tan rápida como yo, pero se las arreglará. Muchas veces se caza el jaguar, o la pantera, o el puma, o el gato salvaje (tiene muchos nombres) a la luz de la luna llena. Pero creo que eso puede ser muy peligroso. Hay demasiadas cosas que pueden salir mal. A veces los guías encuentran la guarida donde se oculta el felino de día. De día será mejor.

—¿Ya lo tiene todo planeado, Bárbara? —preguntó Meyer.

—Todo menos el final. Tenemos que entrar en la jungla con los guías el día anterior. Es muy, muy difícil caminar por allí. Créanme. Primero buscaremos el lugar adecuado y entonces ellos le guiarán hasta nosotros. Anoche soñé que él estaba en el suelo y yo le clavaba un cuchillo en el vientre. Entró como si fuera mantequilla. Pero no podía sacarlo. Él sólo sonreía con aire adormilado. Yo hacía fuerza con los pies y las manos, pero el cuchillo no quería salir. Entonces el mango se convertía en una serpiente y yo retrocedía de un salto, mientras él se reía a carcajadas. Me he despertado llena de sudor.

—¿Y las armas? —pregunté.

—Ustedes dos llevarán pistolas —contestó—. Se lo diré a los

guías. Tendremos que averiguar qué hombres suele usar Hoffman y le diremos al jefe que hable con ellos. Tienen que ponerse unos buenos zapatos que les sujeten los tobillos. El sendero está lleno de piedras sueltas de este tamaño.

Hizo un círculo con los dedos del tamaño de una pelota de béisbol.

—Allí hará un calor espantoso. Tendrán que llevar ropa que absorba la humedad, y tal vez una cinta para la cabeza y un sombrero liviano. Vamos a necesitar mucha agua, así que traigan algo para llevarla. Saldremos por la tarde y nos quedaremos allí a pasar la noche. Los guías nos dejarán en donde decidamos. Yo seré el felino que habrá ido a matar.

—¿Sacos de dormir? —preguntó Meyer.

—Nada más que una manta no muy gruesa. Podremos cortar algunas ramas para hacer un colchón. Traigan un cuchillo.

—¿Comida?

—Yo me ocuparé. Los guías la llevarán. Y ahuyentador de insectos. Que cada uno traiga el suyo. También papel higiénico y cualquier medicina que estén tomando… Ustedes sabrán lo que necesitan para acampar una noche, como cuando eran niños.

—¿Estuvo en el ejército, McGee? —me preguntó.

—Hace mucho tiempo.

Entonces se sumergió en un largo silencio meditativo y levantó una mano como advertencia cuando Meyer quiso hablar.

—Creo que será posible quitarle el rifle —dijo—. Si los guías le llevaran a un lugar muy difícil, donde tuviera que trepar, uno de ellos podría sujetarle el rifle y desaparecer como por arte de magia en la jungla.

—¿Y eso no le pondrá sobre aviso?

—Entonces ya no importará, ¿no les parece?

Meyer estuvo muy callado en el camino de vuelta al Dos Playas. Al llegar, sacó una silla al balcón y se sentó con los pies apoyados en la baranda. Abrí dos cervezas en nuestra pequeña cocina y las llevé fuera. Me dio las gracias y se bebió la mitad antes de dejarla en el suelo, al lado de su silla.

—Ella piensa que tendríamos que hacerle desaparecer —le dije,

mientras me giraba para apoyarme en la baranda—. ¿Has visto sus ojos?

—Claro que los he visto. Pero quiere que él sepa por qué lo está haciendo. Ya se conocen, y no es una mujer de la que uno se olvide. Si la mira bien, sabrá por qué. Pero creó que además quiere la satisfacción de decirle unas palabras. Veo que van a suceder cosas horribles, Travis.

—¿Cuáles?

—Estamos en una caverna. El agua se filtra dentro. Cody Pittler está atado de pies y manos. Ella está en cuclillas al lado de él. Nos dice que vayamos a dar un paseo. Vamos a donde los guían están esperando. Todos nos quedamos allí. Oímos unos gritos horribles y luego cesan. Instantes después ella sale, cansada, pero sonriendo.

—¿Eso fue en la NBC o la CBS?

—Escucha, no le tengo ningún afecto a Cody Pittler. Y soy lo bastante pragmático para saber que aquí la ley no puede hacer nada con él, y que tampoco podemos llevarle de vuelta a Eagle Pass. Pero nunca he matado a nadie directamente.

—Esto, probablemente, sería de manera indirecta.

—Es lo mismo —Meyer levantó su cerveza y se la terminó—. No sé qué pensar. ¿Qué pensaste antes de matar por primera vez?

—Nunca había suficiente tiempo para pensar.

—¿Y después?

—Una especie de indiferencia. Me sentía cansado y culpable, y también un tanto nervioso. Tarda una semana en irse. Pero la sensación nunca desaparece del todo. Es como tener una colección de diapositivas en colores. Algunas noches, el proyector que tienes en la cabeza las pasa todas. No pienses en ello, Meyer. Deja tan sólo que ocurra. No hay un librito de instrucciones. Sólo cúbrete, porque puedes estar seguro de que el otro tipo no va a tener esos escrúpulos.



VEINTICUATRO

Esperamos mucho tiempo antes de tener noticias de Bárbara. Nos resultó bastante difícil encontrar zapatos adecuados para nuestra aventura. Lo demás fue sencillo. Meyer encontró un modelo de zapatos, pero no los había de mi medida, por lo que al final me decidí por un par que eran una medida y media más anchos y más largos. Pero con dos pares de calcetines gruesos para atletismo me quedaron bastante justos, con los cordones bien apretados. Fuimos a un supermercado del centro y encontramos cantimploras con correas para colgar, de las que compramos dos cada uno. Los sombreros tejanos eran demasiado grandes para caminar por la jungla, así que compramos gorras de béisbol que decían Yucatán en el frente en letras rojas. Completamos el equipo con camisetas de tenis, cintas para la cabeza y muñequeras, así como pantalones largos de algodón fino, linternas, ahuyentador de insectos y cerillas impermeables.

Discutí la elección de los cuchillos un largo rato, y al final compré dos. Ambos eran plegables. Uno tenía una funda de cuero que se sujetaba al cinturón, y el otro podía ser metido en el bolsillo. No tenía funda. Cuando lo sacaba y sacudía la muñeca velozmente, la hoja de quince centímetros aparecía con un destello.

Vestidos para la acción, parecíamos turistas esperando un barco para ir de excursión. Me sentía impaciente. Fui al apartamento dos

veces, pero Bárbara no estaba allí. Meyer decía que sin duda ella estaba haciendo todo lo que podía. Pero pasó el martes, miércoles, jueves y el viernes. Cuando bajamos a desayunar el sábado, 14 de agosto, encontramos un sobre cerrado en nuestro casillero. Dentro había una nota que decía: «*Vengan hoy a las once de la mañana*».

Nos pusimos nuestro equipo de jungla. Llené el depósito del coche e hice revisar el aceite. Bárbara nos esperaba en la entrada, sentada sobre un abultado paquete envuelto en lona azul. Lo levantó sin esfuerzo y lo colocó en el asiento de atrás, al lado de Meyer. Nos echó una mirada decidida y preocupada a la vez, y se sentó. Llevaba una camisa color salmón pálido y anchos pantalones blancos, metidos dentro de unas botas de mujer especiales para montaña. Llevaba el pelo recogido atrás y una cinta de toalla blanca alrededor de la frente.

—¡Llegan tarde! —exclamó.

—Casi tres minutos.

—Si ellos piensan que no vamos a ir…

—No empecemos así —le dije.

Me dirigió una mirada malévola por el rabillo del ojo.

—¿Lo tiene todo? —preguntó Meyer.

—Sí, pero no en ese paquete. Ellos ya se han llevado algunas cosas.

Encendí el aire acondicionado y eso acabó con la conversación. De todas maneras, les mantuve demasiado ocupados agarrándose de los asientos para que pensaran en hablar. Los neumáticos eran lo mejor del coche alquilado. Tuve la satisfacción de hacerla gemir alarmada cuando pasé como un rayo entre un camión que iba hacia el sur y otro que venía en dirección contraria.

Más o menos una hora después me pidió que redujera la velocidad. Se inclinó hacia adelante y miró hacia los árboles de la izquierda. Me señaló dónde podía parar. Había algo parecido a un arcén con un feo declive y lleno de grava. Cuando salimos del coche, tres hombres aparecieron de entre los matorrales. Bárbara nos los presentó rápidamente. Jorge, Juan y Miguel. Llevaban sandalias, sucios pantalones cortos de color caqui que parecían demasiado grandes para ellos, camisas de algodón desteñidas y sombreros de paja ajados. Jorge y Juan llevaban también unos rifles de poco calibre atados con correas en la espalda y machetes sujetos

a la cintura. Eran solemnes y su apretón de manos fue bastante suave. No me inspiraban mucha confianza. Miguel me pidió las llaves del coche. Se metió en él, y cuando traté de oponerme el coche salió disparado, girando casi delante de un autobús de turistas que se dirigía a Tulum.

Bárbara me cogió del brazo.

—Lo traerá cuando todo esto termine. Ahora sigamos a los muchachos.

Fue una buena idea seguir a los muchachos y a ella. Era una extraña jungla. No había árboles grandes, porque el terreno no aguantaba su peso. Los que había tenían un tamaño entre tres y nueve metros y no estaban muy poblados. El sol se filtraba entre las hojas. Tal como nos había prometido Bárbara, era un camino torturante. Al principio traté de ver dónde apoyaba el pie, pero eso hacía la marcha demasiado lenta. Al final decidí confiar en el soporte del tobillo de mis zapatos y dejé que las piedras rodaran como quisieran. La lluvia había arrastrado toda la tierra del camino, dejando nada más que rocas sueltas. A ambos lados, el terreno parecía mucho mejor para caminar, pero era una maraña de enredaderas que caían de arriba, brotaban de abajo y colgaban de árbol en árbol. Para poder pasar, hubiéramos tenido que ir abriendo un sendero con los machetes.

Hacía un calor increíble. Aunque se podían ver unos cuantos metros hacia adelante en la jungla, no corría la menor brisa. El aire era espeso y empezamos a transpirar. Jorge y Juan caminaban a un ritmo muy rápido, chancleteando con sus estúpidas sandalias. Parecía que ellos no sudaban. Comencé a odiarles. Me pregunté si Bárbara transpiraba. Aligeré el paso y la alcancé durante un instante. Sí, lo hacía. Era la ganadora del trofeo a la camiseta mojada. Pero fracasó en el de Miss Simpatía. Meyer, cuyas piernas eran más cortas que las mías y estaba en peor condición física, lo pasaba peor. Jadeaba y resoplaba, y le corrían ríos de transpiración. Yo había comprado algunas tabletas de sal. Me detuve junto a él, bebimos un buen trago de agua fresca y nos tomamos una tableta de sal cada uno. Ellos siguieron adelante, desapareciendo de nuestra vista tras una curva.

—¡Esperen! —aullé en el silencio espeso de esa jungla de tercera clase. No hubo respuesta. Seguimos adelante, caminando con

dificultad, perdiendo el equilibrio con las piedras que rodaban, agitando los brazos para sujetarnos. Meyer dijo unas palabras que jamás le había oído antes. Descubrí que hay una cierta cantidad de sudor que empieza bajo la cinta de la cabeza y que se mete en los ojos. Las muñequeras se ocuparon de eso durante un rato, hasta que estuvieron empapadas.

Me empecé a preguntar si Cody Pittler no habría contratado a Bárbara para llevarnos a la espesura y librarse de nosotros para siempre.

Nuestros amigos estaban esperándonos en donde el sendero convergía con el antiguo camino de Cobá a Chichén Itzá. Jorge y Juan estaban en cuclillas, y Bárbara apoyada en un arbolito. Me miró y decidió que lo que iba a decir no sería apreciado.

—Ahora por aquí —dijo—. Vamos.

—¿No puede frenar a esos enanos?

—Cada vez que haya un cambio de dirección, esperarán.

—¿Y usted también?

Me dirigió una mirada obsidiana y dijo:

—Por supuesto.

Tenía esperanzas de que el antiguo camino maya estuviera en mejores condiciones, pero era peor. Al final me sumergí en esa dimensión hipnótica del esfuerzo físico que deja que la mente vague. Seguí adelante hasta que, de pronto, vi algo muy interesante delante de mí. Los pantalones de Bárbara estaban tan mojados como su camiseta, y se tensaban y aflojaban en forma alternada al ritmo de la suave musculatura de sus nalgas. Tenía el pelo empapado, pegado al cráneo. Reduje mi ritmo y miré hacia atrás. Meyer estaba fuera del alcance de la vista. Me detuve y le vi salir de una curva. Alcancé a Bárbara y la cogí del brazo. Le ofrecí un trago de agua y una tableta de sal. Vi cómo su garganta trabajaba en silencio mientras inclinaba la cantimplora. Despedía un triste olor a mujer acalorada. Me dio las gracias sonriendo.

—Dijo que era un camino pesado, es verdad. ¿Pero tiene que estar enfadada?

—No estoy enfadada, Travis. De veras. Sólo estoy muy, muy ansiosa porque esto nos salga bien y le matemos.

—¿Alguna vez ha matado a alguien?

Sus ojos cambiaron.

—No. Vi matar a una persona. Cuando era muy pequeña. Había violado la ley en el pueblo. ¿Y tú?

—No a sangre fría. Ni tendiéndole una trampa, como ahora.

—Pero sí de otro modo.

Me encogí de hombros.

—Defensa propia.

—¿Muchos?

—No demasiados.

—He oído decir que cada vez es más fácil.

—Creo que depende de la persona. Desde mi punto de vista, lo que oíste no es cierto.

—Después de ver matar a esa persona, durante varias noches tuve pesadillas. Me despertaba gritando. Tal vez después de esto me vuelva a suceder, pero no me importa. Simplemente no me importa.

—¿Cuándo llegará él?

—Mañana, más temprano que nosotros. Tal vez a las diez y media.

—¿Quién le trae?

—Estos mismos muchachas. Conocen la zona. Miguel también.

Meyer llegó a donde estábamos, suspiró y se acomodó en la curva de una raíz gorda. Bebió un corto trago, tapó su cantimplora y sacudió la cabeza con una sonrisa cansada y triste. Parecía que le hubieran sumergido en aceite. Brillaba. Charlamos un ratito y después seguimos la marcha juntos, de alguna manera más amigos que nunca.

Al final salimos del camino rocoso y avanzamos por entre los matorrales. Los muchachos sacaron relucientes machetes y cortaron las enredaderas con fáciles movimientos de la muñeca. Esperaba que eso les retrasaría y podríamos ir a su paso, pero terminé por darme cuenta de que para ellos era un juego de niños dejar atrás a los sudorosos yanquis.

Entonces nos mostraron otra de sus habilidades. Meyer y yo seguíamos a Jorge. Bárbara estaba a un lado, siguiendo a Juan. Jorge se adelantaba un poco y después desaparecía detrás de un árbol, en una dirección inesperada. A menos que uno estuviera atento, seguía adelante y se encontraba atrapado en gruesas enredaderas, sin poder moverse. Había que retroceder y encontrar el lugar donde las había cortado. Y eso llevaba tiempo. Para

entonces él estaba más adelante que nunca, cortando intrincados matorrales. Le grité con autoridad suficiente para detenerle en seco. Le dije que si no reducía el ritmo para que pudiera seguirle, le quitaría el machete, le cortaría la cabeza y le daría tal patada que la enviaría rodando hasta la carretera. No me entendió una sola palabra. Pero aparentemente captó el significado. Y desde ese momento no dejó de mirar hacia atrás con aire nervioso, para asegurarse de que Meyer y yo le seguíamos.

El segundo cenote que inspeccionamos parecía adecuado. Una de las paredes se había derrumbado, de modo que era más fácil bajar hasta donde corría el arroyo, en una zona de roca lisa. La roca lisa se extendía hasta la boca de la caverna, con otro saliente liso casi un metro más alto. En la boca de la caverna hacía un fresco increíble. De ella salía una suave brisa. En la roca más alta había una especie de lugar para acampar, y justo en la entrada de la caverna vimos una gran olla de hierro oxidada. Bárbara nos explicó que, probablemente, ese lugar había sido usado por los chicleros para derretir la goma que sacaban de los árboles. Juan había llevado hasta allí el bulto azul. Lo dejó al lado de Bárbara y fue a buscar las cosas que habían traído el día anterior. Mientras tanto, Jorge hizo tres viajes rápidos a la jungla y volvió con los brazos llenos de ramas. Por su parte, Juan apareció cargado de provisiones y efectos. Traía una pequeña cocina portátil, latas, una jarra de agua, pan, mantas, y dos rifles envueltos en plástico y atados con cuerda.

Me dio uno con una educada inclinación de cabeza. Deshice el envoltorio y me convertí en el orgulloso poseedor de un Montgomery Ward 22 de un solo tiro. Recordé que, en mi infancia, un amigo había tenido uno igual. Este había sido fabricado por Steven de Chicopee Falls, Massachusetts, en los años treinta. La parte delantera estaba pintada de negro y quedaba muy poco del pavonado. Recordé que ese modelo se llamaba Frank Buck, aunque no sé quién era Frank Buck. Tenía la vaga impresión de que había sido uno de los locos que iban a África a capturar animales salvajes para los zoológicos norteamericanos. El pequeño rifle de mi amigo estaba adaptado para disparos cortos. Juan me dio, además del rifle,

una bolsita de cuero en la que encontré nueve cartuchos largos. Debió de notarse mi desaliento, porque Juan le explicó algo con mucha rapidez a Bárbara.

—Juan dice que es un arma muy buena. Muy precisa. Pertenecía a su padre y él la guarda como un tesoro.

Me obligué a sonreír. Meyer abrió el otro envoltorio y me alcanzó su contenido. Era un Remington 410 con cuatro balas, para cazar pájaros.

—Con esto tenemos un verdadero arsenal —dije—. Creo que sería útil que nos dejara su machete.

Juan se lo tomó en serio y me pasó el suyo. Luego se fueron. Desaparecieron sin hacer ruido.

—¿Qué órdenes tienen? —pregunté.

—Traerán a Hoffman aquí, pero por aquel lado, sin que sepa que éste es el lado fácil. Es empinado, así que uno de ellos bajará primero y le sostendrá el rifle. Cuando Hoffman llegue al fondo, el que tenga el rifle saldrá corriendo por la pendiente. Y el otro hará lo mismo por arriba. Irán hasta el sendero y allí esperarán hasta que les llamemos. Eso dejará a Hoffman al pie de la empinada pendiente. Uno de nosotros puede estar aquí y el otro allí arriba, donde los matorrales son espesos, contemplando la escena desde su escondite.

—¿Y entonces qué?

—¿Adónde podrá ir? ¿Qué podrá hacer? Si trata de subir le dispararemos a las piernas. Ustedes querían hablar con él. Está bien, para entonces no habrá problemas. Podrán hablarle y luego yo cogeré el rifle y le dispararé. Enséñeme a manejar el arma, Travis.

Meyer saltó al saliente de roca dentro de la caverna, cruzó los brazos y se quedó dormido con la espalda apoyada en la roca húmeda. Bárbara había sacado las provisiones y preparado tres lechos con las mantas. Yo subí la pendiente, di la vuelta y volví a bajar por la entrada derrumbada. Revisé el escondite que Bárbara me había señalado, y encontré un sitio que me pareció un poco mejor. Estaba fuera de la caverna más pequeña, al otro lado del cenote, donde el agua corría y desaparecía. Había una serie de grandes piedras redondeadas, algunas de ellas del tamaño de un coche, y eran un buen lugar para esconderse. Iba a sugerirlo como una alternativa, cuando miré hacia arriba y vi cómo la tierra estaba

socavada a unos seis metros sobre mi cabeza, colgando de allí las raíces de los árboles. Daba la impresión de que tenía que derrumbarse. Pero debía de ser mucho más sólido de lo que parecía.

Odiaba las armas, pero el plan parecía razonable. Comimos un poco de estofado enlatado sin demasiado apetito. Luego me estiré y me dispuse a dormir. Al atardecer, Bárbara me despertó.

—Tiene que ver esto —me dijo—. ¡Dios mío, nunca he visto nada igual!

Los murciélagos estaban saliendo para su ronda nocturna. Habían pasado todo el día colgados cabeza abajo y ahora se soltaban en el aire, saliendo despedidos con ese curioso vuelo zigzagueante del murciélago hambriento. Había cientos de ellos. Miles de ellos, columnas que se recortaban en el pálido cielo del atardecer. Vi que Meyer les contemplaba sobrecogido.

No había muchos insectos en la caverna. Bárbara extrajo una botella chata de tequila de su bolso. Nos la pasamos de mano en mano y luego nos acercamos a la entrada de la caverna para ver salir las estrellas. Había una cantidad increíble de ellas en el negro y aterciopelado firmamento de la noche. Terminamos la botella. Bárbara se sentó cerca de mí.

—Son ustedes muy buenos ayudándome.

Cenamos con más apetito que en la comida anterior. Nuestra ropa hedía a sudor seco. Los insectos chillaban en la espesura. Había uno que profería un sonido plañidero que parecía salir de todos lados y atravesaba los oídos hasta el centro del cerebro. Se oyó un largo aullido escalofriante, no muy lejos.

—Un felino —susurró Bárbara—. Está cazando. Busca esquintlas.

—¿Qué es eso?

—Una especie de rata gigante. Muy gorda y lenta. Fueron puestas en la tierra para servir de comida a los felinos. Son muy sabrosas. Tienen el mismo gusto que el lechón.

—Tiene que recordarme que las coma algún día.

—¿Quiere que se la cocine yo?

—No se esfuerce por mí.

Más tarde todos escuchamos unos chillidos que ella identificó como de las esquintlas. Tal vez el felino jugaba un ratito con ellas antes de matarlas. Se dice que la adrenalina segregada por el miedo hace más tierna la carne. Todo tiene una razón de ser, como dice

Meyer. Sólo se necesita descubrir cuál.

Las mantas eran tan grandes que servían como sacos de dormir e iban muy bien para protegerse de la humedad de la caverna. Estábamos los tres muy juntos. En cierto momento, pude oír a Meyer roncando a mi espalda, mientras que la respiración de Bárbara, de una dulzura con ligero aroma de tequila, rozaba mi mejilla con cada exhalación.

Me di cuenta de que el día siguiente sería el quince, y recordé que ésa era la fecha en que Annie se iría a Hawai. Una gran desolación invadió mi mente, como una nube oscura de tormenta sobre el campo. Me envolvió, y murmuré su nombre mentalmente. Me pregunté si tendría que subir a la cima de la gran pirámide de Cobá y repetir cien veces su nombre al amanecer. Traté de recordar cada rincón de su cuerpo, cada quejido y cadencia, cada dulce apretón. ¿En qué medida puede un hombre ser tonto? No tenía sentido desear que le negaran el puesto o que ella cambiara de idea. No había ya ninguna esperanza, ninguna, ninguna.



VEINTICINCO

Nos levantamos antes de lo necesario, apenas había aparecido la primera luz. Después de un improvisado desayuno, limpiamos todo rastro de nuestra presencia en la zona exterior de la caverna.

Llevé a Meyer al sitio donde tenía que permanecer emboscado, y le obligué a tenderse en el suelo con el rifle preparado; luego subí y bajé la empinada pendiente, tratando de ver cualquier insignificante pedacito de él o de su arma. Era un buen escondite, y desde allí dominaba casi todo el cenote. Volví a donde estaba Meyer y me aseguré de que sabía manejar el arma, cómo abrirla para sacar el cartucho vacío e introducir el nuevo.

A causa de la dificultad que tendría para colocarse en posición, decidimos que sería mejor que se estableciera allí poco antes de las diez, listo para apuntar hacia abajo desde su ventajoso punto a nueve metros de altura.

Bárbara y yo nos quedaríamos en la caverna, en las sombras, donde seríamos invisibles para los ojos acostumbrados al resplandor de la luz del día. Yo permanecería en un nicho sobre el lado derecho de la caverna, cerca de la entrada. Desde allí podría ver la empinada pendiente por la que él tendría que bajar, y podría ver a Jorge y Juan cogerle el rifle y correr por el suelo del cenote hasta el otro lado, mientras Cody Pittler quedaba a mitad de camino.

A las diez y media estábamos muy tensos, pero todavía hubo

otros diez minutos de conversación en voz baja antes de que Bárbara me hiciera callar y ladeara la cabeza para escuchar. En cuanto oí voces y ramas que se quebraban, sentí de pronto que lo estábamos haciendo todo mal, de manera equivocada. Estábamos en un agujero y él arriba. Era todo lo contrario de lo que me habían enseñado. Me metí en el nicho que había elegido, y Bárbara se adentró en la caverna. Oí un apagado chapoteo cuando ella vadeó el agua para dirigirse a su puesto.

Luego, el grupo se hizo visible allí arriba, en el borde, hablando en español. Jorge apuntó hacia abajo, hacia nosotros, y pude imaginar que le estaba diciendo a Cody Pittler que el felino se encontraba escondido en la cueva. Luego se giró en el borde y bajó con paso ligero, sujetándose a las raíces y los pequeños matorrales que habían crecido en la pendiente de tierra. Se apartó de la pendiente y saltó los últimos dos metros, recuperó el equilibrio, miró hacia arriba y estiró los brazos, mientras gritaba algo.

Contuve la respiración. Era el momento crítico. Pude ver a Pittler con claridad mientras se agachaba sobre el borde, sujetando el rifle y luego dejándolo caer. Jorge lo cogió y permaneció allí parado hasta que Pittler empezó a bajar. Llevaba ropa de color caqui, oscurecida en el pecho, las axilas y el cuello por el sudor, un sombrero marrón de ala levantada y botas con suela de goma muy usadas.

Cuando estaba a mitad de camino de la pendiente, miró hacia atrás por encima del hombro justo a tiempo para ver a Jorge escapar a toda carrera. Pittler no vaciló. Se separó de la pared, saltó cinco metros, y aterrizó sobre su trasero, pero mientras lo hacía, desabrochó una pistolera que yo no había visto, y sin ninguna prisa sacó una pistola de cañón largo y le disparó a Jorge cuando estaba comenzando a subir la otra pendiente a unos treinta metros. Jorge dio un paso más y cayó dando tumbos hacia atrás, tirando el rifle al aire. Cayó cerca de espaldas, con la cara desencajada, mirando hacia la caverna con los ojos casi cerrados, y la sangre le brotaba despacio de la boca medio abierta.

Pittler miró hacia arriba, hacia el borde de la silenciosa pendiente. Permaneció al acecho durante unos minutos. Luego empezó a caminar por el cenote con cuidado y lentamente, en dirección al cuerpo y el arma.

Debí haber disparado las municiones de mi rifle en su oreja derecha. Eso hubiera tenido mucho más sentido. Pero le disparé al muslo derecho. Mi arma hizo un miserable chasquido. Cody dejó escapar un grito de dolor, disparó dos veces a la caverna y se alejó cojeando y saltando, más rápido de lo que hubiera creído posible, hasta pasar el baluarte de rocas y protegerse detrás.

Cody sabía que había caído en una emboscada, y había reaccionado con velocidad y decisión. Sus movimientos habían sido perfectos. Ahora estaba a cubierto, esperando lo que vendría después, sin saber que Meyer le estaba mirando desde su escondite.

Preguntó a gritos algo en español. Antes de que pudiera hacerle señas para que permaneciera callada, Bárbara le contestó.

—¡Por Dios Santo! —masculló Cody—. La maldita mujer de Willy. —Luego gritó—: Bárbara, tesoro, ¿qué tienes en contra del viejo Evan?

—¡Mataste a William!

—No digas tonterías, tesoro. William se aburrió de ti. Eras demasiado morena para él. Lo único que hice fue ayudarle a volver a Estados Unidos, eso es todo. Ya debe de estar en la cama con alguna pelirroja. Sal de ahí y hablaremos.

—Podríamos hablar de tu gran casa en Playa del Carmen, ¿no? Y del nombre que usas allí… Del señor Roberto Hoffman, que vive tan tranquilo, ¿eh?

Hubo un silencio. Al final, Cody volvió a hablar.

—Es una *lástima que hayas* descubierto eso, Bárbara. Una lástima. Significa que te quedarás en este agujero para siempre. No puedo dejarte ir. ¿Te lo contó Willy? Cuando me dijo que no se lo había contado a nadie, le creí.

—¿Qué le hiciste?

—Le golpeé en la cabeza, le até con alambre a un buen pedazo de plomo y le dejé caer por un costado de la lancha. Creo que en cierta manera, tesoro, fue culpa mía. Salí a cazar demasiado cerca de casa. No se me ocurrió pensar que, al aparecer en el diario que Evan Lawrence había muerto, Willy iba a cruzarse en mi camino tarde o temprano. Ahora Evan Lawrence puede quedarse muerto. Sin problemas.

—Salvo por mí…

—Por ti y por Juan.

—¡Y por mí! —le grité, incapaz de contenerme.

—¿Quién demonios es *usted*? —preguntó, con un asomo de indecisión en la voz.

—Estoy aquí para preguntarte por Isobelle Garvey, Larry Joe. ¿La recuerdas? Cerca de Cotulla, hace mucho tiempo. La enterraste, pero la inundación la sacó a la superficie. Una cosita pequeña. Demasiado joven para ti. Pero no te importaba su juventud.

—Conozco esa voz. Diga algo más.

—Claro, Jerry. ¿Te quedaste mirando mientras Doris Eagle moría abrasada, en el coche aquella noche en Ingram?

Hubo un largo silencio.

—¿McGee? —Su voz no era tan audible como antes—. ¿Eres tú, McGee?

—Soy McGee. El problema es saber quién eres tú.

—No soy ninguno de esos nombres que has dicho. No soy Jerry Tobin ni Larry Joe Harris.

—No he mencionado los apellidos, compañero.

—No soy ellos, no soy Bill Mabri de Montana, ni Carl Keith de Pasadena, ni Max Triplett de Shreveport. No soy ninguno de ésos. Ellos se han ido, todos. No entiendes. Soy Bob Hoffman y vivo aquí. Llevo una vida muy tranquila en Yucatán. No tengo que preocuparme por nada. Pero tú no entenderías eso.

—Igual que Norma tampoco entendió.

—¿No lo pasamos bien aquella noche, McGee? Fue una hermosa noche a bordo de tu barco. Lo recuerdo, porque todavía puedo recordar a Evan Lawrence. Y él quería de veras a esa mujer. Cuando empezó a hacerle el amor, era fría como un pez. Ella tenía miedo. No podía dejarse llevar por la pasión, pero cuando Evan le enseñó a hacerlo, se convirtió en un tesoro. Era la mejor. Evan estaba en el paraíso con esa mujer. Cuando ella se fue, él se fue. ¿Es eso tan difícil de entender?

Puntualizó su pregunta con un disparo que resonó en la vieja olla de hierro y rebotó contra la pared de la caverna, hizo saltar un pedazo de pared cerca de mi sien y me cubrió de polvo. Ello hizo que algunas docenas de murciélagos chillaran lastimosamente. Lo había resuelto todo mientras hablaba, guiándose por el sonido de mi voz. Era un artista. Pude ver el surco en la olla. La lógica elemental me dijo que si me colocaba en un sitio desde donde no

pudiera ver la olla, el truco de la carambola no volvería a funcionar. Había cargado de nuevo el rifle de juguete. Me agaché y corrí hasta un saliente de la roca que me protegía la cabeza, desde donde podía ver las rocas donde él se escondía.

Me mojé los labios secos con un poco de saliva, y simulé proferir mi último aliento. Al oírlo, Bárbara gritó y vino corriendo hacia mí. La empujé fuera de la zona de peligro.

—Acabo de morir —le dije en voz baja.

—¡Le has matado! ¡Has matado a McGee! —gritó ella dramáticamente.

No creo que eso impresionara a Pittler, pero sí tuvo efecto sobre Meyer.

—¡Cody Pittler! —gritó—, ¡Cody T. W. Pittler, mírame! Mataste a Coralita y mataste a tu padre que te amaba. Mataste a Bryce Pittler. ¡Ahora mírame!

Se oyó un disparo de su rifle y luego dos disparos rápidos de la pistola de Cody. Vi que el rifle caía por la pendiente, iluminado por el sol, dando vueltas despacio hasta golpear en las rocas de abajo. Mi corazón se detuvo. Pobre Meyer. La amistad le había llevado al *Flush* y ahora el destino le traía a este agujero en la selva de Yucatán para morir en manos de un loco, un loco muy rápido y hábil.

Pittler salió de su escondite, corrió hacia el rifle, lo cogió y regresó cojeando a su guarida. Apunté, pero al apretar el gatillo supe que el tiro había errado. Volví a cargar.

Pittler maldijo, y supuse que había descubierto las limitadas posibilidades de su nueva arma. En realidad, no tenía ninguna posibilidad, a menos que la usara como un garrote. No había más que un cartucho usado en la recámara.

Pittler gritó, con más violencia de la necesaria:

—¡Mi viejo vive en Eagle Pass! ¡Nadie le mató! ¿Me oye? ¡No está muerto, maldita sea! ¡No diga cosas así!

—¡Tienes un gran lío en la cabeza, Cody! —grité—. ¡No sabes quién eres! Empezaste a hacer comedia en la escuela y olvidaste quién se suponía que eras. ¿Por qué no te metes esa pistola en la boca y nos ahorras trabajo?

Cody lanzó un atroz aullido de dolor y de ira. En ese momento mis ojos captaron un movimiento sobre la cabeza de él. Era Meyer,

que se estaba moviendo lentamente de derecha a izquierda. Sus movimientos eran torpes y se agarraba de los pequeños árboles para ayudarse. Se volvió hacia mí y vi que su cara tenía la expresión de los jóvenes que hacen pantomima en la calle. Un lado de su cara era blanco y el otro rojo, casi en partes iguales. Y su sonrisa era horrible.

Empecé a gritarle a Pittler para ocultar cualquier ruido que estuviera haciendo Meyer allá arriba. Le dije que era un buitre enfermizo, que vivía de las mujeres muertas. Le dije un montón de cosas tan conmovedoras como ésa. Paso a paso, Meyer se fue acercado al borde. Justo allí crecían dos pequeños árboles. Meyer cogió uno con cada mano y se quedó en medio. Y entonces, pesadamente, con solemnidad, empezó a saltar de arriba abajo. Tres veces. Corrí a la boca de la cueva y apunté a las grandes piedras que ocultaban a Pittler, con la esperanza de acertarle si se asomaba.

Alguien me golpeó en la parte externa de mi brazo izquierdo, justo bajo el hombro, con un martillo. De pronto sentí el brazo muy cansado. Colgaba, pero seguí apuntando y sujetando el arma con la mano derecha. Después del tercer salto de Meyer, hubo un gran ruido y todo el paisaje se inclinó y se vino abajo, cogiendo velocidad. Toneladas de rocas, tierra, árboles, raíces y matorrales cayeron al cenote. Un enorme pedazo de tarta. Un trozo de eternidad. Meyer, que se mantenía sujeto a los dos árboles, rodó con ellos por la pendiente. La zona donde Pittler estaba agazapado quedó destruida. Cuando llegó al fondo, Meyer estaba en un ángulo de cuarenta y cinco grados inclinado hacia adelante. El impacto le proyectó de cara al suelo, y la tierra suelta le cubrió hasta la cintura. Su cara estaba en el agua.

Corrimos hacia él. Yo sólo podía trabajar con un brazo. Bárbara se comportó maravillosamente. Cavó con las dos manos como un perro febril, y entre los dos sacamos a Meyer, le arrastramos más allá del arroyo, y le pusimos de espaldas. El agua había lavado la sangre de su rostro. Tenía un corte de cinco centímetros en la oreja derecha, que sangraba persistentemente, pero no peligrosamente. Gruñó, se nos sacó de encima y se sentó. Miró hacia donde había estado Pittler. No trató de hablar. Sólo alzó sus cejas espesas con aire interrogativo, señalando las rocas.

—Sí —dije—. Está allí debajo.

Hubo una confusión de expresiones en el rostro de Meyer cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Había terror, preocupación, y consternado asombro en ella. Es mi amigo. Es un hombre pacífico y gentil. Pero había tenido un mal año, y aun cuando el fin de ese extraño hombre llamado Pittler había sido súbito y horrible, al provocarlo, Meyer había recuperado su orgullo y su identidad.

Finalmente, la emoción fundamental afloró sobre las demás emociones y su sonrisa, una sonrisa extrañamente dulce, fue invadiendo lentamente toda su cara, orgullosa y segura: era la sonrisa de un hombre que de pronto había recuperado su integridad.

—Cuando has notado que el suelo empezaba a caer, tenías que haber saltado hacia atrás —dije—. Podías haberte matado.

—Sólo tenía fuerzas para bambolearme tres veces, y eso era todo. ¿Saltar hacia atrás? No podía. ¿Sabes? Cuando a uno no le quedan fuerzas piensa cosas muy ridículas. He pensado que si hubiera tenido una vestimenta adecuada, una capa o algo así, podía haber extendido los brazos y salir de aquí volando.

Bárbara cogió un cuchillo y cortó una camisa en tiras para vendarle la cabeza y detener la hemorragia. Luego se encargó de mi brazo. Al acercarse a mí, pasó al lado de Jorge y comprobó que estaba tan muerto como parecía. Tenía una herida en la base del cráneo.

Juan reapareció. Estaba pálido. Se sentó al lado de Jorge, moviendo silenciosamente los labios. Luego, Bárbara y Juan llevaron a Jorge hasta el interior de la caverna, fuera de la luz del sol. Ella habló con el guía y nos dijo que su gente vendría a buscar el cuerpo, y que dejaríamos las provisiones y demás cosas para la familia de Jorge. No habría ningún alboroto. Ramón se enteraría pronto de que el señor Hoffman no iba a volver nunca más de su viaje, y él se lo diría a los otros. Poco a poco, sin que nadie se diera cuenta, sacarían de la casa todo lo que quisieran. Aquello podía durar varios meses. Después desaparecerían de nuevo en los poblados de la jungla. Con el debido tiempo, las autoridades descubrirían que la casa estaba vacía y deteriorándose. Pero a nadie le importaría mucho.

—Eso ofende mi sentido de la delicadeza —dijo Meyer—. ¿No

deberíamos ir a la casa? A buscar…, no sé. ¿Pruebas? ¿Dinero?

—Ninguno de ustedes podría entrar allí. Los sirvientes no les dejarían. Ramón me llevará a mí. Supongo que podré echar un vistazo.

—Tal vez deberíamos decir a las autoridades dónde está —insistió Meyer.

Bárbara le miró fijamente.

—¿Con un tiro en la pierna y enterrado vivo? ¿Ustedes dos heridos? ¿Quieren pasarse aquí el resto de sus vidas, contestando preguntas y comiendo tortilla y habichuelas?

—No —contesté—. No tengo el menor interés.

—Ni yo tampoco —dijo Bárbara con su habitual aire de superioridad.

En ese momento comencé a sentirme mareado. Todos los colores eran demasiado brillantes. El sol me lastimaba los ojos. No empecé a tener escalofríos hasta que estuvimos a mitad de camino, en plena jungla. Meyer tuvo que conducir.

Meyer regresó tres días después, muy nervioso por tener que llevar las cosas que Bárbara había sacado de la casa de Pittler-Hoffman: un par de miles de dólares, unos pesos antiguos de oro, varios anillos de brillantes y dos relojes caros. Habíamos decidido que debíamos entregárselo a Helen June, sin necesidad de incluir ninguna nota. Creíamos que con ello comprendería que probablemente no recibiría más paquetes de su hermano.

Me estaba recuperando y sabía que pronto estaría bien para viajar, pero al día siguiente de la partida de Meyer, me volvió la fiebre. Bárbara Castillo me llevó a su casa, para cuidarme mejor.

No había encontrado pruebas en casa de Hoffman. Tampoco había encontrado ninguna pista para saber dónde estaba el resto del dinero.

No necesitábamos el dinero, y no necesitábamos más pruebas que las que teníamos.



Travis McGee 20

VEINTISÉIS

Annie Renzetti me llamó desde Hawai el domingo, 19 de setiembre, a las dos de la madrugada.

—¿No es muy temprano, nena?

—Aquí son más o menos las ocho. El domingo por la mañana es mi mejor hora de oficina. ¿Quién me contestó ayer cuando llamé?

—Una especie de princesa maya.

—¿Una qué?

—Una buena amiga. Bárbara es una buena amiga. Ha venido de México a pasar sus vacaciones. Estoy insistiendo para que se quede un poco más.

—Me alegro de que tengas una nueva amiga, Travis.

—Me alegro de que te alegres. La semana que viene es el gran festival Meyer del chile. En una mina de arena vacía, en Biscayne Bay.

—Demonios, me gustaría estar allí.

—A mí también me gustaría que vinieras.

—¿Cómo está Meyer?

—En la mejor forma. Ha contratado los servicios de un grupo de hermosas mujeres. Le siguen a todos lados y le ayudan a llevar las provisiones a su nuevo barco. Que, de paso, es muy elegante. El *Veblen*. Se ha montado una biblioteca. Sus colegas le están ayudando a reemplazar los libros que perdió.

—¿De verdad dejasteis de buscar a Evan Lawrence?

—Meyer y yo tuvimos un arrebato de madurez, en el que nos preguntamos qué haríamos con él en caso de encontrarle. Así que desistimos.

—¡No me suena muy propio de vosotros!

—Aunque no lo creas, estamos aprendiendo a ser discretos.

—Travis, en el *Advertiser* había un párrafo sobre el hundimiento del *HooBoy*. ¿No se llamaba así el barco de Hack? ¿Qué pasó?

—Dave Jenkins esperó hasta que una de las personas que se habían puesto en contacto con él apareció por el astillero. Alguien había pagado mucho dinero para hacerlo más veloz, y tenía un contrato verbal con Hack acerca de lo que pagarían por él cuando estuviera terminado. Dave pensaba que sería algo por el estilo. Había alertado a los guardacostas y a sus amigos, que instalaron en el casco una señal luminosa automática de larga duración. Así que cuando llegaron esos hombres y lo reclamaron, Dave cobró el dinero y arregló la transferencia del título. Tres semanas después fue atrapado con un cargamento de marihuana, hachís y cocaína. Le tuvieron que agujerear el casco antes de que se detuviera. Cuando vieron la carga, sacaron a los tipos y dejaron que el barco se hundiera.

—¿Y tú no tuviste nada que ver con eso?

—Annie, no quiero tener nada que ver con ninguna de esas cosas: barcos que se hunden, gente que se hiere y demás. Todo ha quedado atrás. Meyer está encantado y los dos nos hemos vuelto sedentarios.

—¿Sedentarios? ¿Vosotros?

—Estamos sentando un poco la cabeza, eso es todo.

—No sé si creerlo.

—Bueno, Annie, tú estás allí en Hawai ganándote los laureles y yo estoy aquí admirando las conejitas de la playa y sumergiéndome de vez en cuando en un Boodles con hielo. Todo el mundo es feliz. Nos reímos bastante.

—Vas a lograr que me sienta nostálgica.

—¿Cómo va todo por allá?

—Igual que la última vez. Hay muchísimo trabajo. No es tan divertido como en Naples. Pero… es un desafío mayor. Hay algunos machistas en esta compañía que sólo desean que me estrelle.

Malditos sean, no pienso darles esa satisfacción. Sólo quería oír tu voz, querido.

Bárbara llegó de la playa y atravesó el salón para darme un beso rápido en la sien antes de ir a ducharse.

La conversación con Annie terminó casi en seguida. Podía ser la última, pensé al colgar. Sentí una ligera comezón por la pérdida, pero la herida había cicatrizado. Ya no dolía.

Me levanté, me estiré y fui hasta el extremo de la cabina donde Bárbara cantaba bajo la ducha gigante. Tiene una bonita voz, pero le falta sentido del ritmo. Por lo tanto, todo lo que canta suena como *Home on the Range*.

—¿Un buen chapuzón? —grité.

—¡Maravilloso! Oye, ¿has apagado el horno a la hora que te he dicho?

—Por supuesto.

—¿Quién estaba al teléfono? ¿La mujer que llamó ayer?

—La misma.

—No sé si me gusta que te llame. Tiene una voz demasiado bonita. ¿Es tan bonita en persona?

—Está en Hawai, Babs.

—Entonces está bien. Puede ser tan bonita como quiera.

Me quité las sandalias, dejé caer mis pantalones con precaución por la cortina y me deslicé a su lado, cogiéndola por la cintura. Ella chilló y peleó de una manera muy satisfactoria. Nos divertimos un rato enjabonándonos y después nos divertimos otro rato enjuagándonos, y cuando estuvimos fuera de la ducha, hubo una diversión extra con la toalla antes de que la levantara en mis brazos y la llevara a la cama, golpeándole ligeramente la cabeza al pasar la puerta.

Después de hacer el amor, tuve el maravilloso placer de hundir mi cara en la textura suave y fragante de su cuello. Su piel tenía un moreno tono bronceado, y un sabor y perfume que me hacían pensar en algo que sentía desde aquella noche cuando, en la Vista del Caribe, mis grandes temblores, jadeos y castañetear de dientes la habían despertado. Se había levantado de su sofá para ponerme más mantas. Dijo que era un poco de fiebre de la jungla. Jamás quiero tener *mucha* fiebre de la jungla. Cuando fallaron todos los sistemas conocidos para darme calor, se metió debajo de las mantas

y se apretó contra mi cuerpo hasta que la fiebre desapareció, pero me entró otra diferente. No hice caso de sus negativas cada vez menos entusiastas. No me importó que, después de haber recuperado el aliento con una larga y audible inhalación, gritara el nombre de Willy. No me importó ser su sustituto aquella noche, o haberlo hecho revivir en su corazón en aquel instante de placer. Pero eso no volvió a suceder. Nunca volvió a gritar su nombre.

Y de pronto supe qué recordaba cuando husmeaba su cuello con los ojos abiertos.

—¡Canela! —dije.

—¿Qué?

—Hueles a canela y tienes el mismo color. Piel canela.

—Por Dios, McGee, ¿no se te podía ocurrir algo más original?

—Creí que lo era.

Se echó a reír.

—Es una canción, tonto. *Piel Canela*. La cantan en todo México. Una canción de amor, muy tierna. Puedes pedírsela a cualquier conjunto de mariachis y te la tocarán y cantarán así. —Comenzó a tararear con voz suave, pero aquello sonaba como *Home on the Range*.

Se quedó dormida y se despertó sobresaltada.

—He vuelto a soñar con ese hombre.

—¿Un mal sueño?

—No tan malo esta vez. Toda esa tierra y esas piedras que le caían encima formaban una pirámide, una pequeña pirámide perfecta. Tiene sentido.

—¿Sentido?

—Por supuesto, McGee. ¿Recuerdas la pirámide a la que subimos en Cobá? Es una gran tumba. Allí hay alguien enterrado, tal vez varias personas. Pero nunca mirarán en su interior.

—¿Por qué?

—Por la misma razón que los españoles nos dejaron tranquilos en Yucatán, sin preocuparse de civilizamos ni convertimos en cristianos morenitos.

—¿Cuál es?

—McGee, me parece que hacer el amor te atrofia los sentidos. ¡Porque los mayas no tenían oro!

Serie «Travis McGee»

- **01.** The Deep Blue Good-by (1964); *Adiós en azul*
- **02.** Nightmare in Pink (1964); *Pesadilla en rosa*
- **03.** A Purple Place for Dying (1964); *La tumba púrpura*
- **04.** The Quick Red Fox (1964); *La zorra roja*
- **05.** A Deadly Shade of Gold (1965); *La dorada sombra de la muerte*
- **06.** Bright Orange for the Shroud (1965); *La mortaja del color naranja*
- **07.** Darker than Amber (1966); *Más oscuro que el ambar*
- **08.** One Fearful Yellow Eye (1966).
- **09.** Pale Gray for Guilt (1968).
- **10.** The Girl in the Plain Brown Wrapper (1968).
- **11.** Dress Her in Indigo (1969.)
- **12.** The Long Lavender Look (1970).
- **13.** A Tan and Sandy Silence (1971).
- **14.** The Scarlet Ruse (1972).
- **15.** The Turquoise Lament (1973); *Lamento turquesa*
- **16.** The Dreadful Lemon Sky (1974); *Cielo trágico*
- **17.** The Empty Copper Sea (1978); *El mar desierto*
- **18.** The Green Ripper (1979; *El hombre verde*
- **19.** Free Fall in Crimson (1981); *Caída libre*
- **20.** Cinnamon Skin (1982); *Piel canela*
- **21.** The Lonely Silver Rain (1984); *Lluvia plateada*



JOHN D. MACDONALD (Sharon, Pennsylvania, USA, 24 de julio de 1926 - Milwaukee, Wisconsin, USA, 28 de diciembre de 1986), novelista y escritor de relatos cortos.

Entró en la Wharton School de la Universidad de Pennsylvania, pero lo dejó en su segundo año. Más tarde fue admitido en la Universidad de Siracusa. En 1939 obtuvo un MBA por la Universidad de Harvard.

Escribió casi ochenta novelas policiacas, muchas de las cuales ambientó en Florida, protagonizadas por su personaje preferido, Travis McGee. Varias de sus novelas fueron llevadas al cine, destacando la película *El cabo del miedo*.

Ganador del American Book Award de 1980, fue nombrado Gran Maestro de la Asociación de Escritores de Misterio de América.